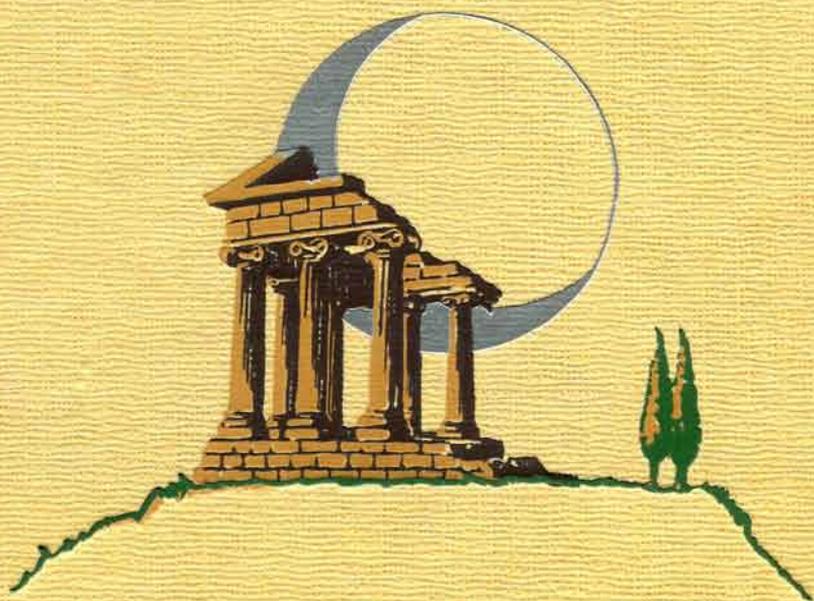


Michel-Claude Touchard

**LA ARQUEOLOGIA
MISTERIOSA**



Otros mundos

*«Hay otros mundos, pero
están en éste»*

ELUARD

Michel-Claude Touchard

**LA ARQUEOLOGIA
MISTERIOSA**

con la colaboración de
GUY BARTHELEMY



PLAZA & JANES, S.A.
Editores

Título original:
L'ARCHEOLOGIE MYSTERIEUSE

Traducción de
JUAN GODO COSTA

Primera edición: Octubre, 1975

© Culture, Art, Loisirs, París, 1972
© 1975, PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Espiugas de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en francés con el título de
L'ARCHEOLOGIE MYSTERIEUSE

Printed in Spain — Impreso en España
ISBN: 84-01-31075-X — Depósito Legal: B. 58.767 - 1975

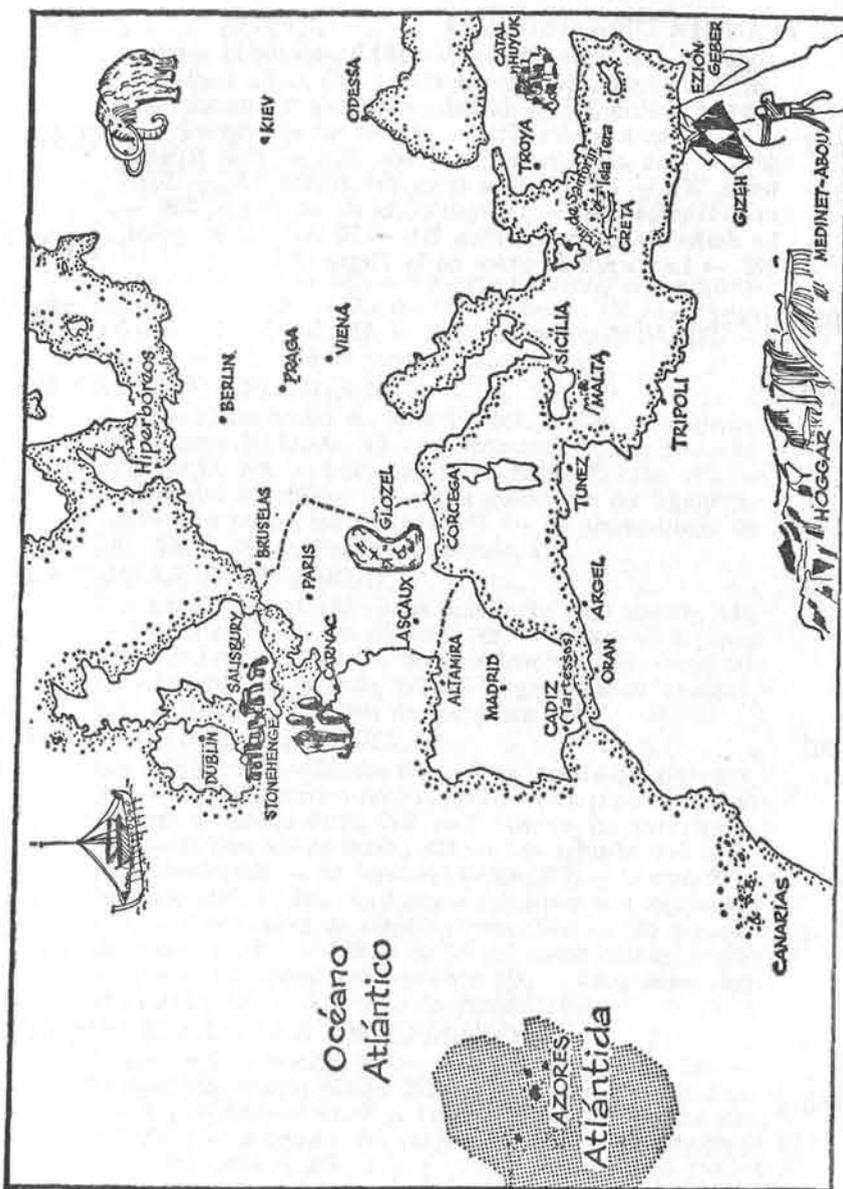
GRÁFICAS GUADA, S. A. - Virgen de Guadalupe, 33 - Espiugas de Llobregat (Barcelona)

INDICE

INTRODUCCIÓN	11
¿QUÉ SE DEBE CREER?	13
Un bohemio de la Ciencia, 15. — Homero en mano, 16. — La colina inspirada, 17. — Los museos imposibles, 19. — La buena fama, 21. — Diferentes maneras de no ver claro, 24. — Pirámides y superhombres, 28.	
EN BUSCA DE LA HERENCIA	31
Malas costumbres de los paganos, 32. — Piedras algo me- nos familiares, 33. — Perfección poco aparente de algunos lugares turísticos, 34. — El asombro de Próspero Meri- mée, 36. — El enigma de los aislados, 39. — La expansión megalítica, 42. — Detalles insignificantes, 44.	
STONEHENGE	46
Agujeros y coronas, 48. — Dibujo y propósito, 50. — Los eclipses del año 2000, 51. — Instructores procedentes del Norte... o del Sur, 53. — El saber disperso, 58. — El cam- po Durathon, 59. — Unos sabios desprovistos de tabli- llas, 60. — La escritura de los hadas, 63. — Las Eyzies del alfabeto, 64. — Del Loira al Ohio, 68. — El cesto de los Atlantes, 71. — Montones de guijarros, ¿para qué?, 73.	
LA MONTAÑA DE LOS ATLANTES	76
La escuela de las pirámides, 77. — El tercer hombre, 80. — Los románticos de Bagdad, 83.	
LA ATLÁNTIDA SOLEADA	91
¿Antinea en la cámara del rey?, 92. — Tras las huellas de la dama blanca, 94. — El hijo de Poseidón, 96. — La isla de los tesoros, 99. — Las nubes de Santorín, 102. — Los pa- lacios bajo las cenizas, 104. — Platón abandonado por el autor, 108. — La Atlántida referida a una fecha ulterior, 109.	

GENTE DEL NORTE	112
«El Norte más lejano», 113. — Última Thule, 115. — ¿Ángeles o demonios?, 117. — El frío del espanto, 120. — La obsesión aria, 122. — La isla del Oricalco, 125.	
ENTRE DOS MUNDOS	128
Los datos del problema, 130. — La lección del océano, 134. — El muro de Bimini, 136. — Los técnicos del sueño, 138. — Codex Troano, 143.	
HIPÓTESIS MU	146
Antes de Gondwana, 147. — Madame Blavatsky o la arqueología cervical, 149. — «La doctrina secreta», 151. — Los renegados de Lemuria, 152. — Todavía más tablillas, 155. — De Hawai a la Isla de Pascua, 158.	
EL OMBLIGO DEL MUNDO	161
El coronel ha hecho su servicio, 162. — Los americanos procedentes del Oeste, 163. — ¿Obstrucción en el Estrecho de Bering?, 166. — Luces sobre el Monte Shasta, 168. — La Isla del Sacrificio, 169. — La guerra de las hipótesis, 172. — Los polinesios de Oslo, 174. — El promontorio de Mu, 176. — El enigma Rongo-Rongo, 177.	
LA TIERRA INMEMORIAL	180
Una isla de cristal, 182. — La puerta del otro mundo, 184. — Un desierto muy frecuentado, 186. — Acerca de algunas islas célebres, 188. — Un turismo insólito, 190. — El resorte secreto del pasado, 194. — El prodigio de Lascaux, 195. — Una nueva visión de los sabios, 196.	
EL TESORO DE LA JUNGLA	198
Los más grandes orfebres, 199. — Una técnica del siglo XXI, 200. — Sí, Eldorado ha existido, 201. — Una expedición que aún no ha tenido éxito, 202. — El fin de un aventurero, 204. — El hombre de metal, 204. — Los triunfos del tiempo presente, 206. — El hermano Felipe, 207. — Los grafitos del cielo, 209. — Los verdaderos misterios nos aguardan, 210. — Una ciudad de ciencia-ficción, 211. — Un coronel desaparecido, 212. — Las ciudades del sueño despierto, 213. — ¿Un «underground» fantástico?, 214. — Un monumento alucinante, 215. — Luces en la jungla, 216.	
LA MESETA DE LOS ANTEPASADOS	218
El azar y la intención, 219. — Los dioses del lago, 223. — Tiahuanaco, ciudad nueva, 225. — De los cretinos al diluvio, 228. — Navíos sobre el tejado, 231. — La puerta del Sol, 234. — La prueba del calendario, 236. — El recuerdo de los venusianos, 238.	
LA CIUDAD MÁS VIEJA DEL MUNDO	241
Baalbeck bajo el signo de Venus, 242. — Nada de extraterrestres en Çatal Hüyük, 244. — La ciudad de los incapaces, 246. — Salomón en Rodesia, 249. — La sociedad de los metalúrgicos, 251.	

EL PLANETA DESCONOCIDO	254
<p>Toda una mitología, 254. — Los habitantes de la sombra, 256. — Un subterráneo hecho añicos, 257. — Fantasías que rozan el delirio, 258. — El enigma del rey del mundo, 260. — Múltiples moradas, 261. — ¿Quién era el preste Juan?, 264. — Una carta muy certificada, 264. — Una leyenda tenaz, 265. — La ruta más larga del mundo, 267. — Eternos errantes, 268. — La apariencia de un sueño, 269. — La deriva de los continentes, 271. — El viaje de los polos, 272. — La Tierra de antes de la Tierra, 274.</p>	
BIBLIOGRAFÍA	279



INTRODUCCIÓN

Querer ver más intenciones ocultas en unas ruinas que en un monumento intacto, es introducir romanticismo en la Arqueología.

La Arqueología, afanosa de enigmas, de hipótesis fabulosas y que deben colocarse en el campo de la poesía, reconstruye el monumento allí donde se encuentran vestigios, y con elocuencia tanto mayor si estos vestigios se hallan en un lugar indebido.

Ante el conjunto megalítico de Stonehenge, esta arqueología dedicada al misterio busca la emoción más intensa. Lo que era esta obra monumental en la época de su realización, los medios técnicos que implicó su construcción, los conocimientos astronómicos de los hombres que la concibieron, son todos éstos temas de meditación más ricos en sensaciones que el espectáculo de una puesta de sol en la llanura de Salisbury.

Que la Atlántida, tierra predilecta de la fantasía, haya estado situada en el Mediterráneo o en el mar de los Sargazos, es algo que importa poco a los ojos de la arqueología romántica. El problema que parece esencial es que una civilización tan evolucionada haya desaparecido sin dejar una tradición ni unos conocimientos. Desde entonces, los constructores de Stonehenge, al igual que los de las pirámides de Egipto, pudieron aprovecharse de tales conocimientos.

Todos los grandes temas de la arqueología romántica coinciden en esta preocupación: seguir el hilo conductor que, desde los testimonios más estupendos hasta los detalles aislados y enigmáticos, permite creer en la existencia de civilizaciones desaparecidas pero no primitivas.

La lógica quiere que las figuras grabadas en la Puerta del Sol, en Tiahuanaco, que tal vez evocan a unos cosmonautas, sean realmente las de seres venidos de otro mundo: solamente los contemporáneos de los primeros vuelos a la Luna tienen derecho a aceptar la hipótesis. Lo que es, ha sido. Y lo que es, quizá no sea en todas las partes de este mundo y en el mismo instante.

Así, la ciudadela construida a elevada altura en Machu Picchu pudo haber sido edificada en una época en la que, en una Europa subdesarrollada, el ingenio humano apenas iba más allá de la talla del sílex. Así, unos mapas aéreos, los de Piri Reis, pudieron confeccionarse en un momento en que, en otras partes del mundo, y algunos milenios más tarde, crearán ir hacia las Indias navegando hacia el Oeste...

Toda mente racionalista puede decir: puesto que nuestros antepasados próximos balbuceaban, los antepasados más remotos seguramente ignoraban el lenguaje. Sin embargo, es asimismo posible admitir que un cataclismo, de origen natural o humano, haya cortado la palabra a aquellos que poseían ya los medios de expresión más completos. Tanto las técnicas de urbanismo comprobadas en Çatal Hüyük, como el cobre encontrado en las fundiciones de Medzamor, son hitos que conducen inevitablemente al movimiento cíclico del saber. La Prehistoria data de ayer. Pero, ¿qué había anteayer? La arqueología romántica formula la pregunta a la que dará la respuesta un futuro próximo, o quizás aún remoto.

Lo que hemos querido reunir y analizar en este libro es, precisamente, los trabajos, los relatos, las hipótesis de esta arqueología que aboga por una historia abierta e infinita del hombre y que, por consiguiente, se opone a la filosofía general de nuestra civilización actual y a los datos del racionalismo (por su parte, también partidista). Lo hemos hecho guardándonos de la credulidad, si bien experimentando cierta simpatía...

¿QUÉ SE DEBE CREER?

Los venusianos en Hiperbórea, los celtas huyendo del naufragio de la Atlántida para fundar la civilización de los megalitos, la Puerta del Sol de Tiahuanaco perpetuando el recuerdo de naves espaciales, los arquitectos incas y egipcios intercambiándose sus secretos, la ciudad de Machu Picchu, situada a gran altura y emergiendo de un diluvio universal provocado por un satélite en exceso premioso, ¿qué es lo que hemos de retener de esta minuta-sugerencia que no tiene por fin saciar el hambre, sino, por el contrario, estimular el apetito?

¿Y por qué cosa sustituirla, si no es por la receta convencional del antropoide que habría pasado algunos cientos de miles de años tratando de averiguar por qué extremo cogería el sílex, antes de descubrir, anteayer por la mañana, el principio de la fisión del átomo?

También podemos darnos por satisfechos de disponer, actualmente, de una cronología tan extensa. Entre aquellos contemporáneos nuestros que son propensos a la fantasía, hay mayor libertad de acción que en la época heroica.

La época heroica no es la Prehistoria. Es aquella en la que el concepto de Prehistoria ni siquiera existía. Bajo el reinado de Luis Felipe, el discutir acerca de Adán constituía una franca insolencia.

Afortunadamente, algunos francotiradores comenzaban a mostrar el extremo de su locura. Ya iban aventurándose en el mundo de lo irracional. Esta exploración abordaba unas regiones fantásticas que, en nuestros días, ya sólo son arrabales superpoblados. Así, en 1828, el hombre que se paseaba incansa-

blemente por los alrededores de Abbeville, no ponía en duda la existencia de Dios. Tampoco se alejaba de una imaginería que parecía demasiado simple a sus ojos.

Jacques Boucher de Crèvecœur de Perthes decía a sí mismo que el Diluvio bíblico no habría borrado del todo los vestigios de una remota actividad humana y que los aluviones del Somme debían de guardar algunos restos ricos en enseñanzas.

En cuanto a la enseñanza, la época de Boucher de Perthes era aquella en la que todavía se precisaba, con gran desfachatez, que el hombre había hecho su entrada en la escena terrestre 4.004 años antes de Jesucristo. En cuanto al Diluvio, era cosa convenida situarlo poco después del sexcentésimo aniversario de Noé. Había durado cuarenta días y lo había engullido todo.

Después, estos datos adquirieron una apreciable flexibilidad. ¿Es preciso sacar de esto la conclusión de que los pensadores oficiales manifiestan menos severidad? ¡Nada de eso! Cada vez que se corrigen los dogmas, ellos atestiguan el deseo de atenerse a ellos. Grande es su desconfianza ante toda tentativa de modificar los cuadros sinópticos.

En realidad, ¿por qué perturbar nuestra comodidad, por qué modificar las reglas del decoro? ¿Para cargar a cuenta de los supervivientes de la Atlántida unas técnicas que han sido olvidadas? ¿Para asegurar que el continente de Mu no es forzosamente imaginario y que toda construcción ciclópea no resulta del hecho de que sus constructores tenían tiempo que perder?

¿Qué se debe creer? En su época, hombres como Boucher de Perthes eran tenidos por unos extravagantes. Sin embargo, de no haber sido por sus ideas fijas, no sería exagerado suponer que las pinturas de Lascaux pasarían aún por ser el entretenimiento de un ermitaño de la Edad Media. Por otra parte, poco faltó para que esto ocurriese, como vamos a ver.

«La ficción de hoy será la realidad de mañana», escribe Andrew Tomas.¹ Ciento cincuenta años antes, nuestro paseante del Somme escribía, más humildemente:

«Nosotros sólo hablamos al futuro. La generación actual dirá: es un insensato. La generación futura dirá: quizá.»

Estas reflexiones prohíben rechazar como especulaciones gratuitas todo lo que se refiere al universo de la hipótesis. En

1. A. Thomas: *Les Secrets de l'Atlantide*, prefacio (París, «Robert Laffont», 1969). Ed. española: *Los secretos de la Atlántida* (col. «Otros Mundos» Plaza Janés, 1971).

una época en la que el radiotelescopio de Nançay, departamento del Cher, se pone de día y de noche a la escucha del cielo, sería una actitud timorata la de no escuchar a los románticos de la arqueología cuando captan en el pasado señales insólitas...

Un bohemio de la Ciencia

Así, sólo habría insensatos en la clase de arqueología no conformista, cuyo programa vamos a recorrer de la forma más completa posible.

«Yo no soy ningún sabio —escribía Boucher de Perthes—, soy un gitano de la Ciencia; digo la buenaventura y, si acierto, hay en ello más suerte que mérito.»¹

Acertó en 1836. Unos obreros, que trabajaban en el banco de Menhecourt, le trajeron un saco de arena en el que había una piedra tallada, un hacha que les valió a los jornaleros una recompensa más sustanciosa que de ordinario.

Desde este hacha hasta las *Antigüedades célticas y antediluvianas*, balance de diez años de investigaciones, la aventura de Boucher de Perthes conocerá episodios inesperados. Esta aventura, cuyo relato figura en *Descubrimientos arqueológicos de Francia*, de Colin-Simard, es la de cualquier mente profética a la que nadie toma en serio hasta el día en que...

A los ojos de la sociedad abbevilense, el investigador iluminado era un personaje notable. Jefe de Aduanas, autor de obras de metafísica y de innumerables comunicaciones a las agrupaciones científicas, Boucher de Perthes consiguió que sus puntos de vista fuesen compartidos por la Real Sociedad de Londres. En 1859, unos expertos de gran fama atravesaron el Canal de la Mancha para examinar los sílex recogidos en los aluviones. Vieron en ellos el testimonio de una industria «antediluviana», o sea, prehistórica, y la prueba de que en aquellos parajes habían vivido personas en tiempos difíciles de determinar. A su vez, la Academia de ciencias inclinóse también. Pero no se puede forzar impunemente la mano de los profesionales de la certeza. Éstos se resarcieron en 1868, a la muerte de Boucher de Perthes. Pretextando que se trataba de

1. Citado por Colin-Simard: *Découverte archéologique de la France* (París, «Amiot-Dumont», 1955).

una decisión familiar, todas las obras del genial pionero fueron retiradas del comercio...

Homero en mano

Desconfíen los atlantistas distinguidos y los amigos de los hiperbóreos: sus tesis, como las de Boucher de Perthes, podrían ser retiradas del comercio, en espera de las rehabilitaciones póstumas provocadas, a veces, por un descubrimiento sensacional... En realidad, el sueño es tolerado cuando se apoya en una fortuna sólida. Tal es el caso de Schliemann, que exhumó Troya o, más exactamente, la ciudad nueve veces reconstruida en el mismo sitio.

Esta vez, el soñador es inspirado por un poeta y su obra. Schliemann confía en Homero: la *Iliada* hace las veces de revelador.

En su Mecklemburgo natal, en la Alemania del Norte, Heinrich Schliemann, cuando era niño, recibió un regalo navideño que inflamó su imaginación. Era un libro para la juventud, en el que se hablaba de la guerra de Troya. Y la guerra de Troya convirtió en el tema predilecto del niño, después del adolescente, no como uno de esos sueños que borra la edad, sino como el germen de una vocación. La realización de ésta no es una cosa común. Entra en ella una determinación, la prosecución de un fin único que sería la esencia del genio si esta palabra se admitiese en el terreno de la Arqueología.

Privado de su madre cuando sólo contaba nueve años de edad, puesto en la imposibilidad de continuar sus estudios, trabajando de aprendiz a los catorce años, este, podría decirse, personaje de Dickens se convertirá en el hombre rico, en el negociante que triunfa en sus empresas y cuyos viajes y actividades van acompañados de una sola presencia: la de Homero.

El destino ofreció a Heinrich, en la época en que era dependiente de una droguería, el encuentro con un estudiante imbuido de helenismo, el cual declamaba como hubiera podido hacerlo el propio Homero en persona. Tal fenómeno existía en 1836. No puede decirse que la raza se haya perpetuado...

Veinte años después, Schliemann se puso a estudiar griego. Como había hecho con el español, el inglés o el holandés,

unas semanas le bastaron para realizar esta tarea. Al mismo tiempo, bruñía sus armas, hacía acopio de las municiones indispensables, es decir, el dinero. Hacía fructificar su fortuna a través del mundo entero. En 1866, la consideró lo suficientemente sólida e importante como para ponerla al servicio de una pasión intacta.

«Finalmente —escribirá—, podía realizar el sueño de mi vida: visitar libremente los lugares en donde se habían desarrollado los acontecimientos que siempre me habían apasionado y la patria de los héroes cuyas aventuras me habían entusiasmado y consolado en mi juventud.»

La colina inspirada

La *Iliada* ha suministrado tema para muchos comentarios, pero menos que el *Timeo* de Platón. Ello es debido a que la imaginación vaga con menos libertad en un terreno que existe, y en el cual pueden darse golpes de piqueta, aunque fuese sin resultado. Aquiles, Héctor, Agamenón aparecen en un paisaje cuyos contornos es posible encontrar. Entonces, ¿por qué no lanzarse en pos de sus huellas? Otro es el caso de los atlantes, cuya tierra originaria habría desaparecido, y cuya misma existencia se pone en tela de juicio. Buen tema de perplejidad para los aficionados a la geografía irracional.

La única relación entre los lugares evocados por el poeta y el filósofo es la extrema reserva de la ciencia oficial con respecto a ello. En 1866, la *Iliada* no era considerada como una referencia seria. Para aquellos que querían admitir que Troya se hallaba sepultada en alguna parte, la colina de Bunarbashi recogía el máximo de sufragios. Para Heinrich Schliemann, era preciso simplemente confiar en el «evangelio» según Homero y esta confianza iba a orientar su acción hacia otros escondrijos.

Nuestra intención es demostrar el papel desempeñado por algunos soñadores en la revelación de hechos tenidos por legendarios o casi legendarios. Para la gloria de Schliemann, algunos detalles del célebre poema tenían su correspondencia en un lugar preciso: la colina de Hissarlik, a unos 4 km del

mar. Con la *Iliada* en la mano, aquel negociante de cuarenta y siete años de edad, obraba como si quisiera cerciorarse de que la isla del tesoro que acababa de encontrar era la isla del tesoro de sus lecturas infantiles.

Atento a las condiciones en que se había desarrollado la persecución entre Aquiles y Héctor, el arqueólogo (aficionado,¹ naturalmente) decíase a sí mismo que el pico de Balli Dag, cerca de la aldea de Bunabarshi, presentaba un relieve demasiado torturado para que pudiera adaptarse a la anécdota. Además, ese lugar estaba demasiado lejos del mar. En cambio, dos fuentes manaban en los flancos de la colina de Hissarlik. La una era fría, la otra, caliente. Schliemann consiguió situarlas, y con ello se vio reforzada su convicción: Troya se escondía debajo de Hissarlik.

En el mes de mayo de 1873, el descubrimiento de un verdadero tesoro coronó la primera campaña de excavaciones. Literalmente fascinado por el canto homérico, Schliemann lo denominó el «Tesoro de Príamo». Poco a poco, las ruinas exhumadas volvían a ocupar su lugar en la Historia, y el templo de Atenea, como el palacio de Príamo, muy discutido luego, constituían otras tantas ilustraciones ingenuas a las que la pasión del descubridor confería una realidad.

La misma fe en la veracidad de un poema impulsó a Schliemann tras las huellas de Agamenón, o sea, en dirección a Micenas.² Poco importa que las tumbas descubiertas no sean las de los sitiadores de Troya. Desde el punto de vista arqueológico, la empresa era fructuosa. El soñador se había rehabilitado a sí mismo, ya que preciso es decir que sus primeros golpes de piqueta fueron contemplados con burlona ironía. Había gastado mucho dinero, si bien nadie podía reprochárselo, puesto que se trataba de dinero suyo. Finalmente, los vestigios sacados a la luz representaban pruebas más tangibles que los sílex anónimos de Boucher de Perthes. Por consiguiente, la aventura Schliemann sería alentadora, y se inscribe en el ac-

1. *Archéologue amateur*, según la expresión que figura en el artículo «Troie», del *Dictionnaire encyclopédique d'archéologie*, de Léonard Cottrell (París, 1962).

2. En diciembre de 1876, se encontraron en Micenas otras joyas de oro y de plata. Su carácter particular llamó la atención de Schliemann sobre una civilización «micénica».

tivo de los arqueólogos románticos. Con justicia, el vencedor podía escribir: «Actualmente, como arqueólogo, soy el punto de mira de Europa y de América, porque soy yo quien ha descubierto Troya, esa misma Troya que, desde hace dos mil años, los arqueólogos del mundo entero estuvieron buscando en vano.»³

Los museos imposibles

Después de las ciudades, las obras de arte. Hay una, y probablemente la más gigantesca del mundo, llamada el Candelabro de los Andes o el Tridente de los Andes, por no haber podido dilucidar el misterio de su origen y su significación. Este grabado de tres ramas, la más larga de las cuales mide 500 m, se inscribe en la arena de una colina que se sumerge en la bahía de Pisco, al sur de Lima. Aunque su orientación, como observa Robert Charroux, lo ponga al abrigo de los vientos dominantes, su conservación en un suelo móvil en el que los surcos, lógicamente, habrían tenido que borrarse al cabo de algunos años, plantea un problema tan extraño como la existencia misma del dibujo. Calculador de mareas, sismógrafo gigante, señal para uso de marinos, de piratas o de navegantes aéreos, muy temerario sería el que se atreviese a pronunciarse en este caso y, por otra parte, nadie se arriesga a ello.

Las preguntas que suscita este fantástico candelabro son tan desconcertantes como las que acudían a la mente de los primeros *descubridores* del arte rupestre. Hace poco menos de un siglo, el descubrimiento de una silueta de reno, grabada en la pared de una caverna, planteaba la misma clase de enigma. Que unos hombres hayan vivido en tiempos muy lejanos, a los que la Biblia no alude siquiera, la hipótesis comenzaba a tolerarse. Que hayan tallado el sílex para obtener utensilios y armas, la cosa era plausible, bajo reserva de laboriosas comprobaciones. Pero que estos trogloditas prognáticos hayan tenido nociones de belleza gráfica, que hayan tenido el sentido de la estilización, de la representación mágica o gratuita, esto reba-

3. Carta del 24 de junio de 1870 citada en *L'Aventure de l'archéologie*, de C. W. Ceram (París).

saba toda comprensión.

No importa: la Prehistoria entraba en las costumbres, por así decirlo. Entraba a tan fuertes dosis, que las personas razonables pedían un respiro. Después de los sílex, la pintura impresionista: era demasiado.

Sin embargo, en 1879, cuando don Marcelino de Sautuola descubrió las pinturas de Altamira,¹ ya no cupo ninguna duda en cuanto a su origen. Períodos y dataciones era algo que se ignoraba en aquella época, y el mundo prehistórico aparecía como una tierra desconocida, de límites imprecisos. Para Marcelino, unos artistas de talento, y no de los menores, habían habitado aquella gruta de Altamira, que pronto habría de ser considerada como el museo más antiguo y el más increíble.

Las primeras revelaciones del arte rupestre se refieren, en realidad, a dos hombres. Ambos mal recompensados en su confianza. Ni más ni menos soñadores que Boucher de Perthes y Schliemann. Simplemente, unas mentes más abiertas que otras a lo irracional, que sólo adquiere sus cartas de nobleza en el momento en que la suerte favorece a los investigadores.

De pronto, Altamira fue considerada digna de admiración, porque Alfonso XII la había visitado guiado por su descubridor, lleno de esperanza. Pero, ¡ay! El Congreso internacional de Antropología y de Arqueología prehistórica, celebrado en Lisboa en 1880, sólo dedicó cuatro líneas al descubrimiento. Después de una excursión a los lugares, el asunto fue relegado a la categoría de una broma de mal gusto. Émile Cartailhac, que representaba a Francia, prefirió irse a tomar el aire en lugar de participar en la discusión.

Transcurrieron diez años. A partir de 1890, Émile Rivière, arqueólogo meridional, emprendió excavaciones en una región que comenzaba a dar que hablar de sí: el valle del Vézère.² Cerca del villorrio de La Mouthe, observó una cueva de tipo clásico, que reunía las condiciones de un hábitat antiguo. Púsose en relación con el dueño y le rogó que lo avisara tan pronto

1. En Santillana del Mar, cerca de Santander.

2. Lartet y Christy habían emprendido unas excavaciones en las Eyzies desde 1863.

como se efectuase el primer hallazgo insólito.

En la primavera de 1895, se dio la voz de alerta. Al querer nivelar el suelo de la gruta, que le servía de hórreo y bodega, el propietario de La Mouthe había dado un golpe de azadón en el vacío: ante él se abrió un pasadizo.

En este pasadizo, que Émile Rivière exploró pacientemente, aparecían unos grabados, pero sólo a 92 m de la entrada. A partir de ahí, se hacían cada vez más numerosos...

La buena fama

La abundancia de bienes puede resultar perjudicial tratándose de Arqueología. Hasta el punto de que, en 1897, en el congreso de la Asociación francesa para el fomento de las ciencias (*sic*), un participante, de bastante categoría, expresó su satisfacción al enterarse de que la gruta acababa de ser cerrada. De lo contrario, sus grabados se habrían multiplicado hasta el infinito. No había más que cavar, para descubrir otras nuevas. Parecían hechas a medida... Tales sospechas habían gravitado sobre don Marcelino y el tesoro de Altamira.

Este modo de eludir la discusión confiriéndole un giro humorístico... disipó toda molestia y embarazo. Sin embargo, había que poner en guardia a los aventureros del sílex contra futuras equivocaciones. Entonces se elevó una voz:

«¡Monsieur Émile Rivière, usted compromete la buena fama de la Antropología prehistórica!»

Esta recriminación podría hacerse a muchos autores que, en nuestros días, intentan hacernos comulgar con ruedas de molino. A los defensores del arte rupestre, la razón oponía argumentos perentorios. Por ejemplo: ¿cómo habrían podido los trogloditas dibujar en la oscuridad, siendo así que nosotros no somos capaces de hacerlo?

Pero, cuatro años después, se encontró un platillo de madera en La Mouthe. Según Émile Rivière, sólo podía ser una lámpara. Si lo era, ello quería decir que nuestros remotos antepasados habían podido ver en la oscuridad. Un análisis químico confirmó la hipótesis: en el fondo del objeto, había adherida una sustancia carbonosa, resultante de la combustión de grasa animal.

Era, sin duda, la prueba decisiva, aunque modesta, que es-

peraban los prehistoriadores del momento para reconocer la evidencia. Los descubrimientos se multiplicaban por doquier en Francia, tierra privilegiada del paleolítico. Aprovechar la ocasión de no perder el prestigio, so pena de ver puesta en duda la competencia, tal era el problema. Ya se estaban produciendo fisuras en el seno de la mayoría. Individuos que aún dudaban, prestaban oídos complacientes a unas reseñas que, veinte años atrás, habrían sido arrojadas al cesto de los papeles. Émile Cartailhac, cuya opinión era muy respetada, fue aún más lejos. Publicó un artículo en el que reconsideraba su postura y, de detractor, convirtiéndose en un ardiente defensor del arte rupestre. Su *Mea culpa de un escéptico*, título sin ambigüedad, hace honor a un verdadero hombre de Ciencia.

Tales cambios de actitud son rarísimos. Con mayor motivo cuando los detractores de una tesis, habiéndose convertido en sus defensores por oportunismo primeramente, y luego por conciencia profesional, van a efectuar una enmienda honorable en presencia de sus colegas. ¡Ay!, don Marcelino de Sautuola ya no podía beneficiarse de esta gloria tardía: la amargura había abreviado sus días, y había muerto unos años antes.

Durante el verano de 1902, Cartailhac visitó La Mouthe,¹ y aquellos museos imposibles que sucesivamente iban abriendo sus puertas: las Combarelles, Font-de-Gaume.

Estos relatos de los tiempos heroicos de la ciencia prehistórica quizás induzcan a creer que los soñadores de hoy gozan de mayor indulgencia. Por ejemplo, en Antropología, la aparición del hombre en la Tierra es un hecho que retrocede en el tiempo con la velocidad de un cohete. El oportunismo, o la apertura de mente, consiste entonces en añadir algunos ceros a unas evaluaciones polvorientas. Algo más fácil de decir que de hacer. En realidad, la sospecha continúa, y la «buena fama» de la Ciencia sigue salvaguardándose celosamente.

¿Qué le falta, pues, a la arqueología paralela para que se la reconozca como de utilidad pública? Le falta cohesión. Los hechos y los hallazgos insólitos no faltan, es verdad, pero su catálogo puede leerse en un sentido o en el otro. Los raros intentos de cronología, como los que encontramos en *El Hom-*

1. Descubierta el año anterior por Peyrony, Capitan y Breuil.

bre eterno, de Louis Pauwels y Jacques Bergier, son calificados de «románticos» por los autores mismos.¹ ¿Por qué tanta reserva? Los lazos que podrían existir entre la cultura misma de la meseta de Marcahuasi y la fundación del imperio megalítico de Tiahuanaco no son más tenues que los que unen el che-lense con el tardenoisense, dos períodos de industria que distan 300.000 años uno de otro. Si el cuadro del paleolítico al mesolítico no presenta ninguna fisura es porque así lo quieren los prehistoriadores acreditados. Ya que si los sílex se ordenan sin rechistar, en los estantes, los vestigios anónimos de civilizaciones desaparecidas no se colocan fácilmente unos al lado de los otros como en una ristra de cebollas.

Así, la Arqueología abunda en números sensacionales, sin que podamos ponernos de acuerdo en cuanto al orden del programa. ¿Acaso un cuadro cronológico es el mejor medio de acercar una historia a la Historia desconocida? Por supuesto que no, ya que cada período tiene su reflejo en tiempos anteriores, o más recientes, en tal o cual parte del mundo. ¿Acaso una disposición geográfica no pondría de manifiesto las relaciones entre ciertos continentes y ciertos pueblos? Esto sería simplificar exageradamente la cuestión, ya que los vestigios de estas relaciones suelen pertenecer a épocas diferentes, su desfase sigue siendo inexplicable, ¿y qué hacer con unos continentes hipotéticos que sobrecargan peligrosamente todo nuestro planisferio?

Y encontrarnos, con toda humildad, ante una enumeración de enigmas que sufren, rigurosamente, una clasificación por categorías. De estos capítulos del misterio se destacan ejemplos que son como otros tantos fósforos para la imaginación. Fósforos maravillosos, que arden mucho tiempo sin consumirse. Uno de ellos proyecta un fulgor deslumbrador desde hace milenios: la Gran Pirámide, sin hablar de sus satélites, es, por excelencia, el gran tema de especulaciones intelectuales. El otro es de fecha reciente: la ciudad inca de Machu Picchu no fue descubierta hasta el año 1911.

1. L. Pauwels y J. Bergier; *L'Homme éternel*, pág. 205 (París, «Gallimard», 1970).

Diferentes maneras de no ver claro

Ya tendremos ocasión de volver a ocuparnos de Machu Picchu y de las pirámides, o de los incas y de los egipcios. Los unos y los otros se encuentran en numerosas encrucijadas de la carretera. Suposición. Sin embargo, estos dos lugares representan una demostración de productos inflamables para la imaginación. Los dos son igualmente objeto de explicaciones que los americanistas y los egiptólogos hacen seguir de unos puntos de interrogación.

A propósito, tendría que haber dos categorías de puntos de interrogación. La primera sería utilizada por los especialistas acreditados para concluir, como suelen hacerlo, suscitando al final una cuestión que parece secundaria, tan escaso es su peso, después de una brillante exposición. Es el punto de interrogación accesorio, llamado de concesión.

La segunda categoría, de que hacemos uso constantemente en esta obra, no es sino un síntoma de curiosidad. Este punto de interrogación surge al abordar el problema, se acentúa en el curso de un examen más minucioso y se multiplica en toda explicación, si el autor es sincero e invita al lector a reflexionar, en vez de imponer su punto de vista de un modo definitivo y sin apelación.

La fortaleza de Machu Picchu fue descubierta el 24 de julio de 1911, por tres viajeros que no sabían exactamente lo que andaban buscando. Un granjero indígena servía de guía a sus dos compañeros, un militar peruano y un joven profesor norteamericano. La pequeña expedición había subido al valle del Urubamba. Se encontraba agotada, de tanto subir y bajar montañas. El calor del verano, el espesor de la jungla hacían penoso el avance. Era en aquella región desconocida, en la que el Urubamba descendía rápidamente, convirtiéndose en torrente ensordecedor antes de llegar al encuentro del río Amazonas, donde podía hallarse situado Vitcos, refugio del último inca. A condición de que esta ciudad legendaria existiese. Los españoles, por más que se habían esforzado en descubrirla, porque suponían que en ella se hallaba escondido el gran tesoro de los incas, no habían encontrado el menor rastro.

Más allá, es decir, aproximándose a Cuzco, se extendía la

cadena impresionante de las ciudades-fortalezas pegadas a las pendientes escarpadas del macizo rocoso. Loyamarca, Botamarca, Patallacta, Huamanmarca¹ habían sido edificadas por los constructores incas a 500 m por encima de las gargantas del río. Constituían la vanguardia de bastiones defensivos mucho más importantes, ciudades como Ollantaytambo y Pisac, construidas sobre el curso superior del Urubamba.

Vitcos, la «ciudad de la fidelidad», ¿no se escondería tal vez en la vanguardia de aquella vanguardia, en aquella zona misteriosa a la que acababan de llegar, aquella mañana de julio de 1911, los viajeros extenuados que franquearon el Urubamba espumeante por una frágil pasarela, antes de aventurarse por un sendero de rápida pendiente, apenas visible a través de la maleza? La altitud alcanzaba los 2.500 m y hacía difícil la respiración. Una vez que hubo llegado a la cumbre, el profesor de la Universidad de Yale, llamado Hiram Bingham,² creyó estar soñando: ante él se erguía un muro cubierto de lianas y arbolillos. Los tres hombres recobraron su energía y, tras haber escalado otros muros, descubrieron el espolón rocoso en el que se apretujaban, casi intactas, las construcciones ciclópeas de la ciudad misteriosa. En cuanto al nombre de esta ciudad, no es otro que el del más alto de los picos que dominan el lugar, Machu (viejo) Picchu, que sobrepasa en 300 m a su hermano menor Huayna (nuevo) Picchu.

Hiram Bingham hizo de Machu Picchu el asunto de su vida, ya de por sí fértil en acontecimientos. Al año siguiente al del descubrimiento, volvió a aquellos mismos lugares con medios más amplios y más oficiales. La Primera Guerra Mundial interrumpió sus investigaciones. Se hizo aviador a los cuarenta y dos años, y luego, al llegar la paz, se dedicó a la política. Detrás de estas ocupaciones absorbentes, la obsesión por Machu Picchu permaneció constante. Después de haber sido, durante una cálida mañana, un explorador recompensado, Bingham se convirtió en pionero de la arqueología irracional. Preciso es decir que un relato circunstanciado y algunos apuntes históricos no podían bastar para agotar el tema.

¿Cuáles son los datos del problema, en estado bruto?

1. Unidas a Cuzco por una carretera pavimentada.
2. Nacido en 1875 en Hawái, muerto en 1956.

«Un dédalo de admirables casas de granito», en las que el ajuste es de una perfección absoluta, unas escaleras de ciento cincuenta peldaños, algunas de cuyas partes están talladas sin interrupción en la roca, dos templos y una escalera de tres mil peldaños que conduce a la cima de la montaña, donde, sobre una plataforma superior, se eleva la piedra «que medía el sol».

Lo que más particularmente llama la atención de Hiram Bingham es una fachada en la que hay tres aberturas regulares. Estas tres ventanas indican, según Manco Capac, la cuna de la civilización inca.

¿Quién es Manco Capac? El último de los amautas, de los que setenta y dos dinastías reinaron en los Andes hasta el año 800. Una invasión bárbara habría puesto fin a esta larga estabilidad gubernamental. Algunos refugiados habrían llegado hasta aquel nido de águila, designado con el nombre de Tampu Tocco. Esta supervivencia del Reino se habría prolongado por espacio de cerca de cinco siglos. Después, su jefe, Manco Capac, abandonó su refugio, se apoderó de Cuzco y fundó el imperio inca.¹

Se comprueba que, si Bingham había creído descubrir en Machu Picchu el refugio del último inca, se había dejado seducir por la idea de que la ciudad inaccesible era, en realidad, la cuna del primero... De esta manera, entreabría una puerta por la cual iban a deslizarse unos espíritus aún más aventureros. ¿El genio de los incas no debía algo de su poder a civilizaciones anteriores? Así, del Reino de Chimú, en la costa norte del Perú, y de las ruinas de Chan-Chan, su capital. Más antiguos aún, los nazcas, esos enigmáticos grabadores del desierto, cuyas obras destinadas a ser contempladas desde el cielo ofrecen posibilidades de interpretación que dan vértigo. El detonador Machu Picchu nos lleva al extremo sudeste del lago Titicaca, a Tiahuanaco y a su Puerta del Sol. Desde este momento, el Dios blanco precolombino, ya sea vikingo o venusiano, se perfila detrás de un conjunto de suposiciones que exponemos más adelante y que, todas ellas, han conservado el mérito altamente apreciable de incitar a la fantasía observan-

1. Epopeya descrita por Fernando Montesinos, historiador español, muerto en 1562, en su *Historia del Perú antes de la conquista*.

do, al propio tiempo, cierta lógica. Y, para no descartar ninguna de las hipótesis más desconcertantes, hemos de reservar un lugar a la teoría de Hans Hörbiger, doctor Fausto que decía pestes de los matemáticos y se tenía a sí mismo por un astrónomo genial. Es sabido que el horbigerismo se convirtió en una droga predilecta de los alucinados del nazismo, incluso después de la muerte de este teórico de los hielos, en 1931. Dos de sus discípulos, Hans Bellamy y Arthur Posnansky, darían a Tiahuanaco la edad de 250.000 años, simplemente porque, hace 250.000 años, uno de los satélites que giraron alrededor de la Tierra antes que la Luna que nosotros conocemos habría ejercido su atracción sobre los océanos.

Entonces, ciudades como Tiahuanaco y Machu Picchu habrían podido encontrarse a flor de agua. La caída del satélite, o su desintegración, habría provocado una especie de desinflamiento seguido de un reflujo hacia los polos. Dicho de otro modo, uno de los numerosos diluvios que ha registrado nuestra Historia habría dejado las ciudades en una situación geográfica apta para intrigar a más de un arqueólogo.

Sería preciso saber detenerse a tiempo en el sendero de las hipótesis. En algunos lugares hay trampas. Evidentemente, volveremos aún a encontrarnos con Hörbiger, y un día volveremos a Tiahuanaco, pero, por si acaso, ya estamos prevenidos.

Todavía tenemos tiempo de evitar los encantamientos y adoptar, en compañía de honrados americanistas, la tesis según la cual Manco Capac, fundador del imperio, no sería más que un héroe de leyenda. Machu Picchu no habría tenido nunca el papel de precapital. No sería sino uno de los bastiones edificados por los incas a comienzos del siglo xv para que sirviera de refugio a las poblaciones en la eventualidad de una invasión. En cierto modo, el «punto terminal de una constelación de ciudades suspendidas», según la fórmula de W. von Hagen.

Esta arqueología sitúa hacia el siglo x de nuestra Era el impulso de la civilización de Tiahuanaco, su influencia sobre los nazca; luego, desde el siglo XIII hasta la conquista española, el desarrollo y la destrucción de la cultura incaica. Los mis-

mos americanistas, y ya hemos precisado que se trata de gente honrada, reconocen la existencia de misterios, de «huecos» que ninguna tradición escrita permite colmar. Llegan a la conclusión, tanto en el caso de Machu Picchu como en el de Tiahuanaco, de que es imposible disipar estas brumas en ausencia de informaciones complementarias. Ya veremos, en el momento conveniente, cómo los arqueólogos románticos, tan serios como los precedentes, se esfuerzan en echar puentes sobre estos abismos.

Pirámides y superhombres

Hacia el año 2500 a. de J. C., el segundo rey de la IV dinastía ordenó la construcción de una pirámide, dentro de la más pura tradición egipcia. Durante aproximadamente dos siglos, los arquitectos de ese país perpetuaron las enseñanzas del genial Imhotep, a quien debemos un intento que es un golpe maestro, la pirámide del rey Yeser, fundador de la III dinastía. Desde entonces, son visibles las tentativas de perfeccionamiento. En realidad, las técnicas han evolucionado poco. La pirámide de Keops no superará menos a todas las otras no sólo por la altura, sino también por sus cualidades excepcionales.

La Gran Pirámide está orientada con un error mínimo de 3' y 6",¹ precisión obtenida por el conocimiento de la estrella que señalaba el Norte en la época de su construcción. Un muro circular a modo de horizonte artificial, unas marcas que indicaban la salida y la puesta de la estrella, la bisectriz del ángulo formado a partir del centro del recinto constituían un medio *tan simple como eficaz* de definir la orientación.

Los 2.600.000 bloques (evaluación media) necesarios para la construcción del monumento fueron extraídos de la meseta misma de Gizeh y de las canteras de Turah, en la otra orilla del Nilo. Unas pinazas de fondo plano trajeron de Asuán las losas de granito destinadas al techo de las cámaras sepulcrales.

Para la elevación y la colocación de los materiales, el siste-

1. Las pirámides vecinas de Kefrén y de Micerino, curiosamente desdeñadas por los esoteristas, están orientadas con una precisión casi igualmente notable, 5' de diferencia para la primera, 14' para la segunda.

ma de las rampas ascendentes se admite generalmente como el más plausible, aun cuando represente una empresa tan colosal como la misma pirámide.

El abandono de la cámara subterránea, y después de la cámara superior llamada «Cámara de la Reina», se explica por un cambio de humor del soberano todopoderoso. La sepultura definitivamente adoptada, situada aún más arriba, impuso al arquitecto ciertas modificaciones en la inclinación de las galerías.

Muchos otros detalles técnicos, relativos a las maravillas contenidas en esta montaña de piedra, son explicados por una ciencia egiptológica que no deja nada al azar y que efectúa sus pruebas. El único verdadero misterio de la Gran Pirámide reside en su gigantismo, en el increíble gasto de energía y de tiempo, de hombres y de materiales, la fe y la disciplina de un pueblo, la habilidad y la perseverancia de obreros que sólo disponían de masas de diorita, clavijas de madera y tijeras de cobre.

No obstante, unas teorías de otro género confieren a la Gran Pirámide unas dimensiones mucho más impresionantes, si cabe.

El célebre Imhotep desempeña un escaso papel en su concepción. Melquisedec o Enoc, uno de los grandes inspirados de la Biblia, habría trazado su plano. Su realización se remontaría a 4.800 años antes de nuestra Era, y Keops no habría hecho sino pensar utilizar esta tumba enteramente preparada, más impresionante que la de sus predecesores...

En la época de la construcción, ninguna estrella visible servía como referencia al polo Norte.¹ Por otra parte, el meridiano de la Gran Pirámide es el único que tiene una significación, ya que atraviesa el máximo de tierras emergidas y el mínimo de mares. Implica, por consiguiente, un conocimiento completo de nuestro planeta...

Bajo la meseta de Gizeh debía de existir una ciudad subterránea. Ésta habría servido de refugio a un colegio de iniciados, preocupados por preservar una herencia espiritual y cien-

1. A. Pochan: *L'Enigme de la Grande Pyramide* (París, «Robert Laffont», 1971. Ed. española: *El enigma de la gran pirámide*, (col. «Otros Mundos», Plaza Janés, 1973). El autor observa que el Alfa del Dragón, que habría podido constituir una Polar aceptable, no es sino una estrella de tercera magnitud, apenas visible a simple vista.

tífica amenazada por una catástrofe universal...

El material de construcción utilizado no proviene ni de Asuán ni de Turah, sino de la América del Sur...

Hay derecho a exigir a los autores de estas proposiciones algunas explicaciones tranquilizadoras. Pero, ¿en qué momento hay que tomar la palabra? En el momento en que un viaje, que tiene su punto de partida ante nuestros ojos, en Carnac y en Stonehenge, nos llevará, infaliblemente, a la tierra prometida: la Atlántida.

EN BUSCA DE LA HERENCIA

Las agencias de turismo evitan al hombre moderno todo gasto físico superfluo, aunque fuese para ir al encuentro del misterio. Los autocares se alinean en el aparcamiento céltico. Sus ocupantes tienen poca distancia que recorrer para contemplar las alineaciones de Carnac y poca energía que derrochar para llevarse una prueba de su paso en forma de una diapositiva.

No obstante, la emoción experimentada en las landas de Bretaña raramente provoca demostraciones de lirismo ruidoso. No se pueden comparar con la punta del Raz, las gargantas del Tarn o los castillos del Loira.

Menhires, dólmenes y crómlechs no ofrecen una perfección arquitectónica digna de un maravillado éxtasis espontáneo. Los motivos de asombro que proponen no asumen, de buenas a primeras, sus verdaderas dimensiones. Para que se animen las piedras, es necesario que no se apague nuestra imaginación. Pero la imaginación y el fervor planteaban, no hace mucho tiempo, ciertos problemas de precedencia a las autoridades locales.

Malas costumbres de los paganos

*Tout fut soumis au Christ et, signe triomphant,
La croix sanctifia la pierre du peulvan.
(Todo fue sometido a Cristo y, señal triunfadora,
la cruz santificó la piedra del menhir.)*

Esta comprobación de cristianización, puesta en verso por el poeta Brizeux, atestigua lo reacio que se mostraba el clero a relegar a un pasado sospechoso los vestigios de devoción de que eran objeto los megalitos de Bretaña. Puesto que estas piedras no se dejaban fácilmente enterrar o destrozar, se les añadía una cruz, como en Saint-Mériadec, cerca de Pontivy, o se les colocaba una piadosa estatua, alojada en una hornacina, como en Saint-Venec, en Finisterre.¹

De nada sirvió. Hasta finales del siglo XIX, una fidelidad pagana continuó rodeando los megalitos. Gran número de peregrinos se reunían en Pleslin, en las alineaciones del Champ-des-Roches, cuando no eran las piedras mismas las que se desplazaban para celebrar la fiesta de San Juan, el día de Navidad (en el caso de las piedras convertidas), los solsticios de verano y de invierno, o por razones fútiles, como el ir a beber al río próximo, por ejemplo. Algunas jóvenes, siempre audaces cuando se trata de encontrar un esposo, sentían afición (la sienten todavía, según parece) por ciertos menhires con prohibición de fijar carteles. Los símbolos fálicos inspiran igual confianza a las mujeres estériles. Toques y frotaciones justifican, en rigor, confesiones ortodoxas ante el señor rector, quien ve cómo el soplo druídico hace vacilar la llama de los cirios. «Los celtas se hallan entre nosotros», piensan los más eruditos.

El espíritu impregna las tierras del Oeste. Tal vez a causa de él los visitantes del verano son poco demostrativos, si no es para perderse en conjeturas acerca de los medios para colocar en su sitio guijarros de cien toneladas de peso. Afortunadamente, allí están los druidas para explicarlo todo, supersticiones y técnicas. Eran capaces de realizar números asombrosos, con una bonachonería folklórica que dispensa a los espí-

1. P.-Y. Sévillot cita también el menhir de Rungles, cerca de Daoulas, en el que posteriormente fueron esculpidos Cristo y los apóstoles.

ritus demasiado curiosos de remontarse hasta los atlantes. Los druidas cogían el muérdago. El nombre de éstos puede provenir del celta *drew*, que designa la encina. También puede tener sus raíces en los vocablos celtas *dru* y *vid*, que, juntos, significarían «el que posee el conocimiento completo». En cuanto a los sacrificios practicados en las mesas de los dólmenes, se ha vuelto razonable relegarlos a la categoría de calumnias. En efecto, el mayor número de piedras horizontales y de avenidas cubiertas se hallan en el origen de los túmulos. Recubiertos con tierra, no podían servir de altares.

Añadamos finalmente que, para poner término a las especulaciones peligrosas, algunas asocian los druidas a la erección de los megalitos. Así, la protohistoria encuentra su sitio en una cronología racional, y las famosas aventuras de Astérix muestran aún a forzudos galos que manejan el menhir con alegre facilidad.

Piedras algo menos familiares

En pos del pionero Fustel de Coulanges, los historiadores concienzudos han llegado a discernir la realidad gala. En el centro de esta realidad, se halla el mundo de los celtas. Pero, ni Fustel de Coulanges ni Camille Jullian¹ se aventuran en terreno dudoso en el que encontrarían un pueblo desconocido, procedente de un continente hipotético y aportando unos conocimientos en contradicción formal con el concepto de prehistoria y de talladores de sílex. Sin embargo, no hay duda de que los celtas se encontraban en la Galia mil años antes de nuestra Era, «es decir, más de dos siglos antes del comienzo del período histórico griego, y cuatro siglos antes de la fundación de la futura Marsella por los focenses».²

La anterioridad de los celtas con respecto a las civilizaciones mediterráneas, abre de par en par las puertas de un mundo maravilloso. Esta vez el espacio no se mide, y no tardaremos en respirar el aire marino: la Atlántida podría muy bien encontrarse ahí. Pero ya tendremos otras ocasiones de volver a ocuparnos de esto.

1. Véase C. Julian: *Histoire de la Gaule* (París, «Editions Culture et Civilisation», 1963).

2. Artículo de G.-C. Honoré, en *Atlantis*, n.º 240, 1967.

Entretanto, ¿cuál es la función de los 50.000 monumentos megalíticos esparcidos por la Europa occidental? La doctrina druidica los utiliza, sin anexión arbitraria, porque la Tradición aún no ha sido sofocada por una religión nueva. ¿Y el conocimiento? Es posible que no haya sido alterado por el tiempo, si la transmisión sólo se efectúa entre iniciados. Es posible (a despecho de todas las cualidades espirituales de que han sido depositarias la Galia y una minoría selecta filosófica, representada por los druidas) que esta herencia ya no esté intacta. Sobre este respecto, podemos citar especialmente a Jean-Louis Bernard: «Un pueblo prehistórico puede ser también un pueblo posthistórico. ¿Existe una sola raza que haya evolucionado hacia la perfección? ¡No! Las razas prehistóricas, por el contrario, se extinguieron una tras otra. Tal vez no fuesen sino los residuos de grandes razas degeneradas, que fueron arrojadas de su hábitat por un cataclismo.»¹

No nos precipitemos en la decadencia: los druidas poseían aún numerosos secretos, así como conocimientos astronómicos y astrológicos muy precisos que les permitían ir al unísono con el simbolismo de los conjuntos megalíticos dejados probablemente por los primeros ocupantes celtas.

Perfección poco aparente de algunos lugares turísticos

Cerca de Carnac, en Morbihan, 2.935 menhires se hallan alineados en una longitud de 4 km.² Sus batallones cuentan de diez a trece hileras paralelas. En un extremo de la hilera, los más pequeños tienen 50 cm de altura. En el otro, hay gigantes que sobrepasan los 6 m. Todos ellos colocados en la proximidad del océano, tanto en Bretaña como en España. Como escribe Ivar Lissner: «El mar y la navegación han sido siempre los maestros mejores de la Humanidad.» Estos emplazamientos coincidirían con los cruzamientos de corrientes hidrote-

1. Alineaciones de Ménez, Kermario y Kerlescan.

2. J.-L. Bernard: *L'Égypte et la genèse du surhomme* (París, «Vieux Colombier», 1957).

lúricas permitiendo así a los druidas, como a sus predecesores, ponerse a la escucha del cosmos, haciendo los conjuntos megalíticos las veces de antenas.

Familiarizados con el cielo, los constructores desconocidos lo estuvieron hasta el punto de confeccionar el mapa de la constelación de las Pléyades, que se lee en las rocas de cúpulas de la isla de Yeu. La disposición de estas marcas tendría en cuenta unas modificaciones producidas en el curso de un período que va de 10.000 a 6.000 años antes de nuestra Era. Esos cartógrafos estaban ahí demasiado pronto para ser celtas. Tal vez acabaran de llegar a estas orillas, «arrojados de su hábitat por un cataclismo...».

En Carnac, es un calendario el que se anima a partir del crómlech del golfo de Morbihan. Desde este punto, en los solsticios y en los equinoccios, puede verse salir el sol por debajo de los menhires erguidos a través de las alineaciones.

En Crucuno, cerca de Erdeven (Morbihan), un crómlech que sólo cuenta veintidós menhires en pie, representa un rectángulo perfecto. Sus lados y sus diagonales se hallan en la relación 3, 4 y 5, exactamente orientados hacia los cuatro puntos cardinales, y las diagonales sobre las salidas del sol en el momento de los solsticios. Precisiones despojadas del elemento pintoresco folklórico, de acuerdo. Pero, entonces, ¿por qué pasarlas en silencio y reconocer un genio poco menos que sobrenatural a los geómetras que trazaron las bases de la pirámide de Keops? Esto es racismo arqueológico. Sería más sencillo aceptar la discusión en torno a esta cuestión palpitante: herencia común o intercambio de conocimientos o de ingenieros, sin llegar a pronunciarse acerca de la anterioridad de los unos con relación a los otros...

Asimismo, todo el que se interesa por los conjuntos megalíticos sabe que los crómlechs, grupos de menhires formados en círculo, casi siempre se encuentran situados en el extremo de las alineaciones. El hecho de que la misma figura exista en Do-Ring, en el Tíbet, abre perspectivas más vastas.

O bien los celtas vinieron de Asia, hipótesis ya oficial, o bien fueron a Asia para regresar, más tarde, a sus orígenes occidentales. La implantación de los megalitos se situaría antes de este ir y volver y sería representativa de un pueblo procedente del Oeste, el oeste de nuestras orillas, es decir, el océano Atlántico. Este pueblo de los dólmenes, en el curso de un

éxodo cuyas causas sería agradable evocar, tanto las menos plausibles como las más aceptables, tocó tierra en diversos puntos de la costa, desde Escandinavia hasta Marruecos.¹ Luego, la evolución y la demografía desempeñan su papel. El saber de los refugiados se difunde, desaparece aquí, vuelve a surgir allá, permanece inalterable para algunos iniciados o se modifica conforme a las necesidades religiosas y políticas. Uno de los testimonios más extraños de esta dispersión y uno de los enigmas más fascinantes que se hayan revelado en el curso de estos últimos años, debe ir a buscarse en Córcega.

El asombro de Próspero Merimée

«Cuando se descubra el primer lingote de oro debajo de una capa de ceniza, deberéis apoderaros del primer ser humano que pase cerca de allí y sacrificarlo inmediatamente para conjurar a los espíritus. De lo contrario, el tesoro jamás os pertenecerá.»

Estas instrucciones de magia negra, podrían creerse dictadas por algún sacerdote maya o algún otro partidario de una religión diabólica. En realidad, sólo se trata de una superstición de los campesinos corsos, cuyos «pepes» transmitían en su lecho de muerte los secretos que habían de enriquecer a sus descendientes. Más exactamente, se trataba de la necrópolis de Vascolaccio, donde, según decían, se hallaban escondidos unos lingotes de oro debajo de una piedra azul. Sin duda nunca se sabrá si un paseante pagó con la vida el descubrimiento de una hucha cualquiera, pero en Córcega suelen contar que la ciudadela de Bonifacio fue construida gracias al pillaje de esta necrópolis.

En realidad, sólo se trataría de un ejemplo, entre otros muchos, de una vocación casi universal de los hombres a destruir las ruinas del pasado, con la esperanza de apoderarse de las

1. G. Poisson: «L'Atlantide et les mégalithes», en *Atlantis*, n.º 240, marzo-abril 1967, escribe: «En África del Norte, las regiones en las que se encuentran vestigios de poblaciones rubias son también aquellas en las que los monumentos megalíticos son más numerosos.»

joyas o las armas que acompañaban a nuestros antepasados en el gran viaje. Estos desmanes llenan de desesperación a los verdaderos investigadores que llegan a los lugares de un descubrimiento. Deporte nacional en Egipto y en Mesopotamia, costumbre en la América del Sur, los asaltos de los ladrones de cadáveres han asumido muchas formas y han devorado lo mejor de la herencia funeraria de los «salvajes» de otros tiempos. Al lado de estos saqueos organizados, lo que ha sucedido en Córcega es sólo un trabajo de aficionados.

Y luego, en Córcega, unos guardianes indeseables han alejado a los curiosos de ciertos lugares de excavaciones. Cuando un reptil emergía de lo que los pastores llamaban «bancales» (silos de trigo) y que no eran sino tumbas antiguas, podía uno estar seguro de que nadie se atrevería a tocar los restos que quizá se encontraban aún en el sarcófago de piedra: la serpiente representa el alma del muerto y se yergue para prohibir el acceso a su tumba.

Así, al contrario de lo que sucedió en Vascolaccio, la necrópolis de Tivolaggio y su Campo Guardate (Campo tabú) han permanecido intactos, entregando a los investigadores modernos un mobiliario funerario compuesto de objetos de obsidiana, cuentas de piedra y objetos de barro, de la misma época que las tumbas sardas de la isla vecina.

Pero, no son las tumbas, por muy interesantes que le resulten al historiador, las que, en estos últimos años, han situado a Córcega entre los primeros lugares de la arqueología insólita. Lo que en la isla se encuentra no es sólo el vestigio de una historia misteriosa en la que se indica la existencia de unos invasores marinos que hicieron temblar hasta el reino de Egipto, sino también un conjunto de estatuas monumentales tan impresionantes como los famosos monolitos de la isla de Pascua, y que suscitan otras tantas preguntas a quienes realizan su inventario.

El asunto es reciente. No fue hasta 1966 cuando una obra completa sobre estos descubrimientos reveló al público el mundo fantástico que dormía desde miles de años a las puertas de la Costa Azul. El nombre de un investigador del C.N.R.S., Roger Grosjean, se asociaba a esta resurrección. En diez años, había confeccionado el inventario definitivo de estos guerre-

ros y «paladines» de que se halla sembrado el maquis corso, para la mayor perplejidad del mundo erudito.

Como en todas estas cosas, la información habría podido oficializarse con un siglo de antelación. ¿Acaso el ilustre Próspero Mérimée, que inmortalizó el alma corsa en sus relatos, no había escrito¹ desde 1840 páginas turbadoras acerca de grandes estatuas que ostentaban el «bosquejo de figuras humanas»?

En calidad de inspector de los Monumentos históricos, el autor de *Colomba* no escatimó esfuerzos, recorriendo el *maki* en compañía de campesinos poco entusiastas, pero cuyas raras confidencias sobre los menhires ocultos en la montaña no podían por menos que excitar la curiosidad de un alma novelesca. La tradición afirmaba que sólo podía tratarse de monjes, soldados o muchachas petrificadas por un castigo eterno. Una primera excursión lo condujo a la región de Sartène, donde los menhires alineados de Cauria y el dolmen de Fontanaccia le recordaron, sin duda, unos vestigios mucho más espectaculares, en los cuales se interesaban entonces en Bretaña, sino que aún se tratase de darles el nombre de megalitos... Siempre reminiscencias del paganismo galo, fin del final de toda explicación aunque poco remota de la Historia, en este medio siglo que nos precede.

El asombro de nuestro oficial inspector de los Monumentos históricos debió de subir de punto cuando, tras las huellas de sus guías, descubrió en Paravo (Sollacaro) unos rasgos humanos grabados en una parte de los once menhires alineados. Después, cerca de Sagone, una escultura enteramente detallada en un bloque de más de dos metros de largo... Mérimée efectuó el informe correspondiente.

Hace cien años, lo sabemos desde el comienzo de nuestra excursión insólita, los espíritus distinguidos no estaban lo suficientemente maduros como para admitir representaciones antropomórficas en una comarca tan próxima como Córcega, y el informe de Mérimée fue relegado al olvido.

1. P. Mérimée: *Voyage en Corte*.

Cincuenta años más tarde, le cupo la misma suerte a la relación de los menhires corsos establecida por Adrien de Mortillet, cuyas investigaciones sobre los cultos funerarios de la protohistoria le habían dado, sin embargo, una autoridad indiscutida. También aquí, las uvas estaban demasiado verdes para aquellos señores de las academias.

Ha habido que aguardar hasta estos últimos años para que, por instigación de algunos notables del lugar, intrigados por una vecindad tan insólita, se tome en consideración un estudio completo de los megalitos corsos.

Seguramente Mérimée habría pagado un alto precio para hallarse en el lugar de Roger Grosjean, el día en que éste, al azar de una conversación con un campesino, en cuya casa había descubierto algunas estatuas, se abrió paso con el machete hacia lo que el propietario llamaba las ruinas de un viejo convento, cerca del campo de excavaciones. Lo que vio el investigador, una vez apartada la espesura impenetrable de encinas verdes y olivos silvestres, fue algo muy distinto de un refugio para piadosas monjas: vio sencillamente la capital-santuario de la civilización megalítica que había poblado el sur de Córcega, con sus extraños caballeros de piedra y en la que una estatua de paladín, con un puñal grabado en el costado, coronaba el túmulo central rodeado de enormes muros de roca levantados al modo ciclópeo.

El enigma de los aislados

¿Qué novela no habría imaginado Próspero Mérimée, escritor, basándose en estos enfrentamientos de razas, cuyas huellas han quedado en los maquis de la isla? A través de la edificación de laberintos, de «torres» (de las que actualmente se encuentran inventariadas más de un centenar) y de menhires cubiertos de cascos y espadas, se desarrolla la lucha de los pastores autóctonos contra los invasores venidos del mar, hace de esto... tres o cuatro mil años. ¿De qué inspiración no habría podido aprovecharse, si hubiera podido contemplar las fortalezas de los conquistadores, aún cubiertas con puntas de flechas lanzadas por las poblaciones oprimidas, y las cuevas de

incineración de Filitosa, en las que los rudos guerreros «torreanos» rendían un postrer homenaje a sus muertos?

Ante todo, ¿quiénes eran esos invasores cuyo recuerdo ha dejado en el alma de los corsos un complejo tan bravío de perseguidos, que les ha hecho refugiarse en el maquis al primer asunto grave que se produce en la isla? Y ¿por qué, según los vestigios tan bien estudiados por Roger Grosjean, estos mismos conquistadores abandonaron súbitamente sus fortines y sus puertos hacia el año 800 de nuestra Era?

Todo cuanto se sabe es que las armas de bronce y los vestigios de cascos adornados con cuernos de buey, que figuran en las estatuas, son afines a otros indicios esparcidos por el Mediterráneo: «No existe más que un pueblo —dice Roger Grosjean— que corresponda a las representaciones de estatuas-menhires de Córcega, y es uno de aquellos pueblos del mar que hicieron temblar a Egipto entre los siglos XIV y XIII a. de J. C.: los shardanos. Las comparaciones entre las representantes de las estatuas-menhires armados de Córcega y los magníficos bajorrelieves de Medinet-Habu, que describen el combate naval a las puertas de Egipto entre la flota egipcia y la coalición de shardanos y filisteos, son tan turbadoras, que sugieren, naturalmente, una identidad de origen.»

Tras la partida de los conquistadores,¹ los gigantes de piedra continuaron montando guardia ante los misterios aún no dilucidados de la isla. En particular, ningún elemento complementario ha permitido, hasta ahora, esclarecer los ritos religiosos de estos neolíticos rezagados. Cabe suponer que, contrariamente a tantas otras culturas, las fuerzas sobrenaturales que adoraban los autóctonos quedasen en estado abstracto.

No menos asombrosa es la ausencia de vestigios de una época paleolítica. ¿Débese acaso a que la isla quedó grandemente rezagada con respecto a la evolución del continente, encerrada, en cierto modo, en un aislamiento que, ni siquiera ahora, se ha roto del todo?

Sea lo que fuere, allí florecía esplendorosa la Edad de Pie-

1. La mayoría se establecieron en una isla vecina que lleva su nombre: Cerdeña.

dra, mientras que, en tierra firme, los continentales comenzaban a vivir en la Edad del Bronce.

«La Córcega antigua —dice Grosjean—, se mostró siempre hostil a toda forma de penetración extranjera, hoscamente independiente y aislacionista. Desde el III milenio antes de nuestra Era hasta la mitad del II milenio, los corsos permanecieron en sus montañas, limitándose a comerciar con Cerdeña para la importación de la obsidiana indispensable, a falta de sílex, para la confección del pequeño utillaje y de las puntas de flechas.»

Sin embargo, fueron estos mismos «primitivos» los que, en una época muy remota, levantaron aquel ejército inmóvil cuyos rasgos se parecían singularmente a los de ciertas esculturas modernas. Nos recuerdan las obras de Gauguin influidas por el arte polinésico.

De las cuatro grandes épocas que diferencian estos menhires esculpidos, la más reciente es la de «la ocupación» o de «la resistencia».¹ Figuras francamente inspiradas en el armamento y la indumentaria de los conquistadores torreanos, sin que se pueda definir en nombre de qué complacencia los artistas corsos se creían obligados a desempeñar el papel de los Arno Breker de la época. En los caminos de la trashumancia, en Sagone, Renno, Albertace, Nebbio, encontramos caras en las que las orejas y el nacimiento del cuello aparecen visiblemente elaborados, mientras que un collar que ostenta motivos misteriosos adorna el pecho.

Remontando la corriente del tiempo, el comienzo del II milenio es testigo del auge que experimentaron los menhires en forma de obelisco, o de trapecio, con un recio contorno que los convierte en algo inquietante cuando se les encuentra en filas compactas de un centenar o más. Pero, en su mayor parte, estos modelos se hallan aislados en la montaña, o bien unidos de dos en dos, como la pareja *U Frate et a Sora* (el Hermano y la Hermana), en la región de Ajaccio-Solonzara. Paralelamente, los dólmenes decorados son numerosos en la región de Sartène, ya en superficie, ya ligeramente enterrados. Con frecuencia, son las tapas de los «bancales», o cofres funerarios, las que forman por sí mismas la parte superior del monumento empotrado en un túmulo.

1. Las fortificaciones son obra de los invasores, lo mismo que las «torres» y los laberintos que aún planean un enigma.

En la época anterior,¹ bordeamos el V milenio. Cofres profundamente enterrados, verdaderas cámaras funerarias comparables a las de Bretaña o a los cistos romanos. Las necrópolis de Tivolaggio, Vascolaccio, Sartène, Taravo y Alta-Roca, fueron las que despertaron la codicia de los campesinos de los siglos pasados.

Conjunto tanto más sorprendente cuanto que, digámoslo de nuevo, estos artistas, profundamente religiosos, estaban muy rezagados con respecto a las civilizaciones vecinas. En tanto que las razas continentales conocían la metalurgia, la cerámica campaniforme, la cría del ganado y los vestidos de cuero, los autóctonos de Córcega ignoraban el metal, las vasijas que no fuesen de tierra grosera, y sólo criaban cabras y carneros.

Si se puede extraer una parábola de estos descubrimientos es la de que los desprovistos no son, forzosamente, los más tontos. Parábola que también se aplicaría al paralelismo entre nuestra sociedad opulenta y los pobres partidarios de la mentalidad prelógica tan cara a Lévy-Bruhl. «No podemos negar el don de la imaginación al hombre que puede concebir un hueso con resorte para su perro, un portacepillos para dientes musical e incluso la caja que-no-sirve-para-nada... Esta fuerza de pensamiento, que llena con sus testimonios las vitrinas de los museos y los pisos de los grandes bazares, se queda corta, como empobrecida de súbito ante unos hechos que parecen discutibles al occidental del siglo XX y que el resto de la Humanidad, de un extremo a otro del tiempo y del espacio, considera como las únicas verdades esenciales.»²

La expansión megalítica

Nuestros contemporáneos, frente al tesoro súbito descubierto en Córcega, se emocionan menos ante los fortines y los cascos decorados de los invasores sardos que ante las humildes representaciones humanas grabadas en centenares de estelas por pastores ignorantes, y que, tanto hoy como ayer, parecen invocar alguna protección invisible sobre los pueblos cuya custodia les había sido confiada. Condensadores de energía psíquica, antepasados tutelares o intermediarios con una

1. Denominada «Megalito I» por el equipo de Roger Grosjean.
2. J. Servier: *L'Homme et l'invisible* (París, «Robert Laffont», 1964).

divinidad abstracta, son esto o aquello, o quizá todo ello junto, hermanos de las grandes sombras que velan sobre la isla de Pascua en otro océano. Pero dan testimonio, en la aurora de los tiempos, de una aventura del espíritu que no debía nada ni al «azar» ni a la «necesidad», sino que refleja alguna dimensión interior del hombre de quien la tierra entera sirve de espejo.

La tradición megalítica de Córcega es, pues, enigmática por más de un motivo. Aparte el asombro que suscita su revelación reciente, en tanto que lugares más lejanos constituyeron el objeto de estudios mucho más antiguos, nos preguntamos a qué influencias estuvieron sometidos los insulares, o si es que no sufrieron influencia alguna. ¿Por qué el estudio de los otros monumentos de piedra dispersos por el mundo no habría de aportar alguna luz?

«La expansión megalítica fue superponiéndose en el tiempo», escribe Fernand Niel, quien establece una clara diferencia de edad entre los conjuntos de Bretaña y de Inglaterra, por un lado, y los del Sur de Francia, de España y de África del Norte, por otro lado. Los primeros se habrían erigido entre —2500 y —1500. Los segundos tendrían una edad inferior a mil años. Los de la India, casi únicamente dólmenes, serían modernos: ¹ dos o tres siglos a. de J. C., como quien dice ayer. El mismo autor formula entonces una pregunta que no hace sino acentuar el misterio: ¿menhires y dólmenes son contemporáneos los unos de los otros? La paradoja quiere que las piedras verticales pertenezcan a un período más reciente que esas tablas horizontales, cuya colocación supone soluciones técnicas más complicadas.

El gigante de los menhires, el campeón de la Europa occidental, yace hoy, roto en cuatro pedazos, en Locmariaquer. Es el Mané er Groah, que tenía más de 23 m de altura. Los medios utilizados para levantar esa mole de 300 toneladas confunden la imaginación. Son, en todo caso, comparables a los que empleaban los egipcios al construir las grandes pirámides, si es que son realmente ellos los constructores... Ahora bien, si los egiptólogos se detienen en el sistema de rampas, completado con el empleo de andamios, palancas, cabrias y rodillos, nin-

1. En la India, en el Deccán, un conjunto de 2.200 dólmenes.

guno se ha atrevido a pronunciarse de una manera formal. Lo mismo puede decirse de la erección de los menhires. Una mano de obra muy numerosa, es posible. El lento avance sobre trenes de rodillos, es admisible. Pero la imposibilidad de encontrar vestigios de las calzadas que habían de ser anchas, lo más rectilíneas posible y cuidadosamente aplanadas, es algo que no viene a simplificar la cuestión.

Detalles insignificantes

Entonces, si los dólmenes son más antiguos, ¿qué debe pensarse de los hombres que los edificaron? ¿Cómo se ha podido levantar, a una altura de 3 m, la laja de 60 toneladas del dolmen de Mettray, en Indre-et-Loire?¹ El empleo de palancas puestas las unas junto a las otras no explica nada: los 24 m del contorno de la piedra no permiten a más de cuarenta y ocho manipuladores, colocados uno al lado del otro y apretando los codos, mover esa masa enorme. Mover no es nada, podríamos decir. Levantar y colocar suavemente, ahí está la proeza, y ahí reside el secreto, un secreto que, seguramente, pertenecía a un solo pueblo o a cierta minoría.

Esta cuestión de la delicadeza aportada a la colocación de tales mastodontes tuvo intrigado a Aimé Michel, en el momento en que la revista *Planète* no había alcanzado su número décimo. No son las piedras más grandes las que lo dejaron perplejo, sino las más pequeñas, esas cuñas de ajuste de 10 a 15 cm de lado, con un grosor inferior a los 10 cm,² que se observan entre la laja y sus soportes. El que éstos hubieran sido enterrados previamente no eclipsa la presencia incongruente de las pequeñas cuñas. Deseosos de obtener una estabilidad duradera de su monumento, los constructores colocaron estas piedras en el sitio adecuado, en el momento oportuno, «entre el pulgar y el índice», escribe el autor del artículo. Al querer compartir su curiosidad con un especialista, éste le respondió que los sabios no tienen tiempo que perder ocupándose de tan

1. Fernand Niel cita como un caso aún más extraordinario el dolmen de Pépiaux (Aude), de al menos 30 toneladas, erigido en lo alto de un cerro aislado.

2. Estas dimensiones se aplican al dolmen de Kermané (Morbihan), cuya tabla pesa unas siete toneladas.

nimios detalles... Detalles minúsculos, nada más cierto, pero que implican el manejo lento y precavido de un bloque de varias decenas de toneladas, con la seguridad y la precisión del martillo pilón que gravita sobre una nuez para abrirla sin pulverizarla. Decididamente, en Bretaña, mucho más que en Egipto, es imposible resolver las cuestiones prácticas por la sola explicación de una mano de obra abundante. Seguramente, diez mil obreros esforzándose juntos lograrían arreglárselas con algunas toneladas de granito. No obstante, si falta espacio para que puedan caber más de cien, hay que encontrar otro método.

¡Y los rodillos! Esos característicos rollos de madera que los dibujantes nunca omiten en la representación de escenas de este género, pueden relegarse a la categoría de la leña para la calefacción: si ciertos menhires y lajas de dólmenes presentan, al menos, una parte plana que autorizaría la hipótesis de este modo de transporte, el mayor número de ellos ofrece unas aristas y asperezas que no les habrían permitido un trayecto de más de diez metros sin bascular o desmenuzar su rústico vehículo.

Sean cuales fueren las creencias y los motivos ignorados del pueblo de los dólmenes, sus conocimientos técnicos constituyen un enigma. Plantean, a decir verdad, la cuestión esencial del origen del saber.

Existe un centro capital de la civilización megalítica que reúne todas estas ecuaciones insolubles. Allí donde unos gigantes de piedra no sólo fueron reunidos, sino también traídos de muy lejos. Allí donde su disposición revela una avanzada ciencia astronómica. Allí donde la voluntad de perpetuar los símbolos se burla de las dificultades materiales. Ese lugar es Stonehenge. ¿Es en ese punto de Inglaterra donde hay que ver un museo de los archivos, una demostración del poder cuyos secretos habrían conservado los sabios del pueblo celta, después de la destrucción de su foco original?

STONEHENGE

En el sur de Inglaterra, la cadena de los Downs, mesetas más que colinas, a pesar de su nombre, extiende un paisaje algo monótono sin llegar a ser desolado como fue en otro tiempo, según dicen. Setos y bosquedillos realzan el horizonte. La carretera de Londres a Bristol atraviesa esta marejada verdeante de la que se desprende un apacible encanto, poco comparable a la insidiosa melancolía que el viajero experimenta en medio de las landas del Morbihan o de los montes de Arrée. Sin embargo, el misterio está allí, en la llanura de Salisbury, donde se yerguen los gigantes de piedra de Stonehenge.

«Enigmático santuario céltico», «catedral derrumbada de una Humanidad inimaginable», «monumento de una cultura superior primordial», «el más bello, el más perfecto, el más emocionante de todos los monumentos megalíticos».¹ Otras citas podrían seguir a las anteriores. La mayoría de los autores que se interesaron por Stonehenge tradujeron mediante una fórmula peculiar la fascinación y la perplejidad que habían experimentado. En los años primerísimos de nuestra Era, Diodoro de Sicilia (¡qué haríamos sin él, fuente inagotable de referencias!) ya hablaba de un templo extraño de forma circular, que él situaba en una isla al menos tan grande como Sicilia, frente al país de los celtas, a poca distancia hacia el Norte...

Este templo sólo tiene por techo el cielo. En nuestros días, su majestad ha sido amputada en una tercera parte. Muchas piedras han desaparecido, probablemente en pequeños frag-

1. En el orden de las citas: P. Hermann, D. Alert, L. Pauwels y J. Bergier, F. Niel.

mentos; de lo contrario, tales hurtos representarían una proeza al menos igual a la de los constructores. Lo que subsiste del conjunto, formidable corona de un montículo, basta para estimular la imaginación. Incluso los caracteres dotados, ante todo, de sentido práctico convendrán, a ejemplo de Samuel Pepys en el siglo XVII, en que estas piedras son «tan prodigiosas, que jamás las habría podido imaginar según los relatos», preguntándose al propio tiempo «para qué debían de servir».

Antes de que la fantasía misma fuese superada por las observaciones más metódicas, lo que intrigó a los primeros investigadores fue el plano de conjunto de Stonehenge. Al igual que Diodoro de Sicilia, el arquitecto Iñigo Jones vio en ello un templo... Un templo romano, claro está: era el año 1620, bajo el reinado de Jacobo I, en la época en que se atribuía al genio romano todo lo que era grandioso, en lo que a «antigüedades» se refería. Por consiguiente, Iñigo Jones hizo de Stonehenge «la antigüedad más notable de la Gran Bretaña», sin sentir el menor deseo de saber qué clase de gigantes, o de gnomos, merodeaban aún alrededor de los monolitos.¹ Las leyendas populares inglesas asociaban a las enormes piedras seres sobrenaturales de tamaño muy exiguo. La arqueología romántica no había restablecido aún el contacto con los gigantes, más idóneos para manipular los grandes pesos.

Al parecer, este gusto por los gigantes sufrió un eclipse entre la Edad Media y los tiempos modernos. Es preciso remontarnos al siglo XII para encontrar una historia de Stonehenge vista por un autor inglés, Geraldus Cambrensis. Esta interpretación, impregnada de elemento fantástico, situaba en Irlanda un gigantesco círculo de bloques de piedra. Unos gigantes los habrían traído de África para amontonarlos en la llanura de Killarnel, en una disposición tan armoniosa que suscitaba una gran admiración.

Geoffroy de Monmouth, contemporáneo de Geraldus Cambrensis, adopta la leyenda en su *Historia de los reyes de Bretaña*. Stonehenge tenía su puesto en la gesta del rey Arturo y en los prodigios realizados por Merlín el Encantador. El so-

1. Como en Bretaña, donde los dólmenes eran considerados como los lugares de habitación de pueblos enanos, *poulpiquets y kériens*.

berano de entonces, Aurelius Ambrosius, deseaba honrar la memoria de un batallón de guerreros muertos en el combate. Merlín le habría indicado un monumento ya construido, digno de desafiar los siglos: el famoso Baile de los Gigantes. El problema del traslado se reveló insuperable, y tuvo que intervenir el mago, lo cual permitió a Salisbury robar a Killarney el título de alcázar de la civilización megalítica.

Todavía en la actualidad se pregunta uno cómo pueden levantarse masas de cincuenta toneladas sin recurrir a una fórmula mágica. Por otra parte, la leyenda fue admitida durante mucho tiempo, como ocurre con casi todas las leyendas. En Inglaterra, como en el continente, a propósito de Stonehenge como de muchos otros lugares extraños, lo sobrenatural sirvió de explicación hasta el siglo XVII. Después, los espíritus científicos se negaron a creer en ello, se refugiaron en los romanos, antes de pronunciar un diagnóstico que dejaba en la sombra lo esencial. Ha sido en nuestra época, después del comienzo de la segunda mitad del siglo XX, cuando estos cuentos han recobrado su vitalidad. Al menos se procura descubrir las parcelas de verdad que dan origen a la fabulación. Por lo que se refiere más especialmente a Stonehenge, la tradición más antigua es rica en poesía, pero parece desprovista de todo fundamento. Sin embargo, los gigantes, Irlanda y las brumas nórdicas retornarán como otros tantos indicios preciosos en la elaboración de hipótesis audaces, y, hasta más amplia información, se cerrará el ciclo de las interpretaciones.

Agujeros y coronas

Los espíritus curiosos del siglo XVII rechazaban la tradición popular, y se atrevían muy poco a aventurarse en la especulación intelectual. Así, se limitaban a la descripción, con una atención guiada por el deseo de desenterrar una hermosa pieza. Esta carrera hacia el tesoro, que destruyó para siempre lugares ricos en vestigios, viose compensada, aquí y allí, por preciosas observaciones. John Aubrey, cronista literario y amante de los objetos de cerámica, tuvo este privilegio.¹ Exa-

1. John Aubrey (1626-1697), de la época de los Estuardos, coleccionista de pequeñas anécdotas sobre la vida privada de algunos escritores, Shakespeare, en particular.

minó Stonehenge con tanta atención, que realizó allí un descubrimiento importante.

El recinto circular del monumento tiene 114 m de diámetro. Está formado por un foso bordeado por dos taludes. A unos diez metros hacia el interior, avanzando hacia los megalitos, Aubrey advirtió la existencia de una serie de 56 agujeros igualmente dispuestos en círculo. Durante mucho tiempo, estos agujeros de Aubrey fueron considerados como alojamientos de andamios o de puntales. Después adquirieron sus cartas de nobleza.

Este comienzo de descripción nos lleva a penetrar en el centro del enigma. Después del foso circular y el puntillismo de los agujeros de Aubrey, la ronda de los gigantes. Primeramente, los especímenes medianos, de 4 m de altura, de un peso de 25 a 30 toneladas, en número de 30. Los dinteles que los unían entre sí componían una corona continua. Después, más hacia el centro, un círculo de piedras de menor tamaño, que no sobrepasaban los 2 m.

Llamemos a la corona exterior E y D al círculo de piedras más pequeñas. A continuación, respiremos hondo para disipar nuestra perplejidad. ¿Cómo es que, entre los autores cuyos libros tengo en estos momentos ante mis ojos, no haya dos de ellos que suministren los mismos datos? Veo en esto el pecado venial de los observadores ansiosos de descubrir lo que otros ya comprobaron antes que ellos. Para deslizar una nota de originalidad en su descripción, reducen o aumentan una piedra en diez centímetros, concediéndose de este modo una pequeña verdad personal que sólo se encontrará en su obra. Sería preciso leer un solo historiador para confiar en la fecha que él indica. Apenas hay más que el 14 de julio de 1789 y algunos otros momentos igualmente exactos de la Historia que no toleren ser manipulados.

Si el conjunto megalítico de Stonehenge yaciese a 30 m bajo las aguas, resultarían comprensibles ligeras variantes en su descripción. Pero Stonehenge se halla situado en un clima sano. Allí son raros los espejismos...

Por ejemplo, indiquemos sin idea preconcebida que los monolitos de la corona exterior E se elevan a una altura de 4 m por encima del suelo, o de 4,15 m o también de 4,50 m, según

los diversos responsables de las fuentes de documentación a las que nos referimos. Asimismo, el círculo D cuenta 59, ó 60 piedras, o incluso 49, pareciendo esta última cifra más próxima al error tipográfico que a la interpretación personal.

Dibujo y propósito

Afortunadamente, el centro del monumento se compone de elementos menos numerosos y más impresionantes, en lo que todo el mundo está de acuerdo: diez enormes bloques, de 45 toneladas cada uno, de una altura de 6,70 m a 7 m, se hallan dispuestos en forma de herradura. Reunidos por pares, coronados por un dintel, representan la parte más impresionante de Stonehenge. De estos cinco trilitos, dos se derrumbaron, uno en 1797, el otro en los últimos días de 1900. Encierran una segunda herradura que cuenta 19 piezas de dimensiones análogas a las del círculo D.¹

Finalmente, considerado como punto central, pero un poco alejado del centro de los círculos, un gran monolito horizontal, llamado Losa de Altar por los que atribuyen a Stonehenge una función religiosa, o piedra astronómica por los partidarios de un extraordinario calendario lunar.

Ya que, después de John Aubrey, el descubridor de los agujeros, vinieron otros arqueólogos, los cuales aportaron sorprendentes revelaciones. Hubo primeramente, en 1801, un tal William Cunnington, más famoso por la botella de oporto que escondió debajo de la piedra central a la intención de sus futuros colegas, que por sus propias observaciones.

Un siglo más tarde, el profesor Gowland descubre una cantidad importante de utensilios de piedra. Se había hablado tanto de los romanos, de los fenicios, de los daneses e incluso de los atlantes, que los hombres de la Edad de Piedra, verdaderos constructores de Stonehenge, aparecían como maestros de obra algo insignificantes: primitivos, campesinos, incapaces, en suma, de llegar a una realización tan compleja. En efecto,

1. Según F. Niel, Stonehenge debía de contar 125 piedras verticales (no incluidos los dinteles).

las cuestiones suscitadas por Stonehenge van complicándose con los años.

En 1920, Hawley y Newhall descubrieron otras dos series de agujeros, comprendidos entre la corona exterior y los agujeros de Aubrey. Estas excavaciones, 30 para la serie Y y 29 para la serie Z, forman círculos concéntricos.

A pesar de la multiplicidad de los detalles que pasaron inadvertidos hasta una época relativamente reciente, convengamos, en unión de arqueólogos dignos de estima, que el diseño de Stonehenge es sencillo. Un niño en una playa inventaría lo mismo con piedras pequeñas y un mango de pala para hacer agujeros en la arena. Sin buscar un sentido a todo ello.

Sin embargo, los constructores de la Edad de Piedra sabían lo que hacían. El dibujo tiene un propósito.

La herradura de los trilitos se abre exactamente en el eje de una avenida orientada hacia el Nordeste, con una longitud de unos 2,5 km. En medio de esta avenida, al exterior del foso circular, se levanta un menhir aislado, de forma fálica, llamado Heel Stone. Encontraremos esta misma piedra en las teorías astronómicas (que plantean el verdadero problema Stonehenge) bajo el nombre de Piedra Talón. En ella se basarán todos los datos, observaciones y motivos de asombro.

Los sabios comenzaron a rascarse la cabeza en 1901, cuando Sir Normal Lockyer, director del observatorio de Kensington, afirmó que, en el solsticio de verano, desde la losa de altar, punto el más central del monumento, veíase salir el sol por encima de la Piedra Talón. Más exactamente, *debía verse*, en la época en que fueron erigidas las piedras. Teniendo en cuenta las variaciones del ángulo formado por el plano ecuatorial de la Tierra y su plano orbital, Lockyer calculó que el reloj de piedra debió de construirse entre 1900 y 1500 a. de J. C. Una prueba con el carbono 14 había de confirmar este cálculo. Las sorpresas deparadas por el grandioso conjunto megalítico no hacían más que comenzar.

Los eclipses del año 2000

Gerald S. Hawkins, profesor de Astronomía en la Universidad de Boston, dejó los Estados Unidos para regresar a Inglaterra, de donde era oriundo. Acababa de ser destinado a

una base experimental de misiles. El destino lo colocó en el sendero de Stonehenge, que sólo distaba un kilómetro y medio de la base. En espera de que los misiles acabaran de echar por los suelos lo que quedaba del complejo megalítico, Hawkins decidió ir a verlo de cerca. La peregrinación, un poco turística, de la salida del sol en el solsticio de verano le abrió el apetito. Tenía grandes deseos de devorar la carta por entero, pero el número de minutas resultantes de todas las combinaciones posibles (dicho de otro modo, un buen centenar de alineaciones, algunas de las cuales debían de tener su significación), lo indujo a unirse a un colaborador seguro y rápido: un ordenador.

Fue, pues, «Oscar», inteligencia electrónica extraordinaria, quien hizo hablar a los gigantes del neolítico. Primeramente tragó los materiales básicos, alineaciones de las piedras y posiciones clave de los principales cuerpos celestes. Después, «Oscar» restituyó sus conclusiones, rechazando planetas y estrellas como cantidades desdeñables. Por el contrario, el Sol y la Luna fueron los protagonistas: salidas, puestas, variaciones estacionales del uno y de la otra pueden leerse en las diversas disposiciones de las piedras. Más aún, también están indicados en ellas los eclipses. Y aún más todavía, si queremos dar crédito a ello: «el año metónico»¹ está allí, que demuestra que la luna llena aparece en las mismas fechas del calendario, al cabo de un ciclo de 18,61 años. Para obtener una media más regular, se redondea unas veces a 19, y otras a 18. En el conjunto de tres ciclos (19 + 19 + 18) nos atenemos más a la realidad. Este total de 56 años se halla inscrito en Stonehenge: es el círculo de los 56 agujeros de Aubrey.

A partir de este descubrimiento, era natural que Hawkins se interesase por las otras series de agujeros, los 30 Y y los 29 Z: su total representa dos meses lunares. De combinación en combinación, utilizando siempre la Piedra Talón como referencia básica, Hawkins calculó las fechas de los eclipses que se produjeron durante una parte del II milenio antes de nuestra Era. Nadie, hasta este momento, ha podido demostrar que

1. Metón, astrónomo griego, descubrió en el siglo V a. de J. C. lo que los arquitectos de Stonehenge conocían tal vez mil años antes que él...

estuviese equivocado. Ningún arqueólogo privado de ordenador se atreve a acusarle de abuso de confianza electrónico. Existen todas las probabilidades de que el sabio inglés haya descubierto las intenciones y los conocimientos astronómicos de los constructores. A Samuel Pepys, que se preguntaba para qué podían servir aquellas piedras, Gerald S. Hawkins puede responder: el reloj astronómico de Stonehenge indicaba el tiempo de las siembras, algunas condiciones meteorológicas muy útiles, y, sin duda, muchos otros datos de carácter iniciático que desconocemos en absoluto.

Instructores procedentes del Norte... o del Sur

En el umbral de las hipótesis románticas, ya sean de tendencia atlantista o hiperbórea, nos es forzoso volver a las leyendas y textos antiguos. Ahora que los megalitos de la llanura de Salisbury han revelado una parte de su significación, no nos volveremos hacia Paul Le Cour¹ o Robert Charroux, sino hacia Geoffroy de Monmouth y Diodoro de Sicilia. Este último, al evocar el sur de Inglaterra y Stonehenge, como vimos al principio de este capítulo, añadía que los habitantes de esa región se llamaban hiperbóreos.

«Cada diecinueve años —escribía también— Apolo hace su entrada en la isla... Los reyes de esta isla descienden de Bóreas y, por esta razón, ostentan el nombre de boréadas.»

Pero la Hiperbórea de los griegos no tenía nada de comarca imaginaria. En busca de estaño, remontaban el Ródano, como lo hicieron los fenicios y los cartagineses con el mismo propósito de importar el metal precioso para la fabricación del bronce. La parte fluvial del viaje veíase contrariada por el mistral, que soplabá recio y frío. Por comparación, las orillas de la Mancha parecían gozar de un clima más benigno. A los ojos de los navegantes, los habitantes de la costa meridional de Inglaterra vivían más allá del viento del Norte, y en esto encuentra su justificación el nombre de hiperbóreos.

En realidad, la brumosa e incierta Hiperbórea se situaría mucho más lejos que las mimosas de la isla de Wight, pero esto es otra historia...

1. Paul Le Cour (1871-1954), fundador de la revista *Atlantis*, especializada en los estudios relativos a la tesis de la Atlántida atlántica.

Lo que nos interesa, es el retorno de Apolo a Stonehenge cada diecinueve años. Este ciclo se halla inscrito en el círculo de los agujeros de Aubrey. Las propiedades del monumento eran conocidas, pues, en la Antigüedad.

Si volvemos al año 1140 para escuchar las bellas historias de Geoffroy de Monmouth, vemos que Merlín enviaba a su soberano a pedir las piedras gigantes al demonio Vauvert. Aquí, la ficción vuelve a unirse a la realidad, si es que alguna vez estuvieron separadas.

El gres duro que suministró los mayores bloques de Stonehenge se extraía de canteras situadas a 35 km de distancia. Estos monolitos eran llamados *sarsens*, o piedras de los saracenos, por los campesinos ingleses de la Edad Media.

En cuanto a las piedras más pequeñas, que fácilmente pesan sus cuatro toneladas, había sido necesario hacerlas recorrer un camino inverosímil. Esos 79 monolitos (60 en el círculo D, 19 en la segunda herradura) son rocas volcánicas de color azulado, las famosas «piedras azules» que tanto desconciertan a los arqueólogos. En efecto, se las encuentra en los montes Prescelly, al sur del País de Gales, a una distancia de 213 km de Stonehenge en línea recta o a vuelo de pájaro. Como este traslado no se parece nada a ningún vuelo de pájaro, hemos de pensar en un transporte por mar: representa 609 km. Por vía terrestre, ¡el acarreo habría tenido que efectuarse a lo largo de 274 km!

Todos los especialistas, sin excepción, confiesan no entender nada del viaje fabuloso de las piedras azules.¹ Apostemos a que el propio Merlín no les habría dado ninguna explicación satisfactoria. Ello no impide que, por la interpretación de Geoffroy de Monmouth, *el Encantador* hacía llegar esos gigantes de una región apartada, y muy al norte de su actual emplazamiento...

¿Cómo se hace para transportar un monolito? En 1840, una de las losas más grandes del dolmen de Bagneux, cerca de Saumur, fue utilizada como apoyo de un puente sobre el Loira. Se trataba de desplazar una masa de 86 toneladas a lo largo de una pequeña distancia. El procedimiento adoptado fue de lo más primitivo: unos troncos de árbol que servían de rodillos y 36 bueyes tirando de ellos. Los contemporáneos de Sto-

1. El origen de las piedras azules fue precisado, en 1923, por el geólogo inglés H. H. Thomas.

nehenge, Carnac y Locmariaquer ¿habrían aprobado esta imitación de su método supuesto, o habrían sonreído ante la ignorancia de los súbditos de Luis Felipe?

El enigma de las piedras azules de Stonehenge permanece insoluble. A nuestro modo de ver, el transporte de esos guijarros de cuatro toneladas a lo largo de 274 km de caminos de tierra, no es más desconcertante que el de los bloques de cuarenta y cinco toneladas a lo largo de unos 30 km. Todos los materiales utilizados en Stonehenge plantean, por consiguiente, el mismo problema de técnicas desconocidas. Finalmente, la realización de tal prodigio debió de traer consigo el empleo de un número considerable de obreros, el recurrir a una organización disciplinada y la necesidad de transmitir órdenes con rapidez y precisión, condiciones todas ellas que trazan en el aire un nuevo punto de interrogación.

Para Louis Pauwels y Jacques Bergier, Stonehenge, expresión e instrumento de conocimientos matemáticos y cosmogónicos, fue el testimonio de una cultura: «En este caso —se preguntan— ¿cuál fue el lenguaje de esa cultura, y cabe suponer que ésta careciese de escritura, sin correlación gráfica, en tanto que ella nos deja un vestigio tan evidente de correlación arquitectónica?» Y hay que lamentar la ausencia de todo rastro de esa escritura, de esos signos, de esos planos desvanecidos, si es que existieron...¹

La amplitud de estas construcciones, la precisión de sus detalles, precisión de relojero, por así decirlo, no podía prescindir de cálculos complicados, de planos estudiados. ¿Acaso estos proyectos pasaron de la concepción mental a la realización material gracias a otros medios que ignoramos?

Si la disposición perfecta de las piedras de Stonehenge es un tema de meditación, ¿qué habríamos pensado de los 650 monolitos que componían el conjunto de Avebury, a 22 km del primero? Una aldea que se implantó en medio de las piedras erguidas, un pillaje que continuó durante siglos en provecho de otros edificios hicieron del más gigantesco de los crómlechs un esqueleto desdentado que, en la actualidad, ya no soporta la comparación con su ilustre vecino. Una cosa es segura: todo era colosal en Avebury. Un diámetro de 365 m, un foso rectan-

1. El arqueólogo inglés Glyn Edmund Daniel admite que la idea de planos trazados sobre pieles o tablillas de madera es improbable, pero no imposible.

gular de 90 m de anchura, un cerro artificial de 500.000 m³... Sí, fue bajo el cielo brumoso del condado de Wiltshire donde los obreros anónimos realizaron sus obras maestras. Así, podemos preguntarnos si no fue allí donde los más grandes maestros dejaron el testimonio de su saber antes de que éste se difundiese por otras regiones de Europa. Hawkins habla de «misioneros» y de «propagandistas». Estos términos son inseparables de la idea de doctrina, y ¿qué sabemos de ésta? Muchos atlantistas pretenden estar en condiciones de responder a esta pregunta, y nosotros no nos haremos rogar para navegar con ellos por océanos ricos en recuerdos... Pero, en un plano estrictamente arqueológico, «el megalitismo no se inserta en la corriente normal de la Prehistoria», ha escrito con razón Dominique Arlet. Unos instructores misteriosos vinieron del Norte, quizás. O del Sur, si hemos de creer a Stuart Piggot, quien declaraba en 1954:

«Stonehenge es la creación única e individual de un arquitecto, cuyo saber en materia de planificación y de proporciones superaba con mucho a la ciencia de los hombres primitivos del noroeste de Europa en esa época. Si queremos descubrir algo equivalente, nos vemos obligados a inclinarnos sobre el mundo del mar Egeo.»

Al leer esto, no puedo por menos que pensar en Iñigo Jones y en su diagnóstico romano. Diríase que cierta raza de sabios, desde 1620 hasta nuestros días, se niega a reconocer talento a los celtas o a sus antepasados. El noroeste de la Europa neolítica sólo habría estado poblada por palurdos únicamente capaces de colocar dos piedras una encima de otra,¹ pero incapaces de trazar un mapa del cielo con la ayuda de monolitos.

Stuart Piggot no es tan desdeñoso. Si se volvía hacia el mar Egeo, es porque acababan de realizarse, el año anterior, hallazgos inesperados en Stonehenge. Se habían descubierto huellas de hachas y de puñales de bronce, de factura micénica. Estos indicios infundieron confianza a los arqueólogos que descubrían, no en el mar Egeo, sino en el Mediterráneo, en la isla

1. Ernest Renan, considerado como escritor audaz, dice, con la mayor ingenuidad, en *La Poésie des races celtiques*, que «la piedra ha sido el fetiche de todos los pueblos niños».

de Malta, el punto de partida de la expansión megalítica. La colección de santuarios reunidos en ese trozo de tierra es, sin duda alguna, un hecho notable. Corredores tapizados de enormes losas de piedra, monolitos transportados a lo largo de varios kilómetros constituyen una especie de prólogo a las grandes horas de Stonehenge, con dos mil años de anticipación. Y, al igual que en Bretaña o que en Inglaterra, los constructores malteses no dejaron ningún signo grabado, ninguna pieza de identidad.

¿Cómo establecer un vínculo, cómo edificar hipótesis sobre simples analogías? En Micenas, también, parece ser que los detectives se equivocaron. El célebre templo circular ofrece semejanzas con el plano de Stonehenge... Esto significa olvidar que fue edificado cuatro siglos más tarde. Más bien sería que los micénicos, después de una navegación improbable (pero dentro de lo posible, dirán los románticos), habrían tenido conocimiento del conjunto megalítico de los Downs, abandonando descuidadamente, durante su visita, algunos de sus utensilios...

Otra sugerencia que reaparece como un estribillo al principio de este libro: ni los malteses ni los micénicos serían los verdaderos instigadores de una civilización megalítica común, bajo diversos aspectos, en regiones de Europa muy alejadas las unas de las otras. Este género de reflexión es apto para volver a lanzar la idea de una inspiración más antigua y de carácter superior. Malta no se encuentra precisamente en los arrabales micénicos, es cierto. Pero debajo podría haber un Santorín, y los partidarios de la Atlántida cretense tienen en reserva argumentos de peso. Antes que perder la cabeza en los cuatro puntos cardinales, conviene terminar el inventario de los otros enigmas que se relacionan, de cerca o de lejos, con el fenómeno megalítico y con sus antecedentes, más misteriosos aún.

El saber disperso

No es indispensable tomar un avión en Orly para ir en busca del misterio en la cordillera de los Andes o en la isla de Pascua. El departamento de Morbihan ofrece un universo fantástico, y otros ochenta y dos departamentos franceses brindan un muestrario más o menos generoso de estos megalitos,¹ alrededor de los cuales abundan las hipótesis.

En el centro de Francia, un villorrio guarda un enigma tan fascinante y de un alcance mayor aún que la inexplicable civilización de Carnac y de Stonehenge.

Basta apartarse de la nacional 7 (si el esfuerzo se encuentra aún al alcance de los modernos peregrinos) y aventurarse en la campiña que rodea Vichy. Media hora por las carreteras sinuosas que saltan de colinas a cañadas, y henos ya en el villorrio de Glozel. Un camino hundido, dos granjas, un hórreo. En realidad, un gran centro de la historia humana.

No hay aparcamiento en Glozel: los arreglos turísticos se reservan a los lugares consagrados... ¡Bendito sea el oprobio de que fue objeto la granja de los Fradin en tiempos del «asunto»! Nos hallamos aquí en una «tierra de nadie» de la Ciencia, donde los carneros no tienen empacho en colocarse ante vuestras piernas y donde el acceso al tesoro queda subordinado a la hora del ordeño.

Los comentarios no indisponen al visitante. El mutismo de la granjera atestigua una profunda experiencia en recibir desconocidos de los que nada permite saber, de buenas a primeras, si son amigos o enemigos. Un movimiento de cabeza admirativo no basta para disipar la desconfianza. ¡Han visto tantas cosas los Fradin!

La casa es larga y baja. A la izquierda de las habitaciones, una puerta que se abre directamente sobre el corral, es la del museo. En el interior, no hay mucha luz. El tiempo necesario para acostumbrarse a la penumbra, y se respira un olor de tierra fría y de leña húmeda. Por la ventana vemos las tierras rojizas de las que se extrajeron los objetos expuestos. El fa-

1. Si los departamentos bretones son los más ricos en menhires, los del Aveyron (480) y del Ardèche (400) son los más importantes en la distribución de los dólmenes.

moso «campo Durathon» suministró lo esencial de los materiales que se alinean en unas estanterías y en las vitrinas. Renos grabados rodeados de signos, tablillas enteramente cubiertas de signos, siempre esos signos que hacen de Glozel un yacimiento fuera de serie, y por consiguiente, discutible a los ojos de los sabios a quienes no agrada mucho esta especie de anomalía colosal: Glozel es la biblioteca de los hombres que no sabían leer ni escribir.

El campo Durathon

El 1 de marzo de 1924, Claude Fradin, agricultor en Glozel, municipio de Ferrière (Allier) y su nieto Émile pasaron por primera vez el arado sobre un terreno recién roturado. De pronto, uno de los bueyes se hundió en el suelo. Se necesitaron paciencia y suavidad para sacar de allí al animal. Cuando lo hubieron conseguido, sólo quedó del incidente un hoyo profundo, de forma oval. Emile Fradin, muy ágil a sus dieciocho años, bajó al interior del hoyo y sacó dos ladrillos con huequecitos redondos.

En los días siguientes, de la misma cavidad se sacaron restos de cerámica y una tablilla grabada con signos desconocidos.

Los descubrimientos se sucedieron. Durante el verano, el presidente de la Sociedad de emulación del Borbonesado se dirigió al lugar, examinó los hallazgos y no se mostró nada impresionado. En cambio, un habitante de Vichy, el doctor Morlet, tuvo la intuición de que aquello era un acontecimiento de la más alta importancia. En setiembre de 1925, publicaba un primer folleto titulado *Nueva Estación Neolítica* y asociaba al suyo el nombre de Émile Fradin. El asunto Dreyfus de la protohistoria acababa de empezar.

Hace de esto cincuenta años, o casi. Un silencio organizado continúa observándose por parte de la escuela clásica. Todo lo que se puede obtener de los detractores es un encogimiento de hombros que invita al interlocutor a abordar temas menos fútiles. En cuanto a los glozelianos convencidos, pronuncian el nombre mágico como si estuviera exento de equívoco lo mismo que el puente del Gard o el valle de los Reyes. De un modo o de otro, Glozel es citado con desdén o con admiración, y cada

cual supone que el enunciado del problema es de todos conocido.

Con objeto de mostrar hasta qué punto el conformismo escamotea las revelaciones demasiado insólitas, es conveniente abrir el expediente, a pesar de los archivos poco brillantes que contiene. En realidad, uno se pregunta qué es lo que impide que un nuevo equipo de etnólogos y de prehistoriadores vuelva a encargarse de todo el asunto, a menos que tal atrevimiento perjudicase a su avance, lo cual sólo nos sorprendería a medias.¹ Por otra parte, Glozel ha estado a punto de alcanzar la notoriedad universal. Si el doctor Morlet hubiese consentido en no ocuparse más que de sus pacientes y abandonar a los Fradin, y si los Fradin se hubieran contentado con ordeñar sus vacas abandonando aquellos ladrillos malditos a los buenos cuidados de algunos pontífices, el estudio de Glozel figuraría en los programas escolares.

Unos sabios desprovistos de tablillas

Un miembro del Instituto, que seguía una cura en Vichy, tuvo conocimiento de la relación de Morlet e hizo saber a los «descubridores» que él estaba dispuesto a encargarse del yacimiento, su estudio, así como de las halagadoras repercusiones de un descubrimiento tan sensacional.

Morlet y los Fradin rehusaron. Desde entonces, la formación de un clan antiglozeliano era inevitable. Siendo el arma convencional de los especialistas la negación y la ignorancia fingida ante toda competencia desleal, cabía esperar que se produjese una calma chicha, ya muy desagradable. Por el contrario, se desencadenaron una serie de ataques contra el labrador y sus hijos. ¿Cuál era, exactamente, el objeto de tan pía indignación?

Las inscripciones, con toda seguridad. Se encuentran en vestigios pertenecientes a épocas diferentes, separadas por varios milenios. Tres categorías de signos, desde el final del magdalenense hasta las primeras edades de los metales, es demasiado para un mismo yacimiento. Bastoncitos, signos alineados,

1. «No hay más que una cosa sorprendente en el asunto de Glozel: la obstinación de los sabios franceses, adversarios del doctor Morlet (Birger Nerman, profesor en la Universidad de Estocolmo).

dos, pictogramas y huequecitos constituyen una «estratigrafía» del alfabeto, del mismo modo que se conservó una estratigrafía ejemplar en Laugerie-Basse, a orillas del Vézère, y muestra la sucesión de focos, por consiguiente, de hábitats, entre los cuales se insertan trozos de tierra virgen. ¡Extraordinario pastel prehistórico!

Esta colección glozeliana que se extiende, en suma, por casi la totalidad de la Era mesolítica no tiene nada de sospechoso.¹ La evolución alfabética se distingue en ella claramente sin culminar, no obstante, en un resultado tal que permita hablar de escritura.

¿Y los materiales? Unos lingotes de tierra de color ocre, que, al principio, se tomaron por ladrillos crudos. En este caso, no debía excluirse la posibilidad de una mistificación. Después, un análisis químico reveló que se trataba de tierra cocida imperfectamente, a unos centenares de grados, según un procedimiento primitivo desconocido de los arqueólogos. En Mesopotamia se encuentran ladrillos de la misma fabricación, deformados por la humedad.

No pudiendo ponerse en duda la autenticidad de los vestigios, la idea de una preescritura, asociada a la idea, poco halagüeña, que entonces se tenía del antepasado magdalenense, se consideró inaceptable.

Por otra parte, todo lo que guardaba relación con la época magdalenense era asunto de algunos hombres a quienes la ciencia prehistórica debe mucho: el doctor Capitan, el abate Breuil y el profesor Peyrony. Reyes magos del arte rupestre, merecen su corona. El glorioso trío penetró los secretos de ese Valle de las maravillas que se convertirá, con el descubrimiento de Lascaux, quince años más tarde, en el más prestigioso museo de prehistoria del mundo entero.

¿Por qué razón, siendo así que con tanta frecuencia se había ensuciado los pantalones con la arcilla rosada de las cuevas del departamento de Dordoña, el abate Henri Breuil tuvo miedo de mojarse tan pronto como se trasladó al Allier? Fue a Glozel y se declaró convencido de la autenticidad de los objetos, que situó en el neolítico. Poco tiempo después operó un cambio que había de gravitar pesadamente sobre la reputación de Glozel y de sus descubridores.

1. Uno de los ladrillos de Glozel ostenta la huella de una raíz *fósil*, que no data ciertamente de 1925...

¿Había efectuado Breuil tal mudanza por solidaridad con el amigo Capitan,¹ después de que éste comenzó a enfurrufiarse? ¿Se había sentido molesto por la perspectiva de tener que revisar ciertos juicios sobre los pictogramas magdalenenses? ¿Acaso, buenamente, había llegado a una nueva opinión después de un examen más minucioso?

Lo cierto es que los clanes adversos fortificaron sus posiciones. Al hacerse imposible el diálogo, se nombró una primera comisión investigadora para que decidiese sobre la cuestión de la autenticidad. Uno de sus miembros fue sorprendido con las manos en la masa, es decir, en el momento en que estaba introduciendo yeso en el terreno de las excavaciones, sin duda para demostrar que las tablillas salían del horno de la granja. ¡Vaya granujas! Desautorizada esta comisión, fue preciso constituir una segunda, la cual declaró, el 11 de abril de 1928, que los hallazgos realizados en el campo llamado «de los Durathon», se referían claramente «al comienzo de la edad neolítica, sin mezcla de objetos posteriores». Debajo del informe figuraban firmas honorables: las de Salomon Reinach,² Dépéret, Loth, miembro del Instituto y profesor en el Collège de France, Van Genep, Ancelin, todos ellos personas expertas que no habrían confundido un asta de reno con una planta trepadora. Sin embargo, los antiglozelianos continuaron hablando de falsificación, a gritos, mientras se tapaban los oídos cuando el profesor Dépéret afirmaba que «mucho antes de los fenicios, hubo en Occidente una cultura primitiva que poseía rudimentos de escritura».

La escritura de los fadas

En el siglo XVIII, refiere Maxime Gorce en su estudio imparcial sobre las preescrituras de la Prehistoria, unas gentes extrañas habitaban en los contrafuertes del cerro de Montoncel, en los confines de los tres departamentos actuales del Loira,

1. Antes del descubrimiento de Glozel, el propio Capitán escribía: «Se han podido buscar, a partir del magdalenense, algunas de estas asociaciones de signos que presentan todo el aspecto de inscripciones.»

2. La notoriedad de S. Reinach se había visto un poco devaluada por su obstinación en mantener, en el Museo del Louvre, la famosa tiara de Saitafernes... hasta la confesión del falsario que la había fabricado.

del Allier y de Puy-de-Dôme. Estos auverneses discutidos pasaban por descender de los adeptos de la vieja religión drúidica. Las comadres insinuaban que su cristianismo olía a azufre. Eran los *fadas*, algunos de los cuales vivían como trogloditas. Por esto se comenzó a llamar *piedras de los fadas* a los megalitos de la región. Con el tiempo, los *fadas* habían dejado paso a las poblaciones agrícolas más numerosas y organizadas. Se habrían vuelto nómadas y se habrían confundido con cíngaros, a menos que no lo hubieran sido ellos mismos desde siempre.

Una filiación atlántida-precelta-cíngara prevalecerá así sobre la tesis de los «hindúes» desarraigados. Haría de estos eternos errantes los parientes inestables de los guanches y de los vascos. Resulta extraña la presencia de estos individuos originales en medio de los auverneses de pura cepa. ¿Acaso vivían, sin saberlo, en su territorio ancestral, donde, 4.000 a 5.000 años antes, un pueblo de los dólmenes habría enterrado las tablillas portadoras de una preescritura?¹

¿Hay, en Glozel, un bosquejo de respuesta a la pregunta formulada tanto en Stonehenge como en Avebury?

¿Acaso los maestros de obra de la formidable empresa megalítica disponían de un modo de comunicación tangible, del que representaban uno de los innumerables intentos los signos alineados en las tablillas del «campo Durathon»? ¿Es el milagro de la escritura un legado de las gentes del Oeste, depositarias, a su vez, de secretos recogidos después del diluvio atlántidiano?

Entonces, ¿hay que considerar con una misma mirada las tentativas dispares, dispersas a lo largo de los diez milenios que preceden a nuestra Era, que aparecen en un asta de reno de la gruta de Lacave (Lot), en los muros de Lascaux al lado de una cabeza de toro, en la Petra Frisgida del centro de Córcega, en los ladrillos de Glozel y en los megalitos del Morbihan?

Partiendo de este principio, nuestro planeta entero presenta síntomas de investigaciones: rectas, puntos y marcas en los bastones de los aborígenes de Australia, cordeles con nudos del

1. Extendiéndose el mesolítico a lo largo de un período más vasto de lo que se cree, desde el final del magdalenense, última fase del paleolítico, hasta el comienzo del neolítico.

Perú (los quipos) y esvásticas que figuran en los guijarros de Lauris (Vaucluse). ¿Halló cada uno la solución a su propio modo?

«El problema era demasiado complejo para ser resuelto en una sola operación. Es incluso verosímil pensar que no fue planteado desde el principio de un modo preciso y que se requirieron numerosas generaciones para comprender, a la vez, su necesidad y su alcance... Los intentos que, según nos parece, se realizaron desde el paleolítico superior no representan, sin duda, ningún intento serio en este sentido; pero son como adarajas de un edificio que aún no ha sido concebido en la mente del arquitecto, pero cuyos materiales se hallan acumulados al pie de la obra y ya han sido desbastados.»¹

Las Eyzies del alfabeto

Humillados, aferrados a ideas preconcebidas, incapaces de considerar con entusiasmo un hecho enteramente nuevo que aportaba a la Prehistoria una luz insólita, los detractores de Glozel intentaron ridiculizar al doctor Morlet y a los Fradin. No habiéndoles satisfecho la relación del comité de estudios constituido en 1928, presentaron querrela por estafa contra X, por mediación de la Sociedad prehistórica francesa. Este contraataque se saldó con un sobreseimiento. Con la esperanza de una completa rehabilitación, Émile Fradin atacó por difamación a un miembro del Instituto que se había mostrado muy activo en el partido contrario. De esta manera, la gente se enteró de que el estimable pontífice había escrito al crítico científico de un diario una cortés puesta en guardia contra toda actitud favorable a Glozel... Este asunto, lleno de episodios increíbles si nos atenemos a la personalidad de los actores, demuestra que no se juega impunemente con los doctos universitarios. Incluso cuando no se trata de un conflicto de opinión, sino de un descubrimiento. Un descubrimiento que no representa ninguna responsabilidad para nadie. El que lo realiza no cosecha solamente laureles. Con frecuencia, el tesoro asume la forma de teja. Un tercero y último proceso, ganado una vez más por los glozelianos, no ha borrado del todo los

1. P. Bergounioux: *La Préhistoire et ses problèmes* (París, «Fayard», 1958).

efectos del odio. Las más peligrosas consecuencias de éste provienen de la excesiva prudencia que acompaña a las revelaciones del mismo orden. Así, Louis-Claude Vincent, en su obra magistral sobre el continente desaparecido de Mu, hace alusión a unas piedras de cantería descubiertas en Auvernia por un sacerdote enamorado de la Arqueología. Estas losas están cubiertas de signos, algunos de los cuales se encuentran en las tablillas de Glozel. Pero el nombre del descubridor y el lugar del descubrimiento permanecen secretos «para evitar toda polémica».¹

En realidad, los signos incriminados no son únicos en su género. Glozel debió de ser un lugar de magia, en el sentido religioso de la palabra. La acumulación de investigaciones tendientes a una preescritura es, ciertamente, de las más turbadoras, si se encuentra reducida en un espacio restringido. Ahora bien, no hay nada de ello, y esto es lo que continúa ignorándose, por falta de información.

Pionsat (Puy-de-Dôme), los lugares llamados Palissard y Le Cluzel, entre Vichy y Ferrières-sur-Sichon, la gruta de Puyravel, la granja Chez-Guerrier, el Moulin-Piat, tales son los nombres que deberían ser inseparables de Glozel, porque se encuentran en la misma región de la baja Auvernia y alto Borbonesado.² ¿Por qué permanecen en la sombra? ¡Demontrel, los habitantes de estos villorrios han preferido la tranquilidad a las acusaciones de falsificación, y se comprende. Glozel es el centro privilegiado de este territorio, como el pueblo de las Eyzies es la capital del dominio prehistórico del Périgord. En un radio de 50 km alrededor de la granja de los Fradin se han encontrado varios guijarros con la figura de un reno y signos glozelianos. Y no fue la interpelación al Senado, provocada por el caso, lo que despertó la codicia de los granjeros de los alrededores: desde 1873, ya se habían encontrado inscripciones en el Puy-de-Dôme. El arte animalístico de Glozel, discutido con violencia porque iba acompañado de signos grabados, encuentra numerosas réplicas en la zona atlántica de Europa, des-

1. Valentía insolente la del profesor Loth al declarar en el Colegio de Francia, en 1926: «El descubrimiento de Glozel es, quizás, el más importante que se haya efectuado en Francia desde hace un siglo en el campo de la arqueología.» Tremendo alboroto entre los estudiantes.

2. A la intención de los paseantes interesados, el territorio glozeliano se encuentra situado entre la N-106, de Saint-Yorre a Puy-Guillaume, y la D-7, de Mayet-de-Montagne a Saint-Priest-la-Prugne.

de la península Ibérica hasta Bretaña. Y si no pasamos de la latitud del Macizo central, nos vemos obligados a aceptar la presencia del reno junto a los famosos signos, simbólicos o fonéticos.

Cuando al doctor Morlet se fue a París a ver al profesor Marcelin Boule, figura prominente de la ciencia prehistórica, llevaba en el bolsillo un guijarro explosivo.

«Afortunadamente —observó el profesor Boule—, el animal que usted dice en su folleto que es un reno, no lo es. Es un ciervo. Ya que, sin esto, se trataría de una falsificación. Usted no me hará admitir jamás que el reno viviese todavía en Francia en la época neolítica.»

El visitante le muestra el guijarro:

«Sí, es evidentemente un reno —concluyó el eminente profesor—. Entonces, ya no sé qué decir.»

En tanto que el profesor Boule se refugiaba, para mayor comodidad, entre los antiglozelianos, sir Arthur Evans, que entonces contaba setenta y dos años de edad, pensaba «que una escritura lineal muy antigua precedió a la importación de la escritura minoica».¹ Sir Evans no se aventuraba a la ligera: sus trabajos en Chipre y en Creta conferían peso a la menor de sus declaraciones. Pero, ¡ay! El ilustrísimo sabio fue a Glozel y presintió que sus hipótesis relativas a una «escritura lineal muy antigua» podían llevarlo tan lejos que era preferible retirarse en retirada. Lo cual hizo valerosamente, escribiendo en el *Times*, al día siguiente de su visita a la casa de los Fradin: «En el caso de que se admitiera la autenticidad de los descubrimientos de Glozel, se destruiría todo el edificio de nuestros conocimientos... Esto provocaría la subversión completa de los resultados debidos a las investigaciones y a la actividad de dos generaciones de científicos.» En todo tiempo, militares y sabios han empleado el truco del repliegue estratégico.

¿Por qué este pánico generador de tanta mala fe? Diríase se trataba de unos médicos que descubrían con angustia la existencia de un virus introducido en una región por algún misterioso y maligno viajero. Es que, escribe Louis-Claude

1. Por su parte, el egiptólogo Flinders Petrie dice que «es imposible que el breve alfabeto fenicio, o cualquier otro parecido, haya sido el punto de partida de todos los sistemas de escritura conocidos».

Vincent, las excavaciones de Glozel demuestran «no sólo la existencia de un hombre de nivel intelectualmente elevado, a tenor de la factura misma de los numerosos objetos exhumados, sino también su extrema antigüedad, cifrada (entonces) en seis o siete milenios, y sobre todo que este hombre era altamente civilizado, puesto que poseía una escritura lineal, de un origen incomparablemente más antiguo que la de Creta y de la que, por otra parte, casi todos los signos habían de verse confirmados por descubrimientos ulteriores: Alvao, etc., entonces ignorados».¹

Entre los arqueólogos que pusieron definitivamente las tablillas glozelianas en nuestro patrimonio histórico, aparecen, pues, dos escuelas que muy bien podrían algún día declararse la guerra, acusando la más racionalista de las dos de exacerbado romanticismo a la otra. Puesto que Glozel posee ya sus adeptos clásicos: para ellos, las investigaciones de preescritura son un fenómeno común a gran número de pueblos del mesolítico. Sobre la duración de este período, las opiniones discrepan. Pero una edad de transición no se inserta rigurosamente entre otras dos. Comienza más pronto en tal región, más tarde en tal otra. Aquí, invade el final del magdalenense superior. Allá, se prolonga paralelamente al neolítico avanzado. De todas formas, es razonable este punto de vista científico de la biblioteca glozeliana.

Igualmente razonable, dirán los románticos, es la hipótesis de una escritura «recontrada», y no incipiente. Entonces es preciso ajustar la propia conducta a la de los tradicionalistas, de los tradicionalistas de un género particular. Las tablillas del «campo Durathon» formarían parte de aquella herencia dispersa que los supervivientes del diluvio atlantidiano trajeron consigo. Forman parte del Conocimiento que permitió la edificación de los conjuntos megalíticos, inexplicables demostraciones de fuerza. Más allá de la Atlántida, isla y civilización surgidas de un foco original aún más antiguo, vuelven a surgir unos caracteres propios de la escritura madre, el lenguaje de Mu, que no habría desaparecido forzosamente para

1. Error inesperado de L.-C. Vincent, tan escrupuloso: los tuestos de Alvao, que llevan signos comparables a los de Glozel, habían sido descubiertos en 1891, en Portugal.

siempre en el hundimiento catastrófico del gran continente pacífico.

Por otra parte, algunas inscripciones glazelianas, asociadas a figuraciones animales, han constituido el objeto de un intento de descifre. Uno de estos guijarros, en el que se ve un reno en la más pura tradición del arte rupestre del Périgord, va precedido de tres signos que se parecen a las letras J, T, X. El conjunto significaría: «El hombre viviente parte hacia la primavera de la vida sumergida.»¹

La búsqueda de mensajes posteriores al gran cataclismo, y transmitido por mediación de los supervivientes atlantidianos, nos conduce hacia otros vestigios no menos extraños.

Del Loira al Ohio

Veamos un monumento megalítico, uno más, como tantos otros que existen en Bretaña. Éste se encuentra en Pornic, Loira-Atlántico. Un túmulo, actualmente reducido a poca cosa, cubría dos apogeos que llamaron la atención de Paul Le Cour hacia el año 1925.

Estos caminos cubiertos eran conocidos de las gentes de la región. Sin embargo, la mirada inquisidora del célebre atlantista descubrió en ellos algo en que antes nadie había reparado. Lo cual demuestra la ignorancia en que nos encontramos en cuanto a los tesoros más visibles y la cantidad de revelaciones que podríamos sacar de la oscuridad con entusiasmo y perspicacia, virtudes que el uso del metropolitano no tiende a desarrollar, es un hecho comprobado.

Examinando la losa que formaba bóveda a la entrada del subterráneo, Paul Le Cour observó que estaba enteramente cubierta de esculturas erosionadas y que podían confundirse con el resto de la piedra. Unas fotografías tomadas con luz especial permitieron identificar un corazón, un pulpo, dos serpientes enlazadas y «una serpiente de 35 cm perfectamente reconocible y que no se parecía en modo alguno a una línea sinuosa debida al azar...».

Estos símbolos confieren al monumento de Pornic un valor

1. Interpretación propuesta por el P. Mégrét y citada por L.-C. Vincent: *Le Paradis perdu de Mu*, t. II, p. 413 (Marsat [Puy-de-Dôme], «Ed. la Source d'or», 1971).

particular. La serpiente, emblema de la tradición primitiva, se encuentra tanto en Creta como en México y el Perú. También se puede ver, ampliada en proporciones fantásticas, en un lugar alejado del estuario del Loira: en el Estado de Ohio, en los Estados Unidos

¿Qué civilización edificó el Great Serpent's Mound, que mide 420 m de longitud? El plano y la vista aérea permiten distinguir las fauces, dispuestas a tragarse una masa de forma oval, que podría ser el huevo de la Creación, un huevo de 53 m por 20 m. Las espirales de la cola aparecen con igual claridad. Otros cerros, ora aislados, ora agrupados, existen en los Estados de Wisconsin, Iowa y Minnesota. Los mayores tienen un volumen de 550.000 m³. Junto al Great Serpent y al Alligator Mound (Mississippi), se observan representaciones de hombres y de objetos. Por muy inesperado que esto pueda parecer, estos objetos suelen ser pipas.

Sobre el origen de estos túmulos de la América del Norte, el misterio es completo. La raza de los *Mound builders* se desconoce y no se ha establecido relación con los indios pieles rojas.¹ Puede situarse, con prudencia, entre el —8000 y el —4000; todavía este período brumoso, correspondiente al mesolítico europeo, en que unos viajeros desconocidos, pero no sin equipaje, habrían propagado una escritura (o rudimentos de escritura), la práctica de las construcciones megalíticas, asociada a la de los túmulos, el conocimiento de ciertos símbolos y un culto muy difícil de precisar, interpretado diversamente según las zonas geográficas, pero en donde se encuentran algunas constantes por todas partes. La Luna se halla presente en Stonehenge como en los *mounds* de la América del Norte. ¿Y la Serpiente? Ésta nos lleva hacia nuevas consideraciones, que abordaremos a la sombra de las Pirámides, puesto que un reptil hermano de la titanésca figuración de Ohio es egipcio: se llama Kneph, y también él engulle el huevo universal.

La encrucijada más asombrosa de influencias alfabéticas

1. Véase P. Le Cour: *A la recherche d'un continent perdu, l'Atlantide* (París «Dervy» 1950). El autor considera a los pieles rojas como «los hijos degenerados de los atlantes» y observaba en ellos el culto de la Serpiente.

resulta ser un disco de gres, procedente de un *mound* de Ohio, el de Grave Creek. Ostenta signos rupestres de las Canarias, signos etruscos, egeos, fenicios, anglosajones, hebreos, nómadas... Este disco es un manual de esperanto dejado por unos innovadores desconocidos y, si lamentamos que no haya sido objeto de una identificación segura, nos preguntamos qué significa, en realidad, la identificación de un objeto en este campo nebuloso de la Arqueología. Esta identificación es imposible, preciso es confesarlo, de la misma manera que es imposible demostrar la existencia del continente de Mu o de los gigantes de Tiahuanaco. Lo que más se aproxima a una prueba, en arqueología romántica, es la ausencia de argumentos opuestos e irrefutables que reducen a nada una hipótesis. Partiendo del mismo principio, la autenticidad de un objeto insólito es formal cuando nadie puede afirmar que el carretero del pueblo lo fabricó el año pasado para introducirlo maliciosamente en un terreno de excavaciones. Cada vez más, los arqueólogos de lo Desconocido cuentan entre sus filas a hombres que no confunden un buzo con un cosmonauta. Merecen confianza, y el único punto flaco de sus trabajos es la falta de síntesis. Pero, ¿cómo podrían llegar a tal acrobacia, cuando la mayor parte de los elementos de que disponen están dispersos, con frecuencia representados en un solo ejemplar, susceptibles de ser datados con tolerancias de tres o cinco mil años, ofreciendo al mismo tiempo sorprendentes analogías e incomprensibles semejanzas?

Este disco de Grave Creek, que nos llega después del desconcertante misterio de Glozel, nos parece que hace un buen papel en medio de los *mounds*, de los túmulos y de las alineaciones megalíticas, inscribiéndose todo ello en los ocho milenios de nuestra Era. Esta tentativa de hacer coherente lo que no lo es se coloca, en verdad, bajo el patrocinio de algunos autores experimentados. Ello no impide que otros autores, no menos experimentados, deploren mi ligereza, y que más de un lector avisado piense que estoy dando pruebas de una lamentable inconsciencia al alinear este disco a cien leguas del lugar donde él desearía verlo. Por desgracia, una pieza tan rara, tan insólita, no pone ningún freno a la imaginación. Provoca un movimiento especulativo, y esto es todo. Aunque los adeptos de la Atlántida se apoderen de él en detrimento de los miembros del Lemuri's Club, tal acto de piratería no disminu-

ye un ápice el valor de algunas hipótesis clave sobre las cuales los inconformistas deberían ponerse de acuerdo de una vez por todas, lo cual daría origen a obras básicas capaces de contrapesar las de sus oponentes.¹

En lugar de este esfuerzo de clasificación, a falta del de síntesis, cunde la moda de la falsificación: una tumba inca en el Ardèche, una inscripción fenicia en Oregón, jeroglíficos egipcios entre los pascuanos, una pila eléctrica del tiempo de san Luis, un sarcófago de aluminio. A nuestro juicio, es menos agotador seguir una misma dirección que andar dando vueltas. Entonces, continuemos en el tren atlantidiano. Nos ocurrirá que nos llamen la atención algunos jefes de estación que reivindicquen el título de estación término, pero, con suficientes provisiones para el viaje, llegaremos a puerto, dicho de otro modo, al embarcadero para ir hacia Mu.

El cesto de los atlantes

«De todas formas —escribe Serge Hutin—, hay que acabar con la idea según la cual la Europa occidental formaba en la Antigüedad un mundo aparte.» Así, habiéndonos enviado a los Estados Unidos las tablillas grabadas de los alrededores de Vichy, los *mounds* norteamericanos nos remiten a la Gran Bretaña. No a Stonehenge, esta vez, aun cuando las zonas de misterio sigan siendo las del sudoeste. En el condado de Somerset abundan unas colinas artificiales que afectan formas curiosas. Cerca de Eastbourne, en la Mancha, el encuentro con el «Hombre Grande de Wilmington» es impresionante: una silueta humana, delimitada sobre el suelo por un foso continuo, parece haber sido dibujado con el buril (o con rayos láser) por un artista instalado en un globo cautivo o en un helicóptero. Ochenta metros de la cabeza a los pies: este croquis sólo puede apreciarse desde cierta altura. ¿Y por quién, hace 3.000 ó 4.000 años? ¿Y quién podía leer también el mapa celeste representado por los canales y las elevaciones de este pantano situado en el condado de los *mounds* ingleses, el Somerset? ¿El laberinto del Mig-Maze, en el Dorset, fue labrado por contemporáneos del Hombre Grande de Wilmington y de los hom-

1. En este sentido, la revista *Atlantis* es el mejor ejemplo de investigación perseverante y accesible.

bres grandes de Avebury? La pregunta más turbadora: construcciones, grafismos colosales, ¿son obra de los ingleses de la época o de una gente aparte? Los megalitos de Morbihan, ¿fueron erigidos por bretones de vieja estirpe (los llamaremos preceltas y también prealga) o por la misma gente aparte, pequeño mundo de iniciados, de supervivientes dotados de una herencia cultural que no tenía nada que ver con el grado de evolución de los pueblos de aquellas comarcas, alrededor de los años —4000?¹

En este caso, esas personas instruidas se encuentran en todas partes, en medio de los pueblos de la Edad de Piedra. Lo que ellos conservan de una herencia inestimable, lo distribuyeron o lo disimularon con la esperanza de que un futuro favorable sacará provecho de ello. Son los «misioneros» tan caros a Fernand Niel, esos «propagandistas» portadores de una idea y de una técnica, salidos de un centro desconocido...

Es muy raro que, alrededor de estos monumentos o en los parajes de un «campo Durathon», rico en vestigios, no haya una leyenda que haga referencia a un ser sobrenatural. El instinto de lo fantástico es, evidentemente, de los más comunes. Cuando uno habita en una gran ciudad, este instinto se atrofia. La génesis de los mitos, los arquetipos de las civilizaciones primitivas, todo esto no es más que una extraña mezcla cuando el azar lo lleva a uno, en una noche de invierno, a una campiña desierta. Ya sea en Berry, en Lozère o en la meseta de Valensole, sentiréis indudablemente, cerca de aquella gran peña más sombría que la oscuridad, una presencia que no tiene nombre. No obstante, la firma de «supermán» en los vestigios de la época mesolítica no debe clasificarse demasiado de prisa entre los accesorios del folklore. Hubo personas aparte, hubo herederos. En su cesto, una ciencia y una sabiduría, las migajas de las bibliotecas engullidas, el recuerdo de los Maestros que hicieron su tiempo, un penoso esfuerzo de memoria para reunir los conocimientos de antes del gran acontecimiento; ¿y cuál acontecimiento?

Ellos estaban allí, quizás en la linde de un bosque, con-

1. «...Esa fecha fatídica de 4.000 años antes de J. C., con la que tropezamos sea cual fuere la civilización antigua que estudiemos» (P. Le Cour, *op. cit.*).

templando a los campesinos bonachones que serían unos buenos administradores de Stonehenge, pero que, a fin de cuentas, dejarían escapar la última lección de los iniciados. ¿Lección perdida para todo el mundo y para siempre? Ya lo veremos.

Montones de guijarros, ¿para qué?

Dejemos a Robert Charroux la entera responsabilidad de la Gran Pirámide de los Celtas, a unos 10 km al norte de Morlaix (Finisterre). Como quiera que mide 77 m de longitud por 17 m de anchura... no puede tratarse de una ilusión óptica. Aun cuando su majestad se haya visto menoscabada por la intemperie y por los aficionados a los materiales de construcción, el monumento es aún grandioso, y hay que agradecer a Robert Charroux el que haya atraído hacia él la atención de los curiosos. La guía «Michelin» no se toma esta molestia. ¿Acaso la pirámide de Plouézoch no tendría más interés que una cantera abandonada? Dominando el mar, el enorme túmulo de cuatro pisos cubre varias salas más o menos obstruidas. La descripción de estos restos imponentes permite suponer que se trata del mayor monumento megalítico de Francia. Su comparación con las pirámides del antiguo México plantea un problema de plagio. ¿El estilo pirámide fue tomado de los mayas por nuestros misteriosos técnicos del mesolítico, o estos últimos viajaron tanto que su influencia se ejerció desde el norte al sur del continente americano? Siendo, al parecer, el monumento de Plouézoch más antiguo que sus réplicas mexicanas («y quizá que las de Egipto», añade Robert Charroux), la hipótesis que hay que retener es la de una penetración occidental en América. Sobre este punto, los atlantistas no vacilan: «La importancia y la belleza de las ruinas de Uxmal, de Palenque, su forma, su destino, sus símbolos hacen pensar inevitablemente en esa idea de relaciones estrechas y misteriosas que enlazan la civilización de esta región con las de Egipto, Caldea, de la India misma y que tienen un origen común todavía desconocido, pero que quizá sea la Atlántida engullida, cuna y foco de todas las civilizaciones.»¹

1. Se observará el límite de las tesis atlantidianas, mientras que, en toda lógica, conviene llevar la demostración más lejos en el tiempo y hacia continentes más antiguos que la Atlántida.

De ahí a incluir en la misma categoría que Plouézoch las pirámides de Couhard, cerca de Autun, y de Falicon, cerca de Niza, hay un paso de gigante. Falicon, miniatura insólita, no es un monumento megalítico. Es uno de esos montones de piedras que fueron construidos para nada. Excepto para lo esencial: la voluntad de perpetuar símbolos, un conocimiento tradicional, en suma, el acto gratuito por excelencia, sin ninguna idea de rentabilidad.

Maurice Guinguand, que estudió a fondo esta pirámide, destaca su situación sobre una línea Gizeh-Stonehenge que pasa por Chartres. Tres catedrales de piedra que proceden de una misma iniciación. Y, entre los matorrales y las rocallas, todavía protegido de la lepra invasora de la gran ciudad que se extiende algunos kilómetros más abajo, el modesto «poliedro mediterráneo» atestigua el mismo culto solar que sus grandes hermanas.

El 21 de junio, a la hora del mediodía, el sol marca un ángulo de $51^{\circ} 42'$ con relación al centro teórico de la Tierra.² La inclinación de las caras de la pirámide de Falicon forma con el sol un ángulo idéntico. Es también la misma inclinación que se encuentra en los lados de la pirámide madre, la de Keops...

Maurice Guinguand, que midió Falicon desde todos sus ángulos, en todos sus recovecos, piensa que la pirámide era, a la vez, un cuadrante solar y un amplificador de fuerzas telúricas. A unos 300 m, en el emplazamiento del lugar llamado Châteaurenard, unas ruinas de origen ligur habrían constituido el receptor, el lugar que se beneficiase de los efluvios benéficos del monumento. Sin embargo, éste no se habría construido hasta el siglo XIII. Así, pues, aquí intervienen los templarios, hallándose presentes en Falicon sus cruces, solar y lineal. El simbolismo egipcio encuentra aquí también resonancias muy extrañas. Maurice Guinguand nos ofrece un ejemplo de ello:

«El sarcófago vacío de la cámara del Rey se halla inclinado con relación a las paredes de esta pieza. Según el ángulo mediano de esta Cámara y de la Pirámide, en sentido norte-sur, su diagonal forma también un ángulo de 26° , mientras que la

2. Heródoto (siglo V a. de J. C.) indicaba $51^{\circ} 49'$, inclinación confirmada por J.-P. Lauer: $51^{\circ} 50'$, en *Le Problème des pyramides d'Égypte* (París, «Payot», 1962).

arista de radiación del sarcófago con relación a esta diagonal forma el mismo ángulo.¹

»En Falicon, esta arista de radiación se dirige hacia el lugar que, naturalmente, debía estar protegido y ser privilegiado, es decir, Châteaurenard, mientras que la radiación que emana del cofre real y de la pirámide cruza, sobre un mapa, el Mediterráneo, pasa a Italia, llega a Falicon, después a Chartres y de allí al yacimiento megalítico de Stonehenge, que no deja de guardar relación con una u otra pirámide.»

Hay, pues, en este montón de guijarros que se calienta al sol, una voluntad de mantener una tradición que toma sus raíces en los monumentos perfectos de la Antigüedad. Monumentos perfectos que no corresponden, según algunos, al grado de conocimientos científicos de aquellos a quienes se les atribuyen. Siguiendo las huellas de los Maestros, la búsqueda culmina en Egipto, pero no, como sería lícito suponer, entre los egipcios.

1. Tomando la Gran Pirámide de Keops como base de comparación, M. Guinguand observa asimismo que este ángulo de 26° interviene en los frescos de Lascaux.

LA MONTAÑA DE LOS ATLANTES

El califa Al-Mamún era de naturaleza en exceso curiosa. Llegó a Egipto en el año 820 y se le metió en la cabeza la idea de demoler una de las tres pirámides de Gizeh para ver lo que tenían dentro. Como quiera que le hicieron observar que la empresa costaría mucho tiempo y dinero, resignóse a penetrar mediante fractura en la fúnebre morada de Keops. El agujero puede verse todavía, a la altura de la quinta hilada. Diez peldaños más arriba, habría dado con la verdadera entrada.

Al-Mamún supo también orientarse por los pasillos de la Gran Pirámide, y llegó hasta una pequeña cámara que contenía una estatua de hombre, de piedra verde como una esmeralda. Dicha estatua, probablemente un sarcófago, contenía un cuerpo recubierto de oro, y la cabeza estaba adornada por un rubí grande como un huevo de gallina...

Nadie sabrá jamás si el califa fue el primero en descubrir los despojos del rey Keops y los tesoros que los acompañaban. Ante todo, el relato de esta aventura roza en lo maravilloso y describe unos hallazgos bastante fantásticos. En segundo lugar, queda por demostrar que la Gran Pirámide sirviera de tumba, para Keops o para otra persona. Finalmente, y era preciso llegar a esto, se trata de saber si el más famoso monumento del mundo guarda alguna relación con la civilización egipcia tal como nos la han dado a conocer siempre los egipólogos.

De todos los temas de fantasía acerca de los mundos del pasado, la Gran Pirámide es el más vasto, y el más sólido, naturalmente. Tema de inacabables discusiones, muy peligroso para los espíritus dados a la contradicción. En el enfrentamien-

to de las hipótesis delirantes y de las explicaciones razonables, uno no sabe nunca dónde se encuentra el romanticismo y lo racional. En la gran galería de Keops, los científicos ya no reconocen a sus hermanos. Tropicizan con estos «piramidólogos», émulos de Piazzi Smith,¹ y deben recurrir a comprobaciones de identidad para informarse acerca de la seriedad de sus trabajos. Astutamente, extraños personajes se mezclan entre los invitados, sin haber recibido invitación de los unos ni de los otros. ¿Son estos románticos los que prestan a los constructores de las pirámides una antigüedad y unos fines en los que no habían pensado los místicos, los bíblicos, los seudocientíficos y los científicos coronados? Los epítetos de iluminados y de ignorantes se intercambian a bulto, pero, en la penumbra, vaya usted a saber quién los lanza y a quién van dirigidos. Entonces, conviene efectuar una criba de estos señores, y permanecer en el lugar en compañía de los que aceptan cooperar en nuestra obra, aunque sin tenerlos por infalibles.

La escuela de las pirámides

Entre egipólogos de profesión, aunque dignos de estima, oiremos afirmaciones de este género:

«Se ha discutido mucho acerca del objeto de las pirámides, y sin que se sepa demasiado la razón de ello, siempre es la pirámide de Keops la que ha servido de base y de punto de partida para las suposiciones. Haremos observar que, *a priori*, no hay razón alguna para que la pirámide de Keops hubiese tenido un fin distinto al de las otras sesenta y pico pirámides que hay en Egipto...» (Auguste Mariette.)

«La Pirámide, como hemos visto, no era solamente una tumba colosal destinada a asegurar para la eternidad la conservación de la momia del faraón, necesaria para la supervivencia de éste. Era, en realidad, el centro de un culto y, por consiguiente, el elemento dominante de todo un vasto complejo monumental...»

»Esto se aplica a todas las pirámides, incluida la Grande. Así, los autores, que pretenden tratar el problema de las pirá-

1. Piazzi Smith, astrónomo real de Escocia, autor de *Our Inheritance in the Great Pyramid* (1864), inventor de la tan discutida «pulgada piramidal».

mides, y particularmente la de Keops, ignorando de forma sistemática el complejo del que formaban parte y considerándolas sólo como entidades independientes, cometen un error comparable al que uno cometería si se obstinase en no considerar en una iglesia más que su campanario, sin querer tener en cuenta los otros elementos que la constituyen.»¹ (J.-P. Lauer.)

Asimismo, la Gran Pirámide no es una obra maestra excepcional, producto de una inspiración repentina y de una enseñanza técnica acelerada. Representa la culminación de un modo de construcción cuyas etapas se conocen. Sobre la antigua *mastaba* de ladrillos, aparece por primera vez, según parece, un edificio escalonado construido para el rey Zoser por su arquitecto Imhotep. Los otros monarcas de la III dinastía imitan a su predecesor, hasta que uno de ellos inaugura su revestimiento liso que hace de la pirámide de Meidum la primera del género clásico.

Snefru, fundador de la IV dinastía, se dedica a lo colosal con una pirámide de 180 m de base y 100 m de altura.

Kefrén y Keops² se disputarán la palma, superando el segundo sólo en 3 m al primero. En cuanto al tercer grande de la meseta de Gizeh, Micerino, volverá a bajar a 66 m, aunque sin ser jamás superado ya por sus sucesores, de la V y la XII dinastías. He aquí, pues, una cronología buena y tranquilizadora, reconstituida por un gran número de individuos que dedicaron su carrera al estudio de Egipto, y a veces, al solo problema de las pirámides. Gracias a ellos, sabemos que el reinado de Keops y su gigantesca empresa se sitúan entre los años 2700 y 2800 a. de J. C.

Sobre el utillaje y los métodos de construcción, las opiniones discrepan. Las explicaciones están matizadas y dejan adivinar el asombro: «Por sorprendente que esto pueda parecer —escribe Jean-Philippe Lauer, miembro del Instituto de Egipto y arquitecto del Servicio de antigüedades—, aun cuando la construcción de las grandes pirámides de Egipto tuviese lugar en pleno marco histórico, pertenece en realidad, por su técnica y su utillaje, al período llamado eneolítico y calcolítico, que marca el final del neolítico y de la Edad de Piedra. En efecto,

1. J.-P. Lauer: *Le Problème des pyramides d'Égypte* (París, «Payot», 1952).

2. Keops: con sus 146 m de altura.

allí sólo se encuentran, como metales, el oro y el cobre, con exclusión del bronce, que no hará su aparición, según parece, hasta hacia el final del Antiguo Imperio.»

En tanto que, en el otro lado del Mediterráneo, los griegos levantaban los primeros templos dóricos con utensilios que estaban a la altura de la tarea, los egipcios tallaban bloques de 150 toneladas con ayuda de percutores de sílex y de láminas de cobre frotadas sobre granos de cuarzo. Si se admite que los griegos no fueron sino unos plagiarios y que practicaron sobre la ribera del Nilo un desvergonzado espionaje arquitectónico,¹ esta versión de la evolución de las técnicas tiene que ponerse en cuarentena.

Pero, ¿y la ciencia, la famosa ciencia de la que la Gran Pirámide constituiría el gran libro? ¿Es que los egiptólogos hacen la vista gorda sobre este punto? Por supuesto que no. Abren muy bien los ojos para ver mejor y descubren, de esta manera, verdades que llenan el ánimo de consternación. Reconocen que la orientación de las pirámides de Gizeh revela un cuidado extremo, y *no puede ser obra del azar*. Diferencia media en Keops: 3 minutos y 6 segundos.² En Kefrén y Micerino, 5 minutos y medio y 14 segundos.

En cuanto a la relación *pi*, los egipcios la ignoraban. Si el abate Moreux encontró 3,1416 al dividir el perímetro de la base por el doble de la altura de la Gran Pirámide, es que sus datos eran falsos o adaptados de antemano al resultado. En realidad, no hay que calcular con metros, sino con codos egipcios. Nada más exacto. La relación obtenida por este procedimiento equivale a 22/7, es decir, a 3,1428 para *pi*. Los mismos sabios comprueban que este valor es el de Arquímedes, y podría ser que los griegos hubiesen estado huroneando en Menfis. Ello no impide que, con dos decimales de diferencia, los egipcios hayan estado navegando en la niebla y que no habría que extasiarse demasiado ante su pretendida superioridad.

Con ayuda de razonamientos idénticos, el egiptólogo avisado decide que la sección áurea, aparente en el ángulo de inclinación de las pendientes de la Gran Pirámide, fue determinada al elegir una relación simple y práctica, la más cómoda

1. Mucho antes de los griegos, la voluta jónica aparece en Nínive, en el palacio de Sargón, ocho siglos antes de nuestra Era.

2. Se trata de la diferencia con el norte magnético, o sea, para Keops, 1/20 de grado aproximadamente con relación al meridiano.

para todos los arquitectos, a quienes interesaba que su montón de piedras se mantuviese en pie: «En cuanto a las cualidades geométricas inherentes a toda pirámide que posee esta inclinación de 14/11, nos parece sumamente dudoso que hayan podido ser descubiertas por los arquitectos de Keops, al menos en lo que respecta a las que se refieren al número áureo y a la relación π , nociones que, según todas las apariencias, debían serles en esa época completamente extrañas; solamente la relación llamada de Heródoto podría ya haber sido descubierta en tiempos de Keops, y esto todavía con todas las reservas.» (J.-P. Lauer.)

En resumen, con 3,1428, los egipcios son hombres empíricos, pacientes y dotados para lo colosal.

Con 3,1416, la civilización egipcia guarda un pesado secreto, el de una tradición heredada de civilizaciones desconocidas alrededor de las cuales nuestra imaginación va a bordar cuanto le plazca; sólo pedimos esto.

Por desgracia, unos aguafiestas vienen a llamar a la puerta de la Cámara del Rey en el momento que íbamos a iniciar nuestra conferencia sobre los atlantes.

«¡Dejad vuestros razonamientos matemáticos, pobres materialistas, que esto es lo que sois! —exclaman los piramidólogos—. Cuadratura del círculo y sección áurea, esto importa poco. Lo que cuenta son los símbolos, y vosotros no los veis...»

El tercer hombre

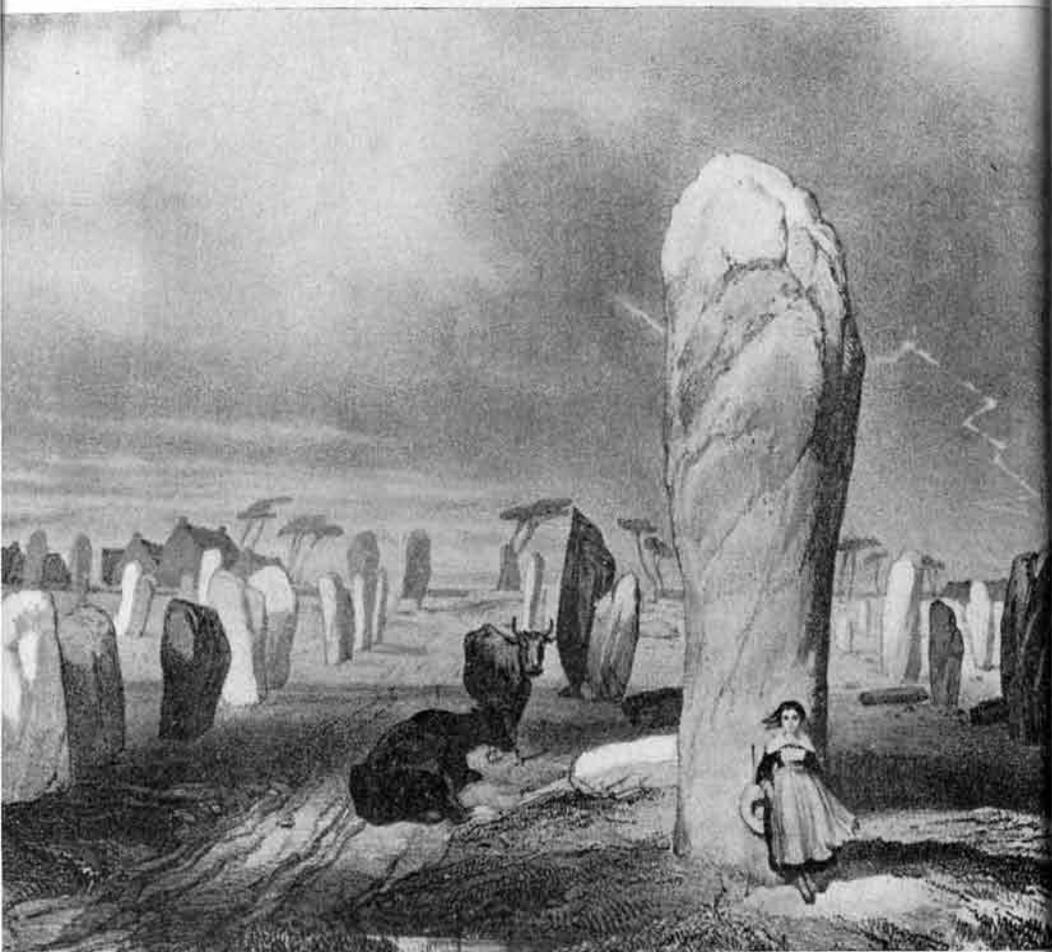
No vamos a desarrollar los argumentos de la escuela simbolista; un volumen no bastaría para ello. Por otra parte, se trata de un estado mental paralelo al de los románticos. Hasta una mayor información, las paralelas no se encuentran, pero van a producirse interferencias...

El responsable de la crisis mística que ha transformado la Gran Pirámide en objeto de culto se llama John Taylor. El breviario que publicó en 1859 dictaba a sus adeptos la conducta a observar.¹ Como suele suceder en materia de religión, luego se formaron iglesias disidentes. Todas ellas estaban ligadas por la misma intensidad de devoción.

1. J. Taylor: *The Great Pyramid: Why was It Built and who Built It?*



La fortaleza edificada en el siglo XV de nuestra Era, o cuna de las más remotas civilizaciones preincasicas, Machu Picchu (a 2500 m de altitud), constituye un impresionante ejemplo de esos enigmas que continúan enfrentando a las mentes racionalistas con las mentes románticas de la arqueología. (Foto Camera Press-Zardoya.)



El interés suscitado por los conjuntos megalíticos es de época reciente: antes, sólo el carácter extraño de las **pedras drúidicas** inspiró a poetas y dibujantes, sin que estos últimos advirtieran a las jóvenes campesinas contra el peligro de buscar en ellas refugio en tiempo borrascoso...

Así, pues, en aquellos tiempos... la Gran Pirámide fue edificada según datos totalmente extraños a los conocimientos de la época. He ahí un punto sobre el cual científicos y místicos estarían de acuerdo si quisieran frecuentarse entre sí. Sin embargo, no es imposible que los egipcios tomaran parte en la construcción del monumento. Eran guiados por la inspiración divina. Como aquellas gentes no sabían nada de la Biblia, los verdaderos maestros de obras eran de otra especie. ¡Toma!, otro punto sobre el cual, esta vez, los místicos y los románticos encontrarían un terreno de entendimiento, si no cesasen de interrumpirse mutuamente... Pero los jefes de empresa invocados por los primeros no serían otros que los elegidos de Dios, dirigidos por Melquisedec.

En cuanto al gran sacerdote, el de la religión tayloriana fue el famoso Piazzi Smith. Se esforzó en convertir todas las medidas de la pirámide de Keops en pulgadas de su invención, aunque muy influidas por el sistema utilizado al otro lado del Canal de la Mancha. Con esta salsa, la obra maestra geométrica que es la más perfecta de las pirámides de Egipto, tomó el aspecto de un calendario en el que se hallaban inscritas las grandes fechas de la historia de la Humanidad.

A partir de la entrada, la inclinación de las galerías, la intersección de los pasadizos y de las prolongaciones imaginarias de todos los ejes posibles, la altura del techo de las unas y de las otras, los diferentes planos de las cámaras y sus dimensiones adoptaban la figura de marcas cronológicas. Unas distancias cuidadosamente medidas, pero ilusorias por completo, dado que se utiliza una unidad arbitraria, la pulgada piramidal, representan otros tantos años que separan el éxodo de Israel de la fecha de la Navidad, y ésta de la época de los primeros ferrocarriles. De bíblico, el calendario piramidal se convertía en profético, y así es como la entrada de la Cámara del Rey indicaba el 16 de setiembre de 1936 como comienzo de la Era de la claridad.

Sería demasiado fácil ironizar con las patochadas de estos géometras extralúcidos. Todas estas predicciones provienen de una aritmética de complacencia que cada cual puede utilizar para cualquier fin. Así, la milésima parte de la distancia entre la pirámide de Keops y Belén da el número de 2.138 co-

dos sagrados,¹ que corresponden al nacimiento de Cristo con relación a la fecha de erección del monumento.

Aquí, un hombre se levanta. Procura guardar las distancias con respecto a sus vecinos egiptólogos o simbolistas. Sin embargo, nosotros sospechamos que tomó notas mientras escuchaba a sus colegas. No se parece ni a un astrónomo ni a un pastor protestante. Este tercero en discordia encarna la categoría de los románticos y se parece tanto a un inspector del Servicio de las antigüedades que podría tomársele por uno de ellos.

Dice así, textualmente:

«Con vuestros calendarios proféticos, no sois más que unos carteros que llegan tarde. Poco importa que la entrevista del zar Nicolás II y el rey de Inglaterra Eduardo VII, el 2 de agosto de 1909, sea revelada por vuestros rebajos murales entre el final de la Gran Galería y el comienzo del primer pasadizo bajo. Lo que cuenta es la civilización capaz de manipular 500.000 toneladas de rocas para erigir un monumento de más de 140 m de altura, soberbiamente orientado como sabemos, y cuya disposición interior supone misterios mucho más fascinantes que vuestros horóscopos de barriada.»

Al oír estas palabras, un místico cita al abate Moreux:

«O bien los constructores del monumento único en el mundo poseían una ciencia tan avanzada como la nuestra, lo cual es extraño y casi increíble; o bien, guardianes de una tradición que se remonta a las primeras edades, habían querido fijar en la piedra unos datos depositados por la revelación en el espíritu del primer hombre.»

«¡Claro! —replica el *amateur* de civilizaciones—. Vuestro abate sabe nadar y guardar la ropa, conjugar la Biblia y la Tradición, los racionalistas del siglo XIX, que tenían por extravagante la idea de que los egipcios habían poseído una ciencia tan adelantada como la nuestra, y los "datos depositados por la revelación", que no son sino una furtiva ojeada al imprimátur. ¿Acaso uno de los maestros que os enseñan a pensar, Morton Edgar, no fijó la fecha del Diluvio en el año 2472 antes de nuestra Era, y la construcción de la Gran Pirámide en el

1. Al igual que la pulgada piramidal, tampoco el codo sagrado (625,6 mm) tiene carta de ciudadanía entre los egiptólogos. Para ellos, se utilizó el codo real (524 mm) en la Gran Pirámide como en todos los monumentos de Egipto.

2140? Vamos, caballeros, haríais bien en afinar vuestros violines...»

Humillados, los piramidólogos abandonan la sala y vuelven a bajar a la Gran Galería, con una cinta métrica en la mano.

Animados, los egiptólogos vienen en ayuda del valeroso romántico:

«Hay que ser indulgente con los seudocientíficos —dice uno de ellos—. ¿Que les hace gracia colocar la construcción de la Gran Pirámide después del Diluvio? Sea. Si hubo inundación universal o regional, poco me importa que se produjese diez mil o cien mil años antes. Ello no perturba en modo alguno el orden de las dinastías egipcias. Como decía no sé quién: "Antes de nosotros, el Diluvio..."»

Algunas risas corteses.

«Precisamente —repite el romántico—, no estoy más de acuerdo con ustedes que con estos anglófilos.¹ Porque es probable, caballeros, que la Gran Pirámide, llamada de Keops, no fue construida después del Diluvio, sino antes.»

Contrariados, los egiptólogos abandonan la Cámara del Rey, prometiéndose a sí mismos no volver nunca más a ella, y nosotros quedamos entre amigos.

Los románticos de Bagdad

Ardemos en deseos de saber por qué medios llegaron esos francotiradores de la egiptología a situar el origen, la construcción y la significación de las pirámides, sobre todo la de Keops, fuera de las explicaciones comúnmente admitidas. El punto de partida del razonamiento se encuentra de ordinario en las primeras páginas de las obras llamadas serias, y quizá lo son, después de todo.

En un capítulo que trata del aspecto histórico del problema, se encuentran los textos de autores árabes enamorados de lo maravilloso. Presentados con una conciencia profesional que bordea la ironía, apelan al sentido crítico del lector. Sin embargo, cada uno supone que el lector avisado las tomará

1. Nuestro amable romántico subraya así la responsabilidad anglosajona en la propagación de la epidemia piramidal, con John Taylor hacia 1860, Piazza Smyth de 1864 a 1867, Cotsworth en 1902, Morton Edgar hacia 1925, David Davidson en 1934, etc.

por paparruchas: antes de pasar a todo análisis positivista, un paseo en alfombra mágica no compromete a nada.

Una actitud menos timorata considera tales textos con un gran interés. El precedente Homero-Schliemann es invocado como se debe. Hacer de ello un uso excesivo es irritante, ya lo sé. Pero, después de todo, se trata de un famoso precedente. Entonces, ¿por qué Homero y no Ibrahim Ibn Wasif Shāh? Cuestión de notoriedad, tal vez. Yo veo también en ello el profundo desprecio con que la selecta minoría occidental consideró, en el siglo XII, la cultura árabe, producto de un pensamiento herético que los matones del feudalismo barrieron en la primera expedición punitiva. El resultado previsto no fue alcanzado, pero los narradores árabes jamás se recuperaron de la acusación de mitomanía. ¿Y si estos guasones, lo mismo que los griegos y que los bufones de la Edad Media, habían tomado su información de fuentes oscuras?

Ibrahim Ibn Wasif Shāh atribuía a las dos pirámides, las de Keops y de Kefrén, un origen antediluviano:¹

«Trescientos años antes del Diluvio —escribía—, Surid tuvo un sueño en el cual le pareció que la tierra quedaba trastornada; los hombres huían, las estrellas caían y chocaban las unas con las otras con un terrible estrépito; Surid, aterrado, no habló a nadie de este sueño, pero quedó convencido de que un grave acontecimiento iba a producirse en el mundo.»

El rey Surid convocó a sacerdotes, astrólogos y arquitectos. Les dio la orden de construir las dos pirámides en cuestión y encerrar en ellas todos los preceptos de la ciencia del momento, desde la Medicina hasta las Matemáticas, pasando por la Cosmogonía y la Metalurgia. Estos conocimientos eran tan extensos, que fue preciso escribir dondequiera que se encontrase espacio. Mapas del cielo, relatos históricos sobre los acontecimientos del pasado ponían fin a este balance de una época. Al igual que algunas naciones han creído conveniente encerrar en un cilindro invulnerable el disco de un cantante famoso, muestras de productos farmacéuticos y las medidas de Miss Galápagos, Surid acumuló en unas salas interiores armas, drogas, recipientes que contenían el agua mágica y otras cosas semejantes...

1. Versión adoptada por varios otros autores árabes, entre ellos Maqrizi Masudi, y en *L'Égypte de Murtadi, fils du Graphique*, traducido en el siglo XVII por P. Wattier.

«A cada una de las pirámides se le asignó un guardián. La pirámide occidental fue puesta bajo la custodia de una estatua de mosaico de granito; la referida estatua estaba de pie, y tenía en la mano algo parecido a una jabalina, y se cubría la cabeza con una víbora replegada sobre sí misma. Tan pronto como alguien se acercaba a la estatua, la víbora se lanzaba sobre él, se enroscaba en torno a su cuello, lo mataba y luego volvía a su puesto. El guardián de la pirámide oriental era una estatua de piedra negra, moteada de negro y de blanco, con unos ojos abiertos y relucientes; estaba sentada y tenía en la mano una jabalina. Si alguno la miraba, oía procedente de la estatua una voz espantosa que le hacía caer de bruces, y moriría allí sin poder volver a levantarse.»

¿Qué papel ha representado la extrapolación en estos relatos? ¿No hay algún indicio que confiera crédito a estos brillantes narradores, ningún detalle material que sea señalado por un sucesor de Ibrahim Ibn Wasif Shāh, concediendo así cierto valor histórico al conjunto del relato?

Hecho, al menos, curioso, es un contemporáneo de Ibrahim quien nos pone sobre la pista. Se llama Abd-Allatif y describe las pirámides en términos de arqueología.¹ Se extasía con la precisión de las juntas, con la calidad del mortero y, lo más natural del mundo, confirma uno de los puntos capitales de la leyenda: las piedras están revestidas de escritura, en un carácter antiguo que nadie puede descifrar. Y si hubiera que volverlas a copiar sobre papel, diez mil páginas, según sus cálculos, no serían suficientes...

Así, el legado científico de los constructores fue mucho tiempo visible sobre las piedras calentadas al sol así como sobre las que quedaban sumidas en la oscuridad de las galerías.

Tan pronto como uno toma estos antiguos relatos como base de estudio de una precivilización egipcia, las sorpresas se multiplican. Recientemente, los egiptólogos soviéticos emprendieron excavaciones en unas grutas, en Heluan. Aun cuando ningún objeto de los que figuran en las colecciones oficiales de egiptología parece anterior a 5.000 años, los soviéticos afirman haber descubierto vestigios de 20.000 años de antigüedad.

1. *Relación de Egipto*, por Abd-Allatif, médico árabe de Bagdad (1161-1231).

Entre estos vestigios, unas lentes cuya perfección no podría alcanzarse, en nuestros días, sin recurrir a un abrasivo a base de óxido de cerio. Quien dice óxido de cerio dice procedimiento electroquímico. Quien dice procedimiento electroquímico dice utilización de la electricidad.

De pronto, habría que pasar por la criba los escritos de todos estos historiadores, médicos o viajeros árabes que no se copian servilmente los unos a los otros. En el siglo IX, Ibn Abd Hokm hablaba de Surid, también él, y de armas que no se oxidaban, y de objetos de vidrio que podían doblarse sin que se rompieran...

Acero, plástico, estos nombres familiares acuden a nuestra mente, por la simple razón de que somos incapaces de imaginar otros, por no haberlos inventado todavía, o porque la ciencia del siglo XX progresa sobre vías diferentes. La explicación de los misterios científicos atribuidos a una civilización lejana no es sino un intento de adaptación a nuestras normas. ¿Qué podía ser, por ejemplo, el agua mágica que Surid mandó conservar en el interior de las dos pirámides? Varios relatos hacen alusión a ella y pretenden que un recipiente lleno de esa agua pesaba lo mismo que si hubiese estado vacío...¹

A partir de este momento, se hace imposible continuar la comparación entre egiptología conformista y egiptología romántica. Tenemos que abandonar la idea de que la pirámide de Zoser fue la primera del género. Abandonar, asimismo, la idea de que la I dinastía apareció en el año 4241 a. de J. C. Y, a mal tiempo buena cara, ya que fue un reportero demasiado presuroso por entregar su original, volver a leer a Heródoto, y observar las 341 estatuas que él decía haber visto en Tebas. Estas efigies eran las de los grandes sacerdotes que se habían sucedido desde hacía... once mil años. Una cronología tan amplia² deja sitio para una penetración atlante que aportó repentinamente al antiguo Egipto conocimientos inesperados. Deja sitio para el acontecimiento del Diluvio, en el cual la

1. Agua «magnetizada», cargada de fuerzas cósmicas condensadas en el interior de la Gran Pirámide y administrada a los difuntos reales en el curso del rito funerario de la «la abertura de la boca».

2. La cronología establecida por Manetón (siglo III a. de J. C.) cita a Menes (5619-5557) como fundador de la I dinastía, pero guarda silencio acerca de la larga sucesión de las predinastías.

Gran Pirámide se inscribe no sin lógica. De otro modo, ¿cómo explicar la elección del meridiano de Gizeh? El cual atraviesa y divide en dos partes iguales la mayor superficie de las tierras emergidas. A menos que atribuyamos todo ello al azar, debe reconocerse que los hombres que orientaron el monumento tenían de nuestro planeta una visión bastante real. Esto no quiere decir que los egipcios hubiesen navegado por todos los océanos. Esto significa que se encontraban entre ellos unos depositarios de una tradición que, probablemente, acababa de difundirse más allá de un continente en peligro o que hacía poco tiempo que había desaparecido.

En uno de los estudios más recientes publicados sobre este tema, André Pochan da de la Gran Pirámide una fecha de construcción precisa: 4800 a. de J. C. Si esta fecha está en contradicción con la cronología clásica, no lo está menos con la hipótesis de una Gran Pirámide antediluviana. En su *Intento de fijación en el tiempo del Diluvio universal*, el mismo autor piensa «que no es imposible que se la deba situar al comienzo de la dinastía de los Espíritus de la Muerte, que Manetón, según Eusebio, fija en 5.813 años antes de Menes, primer rey de la I dinastía histórica egipcia, o sea, 11.432 a. de J. C.»

Diríase que Heródoto, los narradores de Bagdad, los arqueólogos rusos de 1960 y los egiptólogos no conformistas de 1972 se dan la mano para avanzar con paso tembloroso al encuentro de verdades prohibidas.

No cesaré de repetir que el punto débil de los arqueólogos llamados «románticos» es el ceder al gusto de la demostración brillante, y no atenerse a síntesis que, necesariamente, apelan a materiales acumulados por otros autores, dejando aparte a Louis-Claude Vincent. Su estudio sobre Mu, continente original, cuenta hoy dos volúmenes de quinientas páginas cada uno, y se anuncian otros tres. Quince mil documentos utilizados hacen suponer que la compilación, considerada como el instrumento que permite elaborar una hipótesis sólida, no es un género menor. Cuando presenta la fecha de 10.500 años antes de nuestra Era, L.-C. Vincent no está jugando a cara o cruz. En las cuatro esquinas del mundo, unos autores que no habían tenido la posibilidad de reunirse en seminario para confrontar su punto de vista, han situado el Diluvio entre los

años 15.000 y 9.564. La diferencia que separa las épocas propuestas obedece a toda clase de razones: situaciones geográficas, estimaciones personales y diversidad de los sistemas de apreciación del tiempo. Las verificaciones arqueológicas confirman el acontecimiento: unos estratos fosilíferos del Missisippi, considerados como «diluvianos», habrían sido estimados en 11.200 años, después del análisis con el carbono 14, análisis cuyos resultados, es verdad, no inspiran confianza; asimismo los aluviones de Australia se remontarían a 12.000 años... Las informaciones no faltan, pero es inútil confeccionar su lista: reaparecen en todos los puntos calientes de la arqueología no conformista, tanto en las orillas del Nilo como en las del lago Titicaca.

Que el sueño del rey Surid fue una premonición útil, decisiva, y la fecha en la que se emprendió la erección de la Gran Pirámide aparece en la trama complicada de las innumerables opiniones: $10.500 \pm 300 = 10.800$.¹

En esa época, el delta del Nilo no era sino una bahía del Mediterráneo. La meseta de Gizeh constituía una península. El nivel del mar era 36 m más alto. La Esfinge, otro testigo antediluviano, se beneficiaba hasta el cuello de un baño prolongado. La antigua Menfis, la de los predinásticos, se extendía por encima de las pirámides, en una longitud de 20 km. Homero hace alusión a estas cosas, en la *Odisea*, y nuestros lectores saben que no es conveniente tenerlo por embustero.

En esta situación, ¿cuáles son los vestigios dejados por el Diluvio? Según Abu'I-Aiban y Priruni, también escritores árabes, «la altura alcanzada por sus aguas se observa aún a mitad de la altura de las pirámides, límite que no pudieron rebasar». Hace unos veinte años, parece ser que se descubrieron unos micromariscos en las hiladas de Keops correspondientes a esa altura. Esta clase de detalle, cuya importancia no pasa inadvertida a nadie, exigiría investigaciones más minuciosas, una confirmación formal, pero los egiptólogos no parecen querer tenerlo en cuenta. Sin embargo, cuando las aguas se reti-

1. Recordemos que algunas fechas aún más fantásticas sitúan la empresa en -30.000, es decir, un ciclo de precisión, según Braghine (1939), o también en -50.000, según Enel (conversaciones con L. C. Vincent en 1957).

raron, la Esfinge inició su interminable baño de sol, y su cuerpo conservó las marcas de una erosión marina cuya observación no se presta a discusión alguna.

Luego, el Nilo rechazó el mar, los aluviones trajeron la riqueza, las dinastías egipcias se establecieron en un pasado relativamente próximo, y un tal Keops se apropió de la montaña mágica que había desafiado aquellas intemperies excepcionales. En el Gran Pasadizo son visibles rastros de martilleo, destinado a hacer desaparecer viejos vestigios de varios milenios. La cartela real no es una prueba absoluta de autenticidad, ya que la usurpación arquitectónica se ha practicado en otros lugares, tanto en China como en Grecia.

Es lamentable que la búsqueda de cavidades subterráneas bajo la Gran Pirámide no permita abrigar grandes esperanzas.¹ Sólo podrían emprenderse trabajos enormes y costosos, si se produjera una revelación extraordinaria, la cual asestaría un rudo golpe al mundo erudito. La Cámara Baja, situada a unos 30 m por debajo del zócalo de la pirámide, sólo constituiría el piso superior de una ciudad compuesta de salas y de galerías cuyo contenido no ha sido mudado ciertamente de lugar desde los tiempos de Surid. Ya que no queda nada de los conocimientos consignados en los muros exteriores de Keops y en sus instalaciones accesibles. Frecuentemente, los edificios levantados por lejanos antepasados han sido considerados por los hombres como excelentes canteras. Las revoluciones suministran astutos pretextos para estos desmantelamientos. Es probable que los secretos de los templarios yaczan bajo los fogones de nuestras cabañas y que los atlantes estén empareados en los palacios de El Cairo.

Pero no es fácil llegar a las capillas subterráneas como a las almenas de un torreón. Una Cámara Profunda, cuya existencia le habría sido indicada a Heródoto, se hallaría a 60 m por debajo de la base. Es la profundidad indicada por varios autores árabes,² que también hacen alusión a un dédalo de gale-

1. Desde 1966, las universidades de Berkeley y de El Cairo mandan efectuar sondeos electrónicos a través de la pirámide de Keops, sin descubrir, hasta ahora, la existencia de cavidades desconocidas.

2. «...Unas puertas bajo tierra, a 40 codos de profundidad, las cuales tenían su salida en unas casamatas abovedadas, construidas con piedras, cuya situación era oculta, midiendo cada una 150 codos de largo. (Murtadi, trad. Wattier, 1666).

rías cuya exploración traería consigo, tal vez, las más maravillosas revelaciones de la historia de la Arqueología. Entretanto, los cronistas de las *Mil y una noches* nos dejan con nuestro afán de saber. Dan la razón a los que efectúan una discriminación entre las pirámides de Gizeh y las otras. Y la perfección de la de Keops autoriza una segunda selección, entre ésta y sus dos vecinas. Ella representaría, realmente, una suma de conocimientos, materializada hace trece mil años, con el propósito de proteger la cultura atlantidiana, o sus restos, de una sumersión diluviana. En este caso, la Gran Pirámide es contemporánea de la Atlántida. Las ideas más extravagantes, emitidas a propósito de los procedimientos empleados en su construcción, se vuelven plausibles, si queremos admitir que esta civilización misteriosa se había desarrollado en direcciones diferentes de las nuestras.

En los innumerables trabajos que se asignan como objetivo el situar geográficamente el continente desaparecido, los conceptos atlantidianos pasan a segundo término. El fin último consiste en escribir que se trataba de una raza «tecnológicamente avanzada». Esto quiere decirlo todo, y nada. No espere el lector, en el viaje que vamos a emprender, desde el Sáhara hasta la isla de Heligoland, intentos de traducción, en términos usuales, de lo que los atlantes sabían hacer y dejar de hacer. Aun cuando bajo la Gran Pirámide encontrásemos la llave de la ciudad subterránea, nada demuestra que hubiera de sernos útil. Las fórmulas sepultadas no se traducen forzosamente por la escritura tal como la concebimos. Además, no es seguro, por desgracia, que seamos aptos para sacar partido de los hallazgos. La búsqueda de la Atlántida es, pues, una empresa gratuita y desinteresada, deja inevitablemente insatisfecha la curiosidad y, con todo, ha servido de estímulo para la energía y la inteligencia de un número incalculable de personas. Yo creo que es porque su localización actúa como un revelador sobre la imagen insospechada de nuestro planeta, poniendo así en entredicho las raíces de nuestras creencias, la autenticidad de los dogmas, las bases del humanismo y las tenebrosas filiaciones a las que aún nos encontramos sometidos. Pienso que quizá sería mejor que uno cultivase su huerto, pero, cuando se levanta la brisa y se hinchan las velas, ¿quién se resiste al deseo de navegar?

LA ATLÁNTIDA SOLEADA

La Atlántida más próxima a las pirámides de Egipto se encuentran en el Hoggar.

En esta dirección se orientaron, a fines del siglo pasado, el teniente de Saint-Avit¹ y el capitán Morhange. Este último había seguido, en la facultad de Letras de Lyon, los cursos del profesor Berlioux, que publicó en 1874 una obra titulada *Los atlantes*, en la que desarrollaba las ideas de Diodoro de Sicilia sobre esta cuestión. Este reino, de dudosa existencia, se habría extendido alrededor del Atlas, en una época en que el África del Norte sólo era una gran isla separada del Sáhara. La destrucción tradicional no habría sido más que una conmoción sísmica que sumergió el pie de las montañas. Esta clase de cataclismo no deja muchas probabilidades de eventuales supervivientes. Entonces, ¿cómo justificar que se prolongara una civilización en un vasto y largo éxodo hacia Egipto, Creta y el litoral de la Europa occidental?

Veinte años después, el alemán Knötel dio una versión personal de la tesis de Berlioux.² Tomó él las concepciones geográficas e hizo de los atlantes un grupo de iniciados salidos de un foco misterioso. Los atlantes de Knötel se parecen así a

1. Los hombres y los detalles que siguen se han tomado de la famosa obra de Pierre Benoit, *L'Atlantide* (París, «Albin Michel», y «Le Livre de poche», n.º 151).

2. G. Poisson, en su historia de la tradición, señala también las tesis de Borchardt, en 1926, y de Albert Hermann, en 1927-1931, quienes sitúan la Atlántida en Túnez, Cf. G. Poisson: *L'Atlantide devant la science* (París, Payot, 1953).

unos exiliados que huyeron de su país de origen, y volvemos a partir de cero.

Influido por su antiguo profesor, el capitán Morhange tenía en la mente una idea sahariana. El azar vino en su ayuda. Unos extraños tuareg, surgidos del desierto, le evitaron una búsqueda deshidratante y lo condujeron al encantador oasis en el que reinaba Antinea, nieta de Neptuno, última descendiente de los atlantes. Un tal Étienne Le Mesge, encarnación pintoresca de Berlioux, ya mencionado, explica a los recién llegados el error de sus colegas que se interesaron por la Atlántida. Al parecer, no hubo engullimiento, sino emersión, y el macizo del Hoggar sería el esqueleto desecado del Reino verdeante. El hombrecillo calvo, de grandes gafas verdes, recibió estas revelaciones del texto completo del *Critias* de Platón, en tanto que el resto del mundo sólo ha recibido en herencia una obra incompleta, a la que falta la genealogía de la turbadora soberana. Tan turbadora, que ni las deliciosas sandías ni el «Hoggar 1880», una pequeña, pero robusta cepa, impedirían a los imprudentes militares ceder al hechizo y olvidarse de lo esencial: familia, honor, patria. ¡Diablo de mujer!

Es la primera vez que, en nuestro trabajo, la intriga novelesca viene a mezclarse con el razonamiento científico. Pero es que también Pierre Benoit daba el ejemplo de una astuta mezcla de ficción y realidad, haciendo intervenir, con habilidad consumada, las tesis de Berlioux, que él mismo había conocido, las extrapolaciones eruditas de Le Mesge que prolonga a Berlioux, esta vez en la novela, y el mito de la amazona irresistible, curiosamente comprometida en una Atlántida que, hasta entonces, pasaba por ser asunto de hombres.

¿Antinea en la cámara del rey?

Abandonemos novela y novelista para volver al profesor Berlioux. Éste no era el descubridor de la Atlántida sahariana, y no hacía sino utilizar las indicaciones de Heródoto. He aquí el nombre que se impone para establecer un lazo coherente entre el antiguo Egipto, las pirámides en busca de constructores y los arquitectos misteriosos venidos de nadie sabe dónde. Del país de los atlantes, afirmaba Heródoto. Como que repetía todo cuanto oía, sin separar el buen trigo de la cizaña, hay que

andar con mucho cuidado con ese griego. Sin embargo, él precisa el itinerario a seguir para encontrar el reino legendario: a veinte jornadas de camino del Fezzan vivían unos seres superiores, vegetarianos poco dados a los sueños y que debían su nombre a la montaña de Atlas, coronada de nubes.

En 1926, el conde Byron Kühn de Prorok descubrió en el Hoggar una tumba que podía ser la de Tin Hinan, también una reina de leyenda, a la que los tuareg atribuían un remoto origen atlante. Entre los objetos exhumados, apareció una estatuilla de factura aurifiaciense. Por consiguiente, en medio de este embrollo en el que se confunden la fantasía y las pruebas materiales, un rastro tangible de civilización muy antigua se inscribe en el cuadro cronológico en el lugar que nos conviene perfectamente: quizá fue en la época aurifiaciense cuando se produjo el cataclismo que puso fin a la hegemonía de los atlantes. Los tuareg serían los descendientes de los grandes civilizados que nos ocupan.¹

Es una lástima que *El Egipto de Murtadi* no incluyó algunas explicaciones suplementarias con relación a las estatuas encontradas en la Cámara del Rey de la Gran Pirámide. Estatuas en pie, armadas con una lanza y un arco, la primera empuñada por un hombre, el otro por una mujer. Esta pareja presentaba un aspecto físico muy diferente del de los egipcios. Detalle sorprendente, que invita a la digresión.

En efecto, como que conocemos a los exploradores, arqueólogos y cronistas, no vemos por qué los del siglo IX habrían sido menos vanidosos y taimados que sus sucesores. Thor Heyerdhal vio escandinavos en las canterías de la isla de Pascua, Hermann Wieland veía alemanes detrás de cada piedra aún en pie en la superficie del Globo...² Cabría, pues, esperar que nuestros autores árabes hablasen de estatuas de tipo árabe, prueba de que los egipcios habrían tenido mucho que

1. Serge Hutin menciona, por otra parte, la teoría de Jean Gattefossé, según la cual el «mar Atlántico» de Platón habría sido un mar interior que ocupaba una gran parte del Sáhara.

2. H. Wieland: *La Atlántida, los Eddas y la Biblia, ó 200.000 años de cultura mundial germánica* (sic).

aprender de ellos. Pero no, O bien no conocen el oficio, o bien son de una escrupulosa honradez: las estatuas no se parecen más a los súbditos del rey Keops que a los del califa Al-Mamún. Para que se mencionase esta particularidad racial hacía falta que fuese de todo punto evidente. ¿Cuáles eran aquellos retratos de familia, los únicos que habrían llegado hasta nosotros, si el interior de las Pirámides no hubiera sido vaciado de su contenido? La única imagen auténtica de los atlantes, tal vez, ya que todo lo que luego será considerado como tal no será más que una esquematización artística demasiado alejada del retrato-robot ideal. Pienso en los frescos de Tassili, que no dan de sus autores ninguna idea, de la misma manera que la silueta que se encuentra en el fondo del pozo de Lascaux tampoco permite imaginar cómo era el genial pintor.

Es verdad que la Arqueología no existiría sin la duda y la imprecisión, prodigiosas fuentes de emulación que lanzan a tantos aventureros del espíritu hacia pistas frágiles, al cabo de las cuales se encuentra la confirmación inesperada, en el mejor de los casos y, en los otros, un poco de viento sobre un guijarro.

Tras las huellas de la dama blanca

Esto fue lo que le sucedió a Léo Frobenius, quien tuvo que dejar una gran parte de sus ilusiones sobre unos guijarros de cierto precio, ya que se trataba de las joyas de Benin. En 1911, él no podía haber tenido conocimiento de los enigmáticos personajes descubiertos por Henri Lhote, en la meseta del Ajjer y en el Sáhara, sobre todo la Dama Blanca¹ del Hoggar, para quien los partidarios de visitantes cósmicos guardan un lugar en su corazón. Por otra parte, el etnólogo alemán veía más allá de Antinea y de sus representaciones aurifiacienses del país de los tuareg. Descendió directamente al Sur, para fijar su teoría en una civilización atlántica africana en la región de Benin. Si examinamos un mapa de África, el delta del Níger es una puerta abierta a una penetración hacia el centro, después hacia el Sáhara y el Hoggar. Con toda naturalidad los trabajos considerables de Frobenius se extendieron a aquel sector de

1. Descubierta en 1956 por Henri Lhote, así como el Gran Dios de los Marcianos, otros grafitos famosos del África sahariana.

«civilización eritrea» que plantea problemas de civilizaciones africanas mucho más vastos que el de Benin, y aborda otros enigmas, los de las minas del rey Salomón, de las ruinas de Zimbabwe y del reino de Ofir.

Las excavaciones emprendidas por el equipo Frobenius no aportaron la prueba de una Atlántida africana. Hicieron apreciar la sorprendente civilización del Benin, su apogeo artístico alcanzado en el siglo XVII, antes de conocer la noche de los traficantes de esclavos. En la ciudad santa de Ifé habrían vivido los descendientes del pueblo desaparecido en el Oeste...

Hace solamente unos treinta años que se descubrieron en Ifé unas esculturas sobre latón. Anteriormente, un gran número de museos europeos se habían enriquecido con placas y estatuas de bronce cuyas cualidades artísticas sobrepasan todo cuanto se conoce del arte africano.

Tenemos, pues, derecho a formular dos preguntas: ¿Es un fenómeno local el arte de las tribus de Nigeria? Sería injurioso suponer que, puesto que algunos artistas negros han dado pruebas de un talento sin igual en toda la historia africana, lo debían a influencias exteriores. Ya sabemos lo que estas influencias les han costado: la llegada de los europeos ahogó su poder creador y arruinó su cultura.

Segunda pregunta, en honor de Léo Frobenius: ¿eran los hombres de Benin herederos de una civilización más antigua? Ello no disminuiría su mérito, pero obligaría a mirar hacia el horizonte: «Por nuestra parte —escribe Serge Hutin—, pensamos que el África occidental fue una de las áreas de colonización atlante; el continente engullido había, en realidad, enjambado y colonizado en todas direcciones, lo cual explica la existencia de vestigios más o menos directos de su prestigiosa civilización por doquier en el contorno del Atlántico...»

Como vemos, el buscar la Atlántida al sol, desde Tamarraset hasta Yaundé, no es más que un viaje preliminar que culmina en las playas del desembarco. ¿No es esta misma idea la que evoca la anécdota contada por Georges Barbarin en *La danza sobre el volcán*?

Un oficial vio un día, en una tribu de África occidental inglesa, cómo el jefe, los hechiceros y todo el séquito se dirigían hacia la orilla del mar para recibir a dos pasajeros de una piragua. Éstos estaban pintados de blanco. A continuación se celebró una pequeña ceremonia, en el curso de la cual se les pro-

digaron muestras de sumisión a los navegantes, quienes volvieron a embarcar antes de ir, sin duda, a lavarse la cara a una caleta vecina. Al querer el testigo de esta escena informarse acerca de su significado, se enteró de que se trataba de una costumbre inmemorial, «destinada a perpetuar el recuerdo del tiempo en que, partiendo de una isla hoy desaparecida, unos blancos llegaban para administrar justicia y dictar leyes».¹

En el sur de Tánger, ¿no tropezamos aún con lo inexplicado, con vestigios de los que la mitología se adueñó a falta de darles un origen histórico? Las ruinas de Lixus se identifican con el Jardín de las Hespérides, otro oasis en el que reinaban tres Antineas: Eglé, Eritia y Hesperaretusa, nacidas sin la ayuda de ningún jinete en dromedario...

No se diga que este género de fabulación no tiene aquí su lugar adecuado: si bien no puede tomarse al pie de la letra, la mitología puede suministrar indicaciones interesantes. Puesto que nos servimos de Platón (y vamos a ponerle a contribución, paciencia), ¿por qué hacer ascos al Jardín de las Hespérides? Subiendo hacia el Norte, el litoral atlántico presenta un número enorme de bases atlantidianas. Y, si Frobenius se aventuró tan lejos en las costas africanas, es, dicen hoy, porque «en su tiempo, las investigaciones de Tartessos no se hallaban tan adelantadas como en la actualidad» (Ivar Lissner). Esta indulgencia insidiosa nos indica la dirección a seguir.

El hijo de Poseidón

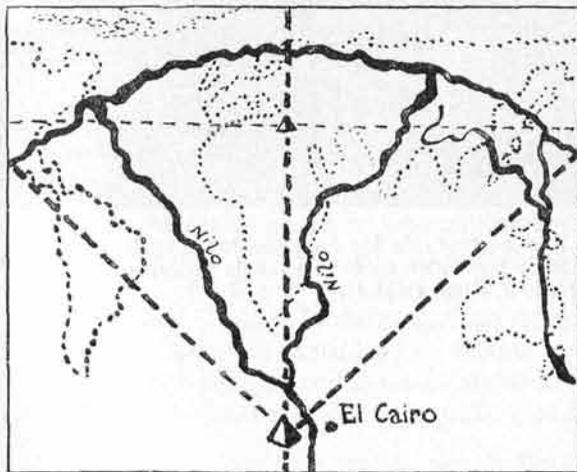
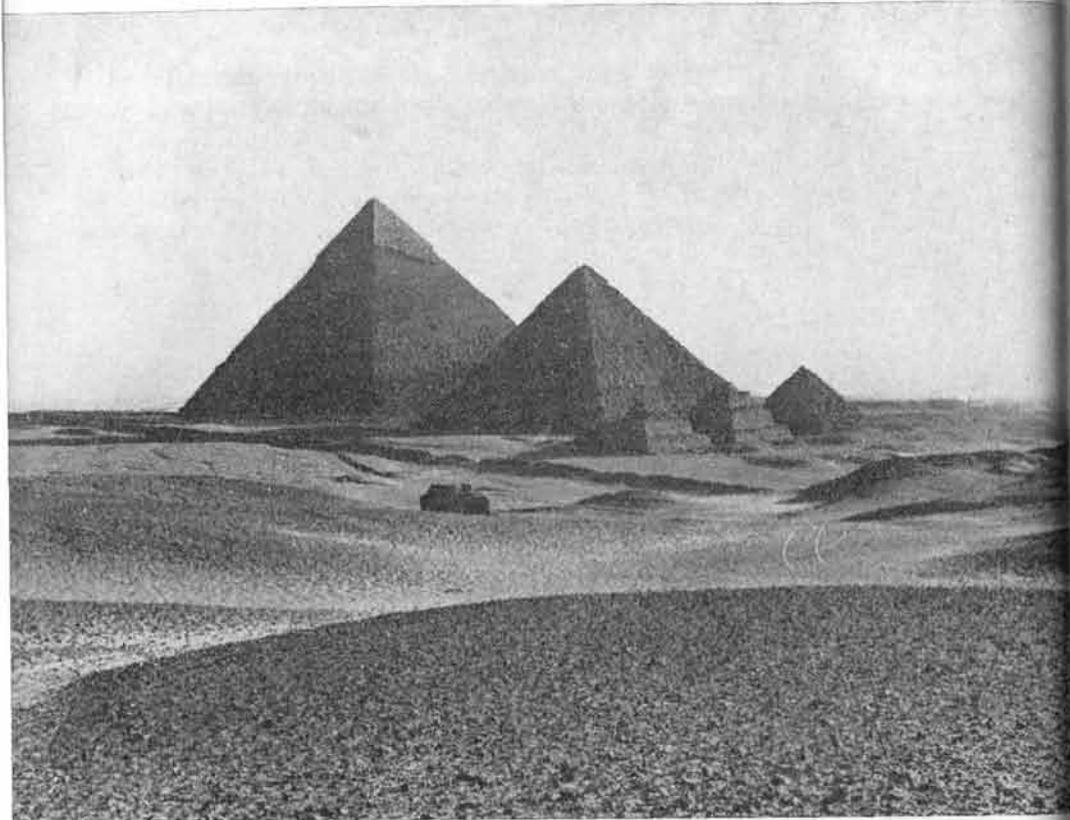
Importa saber, pretendía Adolf Schulten en 1950, que Humelos, el hijo de Poseidón, se llamaba también Gadeiros, y que le fue atribuida la parte oriental de la Atlántida. Esta parte se extendía hasta las inmediaciones de Gadir, o Gadiros en la lengua del país, es decir, Gades, que es Cádiz.

Si nos fiamos del texto de Platón, tanto del *Timeo* como del *Critias*, la Atlántida no debe buscarse más que delante de Cádiz. En virtud de la misma confianza en el mismo texto, es verdad que todas las escuelas atlantistas pretenden que no hay que buscarla en otra parte que no sea en América, en Suecia,

1. Anécdota tomada por S. Hutin de *Las Civilizaciones desconocidas* y referida luego por todos los que se inspiran en sus obras tan bien documentadas.



Stonehenge: el más grandioso, el más perfecto de los monumentos megalíticos. Más que la fotografía, la estampa romántica es lo que puede hacernos sentir su impresionante misterio. (Foto J. Allan Cash.)



Sobre un meridiano ideal, que dividiría en dos el delta del Nilo y el conjunto de las tierras emergidas, el más famoso monumento del mundo guarda gran número de enigmas impenetrables. (Croquis, según Piazzi Smith.)

en África del Sur, en Spitzberg, en Palestina, en Islandia, en Heligoland, en el Sáhara y, naturalmente, en medio del océano Pacífico.

Pero Tartessos no es una ciudad imaginaria. Es la Tarshih bíblica, enriquecida por las minas de plata de las fuentes del Betis y las reservas del granero andaluz. Se elevaba en una isla, entre los brazos del Guadalquivir. La región pantanosa de las Marismas atestigua la fragilidad de ese territorio. La laguna de Tartessos ha desaparecido. Venecia se convertirá, tal vez, en una ciudad legendaria. Los arqueólogos del año 3000 descubrirán en su emplazamiento vestigios de gran belleza. Será otra Atlántida, a menos que revelaciones indiscutibles pongan fin a todo equívoco...

La situación de Tartessos hacía de esta ciudad el bastión más avanzado hacia el Atlántico. Los navíos que venían del Mediterráneo tocaban en ella tras una jornada de ronda más allá de las Columnas de Hércules, esos famosos escollos del problema atlantidiano. Dicho en otros términos, los marinos franqueaban el estrecho de Gibraltar, pasaban por delante del cabo Trafalgar antes de divisar el Templo de la Luna, símbolo de Tartessos.

Si situamos la fundación, incluso el apogeo de Tartessos, en la época neolítica, puede parecer sorprendente el relacionar su prosperidad con el tráfico del estaño procedente de Inglaterra, del oro irlandés, del aceite de oliva y de los vinos de Grecia, de los perfumes y aromas de Siria. Este movimiento de mercancías iba acompañado de una amalgama humana en la que celtas y cartagineses, iberos y fenicios hacían escapadas y dejaban su soldada en las tabernas. Ciertamente, la historia de la navegación es muchísimo más vieja de lo que se cree. Si los relatos de marineros se adornaban, diez siglos antes de nuestra Era, con los mismos colores imaginativos que han alimentado las obras maestras de Melville y de Stevenson, no hay duda de que su descripción de Tartessos debía de dejar boquiabiertos a los atenienses. Debían de trazar un cuadro deslumbrante del palacio del rey Gerón, el dueño de la ciudad. Y no es menos cierto que el *Critias* hace una extensa alusión a un palacio, testigo del talento de los habitantes de la Atlántida...¹

Después, hacia el año 500 a. de J.C., fue borrada del mapa

1. Véase la argumentación minuciosa de Ivar Lisnner en *Civilisations mystérieuses* (París, «Robert Laffont», 1964 y 1971).

una de las ciudades más ricas de la Antigüedad. Diversos autores sugieren un terremoto, muy posible en esas regiones; una destrucción total por los cartagineses, a quienes no agradaba la competencia; el encenagamiento del puerto, completamente conforme con las modificaciones sufridas por el estuario del Guadalquivir. Estos partidarios de la Atlántida tartesa sólo olvidan un detalle: el fin de la opulenta ciudad no concuerda en absoluto con la fecha indicada por Platón. Contradicción excusable en estas investigaciones complicadas: los sabios se basan en la situación geográfica evocada en el famoso texto, pero hacen caso omiso de los nueve mil años a los que el interlocutor de Solón hace remontar el intento de invasión de los Atlantes y la destrucción de su patria.

Por consiguiente, no habría razón para seguir al pie de la letra los escritos atlantidianos de Platón, para, con un péndulo en la mano y una carta marítima en la otra, partir para la búsqueda del continente sumergido. Convendría, ante todo, comprender los fines perseguidos por el filósofo, las circunstancias que lo indujeron a componer esta obra extraña,¹ y saber si se vio constreñido a consignar unas revelaciones que llegaron a su conocimiento de un modo fortuito. Demasiadas condiciones para equiparar el *Timeo* y el *Critias* a guías turísticas. Pero, tanto en una obra como en la otra, hay tal abundancia de informaciones, que comprendemos que ahí hay gato encerrado. Platón sabía algo acerca del pasado, algo que se nos escapa, porque él adornó con símbolos una relación que no guarda conexión alguna con el resto de su obra. Únicamente, si bien se trata de un Platón insólito, es, sin embargo, Platón, con esa afición por la dialéctica, que da lugar a un curso político y disimula fácilmente ciertas verdades históricas. Siempre ignoraremos las intenciones del autor, las razones que lo impulsaron a escribir eso. No obstante, lo que es esencial en un pensador son las segundas intenciones.

1.° Platón imagina la Atlántida para hacer pasar sus ideas al terreno de los hechos: solución dudosa, para un hombre que consideraba que los hechos tenían menos fuerza probatoria que las ideas.

2.° Platón sufre una ligera depresión, y para hacer subir de

1. No obstante, «cabe considerar el episodio de la Atlántida como la parte política de los conocimientos humanos que constituye el *Timeo*» (G. Poisson).

nuevo su moral, inserta en su testamento enciclopédico una novela de H. P. Lovecraft.

3.° Platón es puesto al corriente de unos relatos más bien apabullantes acerca del origen de las civilizaciones indoeuropeas, y toma nota de esta confesión a la manera de Platón,¹ por temor a que sus discípulos, en lo sucesivo, lo consideren un hombre fantasioso. Quizá tenía el propósito de brindar un tema a posteriores plumíferos. La competencia no tardó en hacer su aparición, puesto que Aristóteles tomó la Atlántida por un mero pasatiempo. Tres siglos más tarde, Diodoro de Sicilia convertía el tema en un problema del más alto interés. ¿Es que los enigmas se hacen más valiosos con el paso del tiempo? Pero, ¿cuál enigma? ¿La Atlántida, o lo que sabía Platón?

La isla de los tesoros

Observación desconcertante: de todos los investigadores que se lanzaron a buscar la Atlántida, ninguno salió con el rabo entre piernas. *Timeo* y *Critias* no han constituido nunca una lectura inútil, al menos para los que no se conforman con permanecer sentados en una silla, meditando el sentido de las palabras.

Así, después de lo que acabamos de saber acerca de Tartessos, resulta edificante comprobar lo que fue de los arqueólogos persuadidos de que se escondía una realidad detrás de aquellos relatos antiguos. Adolf Schulten, entre otros, buscó sus vestigios a dos o tres kilómetros en el interior de las tierras, en el emplazamiento de un actual terreno de caza denominado Coto de Doñana. Desde el año 1910, paseando por las dunas, tuvo la intuición de que el sitio correspondía a los datos geográficos contenidos en la obra de Platón. Entre 1922 y 1926, exploró la misma región, sin éxito notable, ya que parecía imposible de determinar el antiguo trazado de los brazos del Guadalquivir. El único descubrimiento de importancia fue, bajo unas ruinas romanas, el de un anillo de cobre que llevaba una inscripción griega. El nivel de las grandes mareas llegaba hasta la cantería de las excavaciones e impedía seguir excavando en profundidad.

1. Platón es también el autor del teorema según el cual la relación entre el hombre y el elefante es la del lado del cuadrado con respecto a su diagonal...

Sin embargo, el anillo de Schulten alentó vocaciones, mucho tiempo después de que el sabio, de edad avanzada, se hubiese retirado de la competencia. En 1953, un pichel de bronce, unos fragmentos de cerámica del siglo IV a. de J.C., resucitaron la polémica, que dejó de ser polémica después del descubrimiento, en 1959, del tesoro de El Carambolo:¹ veintiuna piezas de oro, un collar, dos brazaletes, dos corazas, placas de cinturón, coronas y otras piezas cuyo estilo original daba fe de una civilización particular al sudoeste de la península Ibérica, entre el 1000 y el 500 a. de J. C.

La Atlántida es, pues, una especie de isla del tesoro, a menos que se la pueda comparar con la fábula de *El labrador y sus hijos*. La aventura de Frobenius y la de Schulten ha conducido a revelar antiguas civilizaciones, lo cual constituye la razón de ser de la Arqueología. Esos antiguos pueblos con tradiciones artísticas admirables, esas poderosas ciudades comerciales siguen siendo misteriosos. Misteriosos su origen y su desaparición. Todas esas personas que tienen los pies en el agua poseen muchos dones. Es posible que recibiesen de lejanos antepasados, o de inteligentes fugitivos, consejos útiles para el buen gobierno de sus asuntos. Es posible que ellas mismas fuesen inteligencias de primer orden, capaces de realizar grandes cosas sin tener que recurrir en absoluto a ninguna herencia.

Si volvemos a la hipótesis de los fugitivos inteligentes, y no vamos a detenernos en tan buen camino, también es posible admitir que no todos pertenecían a la misma especialidad. Aquí llegan unos artistas y, cuarenta o cincuenta siglos más tarde, unos orfebres de talento sin igual se manifiestan en el mismo lugar del Globo. Allí unos comerciantes avispados (todas las civilizaciones cuentan con ellos, incluso las de la categoría llamada «espiritual») surgen de la espuma y serán de gran trascendencia para el destino de una futura metrópoli de la Antigüedad. Finalmente, los depositarios de una tradición religiosa y de extensos conocimientos astronómicos inducirán a sus descendientes a erigir grandes piedras en el páramo.

No es indispensable dotar estas afirmaciones de referencias geográficas exactas. Tienden, en realidad, a preparar al lector para la idea de que la Atlántida se encontraba en el centro del océano Atlántico y que, fuera de esta verdad, no hay nada se-

1. Sin olvidar la Dama de Elche (Museo del Prado), busto de 53 cm, encontrado en 1897 y que pertenece a la misma civilización tartesia.

guro. O, más bien, no habría continuación posible para este capítulo. De otro modo, las innumerables analogías entre las creencias, los mitos, los estilos, los conocimientos de los pueblos que vivieron en el mundo entre los milenios XX y V antes de nuestra Era no serían más que un conjunto de coincidencias. No hay necesidad de esto, a menos de ir contra el buen sentido de la Arqueología. La arqueología romántica no consiste en hacer el inventario de las coincidencias. Las tiene en cuenta, para intentar establecer una cronología coherente de la historia del hombre, con todas las lagunas que comporta una reconstrucción tan ambiciosa.

Ahora bien, lo hace en la parte del Atlántico, allí donde precisamente no se encuentra nada, donde las especulaciones parecen más honradas. En otras partes, como en Creta, adonde no rehusamos dirigirnos, la investigación se siente incómoda. «No caeremos en la trampa de las leyendas: Lemuria o Atlántida —escribían, en 1960, Louis Pauwels y Jacques Bergier en *El retorno de los brujos*—. Platón, en el *Critias*, cantando las maravillas de la ciudad desaparecida, Homero, antes de él, en la *Odisea*, evocando la fabulosa Esqueria, describen quizás a Tarstessos, la Tarshih bíblica de Jonás y final de su viaje.»

Unos diez años después, en *El Hombre eterno*, los mismos autores tratarán de la Atlántida minoica con un lujo de refinamientos en las trampas tendidas a nuestra curiosidad: «En cuanto al mito de Ícaro, es, si seguimos la misma línea, un cuento a partir de un intento técnico. Naturalmente, es lícito imaginar que los cretenses y sus dédalos recibieron rudimentos de ciencia y de tecnología de unos visitantes procedentes del exterior, tipo Akpallus. También es lícito, con menor riesgo, considerar a los cretenses como depositarios de civilizaciones anteriores, evolucionadas, habiendo sido confiado el depósito a la sociedad de los Dédalos. Encontramos en los frescos de Cnosos imágenes de una *balanza para pesar las almas*, y en los palacios y talleres, vestigios de aparatos enigmáticos. ¿Acaso los dédalos y sus vecinos, jugando a aprendices de brujos, intentaron captar, por ambición, su mundo tan extrañamente logrado?»

No es nada amable circular de esta manera, en un cojín de aire, sembrando tachuelas al mismo tiempo: ¡esos *visitantes procedentes del exterior*, esas *civilizaciones anteriores evolucionadas*, esos *aparatos enigmáticos* y esa *energía volcánica*! Un verdadero campo de minas, que relega la Atlántida y la Lemuria

entre las trampas cómodamente acolchonadas. ¿Acaso el movido pasado de Creta, otra isla de tesoros, nos reservaría tantas sorpresas que nos dispensaría de proseguir nuestro viaje?

Las nubes de Santorín

Ante todo, acordémonos del Krakatoa. Nobleza obliga. Cincuenta kilómetros cúbicos arrancados de un solo golpe al planeta por la más fantástica explosión natural que haya conocido jamás el mundo contemporáneo. Toda Indonesia sumida, aquel día, el 27 de agosto de 1883, en una noche de cenizas. Ondas de choque que dieron varias veces la vuelta a la Tierra, una marea que anegó poblaciones enteras, un velo de polvo que oscureció el cielo de París un año después de la catástrofe...

No obstante, la Tierra había conocido otras más violentas, y más destructoras. La explosión de Santorín, cuatro veces mayor que la de Krakatoa, no se produjo en tiempos geológicos en los que ningún ser viviente tuviera que pagar las consecuencias de la formidable deflagración.

Fue como quien dice ayer: entre 1550 y 1500 antes de nuestra Era. Al sur del mar Egeo, a 120 km de la isla de Creta y a 200 km de Atenas, el archipiélago de Santorín había conocido ya otros sobresaltos¹ que lo habían dislocado, esparciendo alrededor de las islas principales, Thera y Therasia, desolados islotes de roca. Hace unos 25.000 años, una gran erupción debió de proyectar cenizas sobre las costas del sur del Mediterráneo. Habíase formado un nuevo cono. Varios miles de años antes, seguramente no era más que una montaña prudente y bondadosa, a la sombra de la cual un pueblo había vivido, había construido, hasta el día en que...

Fenómeno en todo parecido al de Krakatoa: despertar brusco del volcán, flancos hendidos que dejan entrar en su interior millones de toneladas de agua, transformación inmediata, al contacto con el magma incandescente, en una masa de vapor que hace saltar la montaña por entero. Unos especialistas atribuyen a la explosión una antigüedad de unos 3.370 años. ¿Es el tiempo en que Moisés dirá que «el Eterno hizo llover el fuego del cielo sobre la tierra?» ¿Fue por entonces cuando Egipto

1. Otras erupciones de Santorín, mucho más débiles, se produjeron unos 200 años a. de J. C., luego en 1926 y en 1951.

padeció sus plagas? El anuncio divino no se andaba con metáforas: «Pues sabe que mañana a esta hora haré llover una granizada tan fuerte como no la hubo jamás en Egipto desde el día en que se fundó hasta hoy. Retira, pues, tus ganados y cuanto tienes en el campo; cuantos hombres y animales haya en el campo, y, si no se retiran, serán heridos por el granizo y morirán» (*Exodo*, IX, 18-19). La caída de las piedras... Los tres días de oscuridad sobre el valle del Nilo... «Parece ser —escribe Paul Hermann— que el éxodo de los judíos de Egipto estuvo en relación directa con esta manifestación de la ira de Dios.»

Como una catástrofe nuclear,¹ que metiese plomo en el cerebro de los amos del mundo, parece que fue hacia esa época cuando el faraón Amenofis III, fanfarrón insoportable, pasó por una crisis de prudencia que le indujo a negociar con sus vecinos y a ocuparse de los asuntos sociales de su país. El traumatismo mediterráneo no enfrió solamente los ardores de los políticos. Pasó al terreno de la leyenda. Expertos en la materia, los griegos asociaron seguramente el gigante Talos al estrépito de la erupción, y el Diluvio de Deucalión no sería sino la marea que le sucedió.

Después de la catástrofe, la nada. Unas cenizas que han sido estudiadas por los vulcanólogos y que datan de 1.500 años antes de nuestra Era. Los fondos de la caldera de Santorín o su corona de fragmentos de roca emergiendo de las aguas habían de convertirse en un centro de interés prodigioso para la arqueología moderna. Ya que, hasta 1928, en que L. S. Berg evocaba la Atlántida en el mar Egeo, la hipótesis se basaba en gran parte en la intuición. Con toda seguridad, se habían encontrado en la isla de Thera vestigios muy antiguos. Descubrieron trazas de edificios bajo la espesa capa de cenizas. Estas mismas capas de cenizas, procedentes sin duda alguna de Santorín, fueron encontradas en 1947 por una expedición sueca en el fondo del Mediterráneo oriental. Pero, dado que el problema es asunto, desde hace un decenio, que incumbe a los eruditos griegos, conviene citar a Angelos Galanopoulos y a Spyridon Marinatos como los fautores de la Atlántida cretense.

En 1960, el primero de ellos confirmó la fecha de la erup-

1. Más recientemente, Emmanuel Velikovsky, maestro en colisiones, interpretaba los relatos egipcios y judíos como un recuerdo de un choque entre la Tierra y un cometa.

ción volcánica que había destruido el archipiélago de Santorín y asolado las tierras circundantes en un radio de 200 km. A una distancia menor, se encontraba precisamente uno de los más poderosos focos de civilización del mundo antiguo. Pero no hay ciudad, por poderosa que sea, que resista los asaltos de los elementos naturales, las ondas sísmicas que sacudieron la isla de Creta, a 120 km de Santorín, y tampoco la marejada alta que había de derribar sus palacios.

Angelos Galanopoulos representa un caso particular: feriviente atlantista, es, al propio tiempo, arqueólogo y sismólogo. Imaginemos que sólo hubiera sido un científico: sus investigaciones habrían culminado en el mismo éxito, en la misma explicación, irreprochable, de la súbita desaparición de la Creta minoica, enigma ante el cual generaciones de arqueólogos han permanecido silenciosos. Es preciso que tengamos presente esta idea del científico descubriendo la Atlántida mientras buscaba otra cosa. Creemos que se trata de una idea con el más brillante porvenir. Pero la realidad es otra: este sabio tiene a Platón en la cabeza. Descartando las parábolas, de las que desconfía de parte de un filósofo enamorado de lo absoluto, conserva los elementos descriptivos que se ajustan perfectamente a la civilización cretense de los años 2000: «Un reino insular que precede a la civilización griega, una talasocracia que irradia ampliamente sobre la cuenca mediterránea, una arquitectura muy decorada pero de aspecto bárbaro, una religión del toro,¹ animal de Poseidón, una catástrofe final debida a un terremoto o a una erupción volcánica.»

Quedaba por demostrar que la irradiación cretense se extendía, al mismo título que la de la supuesta Atlántida, a otras islas del mar Egeo, Chipre, las Cícladas y el archipiélago cuyo subsuelo en ebullición habría acarreado la desgracia a todo ese mundo.

Los palacios bajo las cenizas

En la primavera de 1967, el arqueólogo griego Spyridon Marinatos desembarcó en Akrotiri, pequeño puerto de la isla de

1. Los defensores de Tartessos, capital de la Atlántida, consideran esta religión del toro como origen de la gran afición de los españoles por la tauromaquia.

Thera. Iba acompañado de un colega americano, James W. Mavor, y de una colega, Emily Vermeule. Un campesino los condujo en seguida hacia un boquete que se había abierto en su viña: los labradores han aportado a la Arqueología más que todas las escuelas de lenguas orientales...

El agujero descubierto accidentalmente desembocaba en un laberinto de construcciones protegidas desde hacía treinta y cinco siglos por una costra superficial. Una ciudad entera había sido destruida, pero conservada. Al igual que Pompeya, reservaba para futuros descubridores unos frescos que ilustraban las peripecias de la navegación, ánforas con adornos florales, objetos de uso cotidiano, pequeños e inestimables accesorios de una ciudad de 30.000 habitantes que se había desarrollado al pie del peligroso volcán.

Este descubrimiento de la ciudad minoica de la isla de Thera (descubrimiento cuyas prolongaciones reservan deslumbrantes sorpresas a medida que vayan prosiguiéndose las excavaciones emprendidas) viene a confirmar las ideas de Galanopoulos: «Los atlantes y la Creta de Minos se funden en lo sucesivo en una sola imagen: un Estado rico, poderoso, que es teóricamente una teocracia antigua bajo un sacerdote-rey, pero, en realidad, una alta burguesía, frívola e inteligente, amante de los espectáculos extraños y los deportes, que llevaba unos vestidos de sutil elegancia, que utilizaba cerámicas de gran belleza y vivía en la igualdad de los sexos, tan rara en la Antigüedad; una civilización decadente, deliciosa y condenada...»

La predicción es grave. La sucesión de los amos del mundo mediterráneo se efectuó por orden de decadencias, esto es un hecho, y sabemos que estas decadencias pasaban por crisis de alta cultura. Sin embargo, resulta aventurado ver la Creta minoica prometida a la aniquilación en una forma que no sea bajo las nubes de Santorín. Ciertamente, los fenicios acechaban la plaza, deseando su conquista. Esta plaza no dejaba de ser sólida, hasta el trágico amanecer en el que el muro líquido hizo su aparición en el horizonte. Este muro líquido iba a destruir un mundo de 7.000 años de antigüedad (en el instante del cataclismo, es decir, en —1.500),¹ surgido de los tiempos del mesolítico.

1. Lo cual nos induce a adoptar la proposición, ya citada, contenida en *El hombre eterno*, de L. Pauwels y J. Bergier: «Es lícito considerar a los cretenses como los depositarios de civilizaciones anteriores evolucionadas...»

Sus intercambios comerciales y culturales con Egipto han sido demostrados. Unos mil años antes del día D, la dinastía minoica estableció su supremacía sobre las otras tribus, o clanes, y el esplendor de Cnosos no hizo sino aumentar, a pesar de un tiempo de interrupción sobrevenido hacia el año —1700. Trataríase de una primera catástrofe, o de una guerra, cuyos efectos desastrosos dejarán el campo libre a los urbanistas, ya que la reconstrucción de las ciudades damnificadas superará en refinamiento todo lo que antes constituía su orgullo.

Una jerarquía minuciosamente organizada hizo de Cnosos el prototipo de la Ciudad-Estado, la metrópoli ejemplar cuyo esquema tomaron los griegos de los cretenses. Sin estar influidos por Louis-Claude Vincent, para quien los griegos son los más hábiles plagiarios del mundo mediterráneo, podemos decir que las estructuras helénicas se inspiraron en la antigua sociedad cretense.

Los arreglos urbanos alcanzaron en Cnosos, como en Faisos y Hagia Tríada, que, por algún tiempo, le disputaron la primacía, un grado de perfección sin equivalente antes del confort burgués del siglo XIX europeo. El ejemplo de los romanos, que deja boquiabiertos de admiración a los turistas de vacaciones, no fue otra cosa más que imitaciones, con frecuencia burdas, de inventos antiguos como las calles de Cnosos, que estaban provistas de aceras y desagües. Las carreteras estaban empedradas o asfaltadas. Finalmente, los palacios unían la calidad del ambiente a la disposición funcional mejor estudiada (utilizo la fórmula que se encuentra en un prospecto que alaba los encantos de una «residencia» en vías de realización). Materiales aislantes, sistema de acondicionamiento de aire, canalizaciones de agua, calefacción central son cosas que existen en Cnosos en —1500. El arte del mosaico despierta admiración. Los frescos fantásticos unen la preocupación por la verdad a un gusto exquisito. Describen, con mayor eficacia que la más escrupulosa de las descripciones, los gestos, los vestidos, las costumbres de la vida de entonces. Faldas acampanadas, faldas de crinolina, cinturas apretadas en un corsé, vestidos escotados constituyen gran parte de la moda femenina sometida a las fantasías de temporada como las que conocemos en nuestros días.¹

1. Ejemplo célebre del arte de la belleza femenina en Creta, en el siglo XVI antes de nuestra Era: la Parisiense, fragmento de fresco así llamado, no sabemos por qué...

Ni con grandes pliegues, ni sujetas con alfileres como más tarde las de las griegas, las vestiduras, desde la época paleo-cretense, están cosidas. Por otra parte, el artesanado abarca toda la gama profesional de una civilización del bienestar que, dicho sea de paso, practicaba la esclavitud. Las señoras de la época minoica utilizaban perfumes y lociones, así como pinzas de depilación igual que las descubiertas en Mochlos. Cuidaban sus hermosos cabellos negros, protegían la blancura de su piel y mostraban los senos. Algunas muchachas eran iniciadas en la peligrosa danza del toro, especie de corrida de las Landas.

Los objetos usuales encontrados, tazas y copas de colores resplandecientes, completan este museo de la vida cotidiana, cada una de cuyas piezas es admirable. En esa vida cotidiana, la mujer ocupaba un puesto considerable. Ella poseía los mismos derechos que el hombre, asistía libremente a las ceremonias religiosas y a las fiestas deportivas.

Si esta sociedad perfecta desapareció súbitamente en cuestión de unas horas, tras la explosión de la caldera Santorín, su esplendor debió de dejar un vivo recuerdo en los pueblos que iban a tomar su relevo. Ahora bien, si la isla prestigiosa no podía desaparecer de la memoria de los hombres, desapareció completamente de la memoria de los griegos. Sus historiadores hablan de Egipto, de Siria, de la India y de África. De Creta, jamás. Heródoto la ve ocupada enteramente por bárbaros. «Estos bárbaros —escribe Michel de Grecia—, pueden ser tanto los atlantes como los cretenses.»

Es preciso ver en esto una actitud común a los pueblos que aprendieron mucho de antiguos colonizadores y se apresuran a olvidar el nombre de estos últimos. Las condiciones de esta aportación permanecen oscuras. Ivar Lissner pretende «acercarse un poco más a la verdad, suponiendo que la civilización cretense penetró en Grecia, en tanto que este país se benefició asimismo de las tradiciones importadas del Norte». En el momento en que se desvanecían las formas creadoras de la antigua Creta, edificábanse los palacios imponentes del Peloponeso. Las peripecias de esta penetración, si es que la hubo, no habían de figurar, evidentemente, en los relatos de los historiadores griegos. Es posible que, en realidad, la irradiación de la pequeña isla le sirviera de condenación. En este caso, la expresión empleada por Angelos Galanopoulos se aplica a la envidia que debieron experimentar aquellos indoeuropeos que llegaron a

las orillas mediterráneas tras un largo viaje. La Historia ha demostrado que estos alumnos, muy bien dotados, supieron utilizar las lecciones de sus maestros, sin olvidarse... de olvidar sus nombres.

Platón abandonado por el autor

Todas las condiciones requeridas para un relato legendario de una guerra entre los helenos y los atlantes quedan, pues, reunidas para la mayor gloria de la escuela platónica. Vienen a confirmar la hipótesis Galanopoulos, según la cual semejante guerra sólo es posible entre naciones vecinas. La destrucción causada por la erupción formidable de Santorín corresponde al relato de Platón. En cuanto a todo lo que no «pega» entre las extravagancias del *Critias* y lo que hoy se sabe de ese período de la historia egea, hay que ver en ello la intervención de los sacerdotes egipcios que suministraron la materia del relato, sujeto de todas las interpretaciones posibles: más de mil años transcurrieron desde el acontecimiento del cual va a servirse el filósofo griego para exponer su ideal político,¹ sus puntos de vista sobre la ciudad perfecta, su concepción de los ciclos históricos, en los que la decadencia y el castigo divino aparecen aureolados por un edificante misticismo.

Cuando Estrabón fue a Egipto, pocos años antes del nacimiento de Jesús de Nazaret, todavía pudo ver la escuela de Heliópolis, donde, cuatro siglos antes, había residido Platón. El autor de *Las Leyes* había vivido allí trece años. En esa época, los 700.000 papiros de la biblioteca de Alejandría aún no habían sido destruidos por un cretino. Los sacerdotes de Heliópolis no eran muy comunicativos. A Platón le costó trabajo ganarse su confianza. Y sólo consiguió arrancarles informaciones de segunda mano...

En efecto, Solón, legislador de Atenas, se había instalado en Egipto dos siglos antes. Él mismo escribió una obra, que, según Plutarco, se trataba de una historia de la Atlántida, tal como la habían recibido de los sabios de Sais. Él quiso ponerla en

1. «Y, ante todo, tengo que advertiros, con una palabra, antes de dar comienzo a mi relato, con objeto de que no os quedéis sorprendidos al oírme dar con frecuencia nombres griegos a unos bárbaros» (Platón: *Critias*).

verso. Pero la amplitud de la tarea se lo impidió.¹

No cabe ninguna duda: si nos atenemos al método que adoptó Platón para insertar sus alusiones a la Atlántida en el *Timeo* y en el *Critias*, es a Egipto adonde hay que ir a buscar las fuentes. Se equivocan los autores que ven en la Atlántida una invención de la que Platón sería el único responsable.

En suma, ha llegado el momento de abandonar a Platón entregado a su filosofía y confiar la Atlántida a los arqueólogos. Al hacerlo, resulta evidente que, en el estado actual de nuestros conocimientos y de nuestra curiosidad, la hipótesis de un continente desaparecido y de una remota civilización evolucionada ha roto sus vínculos con un texto famoso que le sirvió de base todo el tiempo necesario para que la Etnología, la Geología y la Arqueología prehistórica pudieran volar con sus propias alas. Cabe esperar, en un futuro quizá próximo, que los satélites o las expediciones extraterrestres nos suministren revelaciones e interrogaciones que conferirán a la Atlántida y a Mu su verdadero carácter de actualidad.

El lector observará que, aun cuando estamos firmemente resueltos a abandonar los escritos superados de Platón, continuamos empleando el término Atlántida. Imaginar otro término desorientaría a los lectores y desnaturalizaría las tesis de las que extraemos la documentación de esta obra: concedamos a Platón la paternidad del vocabulario, y nada más. Con veintidós siglos de anticipación sobre Madame Blavatsky,² nos hace el favor de crear una terminología que sería presuntuoso querer sustituir por otra, puesto que suena bien al oído. Pero, aunque tomemos en serio Lemuria y Mu, no debemos embarcarnos con rumbo a las islas con los seis volúmenes de *La doctrina secreta* bajo el brazo.

La Atlántida referida a una fecha ulterior

Nos gustaría llegar al punto en que ya no se formulan las preguntas. Nos gustaría que el origen de las estatuas misterio-

1. Una parte de este poema, según A. de Humboldt (1769-1859), se habría conservado en la familia de Platón bajo el título del *Logos atlánticos*.

2. En la segunda parte de este libro nos ocupamos de las fantasías esotéricas de Madame Blavatsky.

sas de la Gran Pirámide se encontrase en Cnosos. Que los más antiguos de los cretenses hubiesen prestado a los egipcios sus conocimientos sobre los astros y $3,1428 = \pi$. Demasiado bello para ser verdad, y todavía hay que aguardar un poco antes de que nos encontremos sobre la pista de los atlantes.

A los sabios griegos del siglo XX y a sus colaboradores debemos uno de los grandes momentos de la Arqueología: el descubrimiento de una prodigiosa civilización y la solución del misterio que su desaparición planteaba. Sería prematuro decir que con ello queda aclarado el enigma de un centro de influencias más antiguo de diez o de veinte mil años. La Creta exhumada lleva en sí misma sus interrogaciones legendarias. Se trata del mito de Dédalo, en el que Louis Pauwels y Jacques Bergier descubren indicios científicos muy inquietantes.

Nacido en Atenas o personaje legendario, ingeniero delirante o inseminador complaciente, este Dédalo es negado por el *Larousse* y considerado por ciertos autores como el Leonardo Vinci del siglo XIII antes de nuestra Era. Los que lo consideran real dicen que debe mucho a Egipto. Habría visitado el laberinto del lago Moeris, antes de construir, en Cnosos, el del rey Minos. Pasemos en silencio aquel «toro de fuego» que él habría fabricado para dar gusto a las exigencias de la reina Pasífae. Algunos meses de cárcel con sobreseimiento por libro licencioso, y nada más. Pero su papel de precursor de la aviación, que provocó la muerte de su hijo Ícaro, es más interesante. ¿El laberinto, el primer aeroplano, Talos el autómata gigante, son obra de un mismo hombre? Leamos, respecto a ello, lo que dice *El hombre eterno*:

«Y, por otra parte, ¿quién es Dédalo? De la misma manera que hubo no un solo soberano llamado Minos, sino una serie de dinastías que llevaban este nombre, ¿no deberíamos considerar la existencia de un gremio de Dédalos? ¿Generaciones de Dédalos, pertenecientes a alguna cofradía de investigadores y técnicos, cuyos trabajos revisten un aspecto mágico para los no iniciados?»

Y henos ya en camino sobre la pista de la misteriosa cofradía.

Estos saltos que se producen al final de capítulo no son ningún truco. La arqueología romántica sólo pone ante

nosotros trampolines.¹ Habríamos preferido descansar al sol de Creta. Pero es preciso saber esto:

Se han encontrado en Creta tres clases de escrituras diferentes. La más antigua es figurativa, las otras dos se designan con los nombres de escrituras lineales A y B. La escritura lineal A resulta de una adaptación de los antiguos jeroglíficos, y la lineal B es el producto de una segunda adaptación, en la que se deja sentir la influencia del griego. Si bien los sabios ingleses Michael Ventris y John Chadwick consiguieron realizar la proeza magistral de publicar la traducción de 300 tablillas en lineal B, la oscuridad reina todavía sobre una gran parte de las escrituras precedentes. Ahora bien, un problema análogo de lenguaje indescifrable se ha planteado en otro lugar: en las islas Canarias. Aparecían semejanzas entre signos utilizados en este punto del Atlántico y en el del Mediterráneo. Algunas comparaciones han permitido avanzar el desciframiento aquí y allí. Pero los signos más antiguos, y que siguen siendo intraducibles, son precisamente los que parecen comunes a Creta y a las Canarias...

El papel primordial desempeñado por la mujer en la Creta minoica constituye un hecho excepcional en el mundo antiguo. No obstante, la civilización primitiva de las islas Canarias presenta la misma particularidad...

Por consiguiente, en el océano Atlántico pasan cosas interesantes. Franquear las Columnas de Hércules, dicho de otro modo, el estrecho de Gibraltar, es, evidentemente, seguir las directrices de Platón. Equivale, a buen seguro, a tener por válida una indicación dada por los sabios de Sais... Equivale también, más que a deplorar la desaparición de hipotéticas estatuas que se hallaban en la Cámara del Rey, a tener en cuenta ciertos bajorrelieves egipcios en los que se nos refieren las peripecias de una batalla. Allí se ve a unos soldados del faraón peleando con unos adversarios de otra raza. Unos enemigos decididos, llegados de los países de más allá del viento del Norte...

1. Camino «lógico» de la arqueología romántica, que consiste en remontar el curso del tiempo para saber quiénes pudieron ser los «Maestros de los Maestros»...

GENTE DEL NORTE

En las riberas del Nilo, el lugar de excavaciones de Medinet-Abu, en el emplazamiento de la antigua Tebas, entregó hacia el año 1930 las ruinas monumentales del palacio de Ramsés III. Al mismo tiempo que las piedras, los arqueólogos de la Universidad de Chicago, que procedieron a esa resurrección, descubrieron 10.000 m² de inscripciones jeroglíficas. Este gigantesco libro de imágenes describe los hechos de armas del rey. En el curso del siglo XIII antes de nuestra Era, los egipcios tuvieron que defenderse contra unos invasores procedentes del Norte. Según algunos especialistas, ese norte en cuestión no estaba muy lejos de los campos de batalla. Precisemos que se trataba de una batalla naval: un pueblo del mar atacaba a los hombres de tierra, más duchos en edificar pirámides y templos que en efectuar carenas. Pero era preciso enfrentarse con el adversario en el Mediterráneo, antes de que pudiera poner sus pies en la orilla.

En el capítulo II de esta obra, una cita de Roger Grosjean, el hombre de las estatuas-menhires de Córcega, identifica a estos invasores como «... uno de aquellos pueblos del mar que aterrorizaron Egipto entre los siglos XIV y XII a. de J. C.: los shardanos». Y podemos ver en los bajorrelieves de Medinet-Abu una extraordinaria banda dibujada que describe las peripecias del combate naval entre la flota egipcia y los shardanos, con los cuales se habían aliado los filisteos.

No dicen igual otros intérpretes de los mismos bajorrelieves, de los mismos textos, de los mismos jeroglíficos. La invasión habría partido de mucho más lejos. Los guerreros que amenazaban el valle del Nilo pertenecían a aquel pueblo miste-

rioso que, desde el comienzo de este relato, se identifica en nuestra mente con aquella vieja civilización procedente del Oeste: la de los atlantes, puesto que es preciso llamarlos por su nombre.

¿Atlantes del Atlántico, atlantes del mar Egeo, atlantes del oeste africano? No. Los guerreros de Medinet-Abu, salidos probablemente del tronco común oceánico, son gente del extremo Norte, son hiperbóreos.

«El Norte más lejano»

«El verdadero enigma de la Atlántida —escribe el pastor protestante Jürgen Spanuth—, es que, hasta ahora, ninguno de los investigadores que se ocuparon del relato de Solón haya realizado investigaciones sobre las antiguas inscripciones egipcias ni sobre los textos de los papiros que sirvieron de base al relato de Solón.»

A los bajorrelieves de Medinet-Abu, Spanuth añade, en efecto, como documentos de los más reveladores, el *Papyrus Harris*, larga relación (¡mide 39 m!) acerca del gobierno de Ramsés III, y otros dos rollos de papiro que datan de los reinados precedentes.¹ Estos textos contienen mucha información sobre las calamidades naturales que se produjeron en esa época.

¿Qué es, pues, lo que se lee en los documentos de Medinet-Abu? Unas fórmulas que dan la razón al pastor egiptólogo y que lo conducirán, durante el verano de 1952, hacia una isla brumosa del mar del Norte...

Las crónicas de Ramsés III dicen que los invasores venían de las islas y de los países del borde del «gran círculo de agua», es decir, de las regiones boreales tal como las concebían los geógrafos egipcios. Estando para ellos dividido el disco terrestre en nueve arcos o latitudes, la alusión al «no-veno arco», patria de los atacantes, no deja ninguna duda acerca de su origen escandinavo. Por otra parte, los papiros indican que es en esas regiones donde se sitúa el «Norte más le-

1. Los de Meremtah (hacia 1230-1222) y Sethi II (hacia 1205-1200).

jano» y que «el día más largo tiene diecisiete horas».¹ Según esta concepción del mundo, el noveno arco corresponde a una franja terrestre comprendida entre el 52 y el 58 grado de latitud norte. Tras haber evocado los conocimientos sorprendentes de una minoría selecta egipcia que estableció la base de la pirámide de Keops en un meridiano ideal, esta geografía rudimentaria de los súbditos de Ramsés III quizá resulte decepcionante. No olvidemos que habían transcurrido 1.500 años desde la construcción de la Gran Pirámide, si recordamos las fechas de la egiptología tradicional. La diferencia de 3.000 años según las fechas más audaces y de 9.000 a 12.000 según una egiptología más romántica (véase el capítulo *La montaña de los atlantes*, p. 76). Sea lo que fuere, el intervalo más corto bastaría para que cayesen en el olvido unos conocimientos heredados de antepasados prestigiosos. Es, por consiguiente, a textos de una época decadente a los que se refiere Jürgen Spanuth, y tiene razón, porque éstos relatan hechos contemporáneos. Aquí, nada de leyendas, nada de intermedarios. Y las figuraciones jeroglíficas van a enseñarnos todavía más acerca de ello.

Espadas, puñales, escudos, cascos de cuernos, coronas de rayos, dibujado todo ello en Medinet-Abu, se encuentran en la Europa del Norte, lo mismo que en Dinamarca y en Pomerania (espada de lengua de carpa: *Germanisches Griffzungen-schwert*), en esa misma época de Ramsés III. Los conquistadores, tocados con la «corona de rayos», círculo frontal de lana para los soldados, de bronce para los jefes, fueron representados en Medinet-Abu con la misma precisión que en las rocas grabadas de Escandinavia.² Más sorprendente aún es la semejanza entre los navíos de Medinet-Abu y los de los grabados de la Europa septentrional de la Edad del Bronce: proa y popa levantadas verticalmente, estraves adornados con una cabeza de cisne, que anuncia los mascarones de proa, de aspecto aterrador, que los descendientes de los hiperbóreos uti-

1. Definición tomada literalmente por Plinio el Joven en su *Historia natural*: «El noveno círculo atraviesa el país de los hiperbóreos y la Bretaña; allí, el día más largo tiene una duración de diecisiete horas.»

2. Escudos redondos, representados en los bajorrelieves de Medinet-Abu, se han encontrado en Europa septentrional, entre vestigios de la Edad del Bronce.

lizaron veinte siglos después durante sus memorables razzias. Los dibujos de Medinet-Abu indican que los marinos egipcios salieron de apuros honorablemente. Lanzaban garfios al velamen de las embarcaciones enemigas y las hacían zozobrar.

En realidad, estos *drakkars* en su primera versión no transportaban a unos bárbaros animados de las peores intenciones. El pueblo del «noveno arco» no partía a la conquista del mundo mediterráneo. El hambre espantosa que entonces causaba estragos en Escandinavia, sería la única causa de esa «Gran Migración», de la que O. Paret dice que «sacudió a los pueblos de Europa y del Oriente Medio, hizo caer el viejo mundo y echó los cimientos de un nuevo mundo».¹

Última Thule

¿Es esto todo lo que puede otorgar crédito a esa antigua civilización nórdica emparentada con el mundo de los atlantes? No. «Hiperbórea» es un nombre familiar en la Antigüedad. En tanto que en ninguna parte se encuentran alusiones a expediciones efectuadas a la Atlántida o a los habitantes de esta comarca, son numerosos los detalles que permiten atribuir una realidad a Hiperbórea. Evidentemente, se refieren a un territorio muy extenso. Para los acostumbrados al cielo azul, la frontera de Hiperbórea es la de las brumas. Hemos visto que Diodoro de Sicilia calificaba así la región de Stonehenge, y las piedras azules del famoso conjunto megalítico habrían sido traídas, según Geoffroy de Monmouth, por gigantes venidos del Norte...

No obstante, si escuchamos a Jürgen Spanuth, cuando descifra los papiros de Ramsés III, el día más largo, el de las diecisiete horas, indica el grado 54 de latitud. Aquí empieza Hiperbórea. Vinieron de más allá de la cortina de lluvia y de niebla, en otro tiempo, los hombres tocados con la corona de rayos. Pero, también en otro tiempo, ¿quién fue el audaz que se aventuró por aquellos parajes?

Hacia el año 325 a. de J. C., al geógrafo Piteas,² que ya se

1. O. Paret: *Des neue Bild der Vorgeschichte* (Stuttgart, 1948).

2. En el curso de un viaje, Piteas efectuó notables observaciones. Dos siglos más tarde, Accio de Antioquía escribe aún: «Según Piteas, la marea ascendente es debida a la influencia de la luna creciente, la marea descendente, a la de la luna menguante.»

había arriesgado a surcar el océano, se le asignó una misión de reconocimiento de la Europa septentrional, hasta los mares, islas y continentes que quizá pudiera descubrir. Objetivo: posibilidad de encontrar estaño, oro y ámbar. Los cartagineses bloqueaban el estrecho de Gibraltar. Tuvo que remontar el Ródano, franquear la barrera de aquellos vientos del Norte, más allá de la cual los países «hiperbóreos» se aseguraban una etimología razonable, en todo caso tranquilizadora con relación al misterio de que se hallaban rodeados, y a todas las hipótesis románticas que todavía se asocian a su nombre.

Al lado de la aventura de Piteas, la travesía de Cristóbal Colón no es más que una deriva monótona. Dirigirse de un país cálido a otro país cálido, hacia las Indias o el África, no fue más que enfrentarse a lo imprevisto. Pero hundirse en las brumas, en las nubes que el estrave desgarran para revelar quién sabe qué fantásticas apariciones, esto es salir al encuentro de lo desconocido, de un mundo que ninguna imaginación latina podía concebir. Y Piteas no se contentó con llegar a la Gran Bretaña y a sus minas de estaño. Navegando soberbiamente entre la gran isla e Irlanda, llegó a las Shetland. Siguió adelante y se adentró en los mares fríos de la leyenda, extremo supuesto del mundo; después llegó al país mitológico del «Norte más lejano», aquella *última* Thule de la que todo podía esperarse: atlantes, hiperbóreos, sacerdotisas embrujadoras, o ángeles venidos de un universo extraño al nuestro...

Thule... ¿era, como lo demuestra Fritjof Nansen, un punto de Noruega situado en el paralelo 64, cerca de Trondhjem? Piteas regresó a Massilia sin suministrar las coordenadas precisas sobre el lugar en que acababa el mundo. Pero regresó, y apenas se conoce una expedición heroica moderna que pueda compararse a esa expedición realizada hace veintitrés siglos...¹ Allí arriba, unos fenómenos increíbles tenían con qué hacer vacilar el ánimo: en tanto que el mar a veces se confundía con el cielo, transformando el horizonte en un muro líquido, ocurría que el sol se negaba a ponerse y, como escribía Tácito, según las observaciones aún válidas de Piteas, «ese mar rodea y circunda el disco terrestre, lo cual se deduce del

1. Aunque inspirado por consideraciones económicas, el viaje de Piteas representa la primera expedición científica de la Historia, y, como tal, no reportó mucha consideración al que la llevó a buen término. Habrán de transcurrir doce siglos antes de que unos exploradores puedan batir ese «récord».

hecho de que el último reflejo del sol poniente persiste hasta la salida del sol, hasta el punto de hacer palidecer las estrellas... El universo se extiende solamente hasta la masa de agua, no se prolonga más allá».

Era inevitable que esa extraña región ejerciese sobre la imaginación una fascinación extraordinaria. El que un navegante hubiese llegado hasta ella, no disminuía su misterio. ¿Es que la atracción de la Atlántida habría palidecido si un viajero hubiese afirmado haber llegado a sus orillas? Nadie sería capaz de pronunciarse sobre este punto, pero es seguro que Hiperbórea continuó suscitando las hipótesis más audaces. Por otra parte, el viaje del geógrafo marsellés se había efectuado unos ochocientos años después de la «Gran Migración», y el pasado de aquel lejano territorio seguía cargado de misterio.

¿Ángeles o demonios?

Entre el mito y la realidad, Hiperbórea se desplaza al modo de una isla flotante. Hesíodo, Píndaro, Homero situaban los Campos Elíseos, reino de las almas recompensadas, en un extremo de la Tierra, pero, mientras que el último de estos autores hacía alusión a las Canarias, describiendo la suavidad «paradisíaca» del clima, los dos primeros veían el Paraíso terrenal en las regiones hiperbóreas, en todo caso al noroeste del continente europeo.¹ Sin hallarse en posesión de informaciones particulares referentes a las cualidades de las hermosas danesas, estos poetas helénicos imaginaban, sin embargo, un Jardín de las Hespérides en el que reinaban las hijas de la Noche, las ninfas del Occidente, o también aquella isla de los Bienaventurados en la que todo era belleza, lo cual, en el plano de una estética femenina escandinava, atestiguaba una irreprochable intuición... Ya hemos visto que Apolo efectuaba visitas periódicas a Stonehenge, y podemos preguntarnos si un recuerdo muy remoto de las hiperbóreas que acompañaban a sus maridos guerreros hasta las orillas del Nilo no influyó en esta idealización de la belleza que existía en la región del Báltico.

1. E. Beauvois, en *El Eliseo transatlántico y el Edén occidental* (1884), encuentra estas transposiciones inesperadas de parte de los griegos. Esos paraísos nórdicos indicarían, más bien, una influencia céltica.

Al relacionar los nombres diversos y los símbolos atribuidos a la antigua Thule, es posible admitir que esta irradiación no dependió únicamente de una corriente poética. La *Odisea* ha hecho célebre la isla de Ogigia, en la que reinaba Calipso, y la identidad Thule-Ogigia no deja lugar a dudas. Lo mismo puede decirse de la isla Aea, ya que varios símbolos poéticos pueden derivarse del mismo terruño... Y en la isla de Aea se encontraba la hechicera Circe, también una rubia noruega, si se nos permite esta extrapolación.

En Ogigia, que Homero designa también por el nombre de isla de Atlas (la etimología atlantidiana reaparece de forma turbadora), el sol sería visible 23 horas en el día más largo. Esta simple observación basta para desplazar el problema y hacer que Thule se sitúe en Islandia. Permanecemos en el límite del círculo polar ártico y la idea de un gran continente boreal va cobrando forma. Ciertamente, las alusiones mitológicas,¹ que se mantendrán hasta la Edad Media, son varias y confusas. Pero estos hitos dibujan bastante bien los contornos de la fabulosa Hiperbórea, de la que no hay que excluir Groenlandia. En nuestros días, el clima de Islandia parece muy alejado del paraíso fértil en donde, según Diodoro de Sicilia, las cosechas de trigo se efectuaban dos veces al año.

«No obstante, incluso no remontándonos a la época preglacial —comenta Serge Hutin, que adivina una realidad detrás de la leyenda—, esta idea tan fantástica no presenta nada imposible: aún hoy Islandia posee un clima francamente privilegiado, teniendo en cuenta su situación ártica; salvo en las regiones más montañosas, la temperatura es benigna (la media de las temperaturas del mes de enero es, en Reykjavik, superior a la de París). Esta paradoja climática se debe en parte a los fenómenos volcánicos, pero principalmente a la corriente del Golfo, uno de cuyos brazos rodea la isla; de ahí la hipótesis siguiente: en la Antigüedad, la intensidad calorífica de la gran corriente marina pudo ser claramente más fuerte en esos parajes, de donde la posibilidad de que Islandia gozase de un

1. Plutarco (50-125) hacía alusión a la isla de Jan-Mayen, donde reinaba una temible sacerdotisa, así como a una población dotada de poderes fabulosos, asimilable a una antiquísima civilización de Groenlandia.

clima parecido al de la Costa Azul (pero sin su sequedad).

Es, pues, imprudente rechazar como fábulas las indicaciones contenidas en la leyenda, con el pretexto de que ya no corresponden a las comprobaciones del momento presente. De ahí a admitir la supervivencia de una civilización hiperbórea en Islandia en forma de un pueblo subterráneo comparable al de Agartha,¹ no hay más que un paso, y no dudó en dar este paso H. Bulwer Lytton, autor de la novela *Los últimos días de Pompeya*, al describir, en *La raza que nos exterminará*, unos abismos islandeses que daban acceso al dominio cavernícola de los futuros Amos del Mundo, descendientes de los hiperbóreos. Volviendo a la arqueología romántica no desnaturalizada, observemos que en la Islandia de los ocultistas y de los alquimistas se advierten ciertos efluvios de una ciencia y de un nivel intelectual elevado.

Ciertas relaciones de otra índole dan crédito a la hipótesis de una civilización hiperbórea, tanto si algunos la confunden con la Atlántida como si sólo es para otros una de las numerosas zonas de exilio del mundo sumergido. Así, la «Serpiente emplumada de los aztecas», Quetzalcóatl, protectora de las artes, inventora de la escritura y del calendario, es originaria de la isla de Tula. Un paraíso terrenal, Ultraatlántico, y que se aplica al mismo lugar: Thule.

Más abstractas, las fantasías de los teósofos parecían al principio poco peligrosas. Los teósofos hicieron de los hiperbóreos una de las primeras razas de la Humanidad, una especie de andrógino que se remontaba a treinta millones de años, dotado de un poder espiritual incomparable. Este tema es el de la civilización madre, directamente ligado a la Atlántida y más antiguamente aún, al del continente de Mu. El estudio más racional (o menos esotérico) de estas hipótesis permite comprobar que, en Noruega, un dialecto contiene términos afines a esa lengua de Mu, de la que, jugando un poco a arqueología romántica, no es imposible descubrir sus estructuras...

Si no se hubieran refugiado en las entrañas de Islandia, los hiperbóreos habrían enjambrado en la India, en el desierto

1. Véase el cap. «El planeta desconocido».

de Gobi,¹ en el Tibet, o también en México. Este éxodo se confundiría entonces con la invasión aria procedente del Este.

Este recuerdo de la hegemonía aria, ligado a la alta civilización hiperbórea, habría podido permanecer en los límites de la arqueología romántica en el sentido en que nosotros la entendemos. Jamás habría tenido consecuencias más graves que despertar nuestra curiosidad en torno al problema de las Pirámides, de los megalitos o de las estatuas de la isla de Pascua. Para desgracia nuestra, unas mentes tortuosas y torturadas se adueñaron de los poderosos y perfectos hiperbóreos para edificar una mística que, de la pureza del frío, condujo a Occidente al infierno.

El frío del espanto

¡Cómo iría a creer uno en la interpretación de Robert Charroux, que hace de Hiperbórea... la tierra de los ángeles! De los ángeles descendidos del cielo, es decir, de los visitantes extraterrestres que habrían dado origen, por medios rudimentarios y naturales que nunca han sido modificados con el tiempo, a esa raza superior de bebedores de leche.

El autor del *Libro de los secretos revelados* tiene el don de construir leyendas inéditas a partir de los textos bíblicos, que están sujetos a tantas interpretaciones, por poco anquilosada que esté en el conformismo la imaginación del que los lee. Así, el *Libro de Enoc* contiene esta revelación:

«Y, después de un tiempo, mi hijo Matusalén tomó para su hijo Lamec una mujer y ella concibió de él y dio a luz un hijo.

»Y su carne era blanca como la nieve y roja como la flor de la rosa; y los pelos de su cabeza y su cabellera eran blancos como la lana; y sus ojos eran bellos...»

«Es evidente —escribe Robert Charroux—, que el retrato de Noé trazado por Lamec no responde en su espíritu a las características de su raza y, para nosotros, evoca irresistiblemente a los hiperbóreos de piel blanca como la nieve y cabellos claros y dorados.»

1. La tesis del continente de Mu, expuesta en la segunda parte de esta obra, menciona la existencia del imperio mu de Uigur, en el emplazamiento del desierto de Gobi.

Como que, según la tradición bíblica, Noé sería el antepasado de todos nosotros, habría que admitir que todos descendemos de los hiperbóreos, esas criaturas aladas, o desembarcadas de una nave espacial que aterrizó en los alrededores de Thule... La exégesis Charroux resulta muy sabrosa.

Habría sido deseable que, hacia el año 1920, Dietrich Eckardt, hubiera sido tocado por la gracia de los ángeles hiperbóreos en vez de serlo por la mística aria que extrajo su furibunda energía de la fascinación nórdica que acabamos de evocar. La «sociedad Thule» no esconde su fuente de inspiración: en la brumosa isla en la que tan difícil es desembarcar, en las costas de Noruega, en Dinamarca¹ o en Islandia, la civilización desaparecida había dejado secretos que el mundo germánico tenía la obligación de recoger. Un día, los arios rubios se manifestarían de un modo más realista que las apariciones wagnerianas ante los decorados. La magia despótica de Thule, reencarnada por los superhombres de una raza pura, fue, en resumen, el programa espantoso que presidió la fundación del nacionalsocialismo alemán. Este movimiento apareció entonces como la fachada política de un ocultismo delirante. Ello no impidió que Dietrich Eckardt se convirtiese en uno de los siete miembros fundadores del partido. Sus acólitos, Alfred Rosenberg y Karl Haushoffer, tomaron a Adolf Hitler bajo su férula. Los magos de la sociedad Thule harían del dueño de la Alemania nazi el ejecutor de voluntades secretas que, en suma, tenían como origen un tema lírico, una hipótesis de trabajo, como dicen los aficionados a la arqueología romántica. Pero estas fórmulas amables no se compaginaban ya con las aplicaciones prácticas, cuyo horror conocerían los pueblos europeos. Si los iluminados del grupo Thule y del nazismo no se refieren con precisión a los hiperbóreos o a una elevada civilización atlántida, la justificación ilusoria de su esquizofrenia se relaciona con estos temas. Así, unos Amos del Mundo de Agartha, los detentores del Conocimiento, que viven en el laberinto subterráneo del Tibet, probablemente ligado a los accesos tenebrosos de Islandia, esos magos divididos en dos bandos, el del bien y el del mal, serían los supervivientes de un cataclismo que habría aniquilado la civilización del desierto de Gobi...

1. A propósito de Dinamarca, Behlioux situaba la capital de Hiperbórea al sudoeste de Roeskilde, en la isla de Zealand.

La obsesión aria

Todo está a la misma altura y todo aparece confuso en esta mística de carácter etnológico al principio y que, al final, se volverá demoníaca. Ciertamente, pudo efectuarse un éxodo hiperbóreo con dirección al desierto de Gobi. Explicaría el mito germanonórdico del dios Thor. Asimismo, los exiliados constituirían el tronco ario que algunas tradiciones árticas sitúan de Alaska al Asia septentrional. Pero, ¿el desierto de Gobi, en la época del imperio de Uigur, no dependía de la tierra de Mu? La cruz gamada, de siniestro recuerdo, confirmaría las intenciones nebulosas de los miembros de la sociedad Thule, aunque jamás hicieran alusión a esta hipótesis fundamental de los teósofos.

Si establecemos todas las comparaciones posibles entre esta geografía hipotética y los diseños guerreros de Hitler, la Segunda Guerra Mundial asume el aspecto de una cruzada mística. Sus peripecias militares sólo se aplican por superposición al horrible desbordamiento de la razón que se saldará con millones de muertos, en los campos de batalla y en los campos de concentración.¹ En lo sucesivo, el vocabulario de la realidad ya no se aplica al de los fantasmas. La alquimia destructiva se desarrolla paralelamente a un conflicto que, para todos aquellos que están animados por la voluntad de sobrevivir, es aún un conflicto tradicional.

Sin embargo, un emblema, surgido del fondo de las edades, habría debido dar la señal de alerta: la esvástica es un signo de carácter mágico. No tiene nada que ver con las armas de una nación ni con el símbolo heráldico de un pueblo. Habría sido el signo sagrado de la civilización antediluviana de Mu y, por consiguiente, se explica su difusión universal. Señalado por Schliemann en las excavaciones de Troya, grabado en los templos del Yucatán, pertenece a todos los antiguos pueblos,

1. La génesis del nazismo, a partir de las teorías de Horbiger, de la sociedad del Vril y del grupo Thule, constituye la segunda parte, titulada «Algunos años en el más allá absoluto», de *El retorno de los brujos*, de L. Pauwels y J. Bergier (publicado por esta editorial en su colección «Otros Mundos»).

indios y persas, asirios, etruscos, samnitas y celtas. Representaba las cuatro fuerzas sagradas que rigen el Universo, las leyes del Cosmos y de la Vida. Si bien es exacto que se convirtió en el signo de los arios, también fue el de los budistas: las mil cabezas de la serpiente divina Cesha, indica el *Vishnú Purana*, están «embellecidas por el puro y visible signo místico de la esvástica».

«La pretensión de atribuirle, como lo hicieron los nazis, una significación de preponderancia "racial" cualquiera constituye una siniestra impostura científica», escribe L.-C. Vincent. En Inglaterra, Kipling adivinó que la adopción de la cruz gamada por los nazis ocultaba algo más que un programa político. ¿Pero, quién, ayer como hoy, se sentiría alarmado ante la idea de que una religión luciferina amenazase al mundo? Desde hace algunos meses, estamos viendo el signo de Acuario inscrito en algunas regiones del sur de Francia. Suponiendo (y, afortunadamente, esta suposición es gratuita) que, en la proximidad de una Era nueva, una pandilla de histéricos quisiera purificar el mundo suprimiendo a la mitad de sus habitantes, ¿quién desconfiaría de los grafitos? Lo propio del ocultismo es disimular estas artimañas.

Preciso es, sin embargo, comprobar que la obsesión aria, la locura de los secretos perdidos y de las razas superiores merodeaba en Alemania por diversos lados. Sabemos cómo el novelista H. Bulwer Lytton traspuso el tema de los hiperbóreos en *La raza que nos exterminará*. De las cavernas islandesas, el mito de una civilización dominadora pasó a Berlín para animar la «Sociedad del Vril», que tenía por objetivo el desenvolvimiento de las fuerzas ocultas del ser humano. Sus vínculos con las sociedades teosóficas han sido demostradas, pero no habría que buscar los responsables del nazismo hasta llegar a Platón. No obstante, muchos esoteristas se enardecieron, a principios de este siglo, con los temas que constituyen el objeto de este libro, temas que nosotros consideramos tan apasionantes como inofensivos. La espantosa desviación que duró un cuarto de siglo nos obliga a creer que la arqueología romántica no es tan inocente como parece cuando justifica unas obsesiones que, sin duda alguna, se hallaban latentes en algunos iluminados de quienes nadie desconfiaba. Mientras se trata

de buscar los vestigios de antiguas civilizaciones evolucionadas o de tierras desaparecidas, todas las gestiones son lícitas. A partir del momento en que unos místicos pretenden rehacer el mundo,¹ al modo de los atlantes o de los hiperbóreos, es prudente gritar: «¡Al loco!»

Nadie se atrevió a gritar: «¡Al loco!» al escuchar a Hans Horbiger, el cual también tiene una gran parte de responsabilidad en la fermentación de las inteligencias alrededor de aquellos años anunciadores de calamidades. Hacia 1925, este profeta austríaco pretendió lanzarse a una cruzada contra la astronomía y las matemáticas tradicionales. Su poder de convicción no tardó en hallar en el hitlerismo una aprobación que no toleraba contradicción alguna. Dotado de grandes medios, impuso su doctrina a una masa de individuos que no podían elegir más que entre la huida o la pasividad.² Hubo, no obstante, quienes se entusiasmaron con los dogmas horbigerianos, según los cuales el equilibrio universal no era sino una lucha entre el frío y el fuego. Los ciclos cósmicos, de los cuales la historia de la Humanidad era el reflejo, reproducían el mismo fenómeno de alternancia entre el reinado del frío y el desquite del elemento opuesto. Un supersol da con un superglobo de hielo. Un entreacto de varios centenares de miles de años sucede al choque. Después, el calentamiento del vapor de agua producido por la colisión culmina en una explosión cuyos residuos formaron nuestro sistema planetario.

Según Horbiger, la lucha de los dos elementos contradictorios va acompañada de un mecanismo de gravitación que reagrupa los planetas y crea peligrosas aproximaciones. La parte más conocida de esta doctrina se refiere a la caída, sobre la Tierra, de lunas sucesivas, de las que conocemos, en

1. «Es preciso ponerse en guardia ante esa idea de la mutación de la raza. La encontraremos en Hitler, y hoy en día no se ha extinguido. También hay que guardarse de la idea de los «Superiores Desconocidos». Se la encuentra en todas las místicas negras de Oriente y de Occidente» (L. Pauwels y J. Bergier: *El retorno de los brujos*. Plaza & Janés, col. «Otros Mundos»).

2. Adolf Hitler: «Hay una ciencia nórdica y nacionalsocialista que se opone a la ciencia judeoliberal.»

el momento presente, el cuarto ejemplar. En el curso del período que precede a la caída del satélite, su órbita, cada vez más cercana, tiene como consecuencia una fuerza de atracción cada vez mayor. Es el tiempo en el que los terrestres se vuelven más ligeros y pasan por crisis de crecimiento. Es el tiempo de los gigantes, de las construcciones ciclópeas. Los océanos se hinchan como un merengue y el último acto de esta ronda astral es la apoteosis del Diluvio.

Lo que se debe recordar de estas teorías fantásticas es que civilizaciones sucesivas pagaron las consecuencias de estas catástrofes.

Teorías fantásticas que dan respuestas satisfactorias, es verdad, a las preguntas suscitadas por los más misteriosos vestigios andinos, Tiahuanaco en primer lugar. Ciencia-ficción que no está desprovista de lógica ni de poesía, y de la que sólo querríamos recordar estas cualidades, si fuera posible olvidar que el que las enunció se convirtió en el ídolo espiritual de una ética pavorosa.¹

La isla del Oricalco

Si la cruz gamada ha quedado marcada con una tara indeleble, los hiperbóreos y atlantidanos nórdicos han salido bastante airosos de la macabra aventura nazi, en la que, ni que decir tiene, no tuvieron parte alguna. Siendo cosas comunes las generalizaciones precipitadas y la confusión de los sentimientos, habría sido posible que el anatema recayese sobre sus manes. Por el contrario, el interés por su hipotética patria no ha hecho sino aumentar. Si los atlantistas atlánticos tienen el privilegio de la antigüedad y de la perseverancia, los atlantistas cretenses y nórdicos son los más recientes, y actualmente sabemos cómo le fue revelada la verdad en Egipto al pastor protestante Jürgen Spanuth.

Indicándole la gesta de Ramsés III la dirección a seguir, Spanuth, en julio de 1952, se dirigió a la isla real de los atlantes, la Basileya de Platón. Para Jürgen Spanuth, sólo existía

1. Cabe mencionar, como discípulos o adeptos de ciertas teorías horbigerianas: H.-S. Bellamy, Denis Saurat, E. Velikovskiy.

un lugar que correspondiese a las coordenadas encontradas en Medinet-Abu. Con otros dos compañeros, la pequeña expedición reunía, pues, a un egiptólogo, un etnólogo y un arqueólogo. Sin vacilar, el trío dirigióse hacia la isla de Heligoland.

Un buzo se sumergió a unas seis millas de distancia de la roca que, «como cortada con cuchillo, se eleva muy por encima del mar». Distinguió un muro, un foso, una segunda muralla: la capital de los atlantes acababa de ser descubierta.

En las proximidades de un litoral que va hundiéndose desde hace miles de años, un descubrimiento así debe ponerse en cuarentena. Otras ciudades más recientes que la prestigiosa metrópoli han podido quedar sumergidas, desde Frisia hasta Bretaña. Esta aplicación sería incluso más plausible que esas fantasías de la naturaleza que los escépticos se apresuran a invocar en semejante caso.

Para el equipo del pastor Spanuth, no era lícito ningún equívoco: la bahía de Heligoland contenía los vestigios submarinos de la Atlántida. Las particularidades geológicas de la isla reforzaron la convicción de los tres sabios: en Heligoland se encuentra mineral de cobre puro, y el relato de la Atlántida alude a esta riqueza. Sobre todo, hizo gran caso del oricalco, que poseía, «después del oro, el más alto valor para los hombres de la época». Conforme a las descripciones contenidas en el *Timeo* y el *Critias*, es el ámbar amarillo lo que constituía el orgullo de los atlantes y despertaba la codicia de la Antigüedad. La isla del ámbar amarillo, o la «sagrada isla de Electris», se identifica con Heligoland.

Prescindiendo de estos pasajes que apelan demasiado a Platón y son del dominio de la exégesis, las murallas submarinas representaban un verdadero descubrimiento arqueológico. Descubrimiento o visión, la conclusión resultaba difícil después de la segunda expedición de Spanuth, en junio de 1961. Esta vez, cinco hombres-rana y doce buzos estuvieron operando, pero en vano. ¿Acaso los fondos arenosos habían recubierto las ruinas de la antigua ciudad? ¿Los antiguos estuarios del Weser, del Elba y del Eider dibujaban aún una geografía móvil bajo algunos metros de agua?

Si Heligoland-Basileya no es más que una ilusión, los soñadores de acción como Spanuth son dignos de simpatía. Los

mundos sumergidos se buscan en agua turbia.¹ A falta de una ciudad sumergida, nada prohíbe descubrir una ciudad hundida en la arena movediza. La arqueología sacaría provecho de ello. Las compilaciones más eruditas no valen una hora de inmersión en los mares fabulosos. Pero, en medio del océano, donde ya no tenemos más remedio que navegar en compañía de los atlantistas más acérrimos, ¿hasta qué profundidad habría que sumergirse para recoger un trozo de oricalco? ¿En qué islote del Atlántico podemos confiar para recoger las fuentes auténticas del mito? No obstante, las huellas de una civilización inexplicada se implantan con tanta obstinación a lo largo de las costas oceánicas, que al hacernos a la mar podemos confiar en llegar a la tierra que parece inalcanzable.

1. Apolo, visitante ilustre de Hiperbórea, sería el fundador de Jonia... La relación entre este nombre y el de la isla de Ion, al oeste de la isla de Mull, en las Hébridias, suscitó una expedición arqueológica que, en 1959, descubrió una calzada de granito rojo procedente de la isla de Mull.

ENTRE DOS MUNDOS

Un pequeño trozo de la Atlántida fue sacado a la luz del día durante el año 1898 de nuestra Era, es decir, hace menos de un siglo.

Al romperse un cable submarino entre Brest y el cabo de Cod, fue preciso repescar un extremo a 500 millas al norte de las Azores. En ese lugar, los abismos oceánicos hacían muy difícil la labor. El cablero rascó y excavó a profundidades de 3.000 m. Sacó al aire libre la brizna de hilo perdida en la inmensidad del mar y todavía muchas otras cosas más: todas las muestras posibles del fondo.¹ Entre estas muestras, había fragmentos de lava basáltica vitrificada, cuya denominación mineralógica es taquilita. Esta taquilita se había enfriado bajo una presión atmosférica normal, ya que, de otro modo, expulsada por un volcán submarino y enfriada en el lugar de donde acababa de ser extraída, a 3.000 m bajo el agua, su estructura habría sido cristalina.

La isla volcánica, o el volcán, que se encontraba en una tierra desconocida, había sido sumergida hace menos de quince mil años. En efecto, después de este tiempo, la taquilita sumergida se habría descompuesto.

La revelación aportada por la misión del cablero de 1898 presenta dos defectos. Lo más irritante es que se la cite tan pronto como se trata de la Atlántida atlántica. El otro, que no parece definitivo, es el de ser discutido por geólogos que pretenden que la taquilita no asume forzosamente una estructura cristalina después de un baño de algunos millares de años.

1. Relación del geólogo francés Termier al Instituto oceanográfico de París en 1912 (los sabios no tienen prisa).

Puede conservar su forma inicial, y nada prueba que hubiera sido lanzada al mar antes de ser recogida por los garfios de los marinos telegrafistas.

En cuanto a los fondos atormentados del océano Atlántico, no encierran más misterios que los Alpes de la alta Provenza.¹ En 1872, el *Challenger* efectuó 370 sondeos en un recorrido de 80.000 millas, y el *Meteor* le superó con 10.000 sondeos. En 1922, el mapa submarino del océano contó adicionalmente con las cadenas transversales descubiertas entre Gibraltar y la América del Norte. Desde entonces continuaron los estudios. Cada pico, cada depresión lleva un nombre. Una cadena nortatlántica y una cadena sudatlántica se hallan reunidas por un macizo ecuatorial. La primera, que parte de Spitzberg, se ensancha alrededor de las Azores formando la meseta del Delfín. Un sabio alemán, el mayor K. Billan, ha confeccionado un mapa de esta región submarina de las Azores. Dibuja en él un surco en el que culmina el lecho de todos los ríos procedentes de los Pirineos y del norte de España. Esta erosión no es normal. Debería cesar en el momento en que los ríos se precipitan en el océano. Si el surco que trazaron desciende hasta 500 m por debajo del nivel del mar, quiere decir, afirma el mayor K. Billan, que éste se encontraba en otros tiempos 500 m más alto. De todas formas, se produjeron grandes convulsiones en esos parajes. Y el mapa reconstituido da, para su autor, la clave del asunto.

«La Atlántida reposa ahora en las profundidades del océano, y tan sólo son aún visibles sus más altas cimas: las Azores. Sus fuentes calientes y frías, descritas por los autores de otros tiempos, manan como manaban hace miles de años. Los lagos de montaña se hallan ahora sumergidos. Si seguimos al pie de la letra las indicaciones de Platón y buscamos el emplazamiento de Poseidonis entre los picos recubiertos por el mar, lo localizaremos al sur de la isla de Dollabarata».

Y, como conclusión: «Es realmente extraño que los sabios, que buscaron en todas partes el emplazamiento de la Atlántida, no presten atención alguna a ese lugar que, sin embargo, es claramente designado por Platón.»

1. Comienzo de los trabajos sobre los fondos oceánicos en 1860, con la misión sueca del «Lightning».

Platón señaló con tanta exactitud el emplazamiento de la Atlántida, que se necesita estar muy ciego para no encontrarlo. Resultado: una quincena de localizaciones, frutos de estudios concienzudos, y unos veinte mil volúmenes, cada uno de los cuales tiene por finalidad demostrar la claridad del problema. No hay que sonreír: si la Atlántida existió, se encontraba en alguna parte, y muchos suelen confundir la tierra con la civilización. La tierra se situaba, probablemente, en un punto del océano Atlántico, y fue única. En cuanto a las múltiples zonas en donde se fijaron los supervivientes de un cataclismo repentino, o progresivo, forman una geografía atlantidiana muy extensa. En algunas playas de desembarco, la influencia de la civilización atlantidiana fue tan profunda que resulta comprensible una confusión entre la tierra de origen y la del exilio.¹ Si la localización atlántica es la más atractiva de todas (aun cuando, en la práctica, no sea más que una visión encima de una extensión líquida), es que sus defensores llegaron al cabo de su argumentación. Resumirla en unas páginas es empresa temeraria. Apenas es posible enumerar las disciplinas más importantes en las que se acantonan los atlantistas para analizar tal o cual aspecto del problema.

Los datos del problema

Un ejemplo: el coronel A. Braghine publicó, en 1952, una obra dedicada a la Atlántida. Para él, no se trata de una isla, sino de un continente que unía Portugal a México y a Yucatán. Fuera de relaciones más dignas de consideración, digamos que este sabio comprobó, en Madeira, en las Canarias y en las Azores, la presencia de animales comunes a Europa y a América. Escribe: «Las lombrices de tierra del género *Oligochetes* de las Canarias son las mismas que las del sur de Europa; los crustáceos de los archipiélagos atlánticos son idénticos a los del Mediterráneo, y se encuentra la mariposa *Setomorpha discipunctei* no sólo en las Canarias, sino también en América y en África.»

1. Dejando a un lado Hiperbórea, cuya población es un pretexto para la discusión, ya que unos ven en ella un resurgir atlantidiano, y otros le otorgan una anterioridad absoluta con respecto a todas las civilizaciones.

Corales del golfo de Guinea encontrados en las Bermudas, crustáceos que sólo viven en el litoral del Senegal y en el Caribe, moluscos representados únicamente en las Azores y en las Antillas, tal es la forma de recurrir estos atlantólogos a la Zoología. Ya sea en esta disciplina o en otras, proceden con la extrema minuciosidad de los verdaderos científicos. ¿Por qué estos últimos afectan un desdén irónico frente a semejantes obras concienzudas? Es que, en arqueología romántica, el estudio mejor realizado es la parte más exhaustiva de una hipótesis y viene a dar en la misma hipótesis. Es una réplica del procedimiento de los interrogantes abordados al principio de este libro.

No obstante, después de la lectura de un número considerable de obras, parece ser que en el Atlántico existió realmente una tierra que corresponde a leyendas, a afinidades y a conocimientos, inexplicables de otro modo. Precisamente en esa zona de las Azores, porque no parece plausible que estuviese situada en otro lugar. ¡Y ni siquiera rastros de una prueba para poder escribir esto con letras mayúsculas! Semejantes paradojas pueden llegar a conducir a uno a un estado depresivo. Para evitarlo, es mejor ser perentorio.

Perentorios fueron, y temprano, ciertos autores, persuadidos de que sabían mucho acerca de la cuestión. En 1665, el padre Kircher dibujó el mapa de la Atlántida, entre África y América. Sólo confiaba, naturalmente, en las vagas coordenadas platónicas. Encargóse de la extrapolación cultural, en 1881, Ignatius Donnelly,¹ y lo más curioso es que esta atribución a los atlantes de tantos valores superiores no ha podido utilizar los materiales recogidos gracias a un nuevo entusiasmo suscitado por este enigma. Ahora bien, si la hipótesis ha adquirido en nuestros días una innegable solidez es gracias a los trabajos de Lewis Spence, R. Devigne, A. Braghine, Alexandre Bessmertny, Georges Poisson y, sobre todo, Paul Le Cour, quien, en 1927, fundó la revista *Atlantis*. Esta publicación se esfuerza no sólo en reunir los documentos relativos al «vestigio más remoto de nuestra civilización occidental», sino también en perpetuar una tradición de la que seríamos acreedores.

El escollo con que tropieza la hipótesis atlántica proviene

1. I. Donnelly: *Atlantis, the Antediluvian World* (Nueva York, 1881).

de la Etnología. Es la cuestión de los guanches.

Cuando los españoles desembarcaron en las Canarias, descubrieron allí una población extraña cuyo nombre mismo significaba «hombre». Los guanches se mostraron muy sorprendidos al ver a hombres blancos, ya que se creían los únicos supervivientes de un cataclismo legendario que habría destruido al resto de la Humanidad. Antes de su extinción, los guanches tuvieron muy poco tiempo para revelar al mundo occidental (y cristiano) unas costumbres que hacían suponer un pasado enigmático. Aunque se encontraban aún en la Edad de Piedra, poseían, no obstante, una escritura,¹ conocimientos de Astronomía y una mente abierta al arte y a la poesía. Estos bárbaros tenían en gran consideración a la mujer, y, a propósito de esto, recordaremos las semejanzas entre esta legislación original y la de la época minoica en Creta.

Pero, lo que los guanches sabían todavía en la época del desembarco español no podía ser más que un pálido reflejo de una cultura perdida. De la momificación, del refinamiento artístico aportado a la confección de objetos, de una escritura más sabia, de su culto misterioso a la Virgen negra, los pobres insulares no poseían más que una práctica rudimentaria. Sólo el tiempo parecía responsable de esta degeneración. Al contemplar el pico del Teide, nada impedía creer que quizás había sido el punto culminante de la tierra atlantidiana, la montaña sagrada en la que se convirtió el monte Atlas.

Si la llama que en otro tiempo había animado al pueblo ancestral de las Canarias no era ya sino un fulgor vacilante, había muy bien podido ser transportada oportunamente, con sus promesas intactas, por los emigrados de la última oportunidad. «Este período que se extiende de 11500 a 6500 antes de nuestra Era —escribe Georges Poisson—, corresponde, precisamente, a la fecha legendaria de la Atlántida. Es importante, pues, ver lo que era ese grupo del *Homo sapiens* del que los atlantes debían de formar parte.»

Fijándose en las diferencias profundas que separan los tipos de Cro-Magnon y de Combe-Capelle, el mismo autor deduce

1. En el capítulo «La Atlántida soleada», hemos evocado el misterio relacionado con los signos indescifrables comunes, en apariencia, a Creta y a las Canarias.

de ello un origen distinto. De estatura más alta, dotado de una mayor capacidad craneal que su contemporáneo, el hombre de Cro-Magnon da pruebas de una superioridad más interesante aun en sus aptitudes manuales e intelectuales. En el momento en que el trabajo de la piedra ocupa a los habitantes de una gran parte de Francia, se ve aparecer, repentinamente, podríamos decir, si esta palabra no estuviera muy en consonancia con el ritmo de la Prehistoria, a unos especialistas del trabajo del hueso, marcado por una inmediata perfección. Pero este renacimiento del aurifiaciense se ilumina con un acontecimiento importante: bisonte, caballo, rebeco, reno ya no son únicamente presas codiciadas, sino que se convierten en obras de arte. De la silueta finamente cincelada en el trozo de esquisto a las paredes de las grutas de La Mouthe o de Font-de-Gaume, un genio nuevo se manifiesta, una mentalidad se dibuja, una religión y una magia se abren paso, una civilización se impone.

Por otra parte, si seguimos viendo en el hombre de Cro-Magnon un inquilino obstinado de las grutas de la Vézère y de las cavernas del África del Norte, es porque la roca permanece, mientras que la madera y la tela desaparecen. Antes de la apoteosis del magdalenense, este europeo, cuyo origen contraría a los creyentes en la sabia evolución, construía chozas y sabía montar una tienda...¹ Una tienda cónica, precisamente, como la de los pieles rojas, cuyos antepasados habrían podido utilizar el «puente atlantidiano» para pasar al continente americano.

Lo que permanece controlable es que la extensión de la raza Cro-Magnon se superpone de un modo satisfactorio con el mapa de la expansión atlante según la leyenda. Yo no digo que, partiendo de los remotos antepasados de los guanches, todas las hipótesis atlantistas a las que hemos pasado revista,² se vuelvan tan claras como un álbum de familia. Digo simplemente que, mirando hacia ese lado, la curiosidad obtiene respuestas razonables, sin recurrir a extrapolaciones excesivamente aventuradas.

1. En 1968, en el castillo de Corbiac (Dordoña), se identificaron unos agujeros de espárragos de tienda de campaña, y datan del perigordense superior evolucionado (unos 20.000 años).

2. Sin olvidar a los vascos, que serían, después de la desaparición de los guanches, los últimos representantes de la raza pura de Cro-Magnon y, por afinidad ancestral, de la raza atlante.

La lección del océano

Más de una vez, a lo largo de esta obra, hemos tenido ocasión de deplorar la incoherencia de la ambición humana, que consiste en enviar a la Luna exploradores valerosos, encerrados en un costoso «supositorio», a pesar de que el subsuelo de nuestro planeta sigue estando lleno de misterios. Pero lo que sucede bajo nuestros pies debe de ser poca cosa en comparación con las sorpresas que nos depararía el fondo de los mares. Allí es donde estaría el verdadero campo de acción de los arqueólogos románticos, el día en que tuvieran los medios para llegar a él. El mundo animal indica la dirección a seguir...

Aristóteles se preguntaba dónde desovaban las anguilas. La respuesta se hizo esperar veintidós siglos. Descendiendo por los ríos de Europa, las hembras se reúnen con los machos, que las esperan en la linde del mundo marino, y comienzan en su compañía un viaje prenupcial de ciento cuarenta días. A la velocidad diaria de treinta kilómetros, este recorrido las lleva al mar de los Sargazos,¹ donde, a 300 m de profundidad, se efectuará la reproducción. Para las hembras, la inmensa sabana oceánica es un cementerio. Solamente las crías y los machos emprenderán el viaje de retorno.

¿Qué van a buscar las anguilas a los alrededores de las Bermudas? ¿La temperatura de 17° C indispensable para la fecundación de la especie, o el recuerdo del gigantesco río antediluviano que cavaba su lecho en un continente desaparecido? Otro ejemplo de animales que no andarían cortos de memoria: las aves a las que la migración conduce por encima del océano entre el Viejo y el Nuevo Mundo... A la altura del paralelo de las Azores, pero a veces muy lejos de este archipiélago, describen círculos por encima del agua, hasta que el cansancio las obliga a reanudar su ruta, contrariadas por no haber encontrado aquella vieja tierra cuya presencia les venía garantizada por un instinto inmemorial.

Con toda franqueza, ¿es concebible que una tierra de una extensión tan importante, isla de dimensiones de un continen-

1. Seis veces la superficie de Francia.

te o puente que enlazase Europa con las Américas, se sumergiera sin que el equilibrio y la configuración de la Tierra se vieran por ello trastornados?

¿Es concebible que unos hombres fuesen testigos de tal cataclismo y que unos supervivientes lograsen llegar a las orillas más próximas, al Este y al Oeste?

La tradición céltica, más digna de fe que todos los relatos de los autores griegos juntos, no hace mención de una catástrofe repentina, sino de seísmos y de hundimientos que se sucedieron a lo largo de varios milenios. Es la única indicación que resulta preciso retener, la única que autoriza las hipótesis de supervivencia y expansión. Fuera de esta verdad, nada de crómlechs, nada de frescos perigordianos, nada de pirámides orientadas, nada de palacios cretenses.

Ahora bien, esta sucesión de trastornos puede leerse en el fondo del mar. El relieve submarino del Atlántico no se formó un buen día a causa de un agujero en el piso. El continente atlantidiano se habría hundido comenzando por el Norte, dejando intacta la región de las Azores, aún constituida por una gran isla, pero abriendo paso a la Corriente del Golfo después de la última fase glacial, la del Würmiense.¹ Ahora estamos ya en el cuaternario, y si el recuerdo del antiguo puente atlántico entre el cabo San Vicente y el cabo Cod es lejano, la tierra azoreana que subsiste ha podido ser la cuna de la gran civilización tradicional.

¿Por qué esa corteza terrestre, que provoca tantas desgracias cuando se estremece, no nos ofrece maravillosas sorpresas sacudiéndose un poco en unos parajes en los que nuestros semejantes no corriesen ningún riesgo?

Edgar Cayce,² vidente y profeta americano, predijo que un período de trastornos considerables afectaría al mundo de 1958 a 1998. El año sísmico de 1960 comenzó por darle la razón, y otras tragedias que se produjeron en el curso del pasado decenio pueden inducirnos a considerar el futuro con aprensión. Cayce no veía solamente la agitación telúrica bajo una forma negativa. Anunciaba la reaparición de tierras sumergi-

1. O sea, entre 11500 y 6500 antes de nuestra Era, según G. Poisson.

2. Nacido el 18 de marzo de 1877, muerto en 1945. Véase J. Millard: *L'Homme du mystère*: Edgar Cayce (París, col. «J'ai lu», n.º 232).

das, siendo éstas vestigios de la Atlántida que surgiría de las aguas. Otros videntes confirman la próxima emersión de islas en la región de las Azores y, por consiguiente, la posibilidad de tocar con el dedo las ruinas de las ciudades atlantidianas.

El muro de Bimini

Es posible que Mu, tierra original, se adelante a la Atlántida. En efecto, es en el Pacífico donde un nuevo continente estaría en vías de formación, y las islas Bagoslov, en plena crisis de crecimiento, constituirían su vanguardia.

Sin aguardar a que se cumpliesen las predicciones de Edgar Cayce, los buzos del equipo Rebikoff efectuaron, en la primavera de 1970, un descubrimiento sensacional.

En la costa de la isla de Bimini, en el archipiélago de las Bahamas, existía, a unos seis metros de profundidad, un muro o, si preferimos no ir demasiado de prisa, un conjunto de grandes bloques que ofrecían el aspecto de un muro o de un muelle.

Dimitri Rebikoff, si bien ha realizado su sueño de explorar los fondos submarinos y, para ello, ha inventado toda clase de ingeniosas máquinas,¹ no es hombre que se entusiasme con lo fantástico cuando no se ve sostenido por comprobaciones concretas. No toma los fuegos de San Telmo por manifestaciones del más allá y, si se le presenta un enigma, quiere resolverlo con los medios perfeccionados que su pasión por el mar le ha permitido elaborar. Especialista de la recuperación de los tesoros que los galeones españoles engulleron al zozobrar con tanta frecuencia en esos mismos parajes de las Bahamas, tiene la costumbre de examinar de cerca las apariciones insólitas con que a veces se tropieza en el mar de las Antillas.

El descubrimiento del muro de Bimini se remonta a dos años. A petición de un profesor americano que suponía la existencia de vestigios arqueológicos en la proximidad del litoral, Rebikoff realizó una serie de fotografías submarinas. Así fue

1. Inventor del «Pegaso», especie de torpedo pilotado manualmente que, provisto de una cámara perfeccionada, permite exploraciones submarinas de larga duración. La «Rémora», teledirigida a partir de la superficie, es una versión mejorada de este aparato.

como el conjunto de losas, al que algo precipitadamente se dio el nombre de «muro», fue percibido, y alrededor de esta primera revelación inició el combate entre racionalistas y románticos. Para estos últimos, la obra había sido construida por el hombre. Para los otros, se trataba de una obra de la Naturaleza. La honorable revista británica *Nature* publicó, bajo la pluma de un geólogo, Mr. Harrison, un mentís a las hipótesis fantásticas que circulaban en torno a ese muro: obra de los constructores atlantes, el testimonio más occidental de la prestigiosa tierra atlántica, etc.

Después de los análisis de laboratorio (conforme a la fórmula consagrada), los atlantes no habían intervenido para nada en la formación de aquellos bloques de basta piedra calcárea, reunidos entre sí cuando se encontraron en agua dulce, como consecuencia del retroceso del mar durante el pleistoceno. Habíase formado un cimientado, que subsistía aún a pesar del retorno del océano, favorecido por el hundimiento de las Bahamas. Para los geólogos, la duda no era lícita. El lento proceso que ellos evocaban se aplicaba perfectamente, preciso es subrayarlo, al fenómeno de las *beach rocks* comunes en esas regiones: la formación de losas de gres soldadas entre sí por un cimientado natural. Tal podía ser el origen del «muro».

Cansado, sin duda, de estas discusiones entre especialistas poco deseosos de molestarse y tomar un baño para examinar el monstruo *de visu*, Dimitri Rebikoff emprendió nuevas investigaciones en el mes de mayo de 1971.

Aquí es donde el enigma adquiere sus verdaderas proporciones. Los sesenta metros de muro que tanta tinta habían hecho correr se prolongaban, en realidad, a distancias considerables. Ante todo, había otro conjunto de losas, paralelo al primero. Luego, los dos se unían a un alineamiento perpendicular, que se extendía sobre 600 m de longitud. Esta geometría y estas dimensiones evocan una instalación portuaria. En todo caso, se alejan de las fantasías de la Naturaleza que tanto agradaban a los sabios de laboratorio. Finalmente, un periodista científico conocido, Pierre de Latil, consideró conveniente ir a escarbar las piedras naturales y las otras, con objeto de formarse una idea del asunto. La materia de las *beach rocks* es quebradiza: un golpe con el talón basta para desprender un

trozo de ellas. En cambio, la de los muros sumergidos, si bien presenta una constitución comparable, requiere el uso de martillos y punzones si uno quiere tomar una muestra de ella.

Más convincente que estos dictámenes mineralógicos, se ha obtenido un detalle de importancia: el muro de Bimini no se asienta sobre el fondo submarino. Reposa, cuando no han sido sepultados bajo la arena, sobre otros bloques que actúan como pilares. En algunos sitios, un buzo puede deslizarse allí hasta medio cuerpo.

El origen de estos diques resulta verdaderamente intrigante. Probablemente artificiales, edificados en tiempos remotos, pero, ¿por quién, y hacia qué época? ¹ Por el momento, las estimaciones sólo pueden tener en cuenta la subida del nivel del mar. De menos veinte metros hace diez mil años, pasó a menos cinco metros hace 4.000 ó 5.000 años. Cronología que deja a un lado, evidentemente, todo lo que no se sabe. ¿Conviene, entonces, dar rienda suelta a la imaginación? Si la Atlántida no hubiera sido más que una gran isla situada en la zona de las Azores, el puerto de Bimini habría sido concebido por colonos atlantes instalados en las Antillas. A menos que estos vestigios se remonten a la época del «puente atlántico», que obstruía el océano en los tiempos geológicos. Entonces, la cuestión es saber si la existencia del hombre (incluso de civilizaciones evolucionadas) permanece inadmisibles en esos tiempos en los que los geólogos ven hundimientos, erupciones, altas marejadas y glaciaciones, y nunca mundos organizados, ciudades y sociedades destinadas, por desgracia, a la desaparición y a la leyenda.

Los técnicos del sueño

Quizá se haya sido demasiado generoso con la Atlántida. En la hipótesis de que los ingenieros de Bimini hubieran sido capaces de realizar una colosal fábrica de albañilería, nada demuestra que utilizaran máquinas voladoras para juzgar la obra realizada. No es porque consideremos el helicóptero y, más

1. No se menciona ninguna construcción similar de la época precolombina en la América central.

aún, el cohete intersideral como excelentes manifestaciones de la ingeniosidad humana, por lo que debamos negar a civilizaciones desaparecidas el derecho de haber inventado otra cosa.

La asociación del saber oculto y las ambiciones científicas debió de ofrecer a los atlantes posibilidades envidiables. No perdamos de vista los problemas materiales suscitados por las pirámides y los conjuntos megalíticos. No habiendo constituido nunca una respuesta satisfactoria el recurso a una mano de obra desmesurada, ¿qué es lo que proponen los atlantólogos?

La energía nuclear, ¿por qué no? «Una raza capaz de proceder a la transmutación de la materia —escribía el profesor Frederick Soddy—, casi no tenía necesidad de ganar el pan con el sudor de su frente. Una raza así podría transformar un continente desierto, hacer derretir los hielos del polo y convertir el mundo entero en un risueño jardín de Edén.» ¹

Andrew Tomas, que en su libro *The Treasures of the Sphinx* procede a un erudito inventario de esas cosas extrañas que provocan corrientes de aire en el conformismo científico, señala que, en 1885, se descubrió un cubo de acero en el interior de un bloque de carbón procedente de una mina austríaca. Las caras opuestas eran redondeadas y las dimensiones del objeto iban de 67 mm a 47 mm. Una incisión regular discurría a su alrededor. Su composición era afín a la de un acero duro, y no podía calificarse de pirita natural a causa de una proporción de azufre anormalmente baja. El bloque de carbón, en el cual se hallaba inserta esta especie de cubo de origen artificial en apariencia, databa del terciario, a saber, entre 70 y 1 millón de años.

¡Vamos! No nos extraviemos: este millón de años se refiere, si así lo queremos, a la remotísima civilización de Mu en el Pacífico, y no, en modo alguno, a nuestros casi contemporáneos de la Atlántida. A menos que... Pero esto sólo interesaría a unos ángeles hiperbóreos venidos de otro planeta.

En cambio, cierto surco descubierta en la isla de Malta merece el sello de la confianza: un corredor trazado a lo largo

1. F. Soddy: *The Interpretation of Radium* (Londres, 1909), citado por A. Tomas en *Les Secrets de l'Atlantide* (París, «Robert Laffont», 1969. Ed. española *Los secretos de la Atlántida*, Plaza & Janés, col. «Otros Mundos», 1972).

de la costa, que desciende bajo el mar en algunos sitios, flanqueado por ramas adyacentes comparables a sistemas de agujas ferroviarias, da la idea de una línea de ferrocarril, tan estrecha que ningún tiro de caballos podría pasar por allí, y solamente practicable por un aparato mecánico, pilotado o teledirigido. Fecha propuesta: unos nueve mil años.

Esta vez el prodigio técnico puede cargarse en la cuenta de los atlantes. La cronología es razonable,¹ y la isla de Malta ofrece un contexto arqueológico en armonía con este artificio insólito. Digo bien: un artificio. ¡Nada de extrapolación, por favor! ¿Qué nombre, qué explicación podría darse, dentro de diez mil años, al lío de varillas metálicas de un inmueble de hormigón armado cuya construcción hubiera sido abandonada a la altura del primer piso? ¿Receptor de rayos cósmicos, fábrica de tarjetas perforadas para uso de los gigantes de la Era de Piscis, plataforma de aterrizaje para platillos con agujeros?

Tanto en Egipto como en Malta se efectuaron hallazgos sorprendentes que también se refieren a la época atlantidiana. El egiptólogo Mariette descubrió bajo la Esfinge de Gizeh un laberinto que contenía notables objetos de arte. El complejo laberinto subterráneo se extendía bajo una capa de tierra compacta. Era más antiguo que la Esfinge misma, y debía de ser contemporáneo del período antediluviano en que se erigió la Gran Pirámide. Las joyas exhumadas eran «joyas de oro que, por la ligereza de su peso, podrían inducir a creer en el empleo de la galvanoplastia en escultura en altorrelieve, ciencia industrial que entre nosotros apenas data de dos a tres años». Este comentario lo encontró Robert Charroux en el *Grand Dictionnaire universel du XIX^e siècle*, obra que no es considerada como favorable al delirio arqueológico.

El empleo de máquinas voladoras por los atlantes suministra una explicación coherente al éxodo que un cataclismo debió de convertir tanto en imperativo como en precipitado. Los representantes de una minoría espiritual y científica ocuparon sus puestos a bordo de unos aparatos que los salvaron² de la

1. Véase el cap. «La Tierra inmemorial».

2. Una ilustración de la *Enciclopedia de los viajes interplanetarios*, publicada en la URSS, representa a los grandes sacerdotes atlantes huyendo en avión... ¿Ingenuidad o profesión de fe de los sabios soviéticos?

muerte y les depositaron en las costas de Europa y de Africa. Ya se conoce la sucesión de los acontecimientos y cómo aquellos hombres se convirtieron (o se habrían convertido) en los famosos «propagandistas» de que habla Gerald S. Hawkins, el astrónomo caído en Stonehenge.

Los capítulos anteriores nos han permitido comprobar que no hace falta coleccionar los clavos oxidados para interrogarse acerca de las habilidades de la civilización atlantidiana. Los que plantean el problema son los monumentos más famosos, que cada uno puede contemplar sin salir de Europa. Junto a estos testimonios colosales, significativos y verificables, ¿qué vale la cajita metálica de la que todo el mundo ha oído hablar, una cajita (en bastante mal estado) de 5.000 años de edad, encontrada cerca de Bagdad y que no sería sino una pila eléctrica? ¿Qué vale la interpretación de Rudolf Steiner, hombre notable en muchos respectos, cuando supone que los atlantes sabían captar la energía desarrollada en la germinación de las plantas, y que este poder utilizado para máquinas voladoras permitía a éstas planear, silenciosamente, «a escasa altura sobre el nivel del suelo, menos alto que las montañas de la época atlante. Pero poseían asimismo aparatos particulares que les permitían pasar por encima de las cadenas de montañas»?

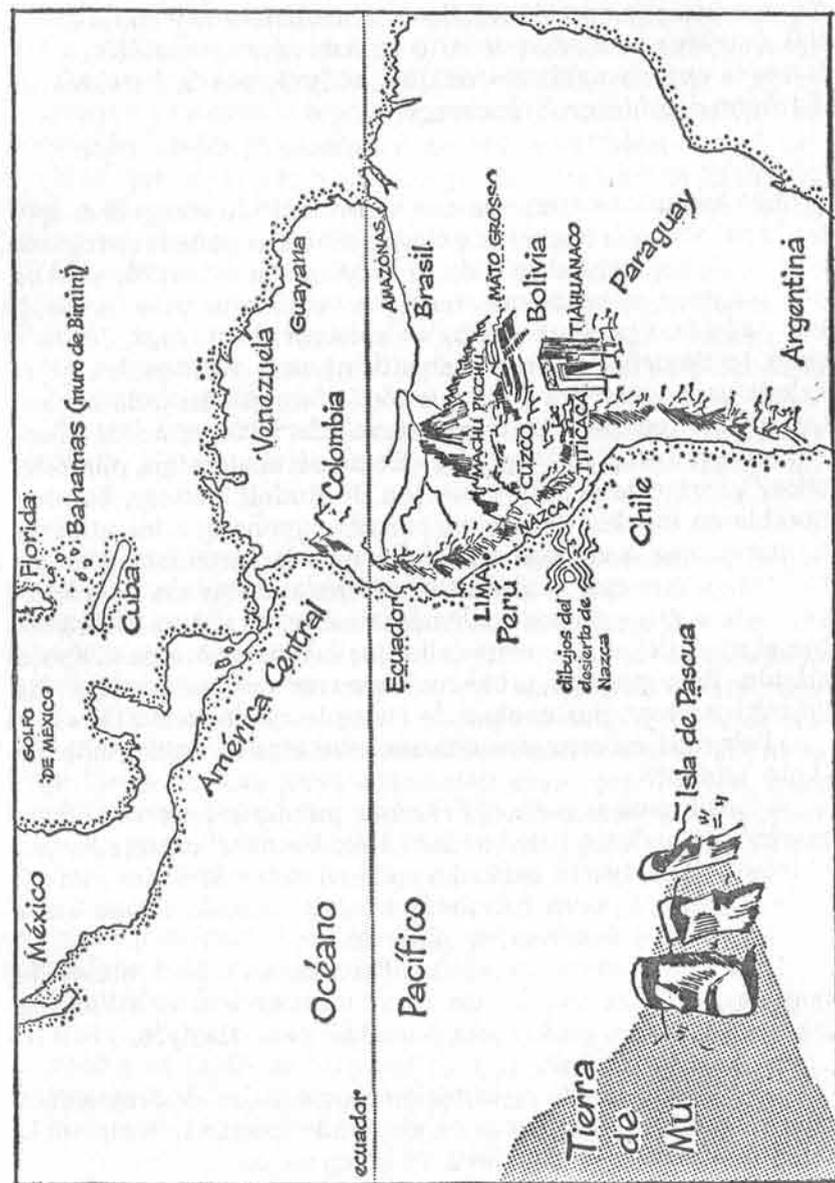
¿Debemos esbozar una sonrisa ante esta ciencia-ficción un tanto infantil?

—Permítame usted... ¿Y *Veinte mil leguas de viaje submarino*, no le dice a usted nada? ¿Julio Verne, el capitán Nemo, el inverosímil cigarro evolucionando en el fondo de los mares? ¿Acaso estas visiones futuristas no han tomado forma real? Y los primeros hombres en la Luna, etc.

—Lo recordamos, en efecto. Pero es más fácil prever la marcha científica del futuro que describir los utensilios de jardinería de un pueblo desaparecido para siempre.

—¿Y la intuición?

—Yo desconfío de la intuición sujeta a las deformaciones subconscientes. Imaginar para el pasado lo que es imaginable en el futuro, creo que es falta de imaginación.



Codex Troano

Con objeto de establecer que la influencia de la Atlántida atlántica no se ejerció únicamente hacia el Este, es lógico recurrir al tema del dios blanco precolombino que acredita la hipótesis de un tronco atlántico al otro lado del océano. Historia de las más confusas: el Quetzalcóatl de los mixtecas y el Kukulcán de los toltecas designan un mismo personaje, contemporáneo de Carlomagno. Son los americanistas quienes lo suponen, y no deberíamos tomarlos a broma, sistemáticamente, porque nosotros nos hemos complacido en vagar por la noche de los tiempos.

Es posible que la Serpiente Emplumada tenga un valor simbólico atribuido a prestigiosos soberanos de un origen más misterioso. Esta vía romántica ofrece nuevas posibilidades. Las piedras grabadas del traspais brasileño¹ hacen al menos en tres mil años más viejo otro dios blanco, el de los aymarás.

Asimismo, la traducción del *Codex Troano*, uno de los manuscritos ideográficos encontrados en México, es tema de discusiones en las que nadie puede pretender estar enteramente equivocado o tener toda la razón. En 1864, un francés, el abate Brasseur de Bourbourg, tuvo la suerte de descubrir en un baratillo de México el manuscrito del diccionario maya-español que De Landa había reconstituido a duras penas y con una gran parte de incertidumbre.²

Brasseur de Bourbourg sacó del *Codex Troano* la extraordinaria descripción, hecha de llamaradas, trombas de agua y terremotos, del cataclismo que habría puesto fin a la Atlántida. Sin embargo, en esa parte del mundo situada en la charnela de dos campos de hipótesis, ¿cómo afirmar que el *Codex Troano* evoca la Atlántida, en vez de otro continente,³ el del

1. Encontradas por Pierre Honoré (*L'Enigme du dieu blanc précolombien*, París, «Plon», 1962), a partir de la ciudad de Manoa, a mil kilómetros de la costa brasileña.

2. Lleno de remordimiento por haber trabajado demasiado para la causa de los bien pensantes, Diego de Landa, obispo de Yucatán, salvó *in extremis* algunos manuscritos precolombinos.

3. En el curso de su traducción, Brasseur de Bourbourg observó dos símbolos parecidos a una M y a una U...

océano Pacífico: Mu?

El dios blanco de los precolombinos, los manuscritos mayas, las civilizaciones megalíticas, la verdadera identidad del hombre de Cro-Magnon, siguen siendo temas llenos de porvenir para futuros especialistas aún en la edad de las barricadas. En suma, la Atlántida merece vocaciones jóvenes. Quizá tales vocaciones se dediquen más a descubrir la verdad sobre la isla Atzlán, tan cara a los indios de América, o sobre la isla de las Siete Ciudades, igualmente cara a la gente de enfrente, más bien que a determinar la parte de herencia espiritual de que nosotros seríamos acreedores a la tierra sumergida.

Esta preocupación metafísica es causa inevitable de que se prolongue el viaje. La antigua civilización atlantidiana no habría sido más que una de las ramas del viejo tronco común que es preciso ir a buscar a Polinesia.

Con sus 2 millones de km², la Atlántida era como un modesto protectorado al lado de los 55 millones de km² de la madre patria. Ciertamente, la doctrina atlantidiana enseñó la inmortalidad del alma y un monoteísmo sobre el cual se basan las religiones actuales. Pero estos principios fueron tomados, quizá, de una doctrina y de una cultura aún más lejana en el tiempo.

Para no perder pie en la oscuridad de los milenios, vamos a tomar algunas precauciones cronológicas. En la «horquilla» 11500-6500 antes de nuestra Era, propuesta por un especialista tan eminente como Georges Poisson, encuentra su sitio la fecha de 10500 indicada por L.-C. Vincent como la de un cataclismo diluviano.¹ También se inserta ahí cómodamente la fecha que los informadores egipcios dieron a Platón.

El continente pacífico sería muy anterior a la Atlántida. Como consecuencia de ello, da lugar a especulaciones aún más aventuradas. Asimismo, invita a un fantástico inventario de vestigios que, por su parte, no tienen nada de abstracto.

Por encima de la isla de Pascua, en el dédalo de Nam-Matal, sobre las ruinas de Tiahuanaco, planea el equívoco de las suertes contrarias y de los destinos interrumpidos. ¿El astro de las noches merece aún nuestra confianza? ¿No habría obe-

1. No aceptaremos como información segura la fecha del 5 de junio de 3496 a. de J. C., sugerida por un autor.

decido, en otros tiempos, a ciertas fantasías destructoras de las que nosotros quizás aún estaríamos pagando las consecuencias? La esperanza de obtener respuestas es exigua. Solamente, en el corazón de las ciudades muertas, detrás de las máscaras de piedra, entregada a nuestras incertidumbres, a nuestras reticencias o a nuestros ensueños, tenemos la presencia de lo Invisible.

HIPÓTESIS MU

Inmensa llanura azul en el flanco de la Tierra, el océano Pacífico ha fascinado siempre a los hombres. Los adolescentes sitúan en él islas desiertas en las que construirán una sociedad a imagen de su fantasía. Los grandes veleros difuntos hacen presa en la melancolía del burócrata. Cada uno de nosotros practica el cabotaje imaginario que, de laguna en laguna, resucita el ingenuo maravillarse de la infancia. La isla del Tesoro se encuentra en esa dirección. Echando allí el ancla, creemos encontrar el entusiasmo de la aventura inaccesible.

Por los caminos de la arqueología romántica, el Pacífico nos ofrece una aventura de otra índole. De los sueños a las realidades, la cosecha de vestigios insólitos es tan abundante, que en ella se hacen plausibles las especulaciones más osadas.

Aunque no fuese más que por la cuestión de su origen, la fosa de este inmenso océano ha suscitado un gran número de hipótesis, de las cuales las más fantásticas no son las menos eruditas. En particular, toda una escuela de geólogos explica el cinturón de fragilidad de la corteza terrestre en el borde del Pacífico por un acontecimiento que, en su época, debió de tener alguna consecuencia sobre el equilibrio de nuestro planeta: el arrancamiento de lo que después vino a constituir la masa de nuestra Luna familiar.

Según John O'Keefe, jefe adjunto de la división teórica de Goddard Space Flight Center, que es una de las instalaciones americanas de investigaciones y de aplicaciones espaciales, no se debe atribuir a otra causa las perturbaciones geológicas que

conocemos en esas regiones y que no serían sino efectos de tales «cicatrices».

Si esta teoría de la formación de la Luna dista mucho de haber sido establecida categóricamente, precisa John O'Keefe, las medidas del achatamiento de la Tierra no concuerdan, en todo caso, con los cálculos teóricos de la proporción en la que las fuerzas rotatorias habrían debido provocar este achatamiento. En cambio, esta diferencia puede explicarse si se admite que la Luna forme parte primeramente de la Tierra, en una época en la que la rotación de ésta se efectuaba en 3 horas y no en 24 horas como ahora. En tanto que la masa terrestre, entonces en forma líquida, iba enfriándose, los metales se desplazaron al interior, provocando inestabilidad y, finalmente, el desprendimiento de cierta cantidad de materia, que se habría alejado progresivamente de nuestro planeta describiendo una órbita cada vez mayor.¹

John O'Keefe añade que la Luna se formó probablemente al mismo tiempo que el manto de la corteza terrestre, ya que tiene la misma densidad que ésta. Es evidente que el examen de las muestras de suelo lunar, traídas por los astronautas, iluminarán muchas sombras con respecto a esta hipótesis que se basa en puntos sumamente científicos.

Antes de Gondwana

En el extremo opuesto, encontramos, acerca del pasado del océano Pacífico, unas teorías igualmente apasionantes que recurren decididamente a ideas irracionales, por no decir imaginarias.

Entre estos extremos, unas explicaciones geológicas, que no recurren ni a nuestro satélite ni a los videntes, para reconstituir la historia de los primeros tiempos en esa parte del mundo.

Sean cuales fueren las teorías, casi todas ellas hablan de una tierra firme que en otro tiempo habría ocupado el lugar del océano. Y los nombres de Gondwana, de Lemuria y de Mu se han vuelto lo suficientemente familiares a los oídos de los curiosos, para que al principio se efectúe una distinción en-

1. Horbiger, de famoso recuerdo, sostenía la tesis contraria, la de las caídas sucesivas de varias Lunas sobre la Tierra.

tre ellos, ya que, en esta clase de tesis, la confusión suele constituir la regla. Para los geólogos todavía existe otro nombre: Pangea, salido directamente de los trabajos del geofísico Wegener, trabajos conocidos bajo el tema de la deriva de los continentes. Según él, habría existido un solo continente que se habría dislocado como consecuencia de convulsiones internas. Sobre la masa algo móvil del «sima» del interior de la tierra, diferentes porciones de materia sólida habrían realizado su navegación antes de formar nuestros continentes actuales.

Sea de ello lo que fuere, el conjunto de estos puntos de vista han constituido el objeto de comunicaciones aceptadas por el conjunto del mundo erudito como dignos de interés. Bajo la pluma de Daniel Behrman, el muy serio *Correo de la Unesco*¹ efectuó su recapitulación. En resumen, la configuración del Globo, según esta tesis, se presentaba así:

Hace 120 millones de años, la Pangea original se habría escindido bajo la presión de las cadenas montañosas submarinas que se elevaban del fondo del Atlántico y del Pacífico. Entonces se habría iniciado un fantástico ballet, que separó el Brasil de la Guinea y acercó la India al Asia y después el África a Europa. Los plegamientos del Líbano, del Cáucaso y del Himalaya habrían resultado de estas gigantescas colisiones, perteneciendo la continuación, por decirlo así, a la historia contemporánea. Naturalmente, la operación habría ido acompañada de desplazamientos muy importantes del polo magnético y, llegado el caso, de cambios de clima que explicarían, entre otras cosas, la presencia de restos fosilizados de helechos gigantes y otras vegetaciones ecuatoriales a la altura de Spitzberg y del Gran Norte, lo mismo que en el Antártico.

A partir de este esquema, el profesor Robert Diez, del Environmental Science Service de los Estados Unidos, ha estudiado de un modo más particular las semejanzas de partes de continentes hoy tan dispares como África, América del Sur, Australia y la India, para sacar la conclusión de que formaban parte, en un momento dado, de un continente único, al que se ha dado el nombre de Gondwana, sin duda según el término de *Godwara* utilizado por ciertos textos sánscritos. Por supues-

1. *Correo de la Unesco*, julio 1970.

to, no se trata sino de una creación puramente geológica, sin referencia a cualquier forma de vida.

Los otros dos continentes, salidos de esta primera idea, serían la Lemuria y Mu, que no deben confundirse, aun cuando algunos autores los tomen el uno por el otro. Para ver claro el asunto, digamos que Lemuria suele situarse en el océano Índico y que Mu constituye, en particular a los ojos de los teósofos, un continente distinto que englobaba la parte oriental del Pacífico.¹ Más adelante volveremos sobre este punto.

Por lo que respecta a Lemuria, esta denominación evoca románticamente los fantasmas que, entre los romanos, salían de las tumbas para ir a atormentar a los vivientes, y esta relación produce un pequeño escalofrío en la espalda. No hay nada de eso. En realidad, los geólogos se han servido del término «lemúrico», que designa una especie de animales intermedios entre los simios y los insectívoros. Su presencia, tanto en Madagascar como en Malasia, ha intrigado siempre a los investigadores, lo mismo que su ausencia total en África, que, sin embargo, está más próxima a Madagascar que a Asia. A causa de que estos pequeños prosimios, de movimientos lentos, serían incapaces de atravesar el océano a nado, puede suponerse con fundamento que estas tierras, actualmente dispersas, antes formaban un solo territorio. En éste, las especies podían reproducirse, cruzarse y propagarse sin obstáculo, mientras que el canal de Mozambique permanecía, como hoy, infranqueable para su expansión. Es este continente el que habría sido la cuna de diversas razas, en particular de la raza negra, de la que encontraríamos ejemplares tanto entre los tamules de la India como entre los africanos propiamente dichos.

Madame Blavatsky o la arqueología cervical

Al abordar ahora el problema de Mu, entramos en un dominio propio del esoterismo que debe su fortuna a una interpretación muy precisa de la secta teosófica, reanudada, en gran parte, por el actual movimiento Rosa-Cruz americano.

Quien dice teosofía, evoca obligatoriamente a la extraña Madame Blavatsky y a su discípulo, el «coronel» Churchward.

1. En el plano geológico, la existencia de tales continentes se remontaría a 250 millones de años.

El desinterés evidente del segundo no constituyó tal vez la preocupación de la primera en el momento de sus «revelaciones». Sin embargo, los temas explotados en nombre de Mu¹ han excitado demasiado la curiosidad contemporánea para que merezcan una exposición cuando menos somera.

«Helena P. Blavatsky —refiere L. Sprague de Camp— vivió el final de su vida en Nueva York. Hace de eso unos cien años. Separada de un general ruso, fue sucesivamente la amante de un cantante esloveno, de un negociante británico, de un barón ruso y de un comerciante del Cáucaso establecido en Filadelfia. Durante su juventud llena de miseria, se ganaba el pan montando a pelo un caballo de circo. Después dio clases de piano, se convirtió en mujer de negocios, trabajó en un taller y se hizo pasar por médium.»

Evidentemente, teniendo en cuenta el carácter eslavo, esta existencia fuera de serie sólo podía conducir a hazañas asimismo fuera de serie. Sucesivamente virgen perseguida, confidente de lamas tibetanos, Helena Blavatsky se asocia a un abogado americano para ir a la India y regresar envuelta en sombrías acusaciones de fraude. Murió en 1891. Pero lo que podría no ser sino la novela de una aventurera enferma de exotismo se ha convertido en la Biblia de un número bastante considerable de aficionados al ocultismo, en forma de una «doctrina secreta» que nos revela precisamente lo que era el continente de Mu. Por este motivo requiere nuestras investigaciones.

De lo que precede, podemos seguir de buen grado a Sprague de Camp cuando afirma que este texto no es sino una compilación de documentos anteriores. Un antiguo estudiante californiano, William Emmette Coleman, ha venido disecando *La doctrina secreta* desde su aparición. Demuestra que se ha inspirado, sobre todo, en una traducción, por H. H. Wilson, del viejo texto indio *Vishnú Purana*; en la *Vida del mundo*, de Alexandre Winchell, o la *Geología comparada*; en *La Atlántida*, de Donnelly... Otras obras científicas, seudocientíficas o tratados de ocultismo fueron saqueados de un modo desvergonzado. Así, la mayor parte de las *Estancias de Dzyan*, como lo

1. Ya veremos cómo las realidades arqueológicas dan consistencia al problema y nos alejan de las abstracciones seudofilosóficas.

demuestra en seguida la comparación de las dos obras, es una compilación del *Himno a la Creación*, en sánscrito antiguo, del *Rig-Veda*.

Todo esto resultaría poco alentador si, a través de los vicios de forma igualmente discutible, no se hubiera desatado en torno a esta obra un entusiasmo cada vez más ardiente, generador de una verdadera mitología en torno a la historia de Mu, entusiasmo cuyos adeptos se revelaron tan diferentes como Edgar Rice Burroughs¹ (el creador de Tarzán) o Louis-Claude Vincent, investigador francés cuyos descubrimientos en Biología y en electromagnetismo son innumerables. Dicho de otro modo, prescindiendo de la personalidad discutible y de los procedimientos de documentación de Madame Blavatsky, es probable que ésta supo enlazar unos temas que afectan en lo más profundo a los arquetipos de la imaginación humana y, por esta razón, la teoría teosófica merece algo más que una ojeada divertida y tienen su origen en un fenómeno inherente a los misterios arqueológicos que deseamos explorar.

«La doctrina secreta»

¿Qué es, pues, *La doctrina secreta*, publicada en 1888? Es un historial completo de las civilizaciones, prehumanas y después humanas, que habrían precedido a las que la historia y la arqueología científicas de nuestro tiempo nos revelan.

La Tierra habría estado habitada primero por razas hiperbóreas, asexuadas y vaporosas; después, por criaturas bisexuadas originarias de Lemuria, a continuación, por atlantes monosexuados y, finalmente, por humanos tales como usted y como yo. Esto compondría las cinco primeras razas que habitaron la Tierra, debiendo nacer las otras dos futuras² en América del Sur y del Norte.

Como quiera que no hay medio alguno de controlar estos hechos, podemos relacionarlos con las antiguas leyendas que llenan el esoterismo a escala planetaria. En todo caso, tienen un punto común con ellas: la doctrina de una caída progresi-

1. En sus comienzos, numerosos escritores de *comics* tomaron sus temas de los teósofos.
2. Importancia del número siete de esta cronología ocultista.

va de la Humanidad en cada ciclo. Cuando leemos: «Cierta número de ellos adquirieron conocimientos divinos (incluso conocimientos desleales) y siguieron la senda de la izquierda (magia negra)», podríamos suponer que se trata de la descripción de nuestra civilización hipertécnica... Pues, no: se trata de las razones que ocasionaron la destrucción de los atlantes. El mismo orgullo podría valernos muy bien una desgracia parecida, mas, para eso, no tenemos necesidad de las revelaciones de Madame Blavatsky.

Volvamos a Mu. A partir del tema central, expuesto en los seis gruesos volúmenes de *La doctrina secreta*,¹ teósofos y esoteristas han bordado variantes más o menos complicadas. A veces resulta muy difícil encontrar en todo ello un hilo conductor. Los unos desarrollan la importancia que tendrían ciertos centros espirituales secretos para dirigir la marcha del mundo (lo cual, en realidad, sería mejor que la publicidad); los otros se afanan en demostrar la presencia de la teosofía en ciertos hechos incomprensibles (fenómenos del monte Shasta, en California, descubrimientos [?] en el Antártico, en la Luna, etc.). Finalmente, hay aquellos cuya misión parece haber sido la de revelar la existencia pasada de Mu y cuyo mascarón de proa sigue siendo James Churchward, antiguo militar del Ejército de la India, el cual consagró su vida entera a este problema.

Los renegados de Lemuria

Un pelotón de soldados británicos patrullaba en el Nepal, en los confines del Tibet. Un sargento irlandés tenía el mando del mismo. Al atravesar una aldea, el sargento se detuvo de pronto, prestó oído atento, y después, separándose de sus hombres, se precipitó hacia un grupo de indígenas, exclamando:

—¡Caramba; esos individuos hablan la misma lengua que yo!

Este género de anécdotas, aumentadas por múltiples referencias, ha alimentado la famosa tesis del coronel Church-

1. «Una novela histórico-cósmica», ha escrito D. Saurat.

ward sobre la existencia del antiguo continente de Mu.¹ Varias veces, este libro tendrá la ocasión de evocar a este antiguo oficial cuyas obras causaron sensación entre las dos guerras. Hacia la misma época, otro coronel vino a interesarse por el mismo asunto, el no menos famoso coronel Fawcett, empeñado también en descubrir cierta forma de arqueología insólita y que debía pagar este empeño, si no con su vida, al menos con una desaparición que ha continuado siendo misteriosa.

Sin embargo, el segundo no tenía ningún vínculo particular en el plano espiritual, mientras que James Churchward ha dejado el recuerdo de un enamorado quizás algo excesivo de las tesis teosóficas, ya muy «sublimadas» por la sorprendente Madame Blavatsky.

Por esta razón, es conveniente recordar que si, como movimiento, la teosofía suscitó un enorme interés, conoció también a los detractores más encarnizados de sus métodos, el menor de los cuales no es René Guénon, bien conocido de los ocultistas. En páginas memorables, la ha descrito como un enorme montaje destinado a hacer creer a los ingenuos adeptos que se hallaban realmente en presencia de una transmisión tradicional. Procedencia garantizada: santuarios hindúes y lugares de retiro de los lamas del Himalaya. Luego sigue una gran cantidad de teorías abstractas sobre los mundos y su formación, pero algunas de las cuales nos interesan directamente, porque en ellas se encuentran los hechos reales, o plausibles, referentes a la existencia de Lemuria y, por consiguiente, del famoso continente del coronel Churchward.

En la teosofía de Madame Blavatsky, la idea de reencarnación está groseramente ligada al concepto metafísico hindú del *karma*, con objeto de demostrar los inverosímiles viajes de las almas a través de los planetas y los espacios celestes, y Guénon no tiene inconveniente en demostrar su carácter nocivo: los seres débiles y sensibles de nuestro Occidente andan siempre en busca de los caminos fáciles de lo sensacional y de la evasión...

En cuanto a la gran expectación de un maestro espiritual, especie de «mesías» que reunirá en sí todas las tradiciones y confirmará, por supuesto, la clarividencia de las afirmaciones

1. Y de su colonia Uigur, que se habría extendido desde la China hasta Europa.

teosóficas, ya sabemos lo que ocurrió con el fracaso cruel que le deparó quien, para una espiritualidad de otro modo exigente, ha llegado a ser Krishnamurti.¹

Otro renegado célebre de la Sociedad teosófica es Rudolf Steiner. Hace casi medio siglo que, en un modesto taller de escultor, escondido en las serenas montañas de Basilea, moría el fundador de la Antroposofía. El hombre y la obra, conocidos en el resto del mundo,² se ignoran en Francia. Es, no obstante, el hombre de quien Albert Schweitzer dijo: «Me alegro de todo lo que su gran personalidad y su profunda humanidad han realizado en el mundo. Todo hombre debería seguir su camino.»

Pero la Antroposofía es uno de los sincretismos más desconcertantes del pensamiento humano, en los antípodas de nuestro caro cartesianismo: entre el ocultismo más radicalmente visionario y la lógica científica más rigurosa.

Es así como Steiner pudo describir la actividad de las jerarquías terrestres, la encarnación del Gran Ser Solar en el Cristo, el mecanismo de la encarnación y, al propio tiempo, la pedagogía a aplicar a los niños retrasados,³ la composición de los cometas, la química de los abonos o el remedio contra el cáncer.

Pero también abordó un tema que afecta directamente a la cuestión que nos ocupa, el de la historia de la Humanidad, de la que una serie de visiones interiores le permitió trazar un vasto cuadro. Para él, después del Paraíso, el período hiperbóreo y el período lemúrico iniciales, existió una gran civilización en Mu, cuyo trágico fin debía de parecerse al Diluvio de todas las tradiciones.

Después abordó el período de la Atlántida, decisivo para él. Fue en la Atlántida, según él, donde se estableció definitivamente la alternancia de vigilia y sueño.

La lucha entre las entidades espirituales y los espíritus luciferinos constituye la verdadera historia de la Atlántida, afirma Rudolf Steiner en unas imágenes que no dejan de re-

1. Nacido en 1895, cerca de Madrás, Krishnamurti se separó de la Sociedad teosófica el 3 de agosto de 1929.

2. Hay, por ejemplo, una cátedra de antroposofía en la Universidad de Estocolmo.

3. Se han aprovechado de ella, sobre todo, ciertos métodos educativos y la cultura biodinámica.

cordar el mundo fáustico.¹ Unos iniciados fundaron cultos secretos, dice, el principal de los cuales era el del Gran Ser Solar que debía encarnarse más tarde en Jesús bajo el nombre de Cristo. Un mal uso del ocultismo provocó cataclismos que engulleron la Atlántida. Algunos de sus habitantes pudieron emigrar, y en especial, el jefe de los Iniciados crísticos y sus discípulos, que llegaron hasta la India.

Después, la tradición pasó por el antiguo Irán y Zoroastro, Caldea y Egipto con Hermes, la civilización greco-latina y los misterios de Eleusis.

Es curioso comprobar, con Louis Pauwels y Jacques Bergier, que, con tales conceptos metafísicos, entramos de lleno en la política contemporánea. Pues, en la medida en que los movimientos que debían dar origen al nazismo (Rosa-Cruz moderna, Golden Dawn, Sociedad de Vril, grupo Thule) parecen haber guardado desde el comienzo una estrecha relación con la Sociedad teosófica, poderosa y bien organizada, en esta misma medida podemos darnos cuenta de que, por su parte, Rudolf Steiner apareció en seguida como el enemigo número uno de los primeros grupos nazis. Los esbirros de los camisas pardas dispersaron por la violencia a sus discípulos, los obligaron a huir a base de amenazas y, en 1924, pegaron fuego al centro edificado por Steiner en Dornach, Suiza. Los archivos fueron pasto de las llamas. No pudiendo Steiner proseguir su obra, murió de tristeza un año más tarde.

Todavía más tablillas

Afortunadamente para él, las revelaciones del coronel Churchward jamás lo colocaron en situaciones tan peligrosas.

Se conocen las circunstancias en las cuales descubrió los secretos de Mu. Otra historia de tablillas... Desde lo de Glozel, sabemos que la tablilla grabada constituye un accesorio indispensable a la arqueología romántica.

Estando de guarnición cerca de un templo, del cual, por

1. Goethe es uno de los maestros espirituales de Steiner, y la sede de la antroposofía, en Dornach, cerca de Basilea, contiene un «Goetheanum».

otra parte, no dice nada,¹ trabó amistad con el guardián, mientras se hallaba interesado en descifrar un bajorrelieve cubierto de escritura. Debido a esto se enteró en seguida de que una serie de tablillas de arcilla, guardadas en los archivos secretos del templo, contenían muchos otros pasajes de escrituras redactadas, según le dijeron, por los Naacals (Hermanos santos) de una tierra desaparecida llamada Mu. Las tablillas se hallaban contenidas dentro de múltiples envolturas y jamás debían ser leídas.

Con el pretexto de comprobar la buena conservación de las envolturas, Churchward sacó dos tablillas y se dio cuenta de que podía descifrarlas, ya que los caracteres eran los mismos que los del bajorrelieve examinados por él anteriormente.

La historia terminó (en connivencia con el guardián, naturalmente) con un descifre de todo el tesoro, que, en lo sucesivo, había de orientar la vida de James Churchward² hacia una búsqueda de aquel nuevo Grial que fue para él la civilización de Mu así descubierta.

Todo cuanto puede deducirse de ello, a falta de las tablillas, que ninguna otra persona pudo ver, es el completo desinterés del hombre que consagró realmente todos sus recursos y todas sus fuerzas a esta odisea. Pero, al igual que todos los seres obsesionados por una gran idea fija, Churchward «añadió» algunas cosas, lo cual más tarde le granjeó críticas justificadas, aptas para desprestigiar su obra tanto en lo verdadero como en lo menos verdadero.

Lo verdadero es su inmenso periplo a partir de 1880, que lo llevó de la India a las islas Carolinas y a todos los archipiélagos del Pacífico sur, después al Tibet y al Asia central, a Birmania, Egipto, Siberia, Australia y Nueva Zelanda, a Polinesia, a los Estados Unidos, a Yucatán y a la América Central. Fue allí donde conoció al geólogo americano William Niven, que había descubierto más de 2.600 tablillas en sus excavaciones mexicanas y, de sus primeros descifres, había deducido las mismas teorías que Churchward.

He aquí cómo el propio Niven, en sus *Memorias*, refiere su descubrimiento:

1. Discreción que creemos se convirtió en el arma predilecta de sus detractores.

2. El coronel había hecho carrera en los servicios de información del Intelligence Service.

«En 1910, al regresar de México, tras haber explorado las ruinas de unas ciudades en una región desierta y desconocida del Estado de Guerrero, recibí numerosas visitas de indios que querían venderme figurillas de tierra cocida y otros objetos. Pretendían haberlas encontrado cerca de las Pirámides del Sol y de la Luna, en San Juan Teotihuacán, es decir, a unos 40 kilómetros de la capital. Al enterarme de que habían efectuado el trayecto de ida y vuelta de su tierra en algo más de una hora, ofrecí darles cinco pesos si consentían en revelarme la localidad en la que habían encontrado los "idolitos" que proponían venderme. Aceptaron llenos de alegría. Sin embargo, no fue hasta 1921, en el curso de mis excavaciones en Santiago Ahuizotla, villorrio cercano a Amantla, cuando descubrí la primera de las tablillas de piedra, actualmente famosas, a una profundidad de cuatro metros. Este descubrimiento era a la vez tan asombroso y singular, que fui presa del vehemente deseo de encontrar otras tablillas, si es que las había. Efectué, pues, una exploración sistemática de todas las canteras abandonadas, en un radio de 35 km,¹ y mi labor se vio recompensada, ya que, en menos de tres años, había desenterrado 975 de estas misteriosas tablillas. Las más importantes fueron exhumadas en Ahuizotla y bajo un altar que ostentaba un dibujo en trazos rojos y amarillos. Las pinturas empleadas estaban hechas con óxido de hierro.»

Muchas de estas tablillas están trabajadas de un modo sumamente basto. Los dibujos son propios de principiantes. Otras, en cambio, son perfectas, ciertamente obra de expertos. No tienen una forma particular, como si hubieran cogido simples piedras gastadas por el tiempo, y los dibujos siguen los contornos de la piedra. No obstante, los dibujos, incluso los más bastos, indican una inteligencia profundamente cultivada.

Cada una de las tablillas, cuando Niven las descubrió, estaba recubierta por una capa de arcilla, sin duda para preservar los colores de los caracteres. Su emplazamiento cerca de los altares, ¿no indica que se trata de reliquias de carácter sagrado, y mucho más antiguas que los pueblos que las poseían?

«Al examinar las tablillas —refiere Churchward—, encontré signos que me eran familiares, y me di cuenta de que las claves de las tablillas Naacals se aplicaban también a éstas.

1. «En un perímetro de 6.000 km² —añade Niven—, existen miles de fosos de arcilla.»

Estos escritos representan la primera lengua hablada del pasado prehistórico de América.

«...Después de haberlas descifrado, comprendí que me hablaba en presencia de extractos de los Escritos Inspirados y Sagrados de Mu. Casi siempre se utilizaban caracteres esotéricos que aumentaban el misterio.»

De Hawai a la Isla de Pascua

Quiérase o no, estas tablillas existen, y todavía hoy pueden consultarse. En 1924, fueron sometidas al examen del doctor Morlay, del Instituto Carnegie, quien sólo pudo emitir un veredicto: estaban cubiertas de una escritura que no tenía nada en común con lo que existía en arqueología precolombina. Para Churchward, se trataba de la misma lengua utilizada en sus tablillas hindúes y que contaba las mismas peripecias.

«Continuando mis investigaciones —escribe—, descubrí que este continente perdido se había extendido desde un punto al norte de Hawai hasta un punto al sur, tan lejano como las islas Fiji y la isla de Pascua,¹ y constituía, sin duda alguna, el lugar original de habitación de la Humanidad. Me enteré de que en esa hermosa región había vivido un pueblo que había colonizado la Tierra por entero, y que el país había sido borrado del mapa del mundo por espantosos terremotos, seguidos de una sumersión, hace doce mil años, y había desaparecido en un torbellino de fuego y agua.»

El pueblo de Mu, que habría, pues, colonizado el mundo entero, se llamaba Uigur. Su capital asiática habría estado situada en el desierto de Gobi, más exactamente en Jara Jota, yacimiento arqueológico en el que, por otra parte, un profesor ruso ha descubierto, a gran profundidad, una tumba que contenía, evidentemente, los despojos de dignatarios de rango muy elevado. Sería allí, si debemos creer en la tradición teosófica, donde se encontraría uno de los centros dependientes de Agartha, ese mundo subterráneo y misterioso que prolon-

1. Superficie aproximada de Mu: 55 millones de km², cien veces la superficie de Francia.

garía sus ramificaciones bajo todas las tierras y los océanos y que serviría de refugio al famoso «Rey del Mundo» citado por los ocultistas.

Churchward escribió dos gruesos volúmenes a partir de estos datos,¹ y lo menos asombroso no es la seguridad con que llega incluso a trazar el detalle de costumbres, de técnicas, de vías de comunicación propias del pueblo de Mu, con la misma flema que le habría inducido a escribir una guía turística de Londres o de Nueva York. La diferencia es que esas ciudades y esos reinos, situados entre el año 1500 y el año 1200 antes de nuestra Era, ya no tienen más existencia que en la memoria del «coronel». Esto no quiere decir que todo sea sólo fruto de su imaginación. Las tablillas de Niven existen, y cada día ve surgir coincidencias más copiosas entre los vestigios de civilizaciones que hace tan sólo unos cuantos años a nadie se le habría ocurrido comparar unos con otros. La multiplicación de las facilidades de comunicación ha contribuido mucho a ello. Un día quizá veremos a unos sesudos arqueólogos, abrumados por tantas coincidencias, obligados a reanudar el estudio de las tablillas de Niven y compararlas (¡qué vergüenza!) con las tablillas grabadas en Glozel, como sabe todo el mundo, por un campesino ignorante del siglo xx.

Si Mu no existiese, habría que inventarlo. Ésta es la consecuencia que podríamos sacar de este bosquejo. Casi en todas partes, a través del mundo de los descubrimientos insólitos, encontramos su huella. Ya sea para aportar una explicación a todos estos monumentos que se yerguen en las menores islas del Pacífico, para reunir, en una vasta unidad uigur, etnias tan enigmáticas como los irlandeses, los vascos, los armenios o los tibetanos, o cuando el experto más cualificado se siente perplejo al encontrarse frente a las playas marinas, a los puertos y a los canales que abundan en las montañas que rodean el lago Titicaca (4.000 m de altitud).

El único elemento fantástico que no puede admitirse sería el que quisiera hacernos creer que la existencia de los hombres

1. Dieciocho reediciones entre 1931 y 1955.

sólo ha sido un largo aburrimiento absurdo en un planeta siempre inmutable. En realidad, las leyendas tienen algo mucho más razonable. Sólo que para descubrir en ellas un núcleo de verdad es preciso cavar aún más laboriosamente que para encontrar los tesoros de Eldorado... Pero, decía Einstein, «el que no posee el don de maravillarse ni de entusiasmarse, más le valdría que estuviese muerto, porque sus ojos están cerrados».

EL OMBLIGO DEL MUNDO

Si los jóvenes arqueólogos quieren realizar una obra rápida y de provecho, nos dice Louis-Claude Vincent, es a Oceanía a donde deben dirigirse. Y de prisa, añadiremos sin pesimismo excesivo, pero sin forjarnos ilusiones acerca de la perennidad de los vestigios que contribuyen a reforzar la hipótesis de un gran continente pacífico.

Tales vestigios, y cada isla polinésica cuenta con algunos de ellos más o menos significativos, han desafiado los milenios. Pero la aceleración del progreso corre parejas con una aceleración destructora. Por una parte, una atención cada vez más inteligente para con los testimonios de nuestros orígenes permite esperar una preocupación por la conservación digna de personas civilizadas. Por otra parte, el afán de lucro o la torpeza engendran daños irreparables. Un aeródromo indispensable a las buenas relaciones entre las potencias económicas del momento, una base aeroespacial o un centro de pruebas atómicas, y las piedras de la tradición van hundiéndose en la playa. Si esto llega a ocurrir un día, y puede que ocurra, el concierto de las lamentaciones será soberbiamente orquestado. Ello no impide que el mal llegue a hacerse y que los arqueólogos sólo dispongan de imágenes para juzgar aquello que habrían podido tocar con el dedo.

Ahora bien, si las fabulosas hipótesis sobre la existencia de una civilización madre favorecen exaltadas fantasías, las pruebas materiales aptas para conferirles un derecho de ciudadanía en la historia de la Humanidad serían aún más convincentes. Estas pruebas existen. Las separan distancias de 1.000 a 15.000 km. Estos pasos de gigante sólo son capaces de darlos

los etnólogos y arqueólogos jóvenes, a condición de que se liberen de los dogmas universitarios y de la fascinación del Viejo Mundo, que, sin duda, es más joven de lo que se supone.

El coronel ha hecho su servicio

Durante dos siglos, los arqueólogos europeos han tenido fácil el triunfo, con los innumerables descubrimientos que, desde el Mediterráneo hasta los confines germánicos, han revelado al mundo moderno la riqueza de su pasado. ¿Qué pensar de este racismo a base de osamentas y de ruinas más o menos antiguas? Nosotros tenemos tanto menos derecho a congratularnos por ello, cuanto que, si bien somos descendientes, lo somos también a título de bastardos que ya nada tenemos que ver con los que fueron los primeros en fecundar nuestro suelo.

En la actualidad, las hazañas de nuestros antepasados ocupan un lugar muy modesto con respecto a lo que los otros continentes nos enseñan en cuanto a Prehistoria. Entre las mandíbulas del profesor Leakey, con algunos millones de años de antigüedad,¹ y las ciudades sepultadas en el lago Titicaca y descubiertas por un grupo de investigadores bolivianos, el hombre de Cro-Magnon acaba asumiendo un aspecto de rezagado, por no decir de retrasado:

«Muy entusiasmados con el descubrimiento de algunas viejas osamentas humanas —escribía James Churchward—, tales como las de Neandertal, de Piltdown² y de Heilderberg, los sabios de Europa han ignorado completamente los restos de los primeros hombres en otros lugares. Es evidente que los restos europeos son los de idiotas y degenerados, a juzgar por la forma de su cráneo. Sin ninguna clase de duda, eran individuos rechazados de las comunidades civilizadas. Valmiki, algunas obras drúidicas, el *Popol Vuh* y otros documentos antiguos nos dicen que tal clase de individuos eran conducidos a las selvas para que allí viviesen y muriesen como bestias.»

En suma, si esos degenerados decoraron Lascaux y Altamira, debía de ser, sin duda, para curarse de su locura en lo que en aquella época a lo mejor eran institutos psiquiátricos.

1. En el valle del Omo, en África Oriental.

2. El cráneo de Piltdown fue reconocido luego como una falsificación.

«Los americanos del Norte —presigue Churchward—, eran altamente civilizados, conocían las artes y las ciencias decenas de millares de años antes de que existiesen en Europa tribus degeneradas. Se ha atribuido una gloria científica a Egipto, para variar, afirmando que era la madre de las civilizaciones, siendo así que existen numerosísimos documentos antiguos que nos revelan que el suelo de Egipto fue hollado por vez primera por colonos procedentes de América.»¹

Decididamente, después de haber seguido con atención al coronel cuando éste señalaba con voz firme hacia el continente Mu, se ha aconsejado no hacerle rabona en el momento en que se adentra en el terreno arqueológico. Lo que es preciso recordar son las coincidencias arqueológicas que, por su parte, no son gratuitas y llevan agua al molino de aquellos que adoptaron la tesis de Mu con método y sin partidismos, aunque esto sea mucho pedir.

Los americanos procedentes del Oeste

El territorio de los Estados Unidos encierra unos tesoros que, ciertamente, no previeron ni Sutter ni Rockefeller. Todavía podíamos sonreír cuando unos sabios yanquis lanzaban una exclamación de sorpresa al descubrir junto a la entrada de una gruta un par de zapatillas que se remontaban a ciento veinte siglos,² pero debemos admitir que la prehistoria americana cuenta hoy con muchos títulos para imponerse.

Robert Charroux refiere, en *Historia desconocida de los hombres*, los relatos de un hombre extraordinario, el coronel W. Walker, quien, explorando en 1850 la región de América situada entre el Gila y San Juan, conocida hoy bajo el nombre del famoso Valle de la Muerte, descubrió allí los emplazamientos de varias ciudades en ruinas.

«En ese lugar se ve —escribe el coronel— un imponente edificio central, alrededor del cual se extienden los restos de una ciudad que medía aproximadamente un kilómetro y medio de longitud. Se encuentran vestigios de erupción volcánica con bloques carbonizados o vitrificados que dan fe del paso de un

1. Mitchell Hedger, egiptólogo americano, piensa que la piedra utilizada en la construcción de la Gran Pirámide proviene de América del Sur.

2. Por datación con el carbono 14.

terrible azote. En el centro de esta ciudad, verdadera Pompeya americana, se eleva una roca de 6 a 9 m de altura, que todavía conserva los restos de construcciones ciclópeas. El extremo sur de este edificio parece salir de un horno; la roca que lo sostenía ostenta a su vez huellas de fusión. Es curioso que los indios no hayan conservado ninguna tradición relativa a las sociedades en otro tiempo establecidas en esa región. Al considerar estos lúgubres restos, se sienten presa de un temor religioso, pero no saben nada acerca de su historia.»

Robert Charroux no tiene inconveniente en concluir que, por lo que respecta a un seísmo, lo que se sabe de las recientes erupciones volcánicas¹ descarta la hipótesis de fusión de rocas y vitrificación de arenas en un perímetro reducido; en cambio, los efectos de las explosiones nucleares, evidentemente desconocidas para el coronel Walker, autorizan hipótesis mucho más plausibles.

Aparte estas ciudades vitrificadas, los Estados Unidos ofrecen otros lugares de una arqueología igualmente poco conformista.

En Oregón, se han descubierto vestigios de una antiquísima civilización, en un lugar denominado Fossil Lake, donde junto a osamentas de mastodontes y otros animales del pleistoceno, e incluso del secundario, se encontraron flechas y puntas de lanza hechas de vidrio volcánico.

En Nevada, se descubrieron centenares de rocas y acantilados con símbolos grabados, viñetas y letras hieráticas. Como que no estamos en Glözel, los sabios americanos no han tenido dificultad alguna en admitir que se hallaban en presencia de una escritura arcaica de las primeras edades de la Humanidad,² en la que aparecen signos comunes a la cultura maya y a la cultura egipcia.

De ahí, y en particular, de las inscripciones de Grapevine Canyon, surgen extrapolaciones audaces, algunas de las cuales pueden suministrar direcciones de investigaciones interesantes en cuanto al origen de esos *Cliff Dwellers*, o trogloditas, que fueron a poblar estas tierras.

Todas las regiones que bordean Colorado están llenas de recuerdos de estos antiguos colonizadores. Se encuentran casas

1. Herculano, Pompeya, San Pedro de la Martinica.

2. Se observa en ella un sol rodeado de rayos, símbolo de Mu, y su número simbólico, tres, en lo alto de un disco negro.

talladas en la roca, pinturas rupestres, inscripciones y diversos utensilios. Los mismos vestigios se han observado en Arizona, y el profesor Walter Hough, del Smithsonian Institute, ha encontrado allí la huella de cuatro pueblos distintos.

Relacionando estos indicios con todo lo que la cultura de los indios pueblo, en Nuevo México, y de los indios hopis ha aportado a los investigadores, es difícil no admitir una anterioridad fabulosa a esta página de la prehistoria americana.¹ Antigüedad confirmada por las investigaciones del profesor R. W. Gilder y de George W. Rank en Kentucky.

Gilder refiere lo siguiente:

«Los revolcaderos de bisonte, tan familiares del *Far West*, no fueron hechos por bisontes. Esos agujeros son las entradas de viviendas subterráneas en las que, hace miles de años, habitaba una raza que ha desaparecido de la superficie del Globo. Nada permite saber cuál era esa raza ni cómo fue aniquilada.

»El suelo de estos revolcaderos subterráneos está cubierto de bastones calcinados, hierbas secas, tallos de mimbre y mazorcas de maíz. En el suelo de cada gruta se encuentra un escondrijo en el que se guardaban la mayor parte de los utensilios y los objetos preciosos. A veces hay varios en una misma gruta. Las aberturas de estos escondrijos están tapadas con capas de arcilla cocida recubiertas con cenizas. Por debajo, la cavidad se ensancha, como una botella después del gollete, siendo con frecuencia el agujero tan grande como un barrica.»

En cuanto a George W. Rank, historiador de Kentucky, escribe, en su *Historia de Lexington*:

«La ciudad está construida sobre el polvo de la metrópoli muerta de una raza desaparecida, de la que no queda el menor vestigio. El mero hecho de que tal ciudad y tal pueblo hayan existido en el emplazamiento de Lexington no habría sido quizá conocido jamás sin los vestigios que iban desmoronándose de ruinas descubiertas por los primeros pioneros y los aventureros del Elkhorn. Pero no cabe la menor duda de que existieron una gran ciudad y un pueblo poderoso.» Después, las pruebas se multiplicaron. En Blue Lake Spring, unos obreros que efectuaban unas explanaciones desenterraron unas osamentas de mastodontes. Más abajo, encontraron una capa de grava, y bajo

1. Reconozcamos que el propio Churchward llegaba a esta conclusión: «Los primeros colonos de América del Norte se establecieron a lo largo de la costa occidental de los Estados Unidos.»

la grava, un suelo de piedra, formado por losas cuadradas, de superficie lisa.

Conclusión práctica: en la Era Terciaria existía una civilización anterior al mastodonte, que data del pleistoceno, y anterior a la aportación de grava provocada por algún cataclismo.

¿Obstrucción en el Estrecho de Bering?

La explicación no es más sorprendente que la que es preciso encontrar a la presencia, en otro tiempo, en toda la extensión del suelo americano, de una raza arcaica de caballos, completamente desaparecida luego del continente, hasta la llegada de las primeras monturas de los primeros conquistadores españoles. Un inmenso diluvio que habría barrido la mayor parte de las formas de vida, he ahí la única explicación racional, razonable, válida igualmente para una forma desaparecida de civilización.

«¿Quiénes eran, entonces, esos seres misteriosos?, pregunta George W. Rank. ¿De dónde venían? ¿Cuáles eran su religión, su gobierno? Estos enigmas, sin duda, no serán jamás resueltos por los mortales, pero ¿quién puede dudar de que hayan vivido y prosperado siglos antes de la aparición del indio? Erigieron aquí sus templos ciclópeos, sus inmensas ciudades, sin imaginar la existencia de los hombres rojos que iban a sucederles y a cazar el ciervo y el bisonte por encima de sus muros derruidos, cubiertos de tierra y de hierba. Aquí vivieron, trabajaron y murieron antes de que Cristóbal Colón plantase el estandarte de la vieja España en las orillas de un nuevo mundo, en la época en que la Galia, Bretaña y Alemania estaban invadidas por hordas bárbaras y, quizá, mucho antes de que la Roma imperial alcanzase el cenit de su gloria y de su grandeza. Pero no poseían literatura y, una vez muertos, fueron completamente olvidados. Tal vez fuese un gran pueblo, pero nada ha quedado de su grandeza. Confiaban en el trabajo de sus manos y, hoy, están muertos y olvidados, son una raza perdida.»¹

¿Nos aportarán los años futuros las precisiones necesarias

1. «Nuestros antepasados vinieron a América en sus barcos, de una tierra situada más allá del océano, en dirección al sol poniente.» (Leyenda de los indios Pueblo).

que nos permitan vislumbrar la epopeya de estos pueblos? De momento, ni siquiera sabemos cómo llegaron a América sus primeros habitantes conocidos. La teoría más aceptada supone un continente virgen invadido por pueblos paleolíticos, cuyas técnicas rudimentarias se limitaban a la talla del sílex, del hueso y del marfil. Es la de Claude Lévi-Strauss, que explica:

«En una fecha que no podría ser muy anterior al xx milenio, el continente americano vio llegar al hombre, sin duda por pequeños grupos de nómadas que pasó por el estrecho de Bering aprovechando las últimas glaciaciones, y no es exagerado suponer que las culturas norteamericanas y sudamericanas quedaron interceptadas de casi todo contacto con el resto del mundo durante un período cuya duración se sitúa entre diez mil y veinte mil años.»¹

Entre esta prudente estimación y los pisos de losas que datan del terciario hay un cómodo margen para el historiador romántico. Asimismo, ese famoso estrecho de Bering, que parece haber sido tan utilizado en los tiempos antiguos como la calle del Havre a las seis de la tarde, no hay duda de que habría que renunciar a esa hipótesis tan cómoda, aunque no fuese más que preguntando al Gobierno americano si, alguna vez, ciertos investigadores no habrían encontrado en la parte de Alaska un corredor subterráneo que condujese a Siberia, idea que el difunto almirante Byrd debía de ocultar en alguna parte detrás de su gorra, pero que su alta graduación debía impedirle formular.²

Todo cuanto podemos decir es que nuestros arqueólogos no han acabado con sus sorpresas. Y entre aquellos que, audazmente, se lanzan a las hipótesis más atrevidas, encontramos, adelantándose a sus colegas americanos, a cierto número de sabios soviéticos muy oficiales. Así, el profesor Federov, doctor en ciencias históricas, no vacila en escribir lo que podría servir de prólogo a esta obra:

«Todas las deducciones son lícitas. El sabio tiene derecho a construir hipótesis audaces y a correr riesgos. Sin embargo, no hay que olvidar que la descripción de sucesos extraños, inexplicables en una época determinada, no es necesariamente el recuerdo de un pasado olvidado, sino que puede ser una resaca

1. C. Lévi-Strauss: *Raza e Historia*.

2. Zona subterránea de clima tropical. Descubierta por Byrd, fue mantenida en secreto por el Departamento de Estado hasta 1964.

del futuro, una fantasía creadora. Tienen el mismo mérito tanto el que soñaba con alfombras mágicas como el que construyó el primer avión. Los dos constituyen etapas esenciales en el camino de la razón humana.»

Los que construyeron la América antigua no fueron más que los precursores de Edison y de Franklin, con algunos hiatos en medio. Esta idea nueva es muy apta para inspirar a los cantores del Nuevo Mundo. Con tal de que, simplemente, no olvidasen que el mundo nuevo y el antiguo son muy viejos, mucho más viejos de lo que jamás podrá decirnos el manual de los sabios racionalistas que entretujan nuestra instrucción general.

Luces sobre el Monte Shasta

Por otra parte, ¿quién es capaz de afirmar que en los Estados Unidos mismos, símbolo de un progreso agresivo, haya desaparecido todo rastro viviente del pasado?

Hay regiones enteras en las que los «pioneros» todavía no han puesto nunca los pies, y en donde se producen fenómenos curiosos. Así, en el macizo montañoso de Sierra Nevada, en California septentrional, los picos de un acceso particularmente difícil emiten a veces intensos fulgores parecidos a flashes de fotografía. Ningún sabio ha podido explicarlos. Mucho antes de la aparición de los hippies, algunos paseantes vieron allí a unos hombres de largos cabellos rizados, vestidos de blanco, mucho más altos que lo normal, quienes huían al verse descubiertos. Al no poder confundir su aspecto en ningún caso con el de una tribu india cualquiera, forzoso es admitir que no se trata de ningún olvido etnográfico.

Estos extraños individuos organizan a veces grandes reuniones alrededor de hogueras que se ven de lejos en la montaña. Algunos periodistas, en busca de algo sensacional, han querido acercarse: siempre se han visto rechazados por una barrera invisible, que se parece bastante a los obstáculos electromagnéticos que, según dicen, prohíben, en Asia, la entrada en Agartha.

Como consecuencia de ello, los humos emitidos por el monte Shasta, al norte de este macizo, podrían atribuirse, no a una actividad volcánica, sino a una ciudad que estaría allí disimu-

lada. Las declaraciones de un eminente astrónomo, el profesor Edgar Lucin Larkin, antiguo director del observatorio del monte Lowe, en California meridional, refuerzan esta hipótesis. Al parecer, este sabio distinguió con el telescopio, en lo alto del monte Shasta, una cúpula resplandeciente rodeada de construcciones. Si a esto añadimos algunas leyendas, muy arraigadas entre los indios, que hablan de unos subterráneos que conducirían a semejante ciudad, comprenderemos que toda una parte de los ocultistas americanos sitúen allá un resurgimiento de pueblos lemurianos, por no decir venusianos.

Pero, tal vez dirán ustedes, ¿cómo es que ese país de técnicas gigantescas, que manda hombres a la Luna, no es capaz siquiera de montar una expedición algo seria a las puertas de San Francisco, para ver lo que se oculta en lo alto de ese famoso monte Shasta? Esto confiere muy poco crédito a estas fábulas. Pero, ¿es que en todos los países del mundo no han existido selecciones arbitrarias entre lo que parece interesante o no a las autoridades? ¹ La gente se va a cazar el yeti al Tibet, pero no le gusta rascar demasiado debajo de los pies, para no descubrir allí algo que podría turbar a las inteligencias y al comercio.

California abunda tanto en ruinas desconcertantes, en ciencias inexplicadas entre las tribus indias que allí sobreviven, que, de un modo perfectamente natural, podemos ver allí un prolongamiento continental de las maravillas que nos aguardan en el Pacífico. Sin ningún género de duda, para América, la luz vino del Oeste. Obnubilados como estamos por las consecuencias contemporáneas de la llegada del *Mayflower*, simplemente hemos olvidado la otra faceta de la historia americana. Ella es, sin embargo, y ante todo, una parte integrante de una civilización mucho más gigantesca, la que, en otro tiempo, hacía del Pacífico el ombligo del mundo.

La Isla del Sacrificio

Al enigma de los monolitos esculpidos de Rapa-Nui, soñadores o arqueólogos de gran renombre oponen una gama de explicaciones, ninguna de las cuales, a decir verdad, es capaz

1. Referencia obligatoria, pero significativa, al asunto Glozel.

de tranquilizar la mente. Estas controversias conducen a curiosos excesos. A título de ejemplo, Mr. Sprague du Camp, etnólogo americano, piensa que los gigantes de piedra, que llenan de estupor a todos los visitantes, no son sino la consecuencia del aburrimiento que abrumaba a los pascuanos. Si aceptásemos tal posibilidad, sería posible entonces imaginar la escena memorable en el curso de la cual uno de los habitantes de la isla de Pascua descubrió el mejor modo de pasar el tiempo. Aduñándose de un pequeño trozo de roca, habríase puesto a hacer con él una estatuilla. Uno de sus compañeros, estimulado por la emulación, habría intentado una réplica de un formato más ambicioso. Este concurso de artistas improvisados habría culminado en la más extraña colección de obras maestras que nos haya sido dado contemplar en esta tierra. Evidentemente, bastaba pensar en ello. ¿Lascaux? Aburrimiento. ¿Angkor Vat? *Spleen*, un día que llovía.

Entonces, nosotros, los hombres modernos, no tendríamos más remedio que dinamitarlo todo, para ahuyentar este funesto aburrimiento.

Ingenuidad por ingenuidad, preferimos interpretaciones igualmente exageradas, sin duda, pero que se adornan con colores fantásticos de un esoterismo seductor. A estas tristes consideraciones, que reducen a una historia pueril, ya que no es racional, muchos fenómenos que se salen de lo corriente, nosotros oponemos otra explicación de las estatuas pascuanas. Hela aquí, revelada por la «vidente» Beatrice Valvonesi, médium de Don Neroman:

«...Hace siete mil años, el pueblo más culto, el más instruido en los secretos del Cosmos, era el del valle del Indo (India). Sabía, en particular, que nuestro Globo se mueve en un campo de ondas cósmicas, análogo a los campos magnéticos o eléctricos que actualmente conocemos, y que es permeable a ellos.¹ Sabía, además y sobre todo, que se puede polarizar el Globo, por un dispositivo que crea en él dos polos idénticos a los que crea el campo magnético en una bola de hierro, de suerte que las ondas cósmicas entran por el polo positivo y atraviesan el Globo para volver a salir en el polo negativo, diametralmente opuesto, "antípoda", que trae los dones del cielo a la tierra y los abandona "a la salida". Por último, sabía que dos polos

1. En Física, puede reproducirse este fenómeno intercalando una bola de hierro en el entrehierro de un electroimán.

opuestos están *igualmente* cargados de los contrarios, que, por ejemplo, el grado de fertilidad del polo positivo es constantemente igual al grado de esterilidad del polo opuesto. Desde entonces, deseando para su patria el máximo de ondas benéficas que se tradujesen por la fertilidad del suelo, la salud de la raza, el desarrollo de la vida, decidieron instalar en el polo opuesto [de su valle] un "colector" de ondas malélicas, traducidas por la esterilidad vegetal, la decadencia de la raza, la generalización del estado mórbido que lleva hacia la muerte.»

Así, unos voluntarios se habrían consagrado de forma deliberada a la enfermedad, al hambre, a la sed y, finalmente, a la muerte, y esto por pura caridad: a cada «hombre-esqueleto» del «polo de la muerte» correspondía un hombre rebosante de salud en el polo de la vida». ¿Hipótesis demente? Quizá. Pero satisface a una especie de imaginación cósmica y se ajusta a ciertos hechos turbadores.

Es exacto que cuando la isla de Pascua se hundía en una noche de esculturas aterradoras y de miseria sin fin, es decir, al principio de nuestra Era, la civilización del Indo conocía su apogeo.

No es menos cierto que, después de la destrucción de la mayor parte de los monolitos en fecha bastante reciente, los conflictos no han cesado de empobrecer dramáticamente el norte del continente índico, hasta los desgarramientos que asolaron el Pakistán.

De aquí a sostener que la erección de torres Eiffel y de rascacielos atraerá un día u otro una suerte nefasta sobre nuestras Babilonias actuales, no hay más que un paso, que algunos darán alegremente. Nos limitaremos a señalar que los conceptos de intercambios electromagnéticos entre tierra y cielo, entre corrientes aéreas positivas y corrientes telúricas negativas, han llegado a ser explicaciones corrientes para justificar el equilibrio de la Naturaleza,¹ precisándose que los intercambios se efectúan por todas las puntas de que está erizado el Globo (árboles, pararrayos, plumas, pelos, etc.) y que los minerales, por su parte, únicamente dan, sin recibir nada.

La hipótesis tendría el mérito de explicar por qué en Rapa-Nui se han encontrado tantas estatuillas que representan seres humanos estragados en el último grado por la enfermedad y

1. Véase «La Misión Sagrada». Matteo Tavera. OCIA.

la consunción y que, sin embargo, tienen la mirada iluminada por una alegría sobrehumana. ¿No sería la isla acaso un inmenso campo de sacrificio para salvar a la tribu madre, idea, dicho sea de paso, familiar a todas las mitologías polinésicas? Esto tiene un aspecto diferente del de atribuir a los pobres pascuanos, por única motivación, la de distraerse tallando la piedra, por no haber inventado a tiempo la petanca. Naturalmente, entre estos dos extremos se encuentra toda una serie de explicaciones variadas para integrar las estatuas en una historia coherente.

La guerra de las hipótesis

La isla de Pascua es un tema que «se vende» bien. Es, pues, normal, que cada «descubridor» procure asegurarse una especie de exclusividad sobre una parte de esta gallina de los huevos de oro. Una de sus principales tareas consiste en echar por el suelo las hipótesis contrarias. Como, en realidad, el misterio de Rapa-Nui sigue siendo fatal, todavía hay mucho tiempo para las glosas.

Hay etnólogos para probar que estas construcciones son completamente parecidas a las que se encuentran en todas partes en el Pacífico y sólo difieren de ellas por los procedimientos técnicos impuestos por las cualidades de las piedras locales. Demostraciones que no hacen sino oscurecer el problema del origen de los polinesios y que no aportan ninguna luz sobre la razón de ser de las estatuas.

Otros admiten de buen grado el carácter extraordinario de estos testigos de piedra, pero lo explican por una propensión desmesurada a querer atraer el «mana», o fuerza vital, sobre la tribu de los «orejas largas» o sobre la de los «orejas cortas», hasta el día en que los dos bandos, despechados, derribaron los ídolos para fastidiarse mutuamente. Cuestión de «exageración», ¿verdad? Pero, ¿de qué habríamos de extrañarnos, tratándose de unos «niños grandes»?

Pasemos a las tesis de aquellos que, a falta de una explicación local, amplían el problema a las dimensiones del mundo. En particular, de la cercana América del Sur. Lo cual no nos indica ninguna causa, pero nos lleva al apasionante descubrimiento de las relaciones entre las civilizaciones peruana y poli-

nesia. Semejante proposición no representa hoy ninguna audacia, puesto que los motivos de acercamiento se han multiplicado tanto, que no queda más remedio que aceptarlos.

A partir de 1931, el etnólogo Erland Nordenskjöld confeccionó una primera lista relativa a las armas, a los objetos utilitarios, a las formas culturales, etc., completamente parecidos.¹

En el plano arquitectónico, las semejanzas son igualmente numerosas. Es notoria la filiación entre el estilo de las murallas de Vanapu (Pascua) y el de los monumentos de Machu Picchu y de Sacsahuamán (Perú). En cuanto a las estatuas mismas, si bien son análogas a las que pueden encontrarse en las Marquesas o en Raivavae, no es menos evidente que su factura posee estrechas semejanzas con las del lago Titicaca, en particular por el aspecto de un mismo cinturón de toba volcánica, detalle ignorado en las Marquesas.

Por lo que respecta a los signos grabados que se han encontrado en la isla de Pascua, muchas semejanzas han sido objeto de estudios, ya en el pasado siglo, en particular por el obispo Janssen. En sus notas se ve una piragua con un hombre, cuyos cabellos o el adorno de plumas tienen una forma triangular. Esta especie de peinado sólo se conoce en otras dos regiones del Globo: en Amazonia, donde el barón P. von Martius, indianólogo, lo observó a principios de este siglo en la tribu de los jurís, y en el Perú, que abunda en representaciones parecidas, entre otras en un mosaico de plumas que recubre la lámina de plata llamada de Pachacamac.

«Hay que reconocer —observa el etnólogo Paul Hermann— que es un caso muy curioso de “convergencia” o, para decirlo más claramente, de coincidencia.»

Y esto no es todo. Hay otro argumento que también posee mucha fuerza. Cuando los primeros europeos desembarcaron en Polinesia, comprobaron con asombro que la patata que ellos traían a los indígenas ya les era conocida desde hacía mucho tiempo. En los trópicos, la llamaban patata dulce y era muy corriente en la isla de Pascua. Ahora bien, en la América del Sur se la cultiva desde la más remota antigüedad.

Presentemos, finalmente, otra identidad, la del lenguaje, y comprobaremos que también aquí resulta sorprendente. He

1. Destaca, sobre todo, la invención de los famosos cordeles con nudos, los quipos, utilizados tanto por los incas como por los polinesios.

aquí, a modo de comparación, algunas palabras corrientes:

<i>Isla de Pascua</i>	<i>Norte del Perú</i>	<i>Significado</i>
unu	unu	agua
apay	apay	llevar
kiri	kiri	piel
toki	toki	hacha
ariki	awki	jefe
tuu	tunu	poste
karu	karoa	lejos
poko-poko	ponko	pozo, hoyo
rarako	raku	claro
kimi	kimi	calabaza

Los polinesios de Oslo

Estas identidades de vocablos importantes no son, naturalmente, obra del azar, y se pueden encontrar muchas otras. ¿Constituyen acaso estos hechos únicamente un conjunto de «coincidencias», o, tal vez, inducen al buen sentido a admitir relaciones estrechas entre la isla de Pascua, más exactamente, la Polinesia entera, y el continente sudamericano? Cuestión subsidiaria: ¿se trata de una colonización americana precolombina en el Pacífico, o bien de un aflujo de navegantes desembarcados en el Perú para propagar sus conocimientos?

En estos últimos años, la controversia ha adquirido un cariz muy aventurado con la competición que opuso, en un sentido, al equipo del noruego Thor Heyerdhal, ferviente partidario del Perú, y al equipo igualmente deportivo de Eric de Bisshop, que consiguió convencer de que la odisea antigua también había podido desarrollarse en el otro sentido, utilizando asimismo una balsa de bambú o de maderos. En la aventura, Eric de Bisshop perdió la vida. En cuanto a Heyerdhal, que era el que había provocado la competición y había realizado un bello sueño, aun cuando no hubiera estado tan solitario como se dijo, habría podido, en el fondo, ahorrarse muchas emociones violentas por amor a la Ciencia. Porque su demostración ya se había hecho desde hacía mucho tiempo.

Basta, por ejemplo, referirse a los recuerdos del capitán español Bartolomé Ruiz, que participó en una de las expediciones preliminares de Pizarro. Contó con mucha elocuencia el miedo que pasó, al encontrarse, en 1515, muy alejado de la costa del Ecuador, con un gran navío a plenas velas. Creyó encontrarse frente a un barco español o de algunos conquistadores rivales que le habrían precedido en el camino de Eldorado. Lanzó un suspiro de alivio al comprobar que no se encontraba ante una carabela, sino *solamente* ante una barca india de alta mar, que desplazaba unas treinta toneladas y llevaba a unos veinte hombres...

Sin embargo, prescindiendo de su hazaña, que en realidad sólo era una continuidad, Heyerdhal ha contribuido a propagar, en «arqueología espectacular», un concepto que no dista mucho de parecerse al racismo. Apoyándose en leyendas interesantes en sí, y en el hecho de que los primeros navegantes encontraron en la isla de Pascua unos indígenas con rasgos un poco arios, lo mismo que en las efigies de algunas estatuas, no vaciló en emitir una tesis que descarta deliberadamente una civilización propia de los autóctonos. Puesto que éstos, según el humor del momento, divagaban, sugiriendo que sus antepasados venían tanto del Oeste como del Este, Thor Heyerdhal decidió poner a todo el mundo de acuerdo proclamando que la cultura pascuana sólo podía ser obra de «managers» blancos. De origen lo más escandinavo posible... Y adelante con Kon-Tiki, Viracocha y otros dioses venidos de nuestra querida vieja Europa, que actualmente invaden todas las extrapolaciones arqueológicas y tienden a que nuestras minorías aduladas se traguen la idea de que, ayer como hoy, si ellos no hubiesen estado allí en el momento oportuno, el mundo no existiría.

Como es natural, Thor Heyerdhal posee su teoría propia sobre el modo como se las arreglaban los constructores de las estatuas para transportarlas. El muy astuto, consiguió que un equipo de indígenas asalariados, en cuestión de unos días, levantasen del suelo un bloque de piedra, con largas pértigas y con el apoyo de grandes piedras en los puntos necesarios... Pero esto no nos dice por qué aquellos demonios de escultores rubios y barbados, si éste era el caso, hacían levantar sus esta-

tuas. ¿Simplemente para hacer «sudar la gota gorda» a los polinesios?

A este cuadro hay que añadir la inevitable intervención de los teósofos.

El promontorio de Mu

¿No es la isla de Pascua el último vestigio de un continente sumergido? ¿No existieron en otro tiempo, en esa región, ciudades populosas, aldeas prósperas, campos bien cultivados, bosques umbrosos? ¿No se trata de los restos de una civilización destruida por un cataclismo y cuyos escasos supervivientes se habrían refugiado en la isla? Esto es lo que piensan algunos investigadores como Churchward y L.-C. Vincent, quienes asignan al fenómeno una antigüedad de varios miles de años. Los gigantes ídolos de Rapa-Nui, dicen, no fueron contruidos por hombres de nuestra especie, sino por los gigantes salidos primitivamente del antiquísimo continente llamado Lemuria, o más exactamente Mu, y del que sólo subsistiría la isla de Pascua. Por otra parte, se ven carreteras artificiales que descienden de las colinas hasta los puntos de desembarco de la orilla, así como puertos perfectamente utilizables todavía en nuestros días y cuya estructura no se ha modificado.

Unos geólogos especializados han ido a la isla y han estudiado minuciosamente cada piedra, por decirlo así. Por el momento, la única conclusión formal procede de ellos: no puede tratarse, dicen, de un cataclismo gigantesco. La isla de Pascua no es el resto de un continente sumergido,¹ su civilización no fue autóctona, la isla fue ciertamente colonizada. Una de las raras certezas de la Antigüedad es que los «salvajes» viajaban al menos tanto como nosotros, y en todas direcciones.

Entretanto, nadie ha dado todavía una explicación sobre unos fenómenos tan curiosos como la presencia de musgo en algunas estatuas y en otras no; como la disposición de canterías que debían obligar a unas estatuas a ser transportadas encima de muchas otras, siendo así que estas últimas no presentan ninguna marca de roce; o también, que nada indica, por

1. Recientes investigaciones hidrográficas americanas podrían alterar tal concepto.

no haber rastro de terraplenes de aproximación, cómo se colocaron luego los sombreros de toba de un peso enorme.

Nada de explicaciones, o mejor dicho, las explicaciones divergen de tal modo entre sí que no es posible retener ninguna. Por otra parte, la incoherencia de los autores modernos se observa asimismo en hechos recientes, como, por ejemplo, a propósito de los estragos de los negreros que convirtieron Rapa-Nui en un desierto durante el siglo XIX.¹ Seguramente sólo se trata de detalles de interpretación, pero si se trasponen al nivel de las especulaciones que pueden provocar los descubrimientos actuales en Arqueología, se comprenderá mejor de qué increíble batiburrillo se compone hoy la relación de los hechos antehistóricos, cuando centenares de «expertos» meten sus narices en ellos, armados de sus prejuicios, de su nacionalismo y de su vanidad.

El enigma Rongo-Rongo

A fin de cuentas, si no nos tomamos alguna perspectiva con relación a los exámenes efectuados a través de los anteojos de los especialistas, nos quedamos totalmente con hambre en lo que respecta al significado de los monolitos de Rapa-Nui. Qué nos importa, en el fondo, que el distinguido William Mulloy haya podido reconstruir un aparato ingenioso que «podría» transportar las estatuas si hoy día hubiera necesidad de hacerlo, o que fueran germanos, ya que no escandinavos, quienes en otro tiempo hubieran conquistado los favores de las primeras pascuanas que encontraron. Lo que nos interesa es saber por qué fueron erigidas las estatuas. Entonces, es preciso ampliar el problema, plantearlo a la escala de la Tierra y preguntarse por qué tantos «salvajes», en todas partes, han erigido tantos monumentos locos. Nos vemos obligados, pues, a confiar, siempre que ello nos sea posible, en las explicaciones de esos pobres «primitivos» mismos, cada vez, en todo caso, que los beneficios de la civilización occidental no los haya relegado a la categoría de especies desaparecidas.

1. Léanse las versiones Sprague de Camp: *Les Enigmes de l'archéologie* (París, «Encycl. Planète», 1969) y Croce Spinelli: *L'île aux géants de pierre*, de A. Michel (*Le Nouveau Planète*, n.º 18, set. 1970).

Cuando Francis Mazière, en su *Fantástica isla de Pascua*,* formula la pregunta a uno de los viejos indígenas que se interesan por sus investigaciones, la respuesta aparece rápida, asombrosa:

«No, las estatuas no eran la proyección del mapa del cielo (hipótesis que Mazière estaba estudiando).

»Todos los Moai del Rano-Raraku son sagrados y miran hacia una parte del mundo sobre la cual cada uno tiene el poder y la responsabilidad, por esto fue llamada esta tierra el Ombligo del Mundo.

»Todos los Moai que miran hacia el Sur son diferentes. Guardan las fuerzas de los vientos del Antártico y transmiten todos sus poderes a una enorme piedra volcánica roja que limita el triángulo de las islas del Pacífico.»

Entonces, ¿magia? ¿Y no es magia, más enloquecedora que todas las ciencias oficiales, la mera presencia, en una isla desprovista de todo, en el otro extremo del mundo, de más de quinientos gigantes de piedra, de pie, tumbados o enterrados, y contemplando, con sus ojos vacíos, la inmensidad que los rodea? ¿Por qué, en vez de tratarlos de obras incomprensibles, no admitir, después de todo, que su papel estaba en la medida de sus dimensiones, en un plano invisible que escapa a nuestros criterios materialistas?

En cuanto a las escrituras pascuanas, han dado lugar a exégesis apasionantes. Allí, ningún indígena podía ofrecer una indicación interesante sobre la naturaleza de esas tablillas. Todo lo que se deducía de ello, para los misioneros, que descubrieron todavía un buen número de tablillas en el siglo pasado, es que, seguramente, se trataba de los testimonios de alguna religión diabólica. Arrojaron al fuego todo lo que de ello pudieron encontrar, ayudados por sus convertidos, afanosos por quemar lo que habían adorado. Lo cual hace que hoy sólo queden diecinueve tablillas, salvadas por casualidad,¹ y el problema se haya vuelto casi insoluble.

Un poco después de 1920, el arqueólogo inglés John Marshall descubrió, en las ruinas de dos ciudades que florecían hace cinco mil años cerca del Indo, unas inscripciones cuyos

* Publicada por esta editorial en su colección «La vuelta al mundo en 80 libros». N. de los E.

1. Conservadas en Bruselas, Viena, Londres, Berlín, Leningrado y Santiago de Chile.

signos parecían corresponder a los de la lejana isla de Pascua. Unos cuadros comparativos confeccionados entre las escrituras de los «rongo-rongo» y las inscripciones de Mohenjo-Daro (Penjab) hacen aparecer analogías que no pueden ser obra del azar.

Sin embargo, en 1938, Alfred Métraux quiso relegar al olvido esta fascinante hipótesis, precisando, después de un análisis, que las famosas tablillas pascuanas habían sido grabadas, en general, sobre una madera que databa lo más pronto del siglo XVIII. Ahora bien, por muy tontos que seamos, no nos parece tan convincente afirmar que tales filiaciones hayan sido imposibles, simplemente porque diecinueve tablillas grabadas sean de época reciente. ¿Quién dice que no se trata de copias de documentos más antiguos,¹ que desaparecieron por completo? Los hombres prehistóricos de Francia se transmitían «cartones» de grabados que eran reproducidos durante miles de años en las diferentes cavernas. Entonces, ¿por qué no admitir que la datación de algunos trozos de madera no puede por sí sola regular todo el problema?

Sí, nos hallamos en un dominio en el que la razón no puede explicarlo todo. La única cosa tristemente racional en esta historia es la fealdad con que la civilización ha venido a llamar a la puerta de la isla mágica: matanzas, deportaciones, traída de enfermedades y de parásitos, extinción de los juegos y las danzas que constituían el único testimonio de un pasado original, trabajos forzados y ahora invasión por las manadas de turistas llegados en avión. Hay algo de maldito en las relaciones de Rapa-Nui con el mundo exterior.

Y luego, hay otra dimensión, la de los menhires gigantes, de sus leyendas, de su escritura, que hace de la isla de Pascua una concentración de fuerzas cósmicas desconocidas, pero cuya tensión algo angustiosa debería obligar a cierto silencio, frente a lo que queda de un mundo que ya no es el nuestro. Pero, ¿qué mundo? ¿Qué mundo, si no es el del Imperio del Sol, que desapareció hace unos 12.000 años, y del cual subsisten miles de islas, testigos de la antigua civilización de la que la isla de los gigantes de piedra constituía el bastión oriental?

1. Por otra parte, Francis Mazière encontró un ejemplar de escrituras mucho más antiguas trazadas sobre fibras vegetales.

LA TIERRA INMEMORIAL

Hay varias maneras de casarse con la hija de un rey: algunos, como el sastrecillo de Grimm, aplastan siete moscas de un golpe; otros sobornan al astrólogo influyente en la Corte o hacen pasar un breve anuncio adecuado. Pero, probablemente, no se había imaginado nadie que para tal cosa fuera suficiente saber bailar la giga. Y, sin embargo, esto es lo que le sucedió, hace siglo y medio, a un navegante llamado James O'Connel, quien, además, acababa de sobrevivir milagrosamente de un naufragio. Su éxito cabe el monarca que le acogió le valió, además de la señorita de catorce años de edad, el privilegio de hacerse tatuar de la cabeza a los pies. Puede suponerse que, como en todos los cuentos de hadas, vivieron felices y tuvieron muchos hijos, pero la historia no dice si el marino enseñó a sus retoños de sangre azul los pasos de giga escocesa que tan franco éxito le habían valido.

Esto ocurría en Ponapé, pequeño archipiélago de las islas Carolinas,¹ a algunos grados al norte del ecuador. El lugar, bastante malsano y perdido en la inmensidad del Pacífico, tal vez no habría dejado a nuestro recuerdo más que esta curiosa anécdota, si otros motivos de interés no hubiesen impulsado a los viajeros a dirigirse hacia esas costas para descubrir en ellas lo que las convierte en una estación arqueológica única. O'Connel fue el primero en prestar atención a lo insólito que descubrió en ese reino, y lo consignó en las páginas siguientes:

1. Archipiélago primeramente español y que luego pasó a Alemania en 1899. Actualmente (desde 1947) bajo la tutela de los Estados Unidos (30.000 habitantes).

«Mi aventura más maravillosa (pero, ¿va a encontrar algo más que incredulidad?) fue el descubrimiento, en una gran isla inhabitada, de ruinas magníficas, de una arquitectura por completo distinta de las moradas de los habitantes del archipiélago y de una envergadura asombrosa. Los frutos nacen, maduran y se pudren sin que ninguna mano los toque, ya que es imposible persuadir a los indígenas para que los cojan o incluso que los recojan del suelo. Cuando descubrí estas ruinas, George¹ y un indígena me acompañaban. Este último había llamado mi atención sobre esta isla. Nos prometía una sorpresa que, efectivamente, se reveló mayúscula.

»Vistas un poco de lejos, las ruinas presentaban el aspecto de esos amontonamientos que la Naturaleza construye; pero, al aproximarnos, nos quedamos sorprendidos de hallar la huella evidente de la mano del hombre. La marea parecía alta, nuestra canoa se adentró en una angosta caleta, tan angosta en algunos sitios que a duras penas habríamos podido cruzarnos con otra canoa. Desde que entramos, fuimos bogando a lo largo de dos muros tan cerca el uno del otro que habríamos podido tocarlos con los remos. Medían unos 60 cm de altura; a veces aparecían muy maltrechos, pero casi siempre bien conservados. Por encima de los muros, unos cocoteros y árboles del pan extendían sus ramas, produciendo una sombra más densa y más refrescante. Reinaba una profunda soledad. No se discernía señal alguna de vida, salvo la presencia de algunos pájaros. Habíamos llegado a un lugar en el que los muros se separaban un poco de los rebordes de la caleta.

»El pobre indígena, al que el miedo había vuelto mudo, se negó categóricamente a abandonar la embarcación. Los muros rodeaban unos patios circulares; penetramos en el interior de uno de ellos, pero no encontramos allí más que maleza o árboles. Salvo el muro, no había nada que atestigüese el paso del hombre. Examinamos la construcción. Los muros estaban hechos de piedras cuyo tamaño variaba de uno a tres metros de largo y de 30 cm a 2,5 cm de ancho. Los intersticios y las fisuras estaban cuidadosamente tapados con ayuda de fragmentos más pequeños. Estaban hechos con la piedra azul que se encuentra en abundancia en las islas del archipiélago. Evidentemente, había sido tallada y adaptada al empleo para el

1. Uno de los compañeros de O'Connel, salvado con él del naufragio.

cual estaba destinada. De regreso a nuestra canoa, llenamos de preguntas a nuestro indígena. Su única respuesta fue: ¡*Animam!* No supo decirnos nada sobre el origen de aquellas columnas, de su uso, de su edad. Bastábale saber que aquello era el trabajo de *Animam*; no quería saber nada más, y no se aventuró a inspeccionar los lugares en los que él creía que residían espíritus.»

Lo que el marino escocés había descubierto eran las ruinas de Nan Matal,¹ que iban a hacer correr mucha tinta y suscitar querellas casi comparables a las que provoca el muro de Bimini en las Bahamas.

No es que los sabios, tras un instante de vacilación, hayan negado el carácter humano de las construcciones. Demasiadas pruebas lo proclaman. Pero, en tanto que ciertos exegetas comenzaban a aureolarlas con orígenes fantásticos, la mayoría llegaron a negarles cualquier interés excepcional y, adrede, hicieron caso omiso de ellas.

Una isla de cristal

En la actualidad, es difícil llegar a estas ruinas, ya que el único medio que queda es el de unas barcas inestables nada recomendables para el corazón del viajero. El trayecto se recorre con tanto mayor mérito cuanto que, a la llegada, los cocodrilos y los tiburones infestan la boca de los canales.

El espectáculo aparece tan desierto como en la época en que O'Connell descubrió sus decorados. En cuanto a los orígenes de esta arquitectura, continúan igualmente oscuros. A lo sumo ha podido determinarse que las piedras azules de que hablaba el navegante están constituidas de basalto prismático y que su transporte² debió de plantear problemas serios a los constructores, a juzgar por los bloques diseminados en el fondo del agua, que dan fe de repetidos naufragios durante el viaje. Estos bloques de basalto, en forma de grandes prismas de seis lados y de un color azul tan particular, no dejan de evocar un conjunto surgido de las mismas concreciones volcánicas: la famosa calzada de los Gigantes, en Irlanda. Pero, en Nan

1. Véase la primera parte, capítulo «Entre dos mundos».

2. Procedente de la isla de Jokaz, junto a la costa norte de la isla de Ponapé.

Matal, no es la Naturaleza la que imita la mano del hombre, sino que fueron unos constructores hábiles y numerosos quienes utilizaron con conocimiento estos materiales, en época que es difícil calcular.¹

Los muros construidos con este curioso basalto se asemejan a grandes pilas de gavillas, algo así como las ensambladuras de vigas en las casitas de campo saboyanas, en hileras perpendiculares entre sí. No es cuestión de pedir a los indígenas actuales que reconstituyan algunas de las técnicas que presidieron estos trabajos gigantescos. Diezmados, embrutecidos por el alcohol y las enfermedades, los que subsisten ya no tienen nada que decir. ¿Degenerados? Probablemente, en la medida en que serían incapaces de emprender la edificación de un conjunto idéntico al de Nan Matal, que cubre más de 15 kilómetros cuadrados.

Esta comprobación no es nueva y puede hacerse bajo todos los cielos. Asimismo, puede afirmarse que ningún lacandón podría volver a encontrar el secreto de las pirámides de los mayas,² de quienes la filiación sanguínea les hace herederos, y también se sabía, antes de su desaparición, que los guanches de las Canarias ya no tenían ninguna idea de las extraordinarias técnicas de embalsamamiento de las que se habían beneficiado las momias encontradas en su suelo.

En todos estos casos, cabe suponer que el despertar de una civilización sumamente avanzada ha producido una degeneración tanto más intensa, una vez que se ha iniciado la decadencia material. Es como si se hubiera dado vuelta a la página.

Es necesario añadir que lo que, en estos lugares testigos de grandes cosas, ha transformado el crepúsculo en drama, ha sido la intervención europea. En todas partes, el afán de lucro, la codicia de los negreros y el excesivo celo de los misioneros han producido estragos en poblaciones que se habían vuelto frágiles. En ninguna parte del mundo, este fanatismo, esta ferocidad han causado tantas catástrofes como en el Pacífico. La imagen del Paraíso debía pagar caro los espejismos que provocaba. En Ponapé, como en Tahití o en Nueva Zelanda, fue

1. Hasta nueva orden, no ha podido establecerse ninguna datación con el carbono 14, por falta de vestigios orgánicos.

2. Tribu primitiva del Yucatán.

la invasión de los comerciantes y de su alcohol, cuando no era el tráfico de armas suscitado por discordias cuidadosamente agravadas entre tribus;¹ fue la razzia despiadada de los mercaderes de esclavos, esos temibles «pajarracos negros» que arrebatában a los habitantes de islas enteras para las necesidades de las plantaciones australianas; fueron las prohibiciones de los misioneros, su moral hipócrita, obligar a los indígenas que se convirtieran en un triste remedo de los europeos; fue la enfermedad importada por los marineros, la decadencia y, a veces, la extinción pura y simple.² Algunas poblaciones, como en Nueva Zelanda, no escaparon al aniquilamiento, otras, como en las Marquesas o en Ponapé, estuvieron al borde del mismo. En el fondo, la historia de los «primitivos» desde su contacto con los «beneficios» de la civilización no es sino un largo martirologio, frente al cual las ventajas de la alfabetización, del transistor y del alcohol aparecen bien exiguas.

La puerta del otro mundo

El embrutecimiento de los pueblos locales no hizo sino agravar el misterio de Nan Matal. Todavía hoy, circulan acerca de ellos las suposiciones más fantásticas. Algunos ven en ellos los vestigios de un imperio polinésico otrora muy pujante (y completamente desconocido); otros ven allí la mano de piratas españoles y, por consiguiente, claro, tesoros escondidos. En cuanto al novelista americano Abraham Merrit,³ ha colocado allí audazmente la entrada de un mundo subterráneo en el que se libran combates sin fin. Esto nos lleva directamente a la hipótesis teosófica que quiere que Ponapé haya constituido una ciudadela importante del mundo de Mu, en oposición a la isla de Pascua, que formaba otro bastión.

En el fondo, el único estudio serio sigue siendo el de la tradición indígena que, aunque confusa, permitió a un investigador alemán⁴ publicar, en 1936, una reconstitución un poco menos incoherente que las otras del pasado de Nan Matal. Se

1. Léase, sobre este tema, D.-L. Oliver, *Les Iles du Pacifique* (París, «Payot», 1952).

2. En 1910, una revuelta contra la presencia alemana provocó un bombardeo de las islas y que los jefes indígenas fuesen ahorcados.

3. A. Merrit: *The Moon Pol* (*El estanque de la Luna*).

4. El doctor Paul Hambrüch.

encuentran en ella relaciones tan curiosas como la de un dios, Nan-Japuse, señor del trueno, que sedujo a la esposa del último de los «salaturs» (monarcas) y, por este motivo, fue encarcelado en Nan Matal; evadido, roció con zumo de limón a una vieja, lo cual la dejó encinta de un hijo destinado a vengar más tarde la afrenta infligida al dios. Se encuentran allí reyes transformados en peces, asesinados, y la adoración a un dios-tortuga llamado Manusunsap. Por otra parte, este dios no gozaba de un régimen privilegiado, que digamos, ya que, al final de complicadas ceremonias, la tortuga era despedazada y devorada, lo cual era causa, según la leyenda, de repartos y disputas homéricas cuando uno de los grandes sacerdotes recibía un trozo más pingüe que los otros.

Agregaremos asimismo el culto a un lagarto y a un dragón gigante, quienes, tan afortunados como el escocés O'Connel, pudieron casarse con hijas de rey, pero causaron tanto pavor en el ánimo de su suegro, que de ello resultó un incendio en el que todos perecieron.

Tantos relatos, tantos mitos cuyo significado se ha perdido con los siglos, y que sólo alumbran con fulgor muy exiguo los designios de un pueblo que en otro tiempo llegó a las islas para despojarlas de sus piedras azules y erigir con ellas un templo inmenso del que ahora sólo quedan los patios desiertos y silenciosos.

Actualmente no sabemos más del asunto que en tiempos del alegre O'Connel, pero la alegría de las danzas y de los cantos que amenizaban su estancia involuntaria ya hace tiempo que desapareció: el progreso pasó por allí. Solamente los muros de cristal arrullan todavía la imaginación, hasta el día en que (¿y por qué no?) a un rico aficionado se le antoje desmantelar la ciudad mágica para adornar con ella algún dominio tropical. Aquel día, los tiburones y los cocodrilos serán los únicos testigos de la epopeya de Nan Matal.

Un desierto muy frecuentado

Con la isla de Pascua, hemos inventariado una especie de nueva «capilla Sixtina de la prehistoria», término aplicado en su día a Lascaux.

Con las 3.000 Ha. de murallas de Ponapé, eran más bien Tumuc Humac o Zimbabwe los que autorizaban la comparación. Ciudades inmensas y desoladas, que no llegamos a imaginar pobladas por grandes multitudes, rodeadas de tierras fértiles. Sin embargo, así fue. El Pacífico nos depara muchas otras sorpresas, pero éstas, por considerables que sean, ofrecen a los exploradores obstáculos tan difíciles de superar, en su género, como las inmensidades vegetales de la cuenca amazónica o las olas de la arena egipcia.

El primer obstáculo, común a la mayor parte de las estaciones arqueológicas, es la rapidez desconcertante con que tantos monumentos pueden quedar sepultados bajo aportaciones de tierra y de aluviones.¹ No sólo las islas del Pacífico no se hallan indemnes de tal fenómeno, sino que sufren particularmente a causa de él debido a vientos permanentes y frecuentes marejadas altas.

Louis-Claude Vincent recordaba esto con insistencia: «Hace menos de quince años, los arqueólogos chinos descubrieron, bajo 20 m de tierra, y al cabo de 22 meses de trabajos, un mausoleo de mármol de una superficie de más de 12.000 m², que guardaba los restos de uno de los últimos Ming, el emperador Wang-Li, fallecido en 1620, es decir, desde hacía menos de 350 años...

«Si ha bastado —explica el autor— una duración histórica tan corta para recubrir un monumento tan grande bajo 20 m de escombros, entonces cabe suponer bajo qué enorme cantidad de tierra pueden hallarse sepultados monumentos que se remontan a miles de años.»

Esto debería hacernos reflexionar, tanto más cuanto que,

1. La erosión es asimismo uno de los fenómenos más graves de la transformación de un país como Australia.

en realidad, las excavaciones emprendidas hasta ahora en Arqueología lo han sido frecuentemente con medios irrisorios, que sólo permiten raspar una finísima película de tierra.

La segunda dificultad con que tropiezan los arqueólogos del Pacífico es la inmensidad.¹ Cuesta trabajo imaginar las distancias que separan los principales focos culturales de este océano. Con frecuencia son superiores a las que existen entre Europa y el centro de Asia o el de África. Y, con todo, una sola y misma civilización reina allí, aun cuando cierta decadencia se haga cada vez más perceptible al contacto con el Occidente. ¿Puede decirse otro tanto de nuestros continentes, e incluso de regiones tan minúsculas, proporcionalmente, como son Europa o el Oriente Medio?

Esta inmensidad, ya lo hemos dicho, por desgracia no ha protegido a los insulares contra los estragos del exterior. El único consuelo es que, si unas quinientas islas del Pacífico han sido exploradas ocasionalmente y apenas un centenar de ellas han sido inventariadas, quedan aún más de diez mil que aguardan aún a su arqueólogo. El punto común de todo lo que hemos descubierto hasta ahora es una cierta rusticidad, como si solamente los monumentos más macizos hubieran podido resistir algún violento cataclismo. Volveremos a hablar de ello.

Sin embargo, con la imaginación y una buena alfombra mágica, se puede realizar en Oceanía un circuito de exploración muchísimo más apasionante que todos los actuales folletos turísticos. En vez del «Zizou Bar», de las tiendas de curiosidades o de las «danzas» hawaianas, pasto deprimente de los viajeros enfermos de exotismo, ¿por qué no presentar como objetivo el descubrir una civilización, tal como la percibieron Cook o Bougainville, y que esta civilización sea reanimada en sus vestigios más espectaculares por los descubrimientos recientes?

Se caracteriza, ya lo hemos visto, por dimensiones enormes en todo caso sin relación con la importancia y la vitalidad de los polinesios actuales. Recordemos las dimensiones de Ponapé y de sus templos de 3.000 m²; de las plataformas descubiertas en la isla de Pascua por la campaña 1969-1970 del

1. Superficie total del Pacífico: 165 millones de km².

profesor Mulloy;¹ añadamos las amplias vías cubiertas de losas, que, en las Marquesas, y en Hawai, en Rarotongo, lo mismo que en Rapa-Nui, llegan del mar y vuelven a él; agreguemos asimismo las «fortalezas» o «templos» de varios centenares de metros de perímetro, que se encuentran en las Tubai o en las islas Sandwich, y comenzaremos a formarnos una idea bastante turbadora de lo que podía ser la actividad de estos emplazamientos, la mayor parte de los cuales no tiene canteras de piedra en su proximidad.

Acerca de algunas islas célebres

Tomemos, por ejemplo, el islote de Pitcairn, cuyos pocos kilómetros cuadrados permanecerían ciertamente desconocidos, si no hubieran ido a parar a ellos, un día de 1790, unos piratas. Se hizo una película de *El motín de la Bounty*, pero, ¿quién nos resucitará al pueblo que, en otro tiempo, cubrió esa roca perdida de numerosas viviendas, de templos (*marae*), de estatuas de tres o cuatro metros de altura, así como numerosos vestigios de hornos y de utensilios agrarios? ¿Quién filmará, por ejemplo, cómo puede erigirse un templo importante, adornado con grandes estatuas, sobre un pico al que hoy sólo puede tenerse acceso por abruptos senderos, sumamente angostos? He ahí lo que nos apasionaría mucho más que las proezas de una estrella de cine muy «comercial».

Trasladémonos con raudo vuelo a los Gambiers, archipiélago a 600 km al noroeste de Pitcairn.² Si sólo pasáis allí veinticuatro horas, no guardaréis del lugar más que un recuerdo bastante deprimente, el de esas multitudes de iglesias construidas por el celo misionero y cuyas campanas regulan militarmente la vida de los isleños.

Pero, si os decidís a correr fuera de los caminos trillados, entonces llevad con vosotros el *Viaje a las islas del Gran Océano*, de Moerenhout, y descubrid las momias escondidas en la

1. ¡Con muros compuestos de piedras que pesan 25 toneladas cada una!

2. Dependiente de la Polinesia francesa: un millar de habitantes, aproximadamente.

isla de Elson, los templos de la isla Hood, los *tiki* de piedra bastante bien ocultos para no ser objeto de la destrucción apostólica. Y volveréis a partir siendo conscientes de que la civilización más refinada no es forzosamente la que creemos.

Otro salto para ir, esta vez, a las islas Tonga, cerca de las islas Samoa. Allí, en un lugar denominado Haamunga,¹ pueden verse dos enormes bloques de piedra, coronados por un tercer bloque, que está ajustado a los otros por una muesca tallada en la masa. El arco así formado mide unos 4 m de altura y su peso total se aproxima al centenar de toneladas. Pregunten, pues, a los amables papanatas indígenas que les acompañan, si se sienten con ánimos para construir otro a su lado. Se sentirán tanto más confusos cuanto que la cantera de piedra más cercana se encuentra a una distancia de 400 km.

Siempre en las Samoa,² el arqueólogo Golson descubrió un gran número de muros y túmulos, de carácter prehistórico, tantos, que tuvo que declarar: «Son como para desanimar a uno o para que se prohíban las búsquedas.»

En cuanto al infatigable coronel Churchward, al parecer, descubrió en una de las islas principales, en lo alto de una colina de 500 m de altitud, al borde de un precipicio de 150 m de profundidad, un terraplén de unas 20 Ha que sostenía un fuerte hecho de piedras vitrificadas, al estilo Vauban.

No abandonemos este archipiélago sin señalar, en Fai-Toka, unos cerros-pirámides señalados por Cook, así como unas cincuenta tumbas de antiguos reyes (*langis*).

También hay pirámides en las islas Gilbert,³ en Swallow y en Kingsmill, así como en el grupo de las Auckland, señaladas por Raynal, en las islas Adam, después de su naufragio en 1863.

Piramidales también, las columnas coronadas por piedras en forma de semiesferas, que Dumont d'Urville descubrió en 1835 en la isla Tinian, archipiélago de las Carolinas. ¿Para qué ceremonias? En la isla Rota, en el mismo archipiélago, hay vastos recintos, probablemente cubiertos en otro tiempo, y que

1. Isla de Tongatabu.

2. Archipiélago bajo mandato desde 1920 y actualmente bajo la tutela de Nueva Zelanda. Unos 100.000 habitantes.

3. Pequeño archipiélago inglés de 35.000 habitantes.

aún aparecen marcados por alineamientos de columnas enormes.

Un turismo insólito

Podríamos indicar muchos otros lugares con pirámides, por ejemplo, en las islas Kusai o Lelé, del archipiélago de las Marshall, donde unos recintos ciclópeos atestiguan que hace miles de años, allí habitaron pueblos civilizados. En las islas de la Reunión, son innumerables.

Y, luego, he aquí algunas distracciones menos áridas: si desean, por ejemplo, tomar baños a temperatura variable, tienen a su disposición el conjunto de piscinas de alabastro, erigidas en escalera en una colina a partir de fuentes calientes, en Nueva Zelanda.¹ Construcción prehistórica, sin duda, pero ¡qué sensaciones!

Si prefieren observar un sistema de irrigación de los más modernos, aun cuando data de algunos miles de años, descubran esos conductos, esas canales, esas terrazas y carreteras pavimentadas que cubren 156 lugares, en una veintena de las islas Palaos (archipiélago de las Carolinas).

Si es el arte gráfico lo que les chifla, entonces vayan a descubrir los petroglifos de las Nuevas Hébridas y de Nueva Caledonia, primos de los que se están descifrando en la isla de Pascua, así como en la América del Sur... ¡y en la cultura céltica! Y, puesto que hacen alto por un momento en Noumea, en vez de ir a husmear los olores salobres del níquel, vayan, pues, más bien a preguntarle a Luc Chevalier, el amable conservador del museo, si conoce alguna explicación a la existencia de los centenares de túmulos que, en la isla grande o en la isla de los Pinos, contienen invariablemente gigantescos cilindros verticales de yeso, puntuados en su pie por tres conchas (*troncas*) igualmente inmutables en su disposición.

Si es el arte escultórico el que reclama vuestra atención, desembarcad, pues, un día, en el mismo sitio que lo hizo el portugués Quirós, en la bahía de Hanavave (Fatu-Hiva, islas Marquesas). Él, hace cuatro siglos, descubrió allí, en las rocas

1. Monumento de Te-Ta-Rata, en la cuenca del río Waikato.

sombrías, inmensas estatuas talladas en el mismo valle, que parecían madonas o náyades.¹

E incluso si no ven nada, vayan simplemente a las Marquesas, como yo hice, con el entusiasmo de descubrir, tras las huellas de Stevenson y de Gauguin, uno de los más bellos paisajes del mundo, y uno de los que, en todo caso, encierran aún ciertamente vestigios arqueológicos considerables. Si no, ¿cómo se explicarían los descubrimientos de Villaret y de Mazière, esas losas inmensas, esas estatuas de hombres de «largas orejas», hermanos de los de la isla de Pascua o de la Amazonia, esas carreteras pavimentadas de 4 m de anchura, y también esos vestigios más pequeños, pero tanto más raros, de cerámica² y de armas de pesca, en cuanto a ellas rigurosamente parecidas a las que se encuentran tanto en Nueva Zelanda... como entre los esquimales del Gran Norte pacífico? Borren de su memoria esos tejados de chapa oxidada, esa pacotilla china y esa abundancia de chismes. Aparten de su mente la evidencia de que el «Queens» de Papeete y la base atómica de Mururoa son lo que mejor se fabrica en materia de civilización.

Recuerden que los «inmemoriales» han conocido una grandeza cuyos vestigios brillan aún en este periplo insólito que juntos hemos esbozado. Nos falta espacio para evocar muchos otros lugares, monolitos de las Fiji, minas de Kuki, plataformas ciclópeas de la isla del Navegante, y tantos otros que quedan por descubrir. Es allí, en la soledad y en la indiferencia, donde les aguardan las mayores emociones de cierta arqueología no conformista.

Y sí, buscando alguna isla señalada en los antiguos mapas, dieran la vuelta en vano alrededor del océano, no se desanimen demasiado. Muchas tierras aparecen y desaparecen en esas regiones, y bastan algunos siglos para confundir las certezas de los mejores navegantes. Archipiélagos enteros, debidamente repertoriados, ya no existen en la actualidad, mientras que otras islas emergen o vuelven a levantarse. ¿Sabían

1. ¿No hay aquí una turbadora relación con las efigies masma?
2. Idénticas en materia, forma y cocción a las de Chavin (Perú).

que Makatea o Niau, por ejemplo, se han elevado recientemente cerca de un centenar de metros por encima del océano? ¿Sabían que en el Gran Norte pacífico está surgiendo, de Borneo a Alaska, una cadena de islas¹ a tal velocidad que los geólogos le predicen una carrera de nuevo continente, y cuyo alumbramiento, sin ningún género de duda, irá acompañado de seísmos y de marejadas gigantescas?

¿Por qué no admitir, con Louis-Claude Vincent, que esa parte del mundo pudo ser en otro tiempo el teatro de convulsiones capaces de sumergir otros continentes entonces en seco, y de dejar subsistir, en los raros picos indemnes, únicamente los vestigios de lo que pudo resistir a las furiosas aguas? En este caso, los polinesios no constituirían más que un residuo de naufragos. Pero, ¿es que todas sus leyendas no giran precisamente en torno a esta hipótesis dramática?

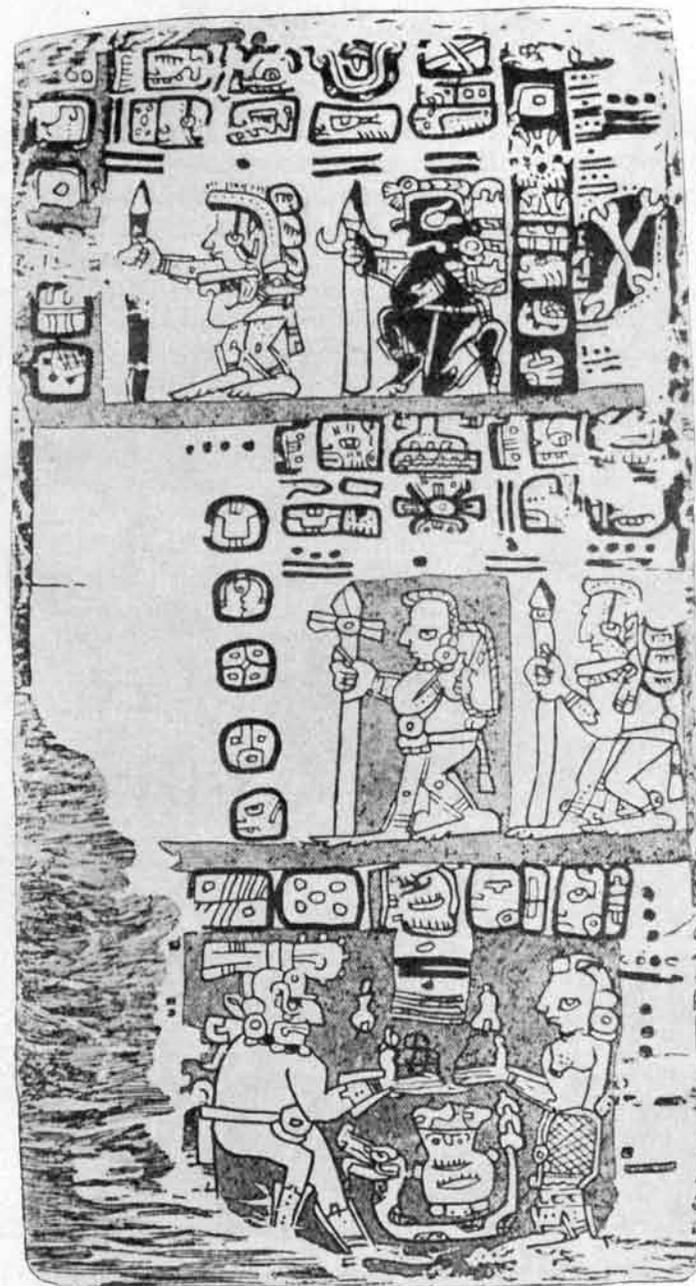
¿Habría que considerar las islas del Pacífico como una especie de restos, de los que sólo flotaría un florón inexplicable, esa alegría de vivir que no tiene igual en ningún otro lugar y que evoca el paraíso en la Tierra?

¿Paraíso perdido? Seguramente, y más bien dos veces que una, ofreciendo la segunda, muy actual, un carácter definitivo, gracias al progreso y a nuestro desprecio hacia los «primitivos».

No hace mucho tiempo, este espantoso salvajismo nos valía el relato de alguna víctima inmolada a los Tikis, y de marineros europeos inexplicablemente muertos después de haber hecho tan sólo algunos disparos de mosquete; y, sobre todo, crimen inexplicable, la confesión de una holgazanería incurable, totalmente extraña al rendimiento industrial. Por consiguiente, había que eliminarla.

Se olvida que estos mismos pueblos, burlados, fusilados, deportados y sujetos por nuestros buenos colonizadores, eran también aquellos pueblos en los que las guerras se interrumpían a la primera herida, en los que las víctimas ofrecidas a los dioses eran, en general, voluntarias, siendo el sacrificio voluntario una ética fundamental de la raza, y en los que, todavía hoy, la hospitalidad sigue siendo sagrada para

1. Las islas Andreanof, al oeste de las Aleutianas.



Dibujos del manuscrito maya **Codex Troano**, en los que algunos ven representadas las peripecias de la destrucción de Mu, la tierra original del océano Pacífico.

los huéspedes de paso.

Estos indicios, si no son los de un pueblo constructor, son, al menos, los de un pueblo bueno, sometido en otro tiempo a una cultura de la que nosotros podríamos tomar ejemplo, aun cuando no fuera perfecto. ¿Cuál lo ha sido?

Las ruinas velan sobre el océano. A nosotros corresponde saber leer en ellas los signos de los hombres que allí crearon un imperio.

Para esto es necesario que nos apartemos de los criterios habituales.

«El hombre de las civilizaciones tradicionales —dice Jean Servier— tiene las mismas certezas básicas que el occidental, nacidas de una misma adquisición humana o, quizá, de una misma enseñanza de la que nadie conoce el origen. Por consiguiente, no puede haber irreductibilidad alguna de una forma del pensamiento humano a otra: por ejemplo, del pensamiento cristiano al pensamiento de las civilizaciones tradicionales, de la misma manera que el espíritu no puede levantar barreras entre los hombres.

»Durante demasiado tiempo, no hemos visto otra abertura hacia el mundo más que los relatos de misioneros que ardían en deseos de llevar unos valores supuestamente nuevos a unos pueblos considerados como ignorantes de toda vida espiritual. Ningún occidental ha querido ver a esos hombres, a esos “salvajes”, tal como eran, iluminados por una luz divina muy parecida en su principio a aquella que el Occidente reivindicaba.

»...Cada civilización ha grabado en la materia su versión del mensaje humano. Al igual que en los otros aspectos del pensamiento humano, no percibimos ahí un aprendizaje del espíritu. Los únicos fracasos, las únicas imperfecciones parecen provenir del tanteo que requiere el empleo de materiales nuevos, permaneciendo la concepción perfecta desde el origen, como si el fin a alcanzar fuese conocido desde siempre.»¹

¿Qué contemplan estos gigantes de piedra de la isla de Pascua? En su origen, ¿qué propósitos, qué religión, qué pueblo? (Foto SEF.)

1. J. Servier: *L'Homme et l'invisible* (París, «Robert Laffont», 1964).

El resorte secreto del pasado

No serán los prehistoriadores modernos quienes digan lo contrario al afirmar nosotros, con fuerza, que ninguna arqueología puede tener sentido si se la estudia sin tener presente el contexto del mundo invisible que subyacía a las actividades del mundo llamado «primitivo». Cada vez que se han querido reducir los vestigios o manifestaciones culturales de estos pueblos a vulgares conceptos de provecho o de utilitarismo, se ha cometido un contrasentido tan craso como si se definiese el automóvil como un simple medio de transporte, siendo así que sirve de vehículo a inmensas fuerzas pasionales.

Gracias a Dios, los «salvajes» no poseían medios de desahogo tan groseros como nuestros monstruos de acero. Lo que conocemos de sus expresiones artísticas o religiosas postula una preocupación constante por superar la vida ruda que debían de llevar, y una simbiosis cotidiana con un mundo mágico mucho más excitante que nuestra televisión.

«Una vez hemos llegado así, paso a paso, a la cima actual y momentánea de la Historia humana, demos marcha atrás», pedía Teilhard de Chardin. Y podemos comprobar entonces que las Venus de Lespugue y de Brassempouy, los numerosos animales de Lascaux y de Altamira, los personajes fantásticos de Tassili, los dioses enmascarados del Nilo, los reyes-sacerdotes de Ur, los toros divinos de Asur, los pescadores de atún de Filakopi, las diosas madres de Cnosos, los guerreros de Micenas, todo lo que para nosotros se encuentra en los comienzos del arte y de la inteligencia, sigue estando también en las fronteras de nuestro saber. Todo son interrogantes en esta epopeya de la que no teníamos ni siquiera idea hace cien años. Todo es misterio, y, a medida que aumentan nuestros conocimientos, este misterio se oscurece, porque nos lleva cada vez más lejos de la idea que nos forjamos de la Historia y del lugar único que, a toda costa, queremos atribuir a nuestra civilización técnica como criterio de todo valor. Por desgracia, los hechos se multiplican en la otra dirección, y nos obligan a una humildad muy molesta. No solamente los descubrimientos de este siglo nos enseñan que la relatividad es una ley vigente también en la prospección del pasado, sino que casi todo nues-

tro comportamiento actual está condicionado por lo que nuestros antepasados sabían tan bien y, a veces, mejor que nosotros.

El prodigio de Lascaux

«Cuando, después de un copioso almuerzo en algún restaurante de Montignac o de las Eyzies —cuenta con humor Stéphane Arnaud—, el turista vuelve a montar en su automóvil para dirigirse a Lascaux, generalmente sacrifica más al rito de las “tres estrellas” que a la verdadera curiosidad. Nadie pasa por Montignac sin visitar Lascaux.¹ Es preciso ver Lascaux. Se desembarca, pues, en la célebre pradera y se desciende, charlando, la breve escalera que desemboca en la rotonda.

»Y entonces, siempre, es la misma escena extraordinaria la que se repite. Esos hombres, esas mujeres, esos hijos del siglo XX que, en su inmensa mayoría, lo ignoran todo de la Prehistoria, para quienes las palabras “paleolítico”, “magdalenienense”, “rupestre” no tienen ningún sentido, todos sin excepción se ven súbitamente presa de un estupor sagrado. Un gran silencio desciende sobre ellos. La charla cesa instantáneamente, como un televisor que se apaga, y esa multitud que aún se encuentra bajo el dominio de la trufa y del *foie-gras* siente gravitar sobre ella la formidable presencia de los hombres que, hace 150 ó 200 siglos, vinieron aquí a expresar, por medio de la pintura, las más altas aspiraciones de su mente y de su corazón.»

El silencio durará aún mucho rato, una vez terminada la visita. ¿Qué significan estas pinturas extraordinarias? ¿A qué pensamientos obedecieron sus autores?

La primera explicación la dio la etnografía, ciencia entonces aún balbuceante. Dado que se había visto a unos primitivos del siglo XX practicar magias de caza, danzar ante representaciones de venados con fines de hechizamiento, atravesar dibujos de antílopes y de cebús con un trazo que figuraba una flecha, se supuso que los paleolíticos habían hecho como ellos. Y era tal la necesidad de una explicación, y de una explicación lo más inofensiva posible, que esta suposición fue aceptada in-

1. Se estudia un proyecto de Lascaux *bis*, ya que la gruta está cerrada al público desde 1960.

mediatamente. Se agregó a esto el hechizamiento de guerra, aun cuando en las cavernas casi sólo se encuentran representados animales.¹ Fue tanto lo que se hizo y tan bien, que, después de más de medio siglo, el tema del pobre salvaje bestial, jamás ha cesado de ronronear en nuestros oídos y figura en todos los libros de texto.

Una nueva visión de los sabios

El profesor Leroi-Gourhan, apoyándose en datos numéricos, ha podido determinar unos temas mucho más profundos que la simple magia de caza. Los dibujos y grabados rupestres representan signos masculinos y femeninos complejos y, muy probablemente, todo un simbolismo que nos obliga a considerar que todas las cavernas estaban organizadas en función de una metafísica que desconocemos.²

Entonces, ¿qué se ha de creer? Sería preciso volver a inventar la lámpara de Aladino. De pronto se nos aparecerían todos los tesoros de la Tierra, y al propio tiempo, toda su historia. Pero no es tal la situación. Hay que esperar; hay que tantear; hay que hacer un balance de lo que se posee y admitir, simplemente, que sabemos lo que no sabemos. O, más bien, se impone otra evidencia: la que sabemos nos impone el respeto, conscientes de nuestras facultades mezquinas y de nuestro modo de vida artificial que nos impiden captar esta continuidad formidable de civilizaciones de las cuales dan fe los vestigios de la Tierra entera. La noche de los tiempos sólo es noche para nuestras miradas atrofiadas.

Recordemos la frase admirable de Jean Servier:³ «El hombre de todos los países y de todos los tiempos tiene en sí el esquema de toda perfección posible de la Humanidad.» Y, como conclusión, leamos una de sus páginas, muy adecuada para referir el problema a sus justas dimensiones humanas:

«No es una imposibilidad material o intelectual la que restringe en tal o cual civilización el dominio de la materia, sino

la concepción que esta civilización transmite acerca del lugar en el mundo y de la organización del Universo. El despojamiento técnico es una ascesis libremente consentida, una elección, y no la consecuencia de alguna debilidad intelectual. Algunos hombres han preferido vivir incluso en lo Invisible, y su civilización ha resultado modelada por este ardiente deseo. Occidente ha elegido el desarrollo ilimitado de las técnicas sin tomarse el tiempo de preguntarse si, en esta elección, no se había puesto en el peligro de perder el alma y la había perdido.

«...Parece ser que el plano inclinado, el contrapeso, la palanca han sido conocidos en todas las civilizaciones. Su empleo sensato ha permitido a los hombres del pasado realizar lo que nos parecen incomprensibles milagros, quizá porque ya no tenemos en nosotros ese resorte secreto tendido por lo Invisible, verdadera causa eficiente de las pirámides, de los monolitos de la isla de Pascua, de los dólmenes, de los menhires gigantes o de las catedrales.

«...En ningún momento hemos comprendido que este obstinado subdesarrollo de continentes enteros o incluso de regiones europeas, era, en realidad, el pesado volante de seguridad de la Humanidad, protegiendo a los únicos hombres capaces de sobrevivir cuando los ascensores están bloqueados y las panaderías cerradas.»

Tal es el camino de la mente, que permite admitir como plausible la existencia de civilizaciones desaparecidas. Tal es la lección de humildad que, después de volar sobre unos incomprensibles monumentos diseminados por las islas del Pacífico, da crédito a la hipótesis de un vasto continente en el que se habría desarrollado una cultura que es imposible juzgar en función de los criterios que nos son familiares.

Es muy posible que de la tierra de Mu se extendieran ciertas influencias a la América del Sur. Pero, al ir de las selvas de la Amazonia hacia las ruinas de Tiahuanaco, guardémosnos de olvidar que, por no haber sabido preservar «este resorte secreto ofrecido por lo Invisible», todo intento de explicación no es sino especulación audaz, seductora, pero endeble.

1. También ha querido verse en ello divinidades animales (Gruta de los osos, en Suiza), hipótesis actualmente abandonada.

2. Los últimos trabajos del profesor Leroi-Gourhan aportarán una nueva luz a este tema.

3. Profesor de etnología en la Universidad de Montpellier.

EL TESORO DE LA JUNGLA

Si visitáis un día el museo del Louvre y admiráis allí algunas obras de arte precolombino, miradlas bien. Han estado a punto de perderse por dos veces. La primera, hace cinco siglos, durante la conmovición que siguió a la conquista española. El segundo peligro fue más solapado y persistente: la indiferencia.

En 1903, el prestigioso adorno, compuesto de centenares de plumas de quetzal,¹ que hoy constituye el orgullo del museo de Viena, estaba aún relegado al fondo de un armario donde los gusanos tenían todo el tiempo necesario para devorarlo. Los objetos y manuscritos preciosos relativos a las civilizaciones precolombinas que el Estado francés había recibido de diversos Estados sudamericanos, yacían en el Louvre en un cuartucho tan nauseabundo que un conservador, un poco más compasivo que los otros, Monsieur De Longperrier, los hizo trasladar a su propio despacho, donde no quiere decir que se conservasen cuando él se hubo ido.

Sin embargo, la diadema de Viena era la propia corona que el emperador Moctezuma había hecho llevar a la nave de Cortés como uno de sus bienes más preciados. Y Carlos V mismo no había desdeñado confiar este vestigio a su hermano, para añadirlo a las colecciones del castillo de Ambras...

Lo que había llegado a Francia de obras incaicas ya no representaba más que unos restos, muy raros, de una civilización cuyos florones se habían diseminado. La indiferencia, esta

1. *Quetzal*, ave trepadora muy rara en México.

reina tiránica de los hombres cultos, iba a reinar en Europa, hasta estos últimos años, para con todo lo que no se refiriese a sus triunfales hazañas técnicas.

Los más grandes orfebres

Solamente hoy, el arte precolombino es reconocido por lo que es: uno de los primerísimos del mundo. Raros artistas, antes de nuestra época, habían tenido el privilegio de ver y admirar algunas muestras de este arte. Y habían quedado deslumbrados.

Después de una visita a Bruselas, Alberto Durero¹ anotaba, el 27 de agosto de 1520: «He visto unas cosas que, procedentes del reino del oro, han sido traídas al rey: un sol enteramente de oro y una luna enteramente de plata, todo ello de una belleza inimaginable. Son tan preciosos, que fácilmente se les puede evaluar en cien mil guldens. Nada en mi vida había infundido en mi corazón un gozo tan dulce como esos magníficos objetos, y me quedé maravillado del talento sutil de esos artistas extranjeros.»

En cuanto a Benvenuto Cellini,² que tuvo ocasión de examinar un pez recubierto de escamas de plata y de oro, ofrecido al Papa por Carlos V, quedóse perplejo ante las técnicas de fabricación que ello suponía y confesóse incapaz de igualarlas (lo mismo que Rodin, que, en una visita a México, quedó estupefacto ante los bajorrelieves que entonces se estaba procediendo a extraer del subsuelo).

¿Qué hay de asombroso, si pensamos que, a pesar de los maravillosos progresos de nuestra ciencia, algunas de estas técnicas se nos escapan todavía? Una de ellas, la granulación del oro, no ha sido redescubierta más que recientemente por una orfebre alemán, aunque partiendo de un procedimiento probablemente diferente.

La América del Sur encierra, sin duda, los más grandes tesoros arqueológicos que nuestra civilización puede aún descubrir. La idea que de ellos ofrecen los monumentos ya arran-

1. El ilustre artista alemán nació en Nuremberg en 1471 y murió en 1528.

2. Grabador, escultor y orfebre italiano, nacido en Florencia en 1500 y cuya existencia aventurera revive en sus famosas *Memorias*.

cados ahora a la jungla basta para suscitar la admiración más profunda. Pero, ¿qué introducción más maravillosa a su estudio que esa orfebrería única en el mundo, de la que subsisten poquísimos ejemplares? Lo repetimos: admirad dos veces en lugar de una todos aquellos que encontréis en los museos, ya que provienen de lejos.

Una técnica del siglo XXI

Fernando Arbeláez, que en Colombia fue uno de los que más se dedicaron a la resurrección del arte de Eldorado, ha apoyado la expansión del Museo del oro en Bogotá.¹

Este museo único reúne más de siete mil piezas inestimables. Arbeláez ha anotado algunos de esos secretos que hacen de la orfebrería precolombina el testimonio de un genio inigualado.

Aquellos indígenas poseían la ciencia más refinada de la joyería. Afinaban los metales fundiéndolos varias veces. Obtenían hojas de oro tan finas que podían enrollarse sin temor a que se rompieran. Utilizaban diferentes colores para matizar los objetos y conocían las diversas aleaciones que hacen al metal más duro o más maleable. Construían piezas enteras sin ninguna soldadura; decoloraban el oro y trabajaban el platino;² obtenían temperaturas de más de 2.000°; convertían el metal en placas planas, curvas o cóncavas que cortaban en tiras, las reducían a finas agujas, las despleaban en forma de plumas o les conferían movimientos aéreos, perfiles de animales quiméricos de caras y pechos fantásticos.

Las obras que se han conservado no ostentan ninguna huella de martillo, de cincel o de lima; los indígenas no tenían ni terrajas, ni laminadores, ni instrumentos de bronce que permitieran cortar o modelar. Algunos de los objetos conservan aún las huellas digitales de los artistas, lo que prueba que, en el curso del trabajo, las láminas tenían una consistencia semifluida. ¿Cómo lo conseguían? Se supone que la presencia de películas infinitesimales de oro en la *tumbago* (mezcla de cobre y de cinc) proviene del procedimiento de la cera per-

dida, pero los artesanos contemporáneos son incapaces de precisar cómo.

En cuanto a Fernando Arbeláez, no vacila en citar viejos textos que nos llevan resueltamente hacia la alquimia:

«Antonio Julián¹ refiere que los "sabios" de su tiempo aseguraban que los indios tayronas conocían una hierba de la sierra Nevada que tenía la propiedad de ablandar el oro. Oviedo dice que los indios le mostraron una hierba gracias a la cual practicaban la doradura. Es un secreto tan precioso que algún orfebre de Europa o de otra parte que lo poseyese y lo emplease sería considerado como un hombre muy rico o podría llegar a serlo en muy poco tiempo gracias a esta manera de dorar.»

Las técnicas de joyeros han continuado obsesionando la imaginación de sus sucesores, sin haber sido nunca reinventadas. En su obra *La metalurgia en la América precolombina*, Paul Rivet escribe que con los tumbagos de una proporción más elevada fabricaban objetos que, si bien eran relativamente pobres en oro, podían adquirir la apariencia y la inalterabilidad del oro casi puro, mediante el procedimiento de la coloración.

Sí, Eldorado ha existido

La mera presencia de joyas tan maravillosas basta para demostrarlo. Esto permite olvidar también que, hasta ahora, la floración de expediciones² montadas para encontrar de nuevo esta civilización, sea cual fuere la marca científica o humanitaria bajo la que se oculten, ha obedecido casi siempre a la misma motivación ancestral, la de continuar el pillaje operado en otro tiempo por otros europeos.

No es el valor artístico del collar oculto del jefe inca Huayna Capac lo que atre a los buscadores, sino el hecho de que sus anillos tenían, dice Zárate, el grosor de la muñeca de un hombre y que, desenrollado, podía extenderse sobre dos de

1. Gracias a la iniciativa de la Banca de la República de Colombia en 1936.

2. El platino fue reconocido como *nuevo* por Watson en 1750.

1. Antonio Julián, historiador de la provincia de Santa María (1787).
2. Unas ciento veinte expediciones oficiales en los últimos dos siglos.

los lados de la plaza principal de Cuzco.

No es la cultura de las tribus chibchas lo que les emociona, sino un fabuloso ciervo de oro que habría sido escondido por sus antepasados.

Minas prodigiosas y tumbas desconocidas, esto es lo que hace soñar todavía más que la admisión en el «Club de los exploradores». Sin embargo, sin esa belleza, con la que jugaban los incas, sin su estética que transfiguraba las esculturas y los adornos de sus monumentos, ¿qué quedaría de ellos?

Mañana, cuando nuestra propia civilización haya desaparecido, ¿evocará alguien a los europeos de África del Sur como unos artistas, con el pretexto de que acumularon montones de pepitas de oro gracias al trabajo de los bantúes? El oro no es nada sin el modo de utilizarlo.

Una expedición que aún no ha tenido éxito

Explorador serio busca colaboradores en buena posición para partir descubrimiento Eldorado.

Tal es el anuncio que yo inserto en esta obra, porque no puedo resistir más a la tentación. De tanto leer decenas de documentos, mi cabeza se inflama, mi imaginación corre alocada; tanto peor para los editores, que se darán por muy dichosos de invitarme a comer, cuando regrese, lleno de ducados, doblones y otras piezas contantes y sonantes, y en el bolsillo, el relato de mis asombrosas proezas, las cuales publicaré por el placer de hacerlo.

Entonces, está decidido, vamos a emprender juntos el viaje. Yo suministro gran cantidad de leyendas, mapas, confidencias, de donde se desprende, indudablemente, que el tesoro nos aguarda.

Sabed, ante todo, que el país de Eldorado todavía existe hoy. Incluso existe en cierta demasía, en la medida en que varios emplazamientos reivindican el lugar donde se levantaba,¹ según la imaginación de los autores.

El asunto comienza con Marco Polo, quien evocó, antes que

1. Sin hablar de la «fiebre del oro» californiano, ilustrada por John Sutter, en la que, con frecuencia, se evocó el nombre de Eldorado.

sus colegas, una ciudad de Cipango que había de convertirse en uno de los principales objetivos de la expedición de Cristóbal Colón. Un autor español, Juan Martínez, había de reanudar el tema. Pero fue preciso esperar la audacia de un compañero de Pizarro para saber algo más del asunto. En realidad, todos los lugartenientes del aventurero español no soñaban más que en apoderarse de esa ciudad cubierta de oro, que uno de los suyos, Orellana, decía haber vislumbrado con ocasión de una incursión solitaria. Desgraciadamente, no había traído nada de allá, zurrado, según él decía, por unas diablasas de amazonas¹ que lo aguardaban en el camino.

No importa: un buen día, Belalcázar, segundo de Pizarro, dejado en reserva durante la marcha sobre Cuzco, decidió no aguardar más para conquistar en su provecho otra villa de la cual le habían dicho que era aún más rica que la capital y que se llamaba Quito. Allí, el último inca de Cuzco, Atahualpa, enterró sus tesoros antes de ser muerto por Pizarro. Belalcázar asumió el mando de las tropas que le quedan, 200 hombres, de los cuales 80 jinetes, y emprende el viaje de 600 leguas de selvas y montañas que lo separan de su meta.

Cuando llegó a ella, las riquezas se habían evaporado. Se encontró con las manos vacías. No obstante, llegó a sus oídos una nueva información: un poco más al Norte, reside un semidiós cubierto de oro, en una ciudad maravillosa llamada Bogotá. Helo aquí, finalmente, a Eldorado, el Dorado, el rey de oro, soberano del fabuloso país de Manoa, donde todo está hecho del precioso metal, desde los tejados hasta los pavimentos de las calles.

Belalcázar se puso en camino inmediatamente, pero tampoco esta vez le sonrió la suerte. Bogotá se le ofreció, pero desnuda. Jamás encontraría al Hombre de oro, al Zipa, que allí reinaba.

Después de este primer aventurero, los relatos de la conquista atrajeron a muchos otros: Quesada, Pedro de Orgaz, Aguirre, Federmann, F. de Utre, etc. Según las circunstancias, al encontrarse a las puertas de Colombia, se mataron entre sí o se unieron para pelear contra los indígenas.

Más tarde, expediciones mejor equipadas comenzaron a dragar y después a drenar el lago de Guatabita, cerca de Bo-

1. Ciertas pruebas serias corroboran en la actualidad la existencia de esas tribus de mujeres guerreras.

gotá. Siempre en vano. Fatigados, algunos buscaban al fabuloso Hombre de oro en los confines de la Guayana; después, en Florida.

El fin de un aventurero

El 19 de agosto de 1618, sir Walter Raleigh,¹ hombre de Estado, poeta y familiar de la reina Isabel, era decapitado en la torre de Londres. También a él le había abrumado la mala suerte en su búsqueda de la misteriosa Manoa. Sin embargo, había hecho bien las cosas: la primera vez había regresado de una expedición con algunas pepitas de oro y tabaco, suficiente para convencer a sus lectores de que acababa de descubrir efectivamente el «vasto, rico y magnífico imperio de Guaina, así como su capital Manoa», cuyos esplendores iban a cubrir de riquezas Inglaterra. En fe de lo cual, propuso efectuar una vasta expedición «reservada a los amigos de los grandes viajes y de los encuentros exóticos». Los gastos se cubrirían con la conquista de ese territorio, en el que todas las estatuas eran de oro puro y los sepulcros estaban llenos de joyas. Walter Raleigh embarcó, pues, a 250 compañeros, puso en marcha la expedición y, poco tiempo después, se encontraba solo, lo cual es grave, arruinado, que lo es menos, pero también decapitado, que lo es mucho más. Habría hecho mejor, pensarán los timoratos, permaneciendo tranquilo y contentándose con vivir de su pluma. Sin embargo, esta suerte funesta no desanimó a sus sucesores en aventuras, muchos de los cuales, todavía hoy, parten en busca del reino embrujador.

Pero, dirán, hasta ahora, esos relatos no parecen muy convincentes. Si existe Eldorado, ¿cómo tendríamos nosotros mayores probabilidades de descubrirlo?

El hombre de metal

Algunos detalles reconfortantes: Eldorado era, efectivamente, un semidiós, algo así como el dalai-lama de nuestros días. Desde su tierna infancia, elegido por los sacerdotes, vivía en

1. Nacido en Hayes en 1552 y ya conocido como colonizador de Virginia y del valle del Orinoco.

el aislamiento más completo, en una casa de oro cuyos cimientos habían sido consagrados por el sacrificio de jóvenes de ambos sexos.¹ Allí fue creciendo, apartado de todo contacto exterior. Ni siquiera los sacerdotes que se le acercaban podían mirarlo a la cara. Una mordaza de oro le tapaba la boca. Él era el Hijo del Sol, y con él se identificaba.

Ritualmente, el día de la consagración se ofrecía a la adoración de sus súbditos. Enteramente desnudo, recubierto por un polvo de oro de los pies a la cabeza, engalanado con innumerables joyas, se acomodaba a bordo de una balsa de juncos, cargado él mismo de ofrendas preciosas, y se dejaba guiar por cuatro caciques cubiertos por el mismo «vestido» dorado. La balsa se alejaba con gran ruido de caracolas y tambores, mientras que, en la orilla, los miembros del clero encendían grandes braseros perfumados.

Al llegar al centro del lago, el Hijo del Sol echaba todas las ofrendas al agua, donde el demonio de las profundidades aguardaba este sacrificio. Entonces, la concurrencia profería alaridos de alegría, mientras que el Zipa, agotado, tembloroso a causa de las innumerables pruebas y ayunos que precedieron a la ceremonia, volvía lentamente a su prisión, su tumba real, donde jamás penetraba un rayo de luz...²

Todo esto no es una leyenda. Se trata de los relatos inmutables de todos los caciques interrogados por los exploradores. ¿Queda aún lugar para el escepticismo?

Analícemos mejor el problema. Dos evidencias se imponen:

1.^a Eldorado existe.

2.^a Está situado en alguna parte de la América del Sur.

Descartemos resueltamente a los autores antiguos, pues, ¿de qué nos sirve saber, según el hermano Pedro Simón, cronista español, que el país misterioso está «rodeado por las aguas del mar del Norte, del mar de Etiopía, del estrecho de Magallanes, del mar del Sur, de donde salía el famoso Orinoco para ir a parar al del Norte»?

Más interesante es la persistente tradición de los indios

1. Efectivamente, se han encontrado esqueletos sepultados al pie de monumentos de carácter religioso.

2. Un piloto de navío español, Pedro Corzo, recogió una parte de estos detalles de boca de indígenas de los cuales se había hecho amigo.

del Caribe y del Perú, según la cual la fabulosa ciudad se encuentra en una alta meseta en el corazón de los Andes, en el centro mismo de la actual Colombia. Esto nos permite rechazar las suposiciones fantásticas que, en el transcurso del tiempo, situaron la región codiciada en Florida, en México, donde se la confunde con las Siete Ciudades de Cibola,¹ en el Caribe, donde se sitúa más bien el imperio mítico de Waipiti, o también en los confines del Brasil y de Colombia, que esconde, quizás, en el río Apura, las minas del misterioso Ofir, tan buscadas en Arabia o en África.

Los triunfos del tiempo presente

En la época actual, queda una localización más avanzada que se limita a cuatro posibilidades:

— la parte inexplorada de la cordillera de los Andes, de la que hablan las tradiciones indias;

— el macizo guayanés de los montes Tumuc-Humac, donde desapareció hace algunos años el explorador Roger Maufrais;²

— una parte del Paraguay, donde la existencia de las tres «Ciudades de los Césares» sigue siendo invocada con insistencia;

— finalmente, la impenetrable selva virgen que reina en las regiones desconocidas del Matto Grosso brasileño.

Es preciso que tres hipótesis desaparezcan del expediente. Primeramente, la versión paraguaya, que se refiere a una ciudad diferente de la que nos interesa, sin que por ello carezca de atractivo. Los montes Tumuc-Humac, donde viven ciertamente unas tribus de indios blancos que pueden retener prisioneros a los visitantes demasiado curiosos, pero donde no hay, a decir verdad, indicios muy detallados con respecto a ciudades que correspondan a Eldorado.

He aquí la última bifurcación, la elección entre dos direcciones: altas cimas de la cordillera o cuenca amazónica.

No hay duda de que en los Andes no hay escondrijos ex-

1. Cibola no es en la actualidad más que una pequeña aldea, situada en el oeste del país, con viviendas de adobe.

2. Su padre, Edgar Maufrais partió infructuosamente en su busca.

traordinarios, aunque sólo fuese por la necesidad perentoria de los últimos incas de sustraer sus sagrados tesoros a la rapacidad de los conquistadores. ¿Dónde situar esas riquezas?

«En galerías, más seguras que fortalezas —responde el arqueólogo inglés Harold Wilkins—. Estas galerías están cavadas en el corazón de las montañas y selladas con misteriosos jeroglíficos, verdaderos “ábrete, sésamo”, cuyo significado, en cada generación, era conocido por un solo inca. Fueron construidas hace milenios por una raza desaparecida que poseía una civilización muy avanzada.»

Estas galerías subterráneas no son en modo alguno invenciones. Se conocen ya de ellas impresionantes redes, entre otras las que enlazan Lima con Cuzco¹ y se prolongan hasta la frontera boliviana. Su desmonte plantea enormes problemas de financiación, sin contar el terror supersticioso de los indígenas hacia esos trabajos, persuadidos como están de la existencia de trampas mortales para todo intruso que se aventurase en su interior.

Estos mismos indígenas están tan convencidos de ello que afirman conocer no sólo la situación de tales refugios, sino también la presencia de ciudades edificadas en alturas inaccesibles, y *habitadas* por un pueblo desconocido de raza blanca.

Esto nos lleva a los testimonios contemporáneos. Uno de los más curiosos ha sido redactado por un iniciado rosicruciano, el hermano Felipe, de la orden de la Mano roja.

El hermano Felipe

«En junio de 1957 —refiere—, nuestro grupo expedicionario exploró la meseta de Marcahuasi,² en los Andes, donde se encuentra la Selva sagrada o Jardín de los dioses.

»El grupo expedicionario se dirigió luego hacia el Este, con dirección al legendario país de Paititi, y atravesó la región salvaje del río Alto Madre de Dios, al este de Cuzco, tras haber superado múltiples dificultades, ya que nadie en el grupo tenía fusil. Exploró un territorio desconocido cerca de las fuen-

1. Es decir, a distancias de 200 km a 300 km.

2. En la meseta de Marcahuasi se encuentran las esculturas rupestres de la cultura masma, descubiertas por Daniel Ruzo (véase el capítulo siguiente).

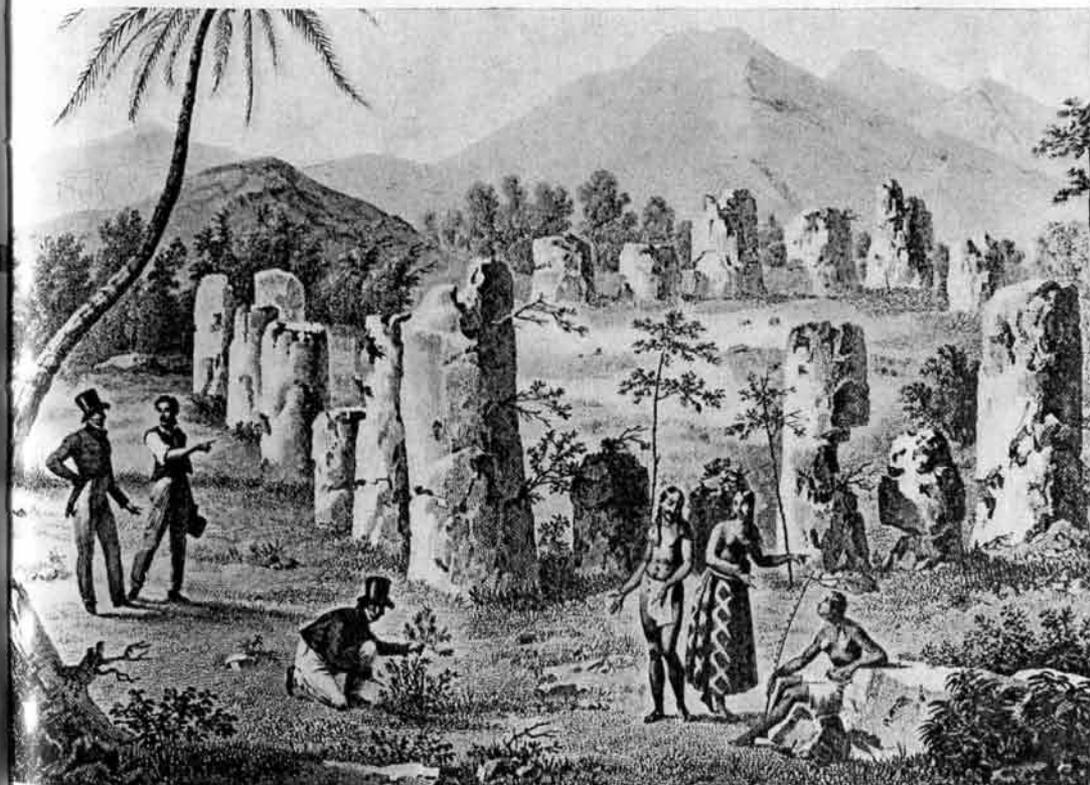
tes del río Sinkibenia, después llegó a los últimos contrafuertes de los Andes, que se le aparecieron como un mundo perdido con sus grandes montañas verdes rodeadas de niebla y nubes, impresionantes de majestad y de misterio. Según las leyendas de las tribus indias, habría allí una gran ciudad de piedra de los antiguos, perdida.»

El autor se basa aquí en relatos indígenas, e incluso en sucesos contemporáneos: hace cosa de unos años, en ese sector, un indio piro buscaba a su mujer, una machiguenga, que había huido. Cerca de las fuentes de dos ríos desconocidos, en una cadena de montañas poco elevadas, encontró una carretera empedrada. La siguió hasta una ciudad magnífica, abandonada. Ni incas ni españoles habían visitado jamás aquellas ruinas. ¿Por qué? Porque aquella ciudad era una de las numerosas ciudades del Imperio de Paititi. Las leyendas del país hablan de un Portal Perdido, que se abría a un mundo antediluviano. A decir verdad, no es un portal, sino la fachada de piedra de un enorme acantilado cubierto de inscripciones extrañas...

«El 10 de julio de 1957 —continúa el hermano Felipe—, descubrimos aquella Roca de las Escrituras en un lugar desconocido del río Sinkibenia. Allí habitaba una tribu salvaje que jamás había sido visitada por hombres civilizados. Por otra parte, ella tampoco deseaba este contacto. Tomamos fotos e hicimos dibujos de estos petroglifos que cubren una superficie de 26 m de largo por 2,50 m de altura. Los glifos son en forma de rodillos y contienen, sin duda, la historia de la Ciudad Perdida. Varios de ellos se parecen a las inscripciones mayas y aztecas. Una de las figuras representa un hombre joven cubierto con un casco que señala hacia el Oeste.»

¿Una fábula? No forzosamente. Hay cosas mucho más inexplicables en el corazón de los Andes, y que constituyen el objeto de documentos fotográficos indiscutibles. ¿Quién construyó la fortificación al estilo de la Gran Muralla de China, que serpentea entre montes y valles a más de 4.000 m de altitud? Y en las mismas alturas, ¿qué significan esos *canales*, también debidamente fotografiados, medio demolidos por algún seísmo, y que parecen anteriores al levantamiento de los Andes?¹

1. Expedición Johnson, organizada con el concurso de varias universidades de los Estados Unidos.



Los centenares de vestigios (aquí, columnatas de las islas Marianas) que subsisten a través de Polinesia y de Micronesia, ¿justificarían la hipótesis de un vasto continente sumergido?



Monolito antropomorfo de Tiahuanaco: Viracocha, ¿personaje histórico, dios local o prestigioso fundador llegado de un reino desconocido?

Los grafitos del cielo

En cuanto a las gigantescas imágenes estudiadas por Robert Charroux en el desierto de Nazca, ¿son acaso más razonables para nuestra mezquina mente lógica? Algunas líneas bastarán para trazar de ellas un resumen apto para estimular la imaginación.

Por otra parte, es toda una civilización lo que habría que evocar a este respecto, ya que, aparte las figuras gigantescas de las que vamos a hablar, existen también numerosos vestigios de arquitectura y de arte funerario que nada tienen que envidiar a los más famosos descubrimientos egipcios o sumerios. ¡Cuán asombroso resulta, en esas regiones semidesérticas, exclusivamente pobladas por indios hoy día embrutecidos por la cola, descubrir tumbas adornadas con las más preciosas telas, velos, brocados, tapicerías¹ o trabajos de irrigación colosales, con fortalezas construidas a la misma escala y de las que es casi imposible determinar el origen de sus constructores!

El misterio no hace sino volverse más denso, cuando llegamos a la altiplanicie que se ha hecho famosa, cerca de la aldea de Nazca. No solamente posee una red de canales dignos, en todos los aspectos, de figurar al lado de los del planeta Marte, sino también extraños dibujos cuyas proporciones son tales que hay que verlos desde un avión para poder apreciar los contornos. Ya se conocía una inmensa araña, un legendario pájaro de fuego cuya envergadura era de unos 100 m. Estudios más detallados han permitido descubrir algunas otras figuras, entrelazadas con los misteriosos canales que parten del desierto y sólo van a parar a éste, cruzado hoy por la línea de la carretera panamericana.

Tales dibujos no dejan de recordar los de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, en forma de túmulos (*mounds*) o de fosos en los que el ojo del terrestre no adivina más que ciertas irregularidades del suelo.

1. En las que pueden distinguirse cerca de 200 tonos diferentes.

En todas partes el enigma sigue siendo total. Podemos añadir, también en el Perú, el del famoso candelabro de los Andes. Trazado sobre una colina a la orilla del mar, sólo puede verse desde alta mar y a cierta distancia. La misma desmesura, a calcular en centenares de metros, es común a ellos, para no darlos a descifrar más que a las miradas situadas muy alto en el cielo. Algo así como las formas luminosas de un aeropuerto que se perfilan de forma característica en el momento de un aterrizaje. ¿Quién podrá decirnos quiénes eran los pilotos que podían surcar los cielos en las épocas prehistóricas?

Con esta civilización de lo gigantesco, hemos aquí lejos de las rapiñas de los conquistadores o del imperio igualmente efímero de la «United Fruit»...

Los verdaderos misterios nos aguardan

Esa región del Globo, es cierto, dista mucho de haber revelado todos sus secretos. Es más que probable que algunas ciudades ciclópeas aguardan aún ser descubiertas, habitadas o no. No se arguya que la Era de la aviación abre todas las puertas de la exploración. Nada, o casi nada, de la inmensidad sudamericana ha sido explorada con aviones ligeros. En cuanto a las líneas regulares, ninguna vuela sobre esas regiones aparte los trayectos de ciudad en ciudad. Habrá que esperar alguna foto afortunada de un satélite a gran altura para saber algo más, a condición de que la luz rasante desgarre el velo de la selva. Esos techos frondosos camuflan todo lo que se encuentra debajo. ¿Habrá que recurrir a los procedimientos de detección empleados por los norteamericanos en el Vietnam... menos el napalm y los defoliantes?

Un arqueólogo americano que figura entre los más clásicos, A. H. Verrill,¹ no vacila, por lo que a él respecta, en afirmar que las extensiones similares de la América central ocultan aún ciudades mayas completamente vivientes. Habla de «tierras prohibidas» en las que no se debe jamás penetrar, bajo pena de muerte.

Ya estamos, pues, avisados: una ciudad del Eldorado se encuentra, casi con seguridad, en la cordillera de los Andes,

1. Muerto en 1964, a la edad de 93 años, tras haber escrito un centenar de obras sobre la América central y del Sur.

pero está *habitada* y es muy poco propicia para los visitantes animados de intenciones impuras.

Una ciudad de ciencia-ficción

Las vacilaciones serían, pues, legítimas, pero debemos pasar ahora a la cuenca amazónica, y a la meseta del Matto Grosso que la flanquea. Es sin duda allá donde abundan las informaciones más completas sobre el tema que nos ocupa.

Algunos investigadores no han cesado de pretender que en las junglas inexploradas de la Amazonia existe aún una civilización desconocida, depositaria de un fabuloso saber. Allí, los detalles abundan, puesto que una de las regiones localizadas se encuentra con gran exactitud en un triángulo formado por el río Xingu, el río Tapajós y el Amazonas. Allí existiría «una ciudad Z», determinada por las coordenadas siguientes: 19° 30' de latitud sur y 12° 30' de longitud oeste. Desde luego, no puede pedirse más y basta, al parecer, con ponerse en camino, con un sextante en la mano.

Otro sitio frecuentemente señalado es la sierra Parima, al noroeste de la Amazonia. Según Hernando de Ribeira, basta buscar un gran lago que posee una isla en su centro. Allí se encuentran Manoa y un palacio que sobrepasa toda descripción:

«Sus paredes y sus tejados de oro se reflejan en un lago pavimento de oro. Toda la vajilla es de oro puro y de plata pura; para los utensilios más corrientes, se empleaba el cobre y la plata. En medio de la isla, se levantaba un templo, dedicado al Sol y, alrededor de él, había estatuas de oro que representaban gigantes. La estatua de un príncipe estaba enteramente recubierta de polvo de oro...»¹

¿Todavía otra localización? Al pie del monte Haves, cerca del Amazonas, la isla de Marajó guarda ruinas monumentales estudiadas por el arqueólogo aficionado Bernardo de Silva

1. Francisco López: *Historia general de los incas*.

Ramos. Descubrió allí inmensas salas subterráneas unidas entre sí por galerías y que contenían muchos objetos insólitos: vasos de estilo etrusco, dibujos de navíos de cuatro mástiles de una capacidad de al menos 800 pasajeros, piedras sumergidas cubiertas de signos aparentemente fenicios, y dibujos de toros, rinocerontes y otros animales desconocidos en América del Sur antes de la «Conquista».

Si añadimos que el monte Havea mismo se presenta como una inmensa cabeza esculpida, subrayada por inscripciones cuneiformes de 3 m de altura que domina una roca escarpada de 840 m, se comprenderá que la región sea, al menos, tan rica en misterios como las precedentes.

Un coronel desaparecido

¿Qué debemos concluir de ello? Que la Amazonia entera encierra innumerables vestigios todavía por descubrir y que algunos lugares ofrecen un comienzo de pista más que prometedora.

¿Por qué, desde hace tiempo, estas riquezas no han sido ya diez veces inventariadas, examinadas, saqueadas? En épocas recientes se han enviado a esas regiones más de un centenar de expediciones oficiales, lo cual permite suponer un número de ellas mucho mayor de un carácter más discreto. Ninguna confirmación magistral ha levantado el velo sobre lo que parece ser una civilización gigantesca sepultada en la selva. ¿Es preciso admitir que las expediciones oficiales no encontraron nada y que las otras no dijeron nada de sus descubrimientos? ¿Enigmas como el de la desaparición del célebre coronel Fawcett podrían repetirse indefinidamente? Se sabe que, en 1925, este explorador volvía a partir para una nueva expedición hacia el «infierno verde», basándose en declaraciones de unos indios que le habían hablado de una ciudad aún viviente, habitada, iluminada durante la noche. Y Fawcett, antes de esta última expedición, declaraba: «La respuesta a la pregunta sobre el origen de los indios de América y sobre el mundo prehistórico se dará cuando las antiguas ciudades de la civilización solar hayan sido encontradas y abiertas a la investigación científica. Porque yo sé que esas ciudades existen [...]. No dudo ni un instante de su existencia. ¿Cómo podría hacerlo?

Yo he visto con mis ojos los vestigios de una de ellas, y ésta es la razón por la que me siento impelido a volver allá.

»Estos restos parecen ser como la avanzada de una de las grandes ciudades que deben poder encontrarse, estoy convencido, lo mismo que las otras, si se organizan búsquedas como es debido. Por desgracia, yo no puedo permitirme llevar tan lejos a unos sabios a base de la simple presunción de que en el Brasil existen los vestigios de una antigua civilización.»

Tal fue, en suma, el testamento del coronel. Después, ninguna noticia de él. De vez en cuando, se dice que su existencia ha sido señalada aquí o allí, en medio de unas tribus que lo tenían prisionero. Han transcurrido más de cuarenta años, y las ciudades que el explorador habría descubierto permanecen igualmente secretas. Su nombre debe añadirse a la lista impresionante de los temerarios que pagaron con su vida una curiosidad quizá demasiado viva con respecto a las *terrae prohibitae*, o que, simplemente, tuvieron que renunciar próximos a su meta: Otorongo llamado *el Tigre*, Gonzalo Ximénez (1539), Bobadilla (1784), Schomburk (1840), Koch-Grünberg (1908) Hamilton Rice (1925) y tantos otros que partieron más o menos de incógnito.

Las ciudades del sueño despierto

¿Les parece demasiado tétrico el balance para intentar la aventura? ¿Apararán su entusiasmo todos esos fantasmas desvanecidos en alguna parte de la jungla, siendo así que tantas precisiones han venido ya a engrosar nuestro expediente?

¿Acaso necesitan una mayor provisión de sueños? He aquí el relato de un jefe indio, tal como lo recogió, muy recientemente aún, el profesor Homet, explorando la sierra Parima:

«Frente a la peña, en la orilla derecha del valle, hay una vieja aldea. Las casas eran antes de piedra; ahora están completamente en ruinas. Están dispuestas en largas filas separadas por anchas calles regulares. Si abandonas ese lugar para ir directamente hacia donde el sol se pone cada día, llegarás, al cabo de otros dos días pasados en la montaña, a una alta muralla. No podrás atravesarla, y tendrás que buscar una puerta de piedra bajo un gran arco que conduce al subsuelo. En-

tonces encontrarás una gran ciudad construida con piedras, pero todas ellas caídas al suelo.»

Este relato se parece de una manera extraña al que, dos siglos atrás, hacía el español Francisco Raposo, que partió en busca de una mina de oro. También él penetró en una calle bordeada de casas de piedra y adornada con estatuas y columnas. En una gran plaza se erguía la silueta de un hombre, con el brazo extendido hacia el Norte.¹ En la proximidad de la ciudad, Raposo encontró una estatuilla de oro: un hombre puesto de rodillas y rodeado por un arco, una corona y un instrumento de música; descubrió unos signos que más tarde fueron autenticados como letras griegas arcaicas y, finalmente, encontró a dos indios blancos que huyeron al acercarse él. La anécdota es casi demasiado bella para ser creída, aunque, sin embargo, la existencia de indios blancos ha constituido el objeto de numerosísimos relatos de viajeros.

¿Un «underground» fantástico?

Otra cosa de la que ahora se está también seguro es que la cuenca amazónica no fue siempre el desierto vegetal que tanto desanima a los exploradores. Una relación reciente permite afirmar que el subsuelo es allí casi más rico en vestigios que la superficie sepultada bajo la vegetación, si hemos de dar crédito a Serge Hutin. Uno de sus amigos,² explotador forestal, dice haber descubierto salas y laberintos subterráneos, llenos de los vestigios de una vieja civilización:

«Bajo la jungla inexplorada del Brasil ecuatorial hay catacumbas, grutas [...]. Se encuentran allí extraños ídolos de piedra o de cerámica. Según lo que los indígenas me dijeron de ellas, esas estatuas habrían sido esculpidas por artistas divinos o satánicos, inmortales, llegados de lejos, del Este, para ir a refugiarse en aquellos parajes después de un espantoso cataclismo.»

1. Estas estatuas que indican una dirección se encuentran en muchos lugares supuestos de la Atlántida o de Mu.

2. P. Gregor, autor del *Journal d'un sorcier* (París, «Ed. Sebescen», 1964).

Henos, pues, en presencia de una dimensión suplementaria de investigaciones.

¿Han señalado cuidadosamente en el mapa estas diferentes localizaciones? Agreguen las inscripciones del Pianoro de Roosevelt en la frontera de la Amazonia, al pie del Matto Grosso, símbolos indescifrables grabados en gigantescos discos de piedra, divididos en seis partes (¿tablas de cálculo astronómicas?).

Observen que los buques de tres palos que suelen encontrarse dibujados en la jungla llevaban, en Creta, el nombre de «caramquera»... El mismo nombre que los indios más ignorantes dan hoy a sus cisternas de agua. Subrayad que estas coincidencias se encuentran en centenares de ejemplares entre las escrituras mediterráneas y los grafitos de las murallas perdidas de Amazonia.

Un monumento alucinante

Añaden a la lista la enorme Pedra Pintada, descubierta por el profesor Humet cerca de Taramé, en una altiplanicie entre la sierra Paracaima y el río Urari Coera: bajo una gigantesca serpiente grabada en el frontón,¹ se alinean millares de signos y de letras que recuerdan las escrituras del antiguo Egipto, las semíticas, las judías, las sumerías, las celtas, las irlandesas... ¡Confiesen que todo esto sobrepasa a los mayores excesos de imaginación!

No es eso todo. Según se coloque uno en un rincón o en otro de la Pedra Pintada, comienzan a resonar ecos impresionantes, y un fenómeno increíble sorprende a los que penetran en las grutas: una vez que uno ha llegado al lado del monumento, lleno de osamentas humanas, se ve obligado a revivir las escenas de los abominables sacrificios de otros tiempos. He aquí, tal como la describe él mismo, la visión alucinante que tuvo el profesor Homet cuando penetró en la caverna:

«Se puso en movimiento una gran muchedumbre, acompañada de tintineos de campanillas. Millares de hombres, mujeres, niños avanzaban lenta y majestuosamente hacia la Pedra Pintada para acabar deteniéndose ante la entrada principal. Re-

1. 100 m de largo, 80 m de ancho y 30 m de alto.

sonó una voz, alta, en el cielo, y pasó cinco o seis veces por encima de la masa de fieles que se inclinaban respetuosamente. Unos hombres de elevada estatura, con aire solemne, se separaron de la multitud y se aproximaron a la piedra monumental.»

El profesor Homet recuerda con espanto las imágenes que siguieron a esta evocación, aunque sin explicar por qué fenómeno quedó de ellas impregnada su mente. ¿Acaso la gruta encierra emanaciones de gases alucinógenos o impregnaciones aún más misteriosas? Quizá no lo sabremos nunca. Sin embargo, cada visitante es presa de las mismas apariciones: los «sacerdotes» se instalan en dos plataformas desnudas, sostenidos por unos «servidores de la muerte» con aire de sonámbulos. Después se detienen en lo alto del dolmen, cuyo tono rojo comienza a brillar bajo los rayos del sol levante. De nuevo se repiten las llamadas procedentes de lo alto, mientras que unos asistentes de diferentes clases levantan unos cuchillos sagrados,¹ hechos de una hoja de piedra muy afilada, y los hunden en el pecho de las víctimas, a las que arrancan el corazón. Entonces, lanzando trozos de carne a los cuatro puntos cardinales, los sacerdotes anuncian a los fieles el destino que les aguarda en los años venideros...

Luces en la jungla

Pero el Amazonas no comporta únicamente antologías del horror. Hay también allí montañas dedicadas al dios de la sonrisa y de la alegría, carreteras que no conducen a ninguna parte, signos en forma de poemas de amor en rocas perdidas en la selva.

Recordaré sólo de paso esos extraños candelabros de luz fría que parecen iluminar día y noche, en los relatos de los que recorren la selva, las avenidas de esas misteriosas ciudades que nos aguardan.

Estatuas de oro, subterráneos, grabados de la antigüedad mediterránea, indios blancos, luminarias eternas,² he ahí con

1. Al parecer, los ritos de la Pedra Pintada guardan afinidad con los del clero celtibérico.

2. ¿Acaso estas luminarias perpetuas contienen *cucuyos*, luciérnagas utilizadas por los incas y cuyo poder de iluminación se extendía a 60 m?

qué organizar, al menos, una docena de expediciones, ¿no les parece?

Mi relato toca a su fin. Pero, casi cada día, podría aumentarlo, ya que, en nuestra época, no pasa una estación del año sin que se ensanche el campo de los descubrimientos y, al propio tiempo, el misterio de lo que surge ante nuestras miradas incrédulas.

Mañana, con la décima parte de los medios empleados para la conquista de nuestro pálido astro lunar, el verdadero descubrimiento de nuestra Tierra se revelará cien veces más fértil en sorpresas. Un día, el sueño del coronel Fawcett habitará en la mente de multitudes, y Eldorado ofrecerá su último mensaje. Tal vez ya no sea en forma de un vil metal, sino, como el secreto del alquimista, a través del descubrimiento de las fabulosas civilizaciones cuyo recuerdo guarda el continente americano. La Amazonia será un faro más en el pasado de los hombres.

¿Quieren adelantarse a esos descubrimientos inminentes? ¿Quieren formar parte de los pioneros? Los espero.

LA MESETA DE LOS ANTEPASADOS

Es preciso alejarse de Lima unos 50 km a lo largo del valle del Rimac. Siempre en dirección a la cordillera, hay que hacer otros 20 km, esta vez por el valle de Santa Eulalia. Debe recorrerse, por espacio de 10 km, un tercer valle, el de Carhuayamac, hasta la ciudad de San Pedro de Casta. A partir de ahí, las carreteras empedradas dejan paso a los senderos. Uno de ellos llega hasta la meseta de Marcahuasi. No estamos lejos de los 4.000 m de altitud.

Tal es el itinerario que el arqueólogo peruano Daniel Ruzo siguió en 1952. No iba guiado por el azar: las leyendas abundan en el Perú, los especialistas de las civilizaciones andinas tienen en cuenta las indicaciones que les ofrece su estudio y, a veces, uno de estos indicios permite avanzar un paso en la comprensión del pasado, por muy complejo y misterioso que sea. También, a veces, el hilo de la tradición oral conduce a un descubrimiento que promete tener gran repercusión. Éste fue el caso.

En la alta meseta de Marcahuasi,¹ de una superficie de 3 km², se encuentran reunidos los testimonios de piedra de una civilización megalítica desconocida. En una época que sería aventurado querer precisar, unos hombres aprovecharon la disposición natural de las peñas para darles una forma definitiva, particularidades identificables, de suerte que su culto animalístico, sus símbolos antropomórficos y su magia se

1. Situación de la meseta: 11° 46' 40" de latitud Sur, por 76° 35' 26" de longitud Oeste.

integraron en el caos geológico para hacer de ello un inmenso conjunto de esculturas.

«He dado el nombre de Masma a ese pueblo de escultores —dirá Daniel Ruzo después de su descubrimiento—, porque, desde un tiempo inmemorial, se designa por este nombre un valle y una ciudad que se encuentran en la región central del Perú, habitada por los huancas hasta la llegada de los españoles.»

Con respecto a esta cultura masma, una sola cosa es segura: es de las más antiguas del mundo. Puesto que en ella hay megalitos, ¿se la puede creer contemporánea de Stonehenge y de Carnac? ¿Puede establecerse, como resulta tentador hacerlo, para asegurarse un poco de lógica en el pasado dislocado de los pueblos desaparecidos, alguna relación con la isla de Pascua? Una habilidad mayor que la mía daría una apariencia de solidez a cualquier hipótesis. Pero la realidad habla. Aquí, los bloques no fueron traídos de una cantera lejana. Los materiales estaban allí, soldados al suelo por su masa y sus incommovibles raíces de piedra. Los hombres no pudieron hacer otra cosa más que someterse a la inspiración de la Naturaleza,¹ al capricho mineral que ellos traspusieron con mano maestra. Sus intenciones siguen siendo impenetrables. Lo que ellos veían en la época en la que la altiplanicie les servía de lugar de habitación o, más probablemente, de lugar sagrado, suscita preguntas sin respuesta. Debido a que una de las peñas fue esculpida en forma de estegosaurio,² ¿debemos inferir de ello que los habitantes de la meseta de Marcahuasi vivían en la Era terciaria?

El azar y la intención

«¡Alto ahí! —interrumpe el positivista—. Las fantasías geológicas son numerosas, y sorprendentes...»

Ni que decir tiene que en el reino de los espectros de piedra no es un crimen de lesa romanticismo el mirar las cosas dos veces. Como en Bimini, si las olas del océano se avinie-

1. Aun cuando la técnica de las caras sin ojos, en las que la sombra de las cejas da la ilusión de la mirada, sea común a la cultura masma y a la de la isla de Pascua.

2. *Estegosaurio*: reptil del final de la Era secundaria (cretáceo), de 7 m de largo y cuyo lomo estaba cubierto de anchas placas óseas.

sen a volver a efectuar una soberbia demostración de albañilería, la explicación «natural» cortaría por lo sano toda discusión, y la cultura masma se desvanecería. Pero, en ese lugar de la cordillera como en las costas de las Bermudas, la réplica no es exigua: en Bimini, tiene 600 m de longitud y, en Marcahuasi, se aferra a una voluntad de expresión que se traduce por múltiples condiciones.

Estas condiciones de autenticidad las enumeró Daniel Ruzo con ocasión de una conferencia que pronunció ante la Sociedad de etnografía de París, el 6 de diciembre de 1958: «El gran número de esculturas antropomórficas y zoomórficas ejecutadas en espacios restringidos; la repetición de los mismos motivos; la reunión de varias figuras en una misma roca; el lugar exacto en que uno debe colocarse para que el punto de vista permita apreciar las obras en sus formas perfectas; el hecho de que este emplazamiento esté señalado en el terreno por una obra ejecutada con la misma técnica y la misma factura, lo cual, de toda evidencia, implica a un escultor único para las dos partes de una misma obra; la manera como ese escultor supo aprovechar los juegos de luces y de sombras según las horas del día y las estaciones del año para poner de manifiesto las imágenes talladas; los alineamientos exactos de puntos esenciales pertenecientes, al menos, a tres monumentos diferentes: el arte indiscutible y el estilo oriental de las esculturas.»

Estas comprobaciones inducen a Daniel Ruzo a rechazar la idea de atribuir esos vestigios prehistóricos a la acción de la Naturaleza. Pero los escépticos no se dan por vencidos, y, sin duda, por esta razón la cultura masma suscita algunas sonrisas. El escepticismo, desde luego, es como la fe: tenaz, con frecuencia inexplicable si no es por una íntima iluminación. En materia de Arqueología, los incrédulos tienen excusas: aquí, la revelación que se ofrece a su perspicacia requiere una ascensión de 4.000 m. Allí, está tan fuertemente sujeta a caución, que sirve para poner en guardia contra toda aventura peligrosa en la que el conformismo podría quedar resentido.

«¿Y la cultura bellifontiana? —puede objetar el más honrado de los sabios—. Id a Fontainebleau y decid lo que pensáis de ella.» El índice de frecuentación de un lugar no altera en nada su poder de misterio. Generaciones de enamorados han pasado cerca de las paredes de la gruta de Font-de-Gaume sin

hacer el menor caso de las pinturas que se encontraban allí desde hacía más de veinte mil años. Cortejos de excursionistas pueden infestar el macizo forestal de Fontainebleau sin ver allí otra cosa más que el último jardín público de la región parisiense. Ahora bien, si hay que dar crédito a Robert Ganzo, unos ojos alerta detectarían allí cosas curiosas.

No se trata del Montero Mayor ni de su jauría diabólica apareciéndose al paseante extraviado. El bosque, que durante mucho tiempo continuó siendo una región salvaje en la que los jinetes sólo se aventuraban cuando iban en grupo, debió de ser el refugio de religiones antiguas, que encontraban allí el lugar iniciático adecuado, bajo la protección de la inmensidad silvestre y de sus fantasmagorías, que mantenían apartados a los intrusos. Tampoco se trata de los descubrimientos de Villeneuve-sur-Auvers y de la gruta del Sarraceno,¹ que se relacionan, indiscutiblemente, con el final del paleolítico y con el mesolítico. Son las supervivencias de ritos célticos en el macizo de Fontainebleau las que inducen a uno a interrogarse frente a las rocas de formas extrañas. Un águila, una cabeza de león, una tortuga con el caparazón cubierto de escamas, enormes lagartos antediluvianos aparecen, efectivamente, cuando la sagacidad de un fotógrafo capta el ángulo y la iluminación que los ponen mejor de manifiesto. ¿Es que unos remotos adoradores « echaron una mano » a la Naturaleza? ¿Ese arte animístico está situado bajo el signo de la iniciación... o de la erosión? ¿Fueron cinceladas por el tiempo las líneas que despiertan nuestro asombro? ¿Dónde se encuentra la frontera entre el azar y la intención?

Cuando no se puede juzgar a base de otras pruebas que no sean la fotografía, no son los signos manuales los que despiertan más interés, sino la mente que dictó su disposición. Tal voluntad inteligente aparece en las reproducciones de las rocas esculpidas de Marcahuasi. Sobre todo en lo que respecta a unas figuras colosales en las que Daniel Ruzo descubre una influencia inesperada: la de Egipto. En varios puntos, aparece

1. Ideogramas de la gruta del Sarraceno, cerca de La Ferté-Alais, cuyo descubridor fue René de Saint-Perier, y necrópolis campiniense de Villeneuve-sur-Auvers, descubierta por R. Ganzo en 1958.

representada la diosa Thueris.¹ Símbolo de la fecundidad, estaba personificada por un hipopótamo hembra, erguida sobre sus patas posteriores. Que este animal haya inspirado a los escultores egipcios, nada más normal. Que haya sido «imaginado» a 4.000 m de altitud, en la cordillera de los Andes, ya resulta menos explicable.

En ese mismo lugar situado a tan grande altura, los hombres de la prehistoria americana bosquejaron un curioso retrato de familia: una roca doble, de 25 m de altura hasta su cima, comprende dos caras que miran hacia el Norte y hacia el Sur, respectivamente. De perfil, aparecen catorce figuras, en las que se ven razas diferentes, lo cual vendría a apoyar las afirmaciones de Daniel Ruzo, según las cuales la cultura masma no habría estado aislada, y sus relaciones con pueblos exteriores son evidentes.

Aun cuando no puede establecerse ninguna correspondencia en las épocas pasadas, existen en Marcahuasi conocimientos astronómicos, que hacen pensar en el calendario de Stonehenge. Daniel Ruzo estudia sus detalles topográficos. Entre los monumentos llamados el Altar de los Sapos, el León africano, la Cabeza del Inca y ciertas posiciones del Sol, las relaciones son evidentes. La sombra de las rocas recorre una zona delimitada entre los solsticios de invierno y de verano. Otros momentos del año están indicados por sombras cuya dirección y longitud fueron cuidadosamente calculadas.² El estudio de estas coordenadas nos pondrá, naturalmente, en presencia de un conocimiento de los ciclos solares y lunares que tenía una importancia tan grande en la vida de los pueblos andinos. Pero, ¿qué es lo que se sabrá acerca de estos pueblos, de su origen y de los tiempos en los que les correspondió vivir? ¿Contemporáneos de los constructores de Stonehenge o de Tiahuanaco? Esta pregunta es, precisamente, la que nos hace pasar a través de las cronologías como el perro amaestrado a través de un aro. La rarefacción del oxígeno en las cimas de la cordillera haría peligroso tal salto. Pero, si de tan lejos, y ante la audacia de las hipótesis propuestas, son lícitas unas

1. En Marcahuasi, también, un retrato de *faraón*, cuyo tocado se inspira visiblemente en el estilo egipcio y en las cabezas negroides típicas del Alto Egipto.

2. Inexplicables fenómenos fotográficos se han observado en Marcahuasi: figuras esculpidas que resultan diferentes a simple vista y en los positivos, aunque diferentes al proyectar el negativo...

acrobacias mucho más inconsideradas, con mayor razón cuando, descendiendo un millar de kilómetros hacia el Sur, permaneciendo en la misma altitud, vemos el inmenso lago cuyas largas hierbas acuáticas no son las únicas en tender trampas.

Los dioses del lago

Entre las dos cordilleras, la meseta se extiende como un rellano, un pasadizo bordeado de cimas que pasan de los 7.000 m de altura. Al Norte, donde Marcahuasi ha fijado su enigma, el espacio comprendido entre las cadenas de montañas no llega a 200 km de anchura. Pero, en los confines del Perú y de Bolivia, el desierto pedregoso se convierte en una gigantesca terraza de un millar de kilómetros de anchura en donde se halla situado el lago Titicaca inexplicable, inexplicado.

En la altiplanicie, el ritmo de la vida humana aparece modificado. El sol traslúcido, el aire avaro de oxígeno, los días tórridos y las noches polares pueden hacer creer que ninguna civilización, tal como la concebimos, ha podido desarrollarse en estas condiciones. Sin embargo, los indios de las mesetas viven allí, y viven hasta edad muy avanzada. Pero las casas construidas por el hombre blanco se derrumban en La Paz o en Lima cuando la tierra es sacudida, y las ruinas antiguas que se elevan en las orillas del lago permanecen en pie. En el cielo límpido, los cóndores describen círculos por encima de la ciudad visible y sobre las que ya no lo son.

Si la Naturaleza ha intervenido en esos lugares, sólo ha sido para aumentar las dificultades de vivir en ellos. Ciertamente, unos organismos adaptados a las exigencias de la altitud no padecen los males que experimenta el europeo. Otros dirán: unos organismos diferentes de los de los seres terrestres pudieron escoger esta plataforma desolada para establecer en ella su domicilio, edificar monumentos cuya magnitud y mensaje escapan a nuestra comprensión. Así, ante el espejo infinito del lago, la imaginación soñadora puede llegar al paroxismo. Y los arqueólogos andinos, poco indulgentes para con los aficionados a lo fantástico, tampoco pueden sustraerse a ciertas interrogaciones peligrosamente irracionales. ¿Cómo podría ser de otro modo? Entre los sabios y el pasado de Tiahuanaco, los dioses sirven de intermediarios.

Entonces aparece un dios blanco precolombino (y la palabra adquiere una elasticidad fabulosa) que no podía, en modo alguno, realizar en aquellas orillas una travesía oceánica:

«Viracocha se inscribe a la cabeza del insólito y hormigueante panteón andino», escribe Simone Waisbard. Y podemos preguntar: «Pero, ¿se trata verdaderamente de un dios? ¿O bien de un apóstol de carne, blanco y barbado, y de dónde vino?»

No fueron los indios interrogados por los oficiales de Pizarro los que respondieron de un modo satisfactorio. Para ellos, Viracocha no habitaba ni el cielo ni la tierra. ¿Habría salido de una de las innumerables bocas del Agartha subterráneo, semillero de maestros espirituales? Tampoco. Él es dios y él crea. Él crea la pareja original: Manco Capac y Mama Ocllo. El lugar del prodigio, cuna de la Humanidad, resulta ser un islote rocoso en medio del lago. Extrapolamos: el paraíso terrenal a 4.000 m de altitud, y una línea de descendientes de quienes lo habríamos aprendido todo, si no hubiésemos partido del principio contrario, de que el Viejo Mundo había influido tan profundamente en el Nuevo.

Un panteón «insólito y hormigueante». No podría encontrarse una fórmula más feliz. La génesis de las tradiciones andinas se inspira, seguramente, en las profundidades del lago Titicaca, pero sería demasiado simple creer que se despliega sin confusión. El árbol genealógico de Manco Capac es tortuoso. ¿No lo hemos encontrado en una época reciente, hacia el año 1300, refugiado en Machu Picchu con un puñado de fieles? ¿Acaso el nombre fue atribuido a una estirpe de soberanos y de héroes? ¿Seguirá siendo siempre incierto el origen del primero de los Manco Capac?

Otro personaje se halla presente en los alrededores del lago, pero su realidad es igualmente discutible: Tonapa, un profeta, que habría venido del mar, que curaría a los enfermos y acumularía los prodigios. Desde hace mucho tiempo, su identidad constituye el objeto de investigaciones y suposiciones inesperadas. Los misioneros españoles vieron en él a un pionero de la predicación.¹ En 1968, refiere Simone Waisbard, el sociólogo Werley Craig, líder de la Iglesia de Jesucristo de los Últimos

1. «...El santo blanco predicó de viva voz durante mucho tiempo antes de la llegada de los cristianos», escribía en 1621 el padre Ramos Gavilán.

Días, anunció que, «cien años después de su crucifixión, Jesucristo recorrió las tierras americanas. El dios peruano Viracocha y el dios mexicano Quetzalcóatl no fueron más que una misma persona: Jesucristo, reencarnado en un anciano patriarca de luenga barba y blancas vestiduras, dotado de majestuosa presencia».

Cuando el misticismo abre sus puertas a la ciencia-ficción, los controles de identidad resultan delicados. Pero Tonapa, seguido en su pista por alguien tan perspicaz como Simone Waisbard, no puede confundirse con Viracocha. No obstante, se cruza en el camino de Manco Capac, quien habría heredado de él un bastón de oro, varita mágica o cetro real. Este atributo no sería extraño al nacimiento de una dinastía y del Imperio de los Incas. La realidad de Manco Capac nos lleva, de antepasado en antepasado, a ese «señor del mundo entero», Huyustus, fundador de Winay-Marka, ciudad monumental que él habría edificado sobre las ruinas de Chucara. Winay-Marka, más antigua que Tiahuanaco... Chucara, mas antigua que Winay-Marka...

Este resumen genealógico de Manco Capac quizá no será apreciado por los americanistas anquilosados. Yo solamente me arriesgo a presentarlo para justificar el vértigo que se adueña de nosotros al acercarnos a las ruinas.

Tiahuanaco, ciudad nueva

Ante todo, ¿cuál es esa ciudad antigua cuyas ruinas se extienden sobre 45 Ha, al sudeste del lago? En el kilómetro 21 de la línea férrea, el cartel de la estación que indica Tiahuanaco¹ hace alusión, naturalmente, al lugar arqueológico que se ofrece a la mirada del viajero. Pero, los vestigios accesibles hoy día, ¿tienen algo en común con las ciudades desaparecidas, habitadas por los héroes de la mitología lacustre?

Sin embargo, incluso si no existiera ninguna alusión a ciudades más antiguas construidas en ese emplazamiento, los monumentos de Tiahuanaco bastarían para suscitar insolubles enigmas.

1. La parte del Altiplano en la que se extiende el complejo arqueológico de Tiahuanaco se encuentra en el territorio de Bolivia (La Paz, a 80 km).

A cuatro metros por encima del nivel medio del Altiplano, la metrópoli fue orientada con precisión. Es difícil reconstruir su plano, pero la fotografía aérea ha revelado la simetría de los ejes principales. La diagonal que une el Kalasasaya, templo grandioso que se elevaba sobre una plataforma artificial de 35.000 m³, con la pirámide de Puma Puncu marca un ángulo de 45° con relación al norte geográfico. Todos los ejes fueron trazados a partir del Akapana, pirámide de 200 m de lado por 25 m de altura, de restos impresionantes.

Pirámides dislocadas, templos y palacios desmantelados sólo ofrecen a las investigaciones el tercio de la superficie construida en otro tiempo. En esas 12 Ha, sabios americanistas y teóricos de lo fantástico han interrogado las mismas piedras, sin llegar a ninguna conclusión definitiva, a ninguna clasificación racional, a ninguna solución histórica. La originalidad se halla por doquier presente en Tiahuanaco. Y la originalidad, en materia arqueológica, es un defecto capital para cualquiera que es aficionado a referirse a los cuadros sinópticos.

¿Había en la plataforma superior de la pirámide sagrada de Akapana un depósito de agua que permitía a los habitantes resistir un asedio prolongado? ¿Fue cavado ese depósito por los buscadores de tesoros? ¿Qué significarían, en este caso, las canalizaciones que llegan hasta su cima?

Del Akapana, una vía majestuosa llega hasta el Kalasasaya. La laguna del lago tocaba el pie de su amplia escalinata de gres rojo. ¿Qué era ese edificio? El francés Alcide d'Orbigny (1844) veía en él un templo, el atlantista Imbelloni (1956) imaginaba un lugar de ceremonias, el suizo Tschudi hablaba de fortaleza y Arthur Posnansky (1954) situaba allí un observatorio astronómico...

Posnansky, al que sus trabajos considerables y rigurosos no impiden que sea clasificado entre los amantes de lo fantástico, subraya, por otra parte, uno de esos detalles que sirven de trampolín para las mayores fantasías: unas embarcaciones atracaban en el muro contiguo a la parte norte del templo. Y que así: «...Un muelle y la entrada de este muelle, en el que abordaban las grandes balsas cargadas de monolitos que debían ir a buscar a las islas sagradas o más lejos, al otro lado del lago.»

¿Puerto lacustre? La idea hace pegar un respingo a los arqueólogos. Pero esta idea, como veremos, será adoptada de nuevo y adaptada a las dimensiones de un problema geológico que autoriza suposiciones mucho más extraordinarias. Muy cerca de Kalasasaya, donde se levanta la «Puerta del Sol», que deberá constituir el objeto de una meditación particular, los vestigios de un pequeño templo en pendiente han puesto de manifiesto los conocimientos hidráulicos de ese pueblo desconocido. Gárgolas, colectores, canalizaciones de pendiente perfecta ponían los monumentos al abrigo de las lluvias torrenciales. También protegían las setenta cabezas esculpidas que guardan, testigos de secretos que permanecerán impenetrables, los muros del *Templete*.¹

A un kilómetro del Akapana, una pirámide bate el récord de gigantismo. Se distinguen todavía sus cuatro gradas. Los procedimientos empleados para su construcción nos remiten a los problemas planteados en Gizeh, en Stonehenge y en Po-napé. Unas losas, de 2 m de grosor, largas de 8 y anchas de 4, pueden alcanzar un peso de cien toneladas. Estas medidas harían superfluo todo comentario si no se descubriese en el ajustado de estos mastodontes un afán de perfección sin equivalente: unas muescas practicadas en los ángulos de los monolitos servían de lecho al cobre y al plomo fundido que, al solidificarse, formaba unas espigas para uso de gigantes...

¿Esta pirámide de Puma Puncu no sería, más bien, el palacio imperial de Tiahuanaco, en la época en que el Inca y sus consejeros se sentaban en el trono y en los enormes bancos de piedra empotrados en la plataforma? Este género de interpretación rejuvenece el problema y despeja sus incógnitas, ya que Tiahuanaco fue, con toda seguridad, «utilizada» por los incas, de la misma manera que el rey Keops utilizó, según las teorías expuestas anteriormente, la Gran Pirámide construida mucho tiempo antes de su reinado. Todo el misterio de Tiahuanaco estriba en ese período preincaico del que pocos elementos permiten medir su extensión.² De lo que subsiste del más antiguo imperio de Tiahuanaco, ¿qué es lo que podríamos adivi-

1. El *Templete*: descubierto en 1903 por Georges Courty y reconstruido en 1964 por los arqueólogos bolivianos.

2. Victor W. von Hagen, propenso a rejuvenecer el pasado precolumbino, data del siglo XI al XIII el dominio del imperio de Tiahuanaco sobre el Perú y Bolivia.

nar? Las excavaciones más recientes permiten afirmar que cinco civilizaciones se sucedieron en ese lugar. La última cronológicamente ha dejado los vestigios de una ciudad que puede calificarse de nueva, teniendo en cuenta la antigüedad incommensurable de las anteriores. ¿Cómo desaparecieron esas civilizaciones? ¿Por cuál maldición fue entregada Tiahuanaco a la destrucción? Si los cataclismos naturales se encuentran en la base de hipótesis fascinantes, sería presuntuoso ignorar los estragos de la imbecilidad...

De los cretinos al diluvio

El tema de este libro suscita frecuentes alusiones a civilizaciones avanzadas, a conocimientos técnicos y espirituales diferentes de los nuestros, a poderes que el tiempo alteró o modificó conforme a una evolución, consciente o ciega según las opiniones. Pero el lector habrá observado, junto a cada testimonio digno de despertar nuestra curiosidad y de orientar nuestras fantasías, la presencia histórica de la estupidez. Dondequiera que se manifiesta el genio de los milenios transcurridos, el cretino de los tiempos modernos se manifiesta por una consternante voluntad de destrucción.

Las hornacinas cavadas en los megalitos de Morbihan para colocar en ellas estatuillas san-sulpicianas no son sino una manifestación benigna de la inconsciencia. En Tiahuanaco es posible imaginar que los cataclismos horbigerianos no son sino bagatelas al lado de las demoliciones organizadas por el hombre. Ciertas reflexiones de intelectuales del siglo XIX permiten vislumbrar una actitud que sólo puede engendrar desastres. Cuando Louis-Claude Vincent descubre una de ellas, no deja de hacérsola saborear. Júzguese de ello por esta cita de Robertson, extraída de una reseña del Congreso internacional de los americanistas celebrado en Nancy en 1875:

«En toda la extensión de ese vasto imperio no hay un solo monumento o incluso los vestigios de una sola construcción que sea anterior a la época que precedió a la Conquista.» Y, más adelante: «...A la llegada de los españoles, los indígenas no conocían ninguna de esas artes que constituyen el pri-

mer intento realizado por la ingeniosidad de los hombres.»¹

Exactamente, la ingeniosidad de los conquistadores se ejerció de un modo curioso. Al igual que el revestimiento de las pirámides de Gizeh, utilizado por los habitantes de El Cairo, las piedras de Tiahuanaco, al menos las más transportables, sirvieron para la construcción de la aldea vecina. A veces, los misioneros católicos, como el padre Bernabé Cobo, que escribió a principios del siglo XVII una *Historia del Nuevo Mundo*, adivinaban la prestigiosa antigüedad de los materiales diseminados.

En cuanto a los aficionados a las cosas bellas (aquellos arqueólogos-coleccionistas que actuaron en los valles del Nilo y del Vézère),² tuvieron numerosos imitadores en las altas mesetas andinas. Removieron tanto el subsuelo que, en nuestros días, es imposible determinar las capas que corresponden a los períodos sucesivos de habitación.

Entonces entró en escena un hombre al que este espectáculo llenó de amargura. Arthur Posnansky, ingeniero alemán establecido en La Paz, tuvo la revelación de la arqueología en medio de las ruinas de Tiahuanaco. Tocado por las presencias invisibles que merodeaban aún en medio de las obras maestras maltrechas, intentó un salvamento desesperado. Sus escritos se escalonan de 1914 a 1956 y contribuyeron a llamar la atención de investigadores más respetuosos del pasado que sus predecesores. Revelaron la importancia excepcional del patrimonio, cuya salvaguarda debía, ante todo, asegurarse Bolivia. Pero, ¡ay!, antes de que el cambio de actitud tan deseado hubiera dado sus frutos, Tiahuanaco continuó siendo víctima de una avidez incontrolada. Entonces Posnansky dedicábase a fotografiar sin descanso los vestigios destinados a la destrucción. Tomando un sinfín de medidas, trazaba los planos de la ciudad antes de que fuera arrasada. Después obtuvo de las autoridades de La Paz la creación de un museo en el que se reunirían las obras de arte y los materiales significativos de la gran civilización desaparecida. Esto es lo que hoy se le reprocha: este género de trasplante es considerado hoy día como un

1. Adoptando el partido contrario, A. Allen declaraba en este mismo congreso de Nancy: «En muchos respectos, el Nuevo Mundo resulta más antiguo que el nuestro.»

2. Belzoni, Lepsius, Prisse d'Avennes en Egipto, Hauser en las Eyzies, para no citar más que a éstos entre muchos otros.

absurdo. Parece ser que los arqueólogos olvidan las circunstancias que colocaron a algunos pioneros ante un dilema patético: dejar unos vestigios en su sitio, con el riesgo de verlos desaparecer al cabo de algunos meses, o ponerlos a buen recaudo separándolos de su contexto. Después de todo, equivale a optar entre nada y algo.

Pero no se sabe si esta puesta en el índice no es la consecuencia de motivos de queja más conformistas. Al entregarse a estudios minuciosos del lugar, Arthur Posnansky cayó bajo su hechizo. Las cronologías elaboradas por los americanistas se le antojaron exageradas o demasiado tranquilizadoras. Éstas distinguen en la historia de Tiahuanaco dos etapas de cultura la más primitiva de las cuales se sitúa antes de la Era cristiana, aproximación que, dicho sea de paso, no es comprometedora. La más reciente se extendería de 500 a 1000 de nuestra Era según los unos, de 1000 a 1300 según los otros. Habría conocido su apogeo antes de la llegada de los incas.

La relativa actualidad de ese pasado excluye la antigüedad fabulosa que se confunde con trastornos terrestres, de los que las ruinas y el lago ostentan los estigmas. Sin embargo, cada uno de los dos bandos remite a los mismos enigmas. «Nada permite descubrir la historia perdida de Tiahuanaco —leemos en Sprague de Camp—.¹ Los acontecimientos que no pudieron consignarse por escrito quedan borrados para siempre, al morir aquellos que guardaban su recuerdo.»

En estas condiciones, cada cual tiene derecho a la discusión. Posnansky propone la fecha de 40.000 años antes de J. C., y los positivistas ironizan. Bellamy y Saurat irán más lejos todavía. El punto común a estos audaces es la hipótesis según la cual Tiahuanaco fue un puerto y que un cataclismo gigantesco causó su pérdida. Mucho tiempo antes de que los funestos demoledores que destruyeron, sin duda, inestimables fuentes de información, el Diluvio puso fin a la poderosa civilización del Altiplano. Un diluvio, esto es plausible, pero ¿cuál?

1. L. y C. Sprague de Camp relacionan la civilización de Tiahuanaco con la de los Chavins, que se desarrolló en las altas mesetas del Norte entre 1200 y 400 a. de J. C.

Navíos sobre el tejado

Un diluvio está allá, presente en la cordillera, tan presente como las ruinas de la ciudad. Los vestigios más viejos del mundo, quizá. Pero, ¿cómo admitir que los hombres que edificaron la primera de las ciudades de Tiahuanaco fueron víctimas de un fenómeno natural en unos tiempos en que sólo se veían animales monstruosos en la superficie de la Tierra? Sin embargo, en la meseta de Marcahuasi, unos escultores habrían representado al *estegosaurio*... Y, entre los adornos esculpidos de Tiahuanaco, figuran estilizaciones del *toxodonte*, animal del terciario.¹

La acción del agua, a través de un período de duración indeterminada, es visible alrededor de las ruinas que se encontraron así sobreelevadas con relación al nivel medio de la meseta. Si el lago Titicaca no se formó hasta la época cuaternaria, si sólo fue el inmenso depósito de las aguas de fusión de los glaciares, ninguna empresa humana puede desarrollarse a aquella altura. Las terrazas de erosión alcanzan la altitud de 3.885 m. Debajo, no había nada, ni ciudad, ni puerto, ni habitantes.

Pero los vestigios de sedimentación que intriguaron a Denis Saurat no se deben a la fusión de los hielos... Esa línea discurre a lo largo de 700 km del lago Umayo, en el Perú, al lago Coipusa. En la región del Titicaca, pasa *por encima* del nivel actual de las aguas y continúa, hacia el Sur, descendiendo poco a poco. ¿Es que el mar bañaba esos parajes? ¿Llegaba a la altura de las montañas o éstas se encontraban 4.000 m más abajo? «Estando situada la línea de sedimentación entre los 100 m y los 30 m por encima del nivel del lago —observa Robert Charroux— el supuesto "puerto" de Tiahuanaco habría sido, pues, el puerto de una ciudad sumergida a 87 m bajo las aguas.»²

1. Se han descubierto osamentas de *toxodonte* en las ruinas de Tiahuanaco.

2. Con relación a las terrazas de erosión, G. Terrazas Mogrovejo (1970) sitúa el «área de las ruinas» a 43 m de profundidad.

Cojamos la pelota al vuelo: ¿y si el verdadero «puerto» de Tiahuanaco se encontraba en el fondo del lago, con la ciudad más antigua que habría sido reconstruida tres, cuatro y cinco veces, hasta que la última réplica se encontrase a más de veinte kilómetros de la orilla? Unos geógrafos se han preguntado si el lago no era un fragmento del océano Pacífico, abandonado en la cima de las montañas después de un alzamiento prodigioso, cuya visión, en todo caso, no puede asociarse a la de seres humanos viviendo en la misma época. Sin embargo, existe una corriente de ideas que remite las cosas a su sitio, la cordillera al suyo y los ribereños del lago al suyo también.

Al ir al encuentro de los hiperbóreos, en un capítulo anterior, nos cruzamos con el austríaco Hans Horbiger, con sus asombrosas teorías y con las consecuencias ocultas que éstas tuvieron sobre algunas mentes germánicas hacia 1925. La lucha perpetua entre el hielo y el fuego, los inevitables ciclos cósmicos que determinan el destino de la Humanidad van acompañados de un fenómeno de gravitación que acerca periódicamente un satélite a nuestro planeta. Durante el período que precede a su caída a la tierra, su atracción se vuelve tan poderosa, que los océanos son aspirados, su superficie es convexa, su altura desmesurada. Los Andes llevan la marca de este vientre oceánico: la famosa línea de sedimentos marinos que se prolonga a lo largo de centenares de kilómetros no es horizontal, sino que da la idea de un hinchamiento de las aguas, anormal y momentáneo.¹

La hipótesis de la cadena montañosa surgiendo del océano, en un movimiento opuesto al que ocasionó la desaparición de la Atlántida, no es sustentada por los horbigerianos. Por otra parte, las épocas son diferentes (cien milenios, al menos, las separan) y todo lo que hace referencia a la Atlántida se integra, junto a los enigmas andinos, en tiempos recientes y en un diluvio de sólo once o doce mil años de antigüedad. La fantástica marea lunar que afecta al Altiplano del Callao data de 250.000 a 300.000 años antes de nuestra Era. Tiahuanaco no se halla al borde del lago: es un puerto de mar.

1. Denis Saurat precisa que, en la hipótesis de un alzamiento de los Andes, la línea de sedimentos «se habría quebrado en miles de fragmentos no identificables».

Al tratar de sacar una lógica de estas teorías adoptadas por Bellamy, Kiss, Posnansky, Saurat, etc., me doy cuenta de que la más antigua de las ciudades de Tiahuanaco no fue ni antediluviana ni posdiluviana, sino contemporánea de una elevación de las aguas al aproximarse la espantosa colisión.¹ En espera de ésta, ¿qué es lo que queda de las tierras emergidas? Los Andes, el alto México, la cima de Nueva Guinea, el Tibet y las montañas de Abisinia. Los hombres de Tiahuanaco se hallan en relación con estas regiones que permanecieron incólumes. Sus naves surcan los océanos de forma de lupa hasta el día en que la luna terciaria caerá, modificando radicalmente las condiciones de supervivencia de esa remota Humanidad. Los océanos «desinflados» descienden, descubriendo, aquí, altas tierras, y allá, sumergiendo otras. El diluvio es el mismo para todos, pero sus consecuencias varían según las latitudes. Los habitantes del puerto de mar se encuentran ahora al borde del lago más alto del mundo. El aire se ha enrarecido. Los desarrollos insólitos del organismo bajo el efecto de una atracción cada vez más fuerte han quedado súbitamente interrumpidos. Es el final de una civilización y, tal vez, el final de un reino cuyo gigantismo viene sugerido por los ídolos de Tiahuanaco.

Todo esto sucede al final del terciario. Hay, pues, lugar para la gran fusión de los hielos,² que, al principio de la Era siguiente, sepulta a Tiahuanaco, cuyas ruinas se encontrarían, entonces, a unos cincuenta metros bajo las aguas. Geógrafos y teóricos de lo fantástico encontrarían aquí un acuerdo posible, de no existir inagotables reservas de argumentos que los separan para siempre.

En realidad, el agua de las cumbres nevadas no habrá sido suficiente para desalar esa porción de océanos suspendida sobre uno de los tejados del mundo. El agua del lago Titicaca es tan salada, que no sirve para regar las tierras incultas de las altas mesetas.³ Tampoco ha hecho desaparecer los alucinantes testigos de esa Era terciaria que haría de Tiahuanaco el lugar

1. Recordaremos que la Luna actual sería el cuarto satélite captado por la Tierra.

2. Los geólogos estiman que las leyendas relativas al diluvio andino se relacionan con los «períodos de glaciación y con inundaciones sucesivas que fueron el resultado de los mismos».

3. Relación de una misión francesa en junio de 1970, mencionada por Simone Waisbard.

arqueológico más antiguo de la historia de la Humanidad. En las profundidades del lago evolucionan unas criaturas que aún no han terminado su mutación. Los queles, sapos gigantes de 60 cm de longitud, medio batracios, medio peces, habitan la sabana submarina de las algas inmensas y jamás suben a la superficie. Se han quedado en la Era terciaria, la de los *toxodontes* esculpidos en las piedras...

Cuando consideramos unas edades tan remotas, nos resulta difícil hablar de ciudades sepultadas que serían anteriores a las ruinas actuales. Y, sin embargo, existen. A pesar de las dificultades inhumanas a las que se enfrentan los buceadores a 3.800 m de altitud, algunas expediciones han podido realizar ciertos descubrimientos. En 1956, un americano, William Mardoff, percibió, a unos 30 m de profundidad, unos muros en los que había aberturas. A menor profundidad, y visibles desde la superficie, un arqueólogo inglés señaló la existencia de una calzada y vestigios de edificios. Las revelaciones más apasionantes han sido efectuadas por un argentino, diplomático y campeón de pesca submarina, Román Avellaneda, quien descubrió y fotografió treinta muros paralelos, separados por intervalos regulares y unidos en su base por un conjunto de monolitos. «Las ruinas descubiertas por el diplomático argentino —escribe Simone Waisbard— pertenecen, seguramente, a la más antigua civilización megalítica del Altiplano del Collao. Sin duda precedieron incluso a la famosa Tiahuanaco y a su grandiosa Puerta del Sol. Pero, ¿a qué corresponden?»

La Puerta del Sol

Tallada en un solo bloque de andesita,¹ cuyo peso se estima en 10 toneladas, mira hacia el sol levante. ¿Señalaba la entrada de un conjunto de carácter religioso, de un recinto sagrado que formaba parte del Kalasasaya? ¿No hubo nunca nada detrás de esa especie de arco de triunfo cuyas dimensiones (unos 3 m de alto por 4 de ancho) resultan modestas con relación a la magnitud de los edificios que lo rodeaban? No es, pues, su aspecto colosal, lo que hace de la Puerta del Sol uno de los mayores enigmas de la arqueología, sino la obra

1. La andesita es típica de los relieves volcánicos y es común, en Francia, en la cadena de los cerros.

maestra artística o el mensaje, o las dos cosas juntas, que ofrece a la meditación.

Hay pocos vestigios monumentales que sean objeto de teorías tan audaces como la Puerta del Sol de Tiahuanaco. «Cinzelada como un brazalete moro —escribe Robert Charroux— está cubierta de petroglifos indescifrables, pero con suficiente abundancia de imágenes para exaltar la mente.» «Si pudiéramos descifrarla y leerla —decía el coronel Churchward—, ¡qué historia tan maravillosa podría contarnos acerca del remoto pasado!»

El examen de la figura central da la medida de esta complejidad. Es una divinidad, de pie, con la cabeza circundada por rayos terminados por un círculo, excepto en los ángulos superiores, donde los rayos son sustituidos por dos cabezas de leopardo. En cada mano tiene un bastón o un cetro adornado con una cabeza de cóndor.

Ninguna de las identidades propuestas ha sido considerada satisfactoria (¿por quién habría de serlo?) y todas tienen su interés. ¿Es Viracocha? ¿Un príapo, personificando el poder creador? ¿La representación del doble ritmo cósmico del Sol y la Luna? ¿O un jaguar estilizado con los símbolos del relámpago y del trueno? ¿O bien una alusión al Imperio del Sol, en la que Churchward distingue la repetición del número tres, símbolo numérico de Mu: tres capas superpuestas formando un escudete, tres plumas a modo de coronas, tres puntos¹ en cada mejilla, etc.?

¿Y esos bastones, que tanto podrían ser cetros, como rayos o serpientes?

Esfinge del Nuevo Mundo, el dios anónimo de Tiahuanaco sería quizá claramente explicado por el libro de imágenes del cual él ocupa el centro. Pero ese libro es una colección de recetas mágicas. Impulsado por la teoría que él oye defender

1. Siendo las cabezas de aves el tótem de la reina Moo de Mayax, el leopardo el del príncipe Coh, esposo y hermano de la reina Moo (véase J. Churchward: *Mu, el continente perdido*, cap. IX).

y confirmar, el lector descifra allí una fabulosa historia, pero ésta ofrece tantas facetas como él quiere ver allí. Y algunas de estas facetas tienen reflejos tan deslumbrantes, que resulta difícil resistir su brillo...

La prueba del calendario

Es sabido que el calendario de los Incas contaba doce meses de treinta días y cinco o seis días complementarios que daban al año la extensión que nos es familiar.

Las tres hileras del bajorrelieve de la Puerta del Sol han abierto a los románticos de la arqueología perspectivas insospechadas. En la procesión de las siluetas aladas, como en el trazado del friso en el que la greca escalar se desarrolla alrededor de quince soles radiantes, Arthur Posnansky fue el primero en descubrir un calendario. No es su precisión, con perdón de los horbigierianos, lo que produce asombro. Son las observaciones, cuyo balance representaría este calendario, observaciones que, una vez más, coincidirían con las condiciones astronómicas de la Era terciaria.

Naturalmente, estos estudios son obra de una escuela muy particular, la misma que sitúa a Tiahuanaco al borde de los océanos levantados por la atracción de un satélite cuya caída es inminente...

Kiss, un alemán, propuso en 1937 el descifre de los motivos del friso y, doce años después, el inglés Ashton perfeccionó la interpretación del llamado calendario. Éste contaba, al parecer, 290 días. Comenzaría en el equinoccio de otoño del hemisferio sur, se dividiría en doce partes de 24 días, durante las cuales la Luna de entonces efectuaba 37 revoluciones alrededor de la Tierra. El movimiento aparente y el movimiento real del satélite habían sido comprendidos y calculados por los sabios de la época, de quienes dice Denis Saurat, que si no eran forzosamente superiores a los nuestros,¹ se dirigían a un público intelectualmente más evolucionado que el del siglo xx. Nuestro calendario se contenta con apariencias: so-

1. Tiempo de revolución calculado por los mayas: 365,242108 días.

lución de facilidad. ¿Por qué conceder tanta importancia a los 290 días del calendario de Tiahuanaco? Aquí interviene la referencia a Horbiger. En 1927, él había calculado que, al final del terciario, la Tierra giraba alrededor del Sol en 298 días. ¿Calculado? Él clamaba, a quien quería escucharlo, que los cálculos eran algo estúpidos y que no servían para nada. Sea lo que fuere, la Puerta del Sol le daba la razón en todos los puntos y llevaba en sí misma la fecha de su erección. Aterrados por una antigüedad que pone en entredicho la Prehistoria, la Antropología y las tribulaciones del Globo, algunos románticos proceden a efectuar cortes en el pasado. Quizá, para consolidar los lazos con civilizaciones vecinas y dar valor a coincidencias dignas de interés entre los vestigios andinos y los del Pacífico, tienen necesidad de cercenar cerros con objeto de que Mu conserve sus privilegios de cultura original. «Esta piedra —concede James Churchward— lleva al lector 16.000 años lejos de nuestra época, al tiempo en que Mu, la madre patria, reinaba aún en la Tierra, antes de que fuese engullida en aquel abismo de fuego para ser llorada por la Humanidad durante miles de años.»

Las páginas que acabamos de leer abundan en contradicciones. Si la caída del satélite terciario se encuentra en el origen de la destrucción de Tiahuanaco, si la Puerta del Sol es un calendario realizado antes del comienzo de nuestra Era, el enigma del Altiplano es el más fantástico que pueda proponerse a la mente humana.

Si Churchward no divaga al ver en la Puerta del Sol un homenaje tributado a los símbolos y también a los soberanos de Mu,¹ la civilización de Tiahuanaco sería más próxima a nosotros, entre 40.000 y 15.000 años antes de Jesucristo.

Lo que parece seguro es que desapareció después de un formidable cataclismo. Leyendas y crónicas perpetúan su recuerdo. ¿Acaso no ha suscitado muchas burlas la traducción del *Codex Troano* por Brasseur de Bourbourg? Pero el *Códice mexicano de Chimalpopok* reanima las mismas visiones:

«El cielo se aproximó a la Tierra y, en el espacio de un día, todo quedó anegado. Las montañas mismas fueron cubiertas

1. Descubierta primeramente por Georges Courty en 1903, luego exhumada por Wendell Bennett en 1932 y colocada en el Museo al aire libre de La Paz, réplica, concebida por Posnansky, del *Templete* u «Old Temple».

por las aguas. Se dice que las rocas que hoy podemos ver rodaron por toda la Tierra, arrastradas por olas de lava hirviente y que, de pronto, surgieron montañas de color de fuego.»

Lo mejor sería todavía que nos alineásemos, por una vez, entre los americanistas menos soñadores, los positivistas más acérrimos: ellos confiesen su perplejidad, y hacen bien.

Templos esbozados, pirámides destruidas, embarcaderos sumergidos no componen todo el misterio de Tiahuanaco. En ninguna otra parte (en la América del Sur) se descubrió un número tan grande de estatuas. Mirémoslas: son gigantes. Miraremos más de cerca algunas de ellas: sus manos sólo tienen cuatro dedos.

El recuerdo de los venusianos

Entre los ídolos monumentales de Tiahuanaco, el más famoso es el que se puede ver en La Paz, en la plaza del Estadio de Miraflores.¹ ¡Mide 7,30 m de altura! La cinta que ciñe la frente, el cinturón que rodea el talle forman parte de los atributos cuyo inventario se ha asignado al expediente de los venusianos.

Muchos otros *antropolitos* de Tiahuanaco presentan las mismas singularidades: rostro hermético, autoritario, en todo caso poco afable; brazo apretado a lo largo de los costados y puños cerrados sobre el pecho, en una actitud crispada, guerrera; y aquellas rodilleras claveteadas del *great idol*, que los eruditos preferían comparar a las de los jugadores de béisbol en lugar de...

Esos gigantes de piedra suscitan más inquietud que serenidad. Las sensaciones caras a los aficionados a la ciencia-ficción forman parte de esos placeres que rozan la pesadilla. Algunos observadores han visto en la Puerta del Sol algo completamente distinto de un calendario. El personaje central sólo tiene cuatro dedos en cada mano. Los 48 dibujos que ilustran el friso quizá representan aves. Pero los detalles de la escultura hacen aparecer unas máquinas extrañas que semejan motores a reacción. Lo que podrían pasar por ser plumas, o ra-

1. Hipótesis de M. Beltrán García, descendiente del historiador Garcilaso de la Vega y citada por R. Charroux en *Historia desconocida de los hombres desde hace cien mil años*, cap. III, o. c.

yos, representaría una energía procedente «de la descomposición de los rayos solares, o de su desintegración en sus dos polaridades, tal como se descomponen en los seis colores del espectro».¹ Con esta idea en mente volvemos a considerar la alegoría central con otros ojos. Se convierte en un símbolo astronómico que concordaría con los documentos antiquísimos en los que se habla de una astronave brillante como el oro y que aterrizó en la isla sagrada del lago Titicaca.

Así, pues, dejamos a un lado a los horbigierianos y a sus océanos montañoses, para asistir a la venida de extraterrestres a las altiplanicies de los Andes, donde la atmósfera habría sido favorable a organismos diferentes de los nuestros. Lo cual no implica que Tiahuanaco fuese fundada por esos visitantes. Las civilizaciones habrían conservado el recuerdo del extraño pueblo y de los gigantes bajados del cielo o, más lógicamente, resultantes del cruce entre venusianos y terrícolas. ¿Acaso algunos ejemplares de la raza gigantesca habrían podido vivir aún en la época en la que se elevaban los templos y las pirámides de Tiahuanaco? ¿Habríanse sentado en el Kalasasaya o en el Templete? ¿Habrían ayudado a colocar las losas inmensas y las estatuas-retratos de diez toneladas?

La hipótesis de una población extraterrestre no se resume en unas cuantas líneas. Propone una visión completamente diferente de la arqueología romántica. De Stonehenge a los dibujos del desierto de Nazca, de las terrazas de Baalbek a las escafandras autónomas sugeridas en la Puerta del Sol, de las torres de Zimbabwée a los frescos de Tassili, la exploración de los vestigios insólitos debe reanudarse bajo una nueva luz. La pluralidad de los mundos habitados, la idea de que no somos los primeros en querer abandonar el suelo natal provocan una revisión de las explicaciones y de las cronologías.

En un lugar tan hechizante como Tiahuanaco, encontramos, inevitablemente, un indicio que se burla de las reacciones de una mente cartesiana.² Podemos chancearnos cuanto queramos de una civilización del terciario, rechazada hasta

1. Cita del profesor J. A. Mason: *The Ancient Civilizations of Peru* (1961).

2. ¿Qué significa exactamente Tiahuanaco? *Tiha Huana Cota*: ¿lugar donde el lago se secó? *Tihuana*: ¿piedra levantada? *Tupa Guanaco*: ¿precioso guanaco, la sagrada llama blanca que se salvó del diluvio?

ahora por los antropólogos, pero he aquí que una increíble historia de dedos saldrá de la caja de las sorpresas, enterrada bajo las ruinas. Una historia en la que ya no se trata de cuatro dedos, sino de cinco.

En 1920, el profesor peruano Julio C. Tello descubrió, durante unas excavaciones emprendidas a lo largo de la costa, unas piezas de cerámica adornadas con reproducciones de un animal familiar de esas regiones: la llama. Estos animales aparecían representados con cinco dedos. Tres de más para el evolucionismo oficial, a menos que... ¡A menos que los alfareros de la época hubieran podido contemplar a la llama en el principio mismo de su evolución! Ya que se cree saber que a su aparición en este mundo, llamas, caballos y bueyes andaban tan abundantemente provistos. Cuando la oscuridad llegó a ser total fue en el momento en que bajo las ruinas de Tiahuanaco se descubrieron esqueletos de llamas con cinco dedos. ¿Animales sagrados conservados como fenómenos en los templos andinos? ¿Anomalia suplementaria encontrada en el teatro de operaciones de los visitantes anónimos?

Afortunadamente, todavía queda mucho trabajo por hacer allá arriba. Después de los tiempos de la ciega destrucción, las ruinas, estudiadas por arqueólogos respetuosos de las piedras y un poco menos desdeñosos para con los teóricos del sueño, tal vez entregarán algunas claves frágiles pero preciosas. Quizá se comprenderá entonces lo que los viejos indios querían decir al evocar el secreto que permitiría ablandar el granito por medio de esencias vegetales. Quizá se llegarán a identificar esos dos personajes de la Puerta del Sol, duendes musicales que a Simone Waisbard le recuerdan la extraña frase: «Nuestros antepasados nos han dicho que estas piedras fueron transportadas por el aire al son de una trompeta tocada por un hombre.» No habría que abrigar grandes esperanzas respecto a eso. Ciertamente, Tiahuanaco no es ni un continente hipotético ni un lugar legendario. Pero, de esa inagotable fuente de símbolos y de mensajes, de esa ciudad muerta que estuvo muy viva, la majestuosa Puerta del Sol se abre hacia una pregunta sin respuesta.

LA CIUDAD MÁS VIEJA DEL MUNDO

Ya no estamos en la época en que Alphonse de Lamartine describía Baalbek sin formularse preguntas. Su entusiasmo se despertaba a la vista de los bloques de «pórfido sanguíneo» y de los «miembros palpitantes de las estatuas caídas con el rostro contra el suelo». Confesaba que todo aquello era algo «confuso, agrupado en diversos fragmentos»... y muy emocionante, desde luego.

Actualmente, el lirismo desprovisto de informaciones ha caído en desuso. Más próximo a nuestros tiempos, el escritor americano Mark Twain se preguntaba quién había construido la inmensa ciudad-santuario cuya historia, decía, es «un libro sellado». Pasaba revista a los monumentos más majestuosos de la antigua Heliópolis, las seis columnas, todavía en pie, del templo del Sol y las del templo de Júpiter, de veintidós metros de altura. Las dimensiones de las terrazas¹ que sostienen estos edificios religiosos intrigábanle aún más, como intrigaron a aquellos que más tarde rehusaron tanto a los romanos como a los griegos la paternidad de la prodigiosa empresa. Es verdad que los griegos y los romanos modificaron la fisonomía de aquellos lugares. Por ejemplo, los pilares de Baalbek tienen capiteles corintios. Pero «es posible —escribe James Churchward— que existiera en Baalbek un estilo corintio, miles de años antes de que esta arquitectura fuese conocida en Grecia, y podemos ir aún más lejos, para afirmar sin temor

1. M. Twain, en *The Innocents Abroad*, escribe: «Esos templos están edificadas sobre unos fundamentos macizos que podrían sostener un mundo...»

que el estilo corintio no era sino un derivado del arte cara».¹

Ciertamente, los monumentos sufrieron atribuciones religiosas diversas y, hasta la época de los romanos, los adeptos de los antiguos cultos se reunieron en ellos. Las prácticas paganas perdieron entonces su verdadera significación. De la lujuria fueron deslizándose hacia la bestialidad. No fue para luchar contra estas creencias por lo que en el siglo III de nuestra Era hizo destruir Constantino los templos de los adoradores de Venus, sino para poner fin a los horrores a los cuales éstos se entregaban.

Baalbek bajo el signo de Venus

La célebre terraza de Baalbek es en realidad un zócalo. Su longitud es de unos 100 m. Los bloques que la componen pesan entre 750 y 1000 toneladas. ¿Cómo pudieron colocarse esas piedras, las más pesadas y las más voluminosas que jamás hayan sido utilizadas por seres humanos?

A cuatrocientos metros del conjunto monumental, en la «Cantera», yace la piedra tallada más grande del mundo. Sus 21 m de longitud y su sección cuadrada de 4 m de lado permiten estimar su masa en cerca de *dos mil toneladas*. Este trozo único ha recibido un nombre: *Hadjar el Quble*, la Piedra del Sur. Obreros, ingenieros, arquitectos, ¿tuvieron realmente la intención de llevarla hacia una de las terrazas que sostienen los templos?² Pero, ¿es que esas superficies, calificadas a veces de «megalíticas», fueron concebidas para servir de fundamentos?

Si dudamos antes de precipitarnos, con la cabeza baja, hacia lo fantástico, justo es admitir que esos «fundamentos capaces de sostener un mundo», como escribía Mark Twain, constituían la mejor protección contra las sacudidas sísmicas frecuentes en esa zona del Oriente Medio.³ Al mismo tiempo po-

1. Según el mismo autor, los caras o carianos emigraron de la América central al Asia Menor por la Atlántida y fueron los antepasados de los primeros griegos.

2. Dícese también que este bloque único habría sido dejado en los lugares de su extracción como prueba de la participación de los extraterrestres en la edificación de las terrazas.

3. Seísmos más recientes conocidos: 1158, 1203, 1664 y, el más destructor, 1759.

dían servir como terrazas en la época en que considerables multitudes eran atraídas por el culto de Astarté y las prácticas dignas de interés de la prostitución sagrada.

Estas justificaciones no aportan ninguna luz a los misterios de la técnica. Cuando se haya calculado en 40.000 el número de obreros necesarios para desplazar la Piedra del Sur, no se habrá progresado gran cosa. Esta solución sólo se aplica a los megalitos «medianos» de Carnac y, reconozcámoslo, a los materiales de las pirámides de Egipto. En Baalbek, este recurso es imposible. Entonces, es preciso considerar otro género de hipótesis.

Antes de ser una seductora criatura nacida de la espuma, Venus es un planeta. Antes de refugiarse en la imaginería mitológica, desempeñó su papel en la historia de la Humanidad terrestre. Un acontecimiento importante va unido a su nombre, al planeta diosa o a la diosa procedente de ese planeta: la discusión permanece abierta. En todo caso, la sacralización del amor físico se asocia a su recuerdo. Los templos de Baalbek, dedicados a Venus-Astarté, ¿pueden considerarse como los testimonios de un suceso que pasó al estado de religión?¹ El solo fulgor de Venus por doquier presente en la Astronomía de los cinco milenios que preceden a nuestra Era no puede explicar los símbolos de sensualidad y de sexualidad que le acompañan. Los siglos han conservado el valor del símbolo, pero nos han hecho olvidar su razón. Astarté-Ishtar en Asia Menor, Orejona en las cimas de la cordillera de los Andes, el mismo tema de la intervención venusiana no carece de argumentos. Es preciso observar que esta tesis jamás ha considerado a esos viajeros del espacio como robots insensibles. Unas relaciones íntimas, al producirse hace tanto tiempo, modifican los caracteres de las razas y confieren un fondo común a las innumerables leyendas que hacen referencia a nuestros orígenes.

¿Sería Baalbek la ciudad más antigua del mundo? ¿Serían sus terrazas pistas de aterrizaje? ¿Disputaría el privilegio de la ancianidad a Tiahuanaco o, si los hombres voladores de la

1. Unos símbolos, grabados en el templo de Baalbek, posteriormente dedicado a Júpiter Heliopolitano, representan a la Luna, Mercurio, Venus, Sol, Marte, Júpiter y Saturno, ordenados según su distancia con respecto a la Tierra.

Puerta del Sol dan fe de la misma participación insólita en la fundación de la ciudad andina, datan esas dos bases aeroespaciales de la misma época?

Nada de extraterrestres en Çatal Hüyük

Junto a los enigmas que ceden la mejor parte a los instructores del espacio y restringen desagradablemente nuestro derecho a la participación, resulta reconfortante encontrar ciudades cuyos constructores fueron unos buenos terrestres desprovistos de aparatos de reacción. La fantasía no está reservada obligatoriamente a las pruebas de fuerza que recurrirían a la levitación o a los gigantes. Una ciudad construida hace nueve mil años sin intervención supraterrrestre puede suscitar nuestra admiración...

Esta ciudad fue descubierta, en 1958, por James Mellaart, director adjunto del Instituto de Arqueología de Ankara. Después de sus trabajos realizados en los lugares arqueológicos romanos, griegos e hititas de Turquía, el joven arqueólogo y su esposa decidieron explorar los «tells» de la región de Konya.¹ Más allá de la ciudad, hacia el Este, comienza el gran desierto salado en el que asoman unas laderas volcánicas, Kara Dagh, Karadja Dagh, Hassan Dagh. A 80 km de este último, Mellaart descubrió unos objetos de obsidiana y de cerámica al pie de uno de esos montículos que, con frecuencia, son de origen artificial. Ese lugar se llama Çatal Hüyük. Su importancia excepcional se puso de manifiesto desde la primera campaña de excavaciones.

James Mellaart refiere:

«Al día siguiente de nuestra llegada a Çatal Hüyük, un obrero turco topó con un objeto insólito. Era una pared recubierta de yeso y este yeso disimulaba una superficie pintada de rojo. Yo estaba obsesionado por la idea de que los hombres del neolítico antiguo hubieran podido pintar las paredes de aquella manera. Debía de tratarse de una casa excepcional perteneciente a una de las raras aldeas de la época. Al tercer día, la pared quedó completamente desenterrada, y pude comprobar que la pintura roja no cubría solamente una pared, sino que repre-

1. Konya, o Konieh, al pie de los montes Taurus, la antigua Iconium.

sentaba el cuerpo de un animal plantado sobre un fondo rosado. Habíamos descubierto un fresco mural prehistórico.»

Estos frescos murales, los más antiguos que se conocen, datan de 6.000 años. Al undécimo nivel de la increíble estratigrafía que revela Çatal Hüyük, doce veces reconstruida en el mismo emplazamiento, aparecieron otros frescos. El mayor de todos mide 5 m por 1,80 m. Rojo, rosa, blanco, negro son los colores predominantes. Fue preciso protegerlos a toda prisa antes de que se desnaturalizasen al aire libre. Un inmenso toro pintado nos habla de un culto difundido entre los egipcios,¹ los persas, lo mismo que entre los hindúes y los japoneses. Unas manos en negativo, también, como en Pech-Merle. Unos senos, hacia los cuales se tienden esas manos, están ligados al culto de la Diosa Madre, por doquier presente en los santuarios de Çatal Hüyük.

He ahí, pues, unos símbolos que, en el marco de esta obra, podrían dar materia para vastas extrapolaciones. Habría bastado que el lugar no entregase ninguna otra cosa. Entonces, la imaginación sería libre de prestar a esos fieles de la Diosa Madre, a esos artistas del neolítico, unas técnicas y unas filiaciones asombrosas. La originalidad de Çatal Hüyük estriba en haber revelado todos los detalles de la vida cotidiana en una época en que, en el litoral peruano, las civilizaciones preincas no nos conceden más que puntos de interrogación.

Los 139 lugares de habitación, en capas superpuestas, que fueron desenterrados en 1968, dan una idea de la arquitectura extraña de Çatal Hüyük. En esa ciudad, que debía contar hasta 10.000 habitantes, la circulación se efectuaba por los tejados. El acceso a los interiores era un orificio que servía a la vez de entrada y de chimenea. La pieza principal era vasta, rodeada de bancos en los que dormían los hombres de la casa, mientras que la mujer se beneficiaba de una cama colocada junto al hogar.

El papel de la mujer en esa comunidad de montañeses convertidos en agricultores fue predominante. Si el inventario de

1. Culto que, primitivamente, tenía un significado zodiacal y según L. C. Vincent, procedería del país de Mu.

los aperos de labranza puede satisfacer al etnólogo más exigente, el de los objetos decorativos, joyas, accesorios de tocador y de moda entusiasmaría a un sociólogo nostálgico.¹ Y nosotros, que hemos provocado el asombro del lector con la ayuda de gigantes de piedra o de continentes sumergidos, ¿cómo no experimentar una sorpresa igual ante unos conocimientos que, hace unos diez mil años, permitirían cultivar tres variedades de trigo?

La ciudad de los incapaces

Todo conjunto monumental es una fuente de enriquecimiento de nuestro conocimiento del pasado. La formación de las ciudades es un libro de recetas, un balance de la ingeniosidad y de las ambiciones de un pueblo. Si, dentro de diez mil años, el descubrimiento de metrópolis de las que nos sentimos orgullosos puede inducir a los arqueólogos a proferir juicios poco halagüeños, podemos sentirnos satisfechos de que la necesidad de poseer un techo haya impulsado en todo tiempo a la raza humana. La Tierra entera está ahí para atestiguarlo.

La Tierra entera, o casi. Si queremos prescindir de los polos, provisionalmente incapaces de ofrecer condiciones soportables de habitación (pero cuyo subsuelo puede reservar muchas sorpresas), y de los países asiáticos en los que la información arqueológica brilla por su ausencia por razones políticas (Siberia, China), queda un continente extrañamente ausente a la llamada de las riquezas del pasado. Nos referimos a África, y más exactamente, a toda la parte al sur del ecuador.

En estas inmensas extensiones, cuyo clima suele ser repelente (pero no más que en Amazonia) y que presenta el inconveniente de la falta de toda tradición escrita, no encontramos prácticamente ningún monumento comparable a los que abundan en otras tierras.

No se pretenda que el continente es de población reciente. Cada vez que se han emprendido excavaciones, se han descubierto yacimientos prehistóricos tan abundantes como en Europa, y algunos de ellos de una antigüedad muy superior.

1. Esta situación privilegiada concedida a la mujer hace pensar en la sociedad cretense, 40 siglos más joven.

¿Destrucciones sistemáticas? Pero es que siglos de guerra, puesto que tal parece ser la constante de la Humanidad, no han impedido la exhumación de las ruinas de Troya, de los *oppida* galos y de las pirámides mayas.

¿Edificios frágiles? Pero si la piedra abunda por doquier en el África negra, vale tanto como la de las islas del Pacífico o de Irlanda, y las degradaciones debidas a la intemperie son menores que las causadas por los hombres cuando se les da ocasión para ello.

Esta es la razón por la cual el descubrimiento de los vestigios de Zimbabwe ha asumido unas proporciones tan sorprendentes, ya que ponía en entredicho la idea universalmente admitida de la incapacidad de los negros para el arte monumental.¹ Sin embargo, el eco casi mágico que produce este nombre depende mucho más del contexto que de la importancia misma de las construcciones.

Veinticinco hectáreas de edificios diseminados, ninguno de los cuales pasa de diez metros de altura, esto es lo que pueden permitirse muchos dominios de hidalgos de aldea europeos sin llamar la atención mundial. Todo estriba en que no existe ningún conjunto comparable a millares de kilómetros a la redonda, y esta misma rareza es la que produce el precio. Por esto, a partir de este testimonio de una ambición aislada, se formó una leyenda un tanto extravagante, en la que figuran el rey Salomón, la reina de Saba, el reino de Ofir: sólo gente de campanillas.²

Desde el siglo XVI, ciertos escritores portugueses transmitieron los relatos de traficantes a quienes los comerciantes árabes, que penetraban en el interior del África, confiaban curiosos recuerdos acerca del rey de Benopotama, o de Manamatapa, y de sus grandes posesiones.³ En vista de lo cual, al cabo de algunos decenios, los portugueses eliminaron por la fuerza el comercio árabe, según L. Sprague de Camp, «con un

1. Excepciones reconocidas en lo que respecta al arte (no monumental) de Benin, y de las ruinas interesantes, sin más, en el Senegal y en Etiopía.

2. Una noche pasada en las ruinas de Zimbabwe inspiró a H. Rider Haggard su novela *She*.

3. «En el centro del país se encuentra una fortaleza construida con grandes y pesadas piedras; es un extraño monumento de forma maciza y cuyo interior y exterior presentan el mismo aspecto», escribía el portugués De Goes en 1501.

valor, una voluntad, una energía, una falta de honradez y una crueldad ejemplares».

Fue preciso esperar a 1871 para que el lugar de Zimbabwe fuese hollado metódicamente por europeos. Fue gracias al encuentro rocambolesco de un explorador alemán, Karl Gottlieb Mauch, y un cazador americano, Adam Renders, en el momento en que el primero estaba a punto de acabar sus días en la marmita de un rey negro y en que el segundo le rescató *in extremis*. Un tercero en discordia fue a reunirse con ellos, Georges Philips, para explorar Zimbabwe. El relato que Mauch sacó de ello suscitó codicias parecidas a las de las multitudes que corrían en pos del oro californiano. Hubo incluso una sociedad comercial, la «Compañía de las Ruinas antiguas», que fue creada con la bendición de los servicios de Sir Cecil Rhodes, con el único propósito de devastar todos los vestigios del pasado, para la búsqueda del precioso metal. Jameson, Willi y Harry Posselt, otros tantos nombres sinónimos de pillaje, y que han sido prudentemente relegados al olvido por los arqueólogos rodesianos actuales.

Pero resulta difícil imaginar la pasión y, para decirlo todo, el odio que el caso suscitó cuando llegaron a exponerse las hipótesis de sus orígenes.

En tanto que los intelectuales bantúes sostenían que sus antepasados eran muy capaces de haber edificado aquellos monumentos, la opinión pública sudafricana echaba rayos y centellas, ayudada por unos «expertos» como el doctor Carl Peters o R. N. Hall, primer conservador de Zimbabwe, que prefería imaginar la aparición de semitas adoradores del Sol antes que atribuir la paternidad de semejantes construcciones a una pandilla de negros ignorantes y desnudos. Incluso la arqueóloga Gertrude Caton-Thomson, tan razonable, no pudo hacer otra cosa, influida por su época, más que declarar: si los bantúes construyeron Zimbabwe, es que, entonces, debe considerarse ese monumento como el producto de «cerebros infantiles y prelógicos», agravado por la infamia del canibalismo...

El principal argumento de los racistas blancos se basaba

en lo siguiente: los bantúes son demasiado perezosos para poder realizar tal obra. Aberración: incluso si los indígenas actuales, corrompidos por la civilización, no parecen poseer, en efecto, más que escasas dosis de inteligencia propia, ¿en qué disminuye esto la posibilidad de que sus antepasados hubieran realizado una arquitectura tan considerable?

Todo esto demuestra que, en ausencia de materiales complementarios (y, en este caso particular, a causa de su dispersión y de su destrucción), las apreciaciones deben ponerse en cuarentena. Después de rejuvenecer las ruinas hasta el siglo IX de nuestra Era, actualmente se admite que datarían de 700 años a. de J. C., según Van S. Bruwer, de la Universidad de Stellenbosch (provincia de El Cabo).

Por lo que se refiere a la identidad de los constructores, se han librado verdaderas batallas en nombre de los egipcios, de los fenicios e incluso de los peruanos, mientras que otros clanes se aferraban tenazmente a los atlantes, caros a Léo Frobenius, o la tribu negra de los lebedu o «hacedores de lluvia»,¹ gobernada aún, a comienzos del siglo XX, por una misteriosa soberana de raza blanca...

Salomón en Rodesia

Muy restaurado, el Gran Recinto elíptico, durante mucho tiempo designado con el nombre de «Templo», recibe cada año un número considerable de visitantes procedentes, por una buena carretera, de la cercana ciudad de Fort Victoria.

La gente va a comer a la sombra de la Torre cónica, extraño pan de azúcar de 12 m de altura, de la que se ignora el papel que representaba y su edad, y que es el punto de mira de los soñadores ansiosos por descubrir bases aeroespaciales que nada tienen que hacer aquí. Las familias se hacen fotografiar al pie de la Acrópolis, especie de fortaleza reducida a un caos de grandes piedras, encaramada en una eminencia rocosa.

Finalmente, los imaginativos se esfuerzan en volver a colo-

1. La superficie a considerar es asimismo elástica, desde unas decenas de hectáreas, a un millón de km², en los que habría unos 500 edificios misteriosos.

car en lo alto de las murallas las aves de micaesquisto, de las que se han encontrado nueve especímenes y que representan al cálao¹ coronado, familiar de esos parajes.

La oscuridad que envuelve a los eventuales constructores y a los ocupantes sucesivos, karanga, shona, lemba, hace que la historia de Zimbabwe sea aún un «libro sellado». Habría podido no serlo si el descubrimiento hubiese esperado la hora de la honradez científica. Fue prematura, y debemos lamentarlo. Sin embargo, las hipótesis avanzadas desde el punto de vista antropológico hablan de esos karanga que fueron los primeros en explotar los yacimientos auríferos de esa región...

¿Cuáles yacimientos auríferos? Los datos son tan subjetivos en este asunto que, según algunos autores, Zimbabwe estaría rodeada de minas de oro que justificarían su fundación o, por el contrario, se situaría en una región completamente desprovista del precioso metal. Vamos a ver cómo, desde los tiempos más remotos, Rodesia del Sur pasaba por guardar el objeto de tantas codicias. Como quiera que, con frecuencia, se ha suscitado la pregunta acerca de cuál podía ser el país de Ofir en el que el rey Salomón se proveía de oro, es natural que Zimbabwe haya sido considerada por algunos investigadores como el centro del reino misterioso. Hipótesis sólida: no es tomarse demasiadas libertades el envejecer en dos siglos la datación, poco formal, de las ruinas anónimas. Nos encontramos, entonces, en la época en que el genial hijo de David y Betsabé, que llevaba un gran tren de vida, confiaba a unos mercaderes fenicios la misión de ir lejos, al reino de Ofir, a buscar oro. El Antiguo Testamento precisa que el viaje comenzaba en Ezion-geber, a orillas del mar Rojo, y duraba tres años, ida y vuelta. Esta indicación de tiempo ha permitido contemplar el problema más de cerca. Dos de las tres zonas del océano Índico en las que se encontraba oro deben eliminarse: Arabia, adonde habría sido más sencillo dirigirse por tierra, y la India,² que

1. *Cálao*: ave de gran tamaño, en el que la mandíbula superior del pico, fuerte y curvo, se halla coronada por una protuberancia redondeada llamada casco, cuerno o corona. Este pájaro se ha convertido en el emblema oficial de Rodesia.

2. Flavio Josefo situaba Ofir en la India, pero la expresión «oro de Parwain», que figura en II Crónicas, III, 7, ha dado pie para creer, con escaso fundamento, que se trataba del Perú.

tenía fama de consumir más oro del que producía. La larga navegación de la flota fenicia la llevaba, más probablemente, ante las costas de Mozambique.

Aquí se interrumpe la influencia fenicia sobre el origen de Zimbabwe. Una vez en tierra, ¿convertíanse los marinos en caravaneros para recorrer 500 km en el interior de un territorio desconocido? Nada hay menos seguro. Los que explotaban los yacimientos auríferos debían de efectuar el desplazamiento, y es muy posible que ningún fenicio viera la Acrópolis africana y que ésta sirviera para proteger la fortaleza situada más abajo. El Gran Recinto de Zimbabwe habría sido el «Fort Knox» del Reino de Ofir, al mismo tiempo que la base de partida y de aprovisionamiento indispensable para el transporte de los preciosos cargamentos.¹

Después, la flota ponía proa hacia el Norte y llegaba al Ezion-geber de la Biblia, el puerto en donde Salomón tenía unos astilleros y, sobre todo, unas fundiciones de cobre. En 1938 el yacimiento arqueológico fue revelado por las excavaciones de la «American School of Oriental Research» de Jerusalén, dirigidas por Nelson Glueck.

Con razón suscita admiración la técnica metalúrgica de esas instalaciones, cuyos altos hornos estaban dispuestos de manera que el viento, dirigido hacia unos canales, atizaba regularmente el fuego. También ha surgido la pregunta concierne a quién habría enseñado a los hebreos aquellas técnicas industriales, poco conformes con su tradición pastoril. No obstante, un descubrimiento reciente permite suponer que, en el campo de estas técnicas, los límites de la antigüedad son mucho más remotos de lo que se venía admitiendo.

La sociedad de los metalúrgicos

En 1965, en la Armenia soviética, el doctor Koriun Meguerchian, del Servicio Geológico armenio, descubrió unas escorias de cobre mientras iba siguiendo el curso del río Medza-

1. Contrariamente a las suposiciones novelescas, la reina de Saba no tiene nada que hacer en esta selva: su capital se encontraba en el emplazamiento de Mareb, al este del Yemen.

mor, en dirección a sus fuentes. ¿Acaso había sido explotado algún yacimiento muy antiguo en aquella región, dominada por el monte Ararat, en los confines de la URSS, de Turquía y del Irán? Para verificar esta hipótesis, había que encontrar, ante todo, el lugar de habitación, que no podía hallarse lejos de las minas.

Ahora bien, al cabo de dos años de trabajos, resultó que ningún yacimiento había sido causa del nacimiento de la aglomeración exhumada, pero que Medzamor, ciudad industrial cuya actividad se remonta a 3.000 años antes de nuestra Era, había tratado minerales de importación. ¡Y qué ciudad, qué fábrica provista de perfeccionamientos que permiten emplear la fórmula de «complejo industrial»! No sólo los 23 hornos que se han descubierto estaban dedicados a otras tantas producciones diferentes, sino que incluso unos procedimientos de enriquecimiento del mineral precedían a la fusión de éste. El conjunto de estos procedimientos se conoce por el nombre de *mineralurgia*. Permiten obtener una mayor concentración del mineral e implican varias operaciones: trituración, preparación de la *pulpa* por adición de agua, decantaciones sucesivas tras el paso de ésta a unas cubas en las que se depositan los elementos más pesados. Esta ciencia es el patrimonio del mundo industrial moderno. También fue el de los ingenieros de Medzamor,¹ hace cincuenta siglos.

Oro, cobre, plomo, malaquita, estaño, antimonio eran importados para ser tratados en el interior de aquel universo cerrado, en el que el trabajo constituía la esencia de una religión que, actualmente, no sería sino una ideología obligatoria. A la metalurgia va asociado el principio de la metamorfosis por medio del fuego. Los aspectos prácticos de esta actividad, cualidad y rendimiento, nos parecen incompatibles con una elevación espiritual. Los constructores de esas catedrales realizaron tal síntesis. Y la concepción de Medzamor permite creer que al fulgor de los altos hornos se asociaba una religión del fuego cuyo clero estaba constituido por obreros, contra-maestres, ingenieros y soberanos de derecho, y la jerarquía de este clero se extendía desde el proletariado hasta la minoría intelectual.

El que esta concepción de la fábrica-sociedad nos parezca

1. En Medzamor se descubrieron unas pinzas bruzelas, de acero, datadas del primer milenio.

primitiva o superiormente evolucionada no impide que ponga en entredicho la antigüedad de las civilizaciones urbanas. La ciudad más vieja del mundo o el complejo industrial más antiguo del mundo, son temas que habrá que reconsiderar dentro de diez o veinte años si se continúa excavando la tierra con la minuciosidad de la arqueología científica. Cada día nos procurará las pruebas de que la fantasía irracional suele bordear una realidad que sólo espera ser revelada. Estos mismos temas plantean la viva cuestión concerniente al origen del saber y a la identidad de sus poseedores. ¿Quiénes eran los sabios de la Prehistoria y de dónde venían? ¿De Mu, de la Atlántida o de Venus? Algunos pretenden que la luz venía, y brilla aún, en mundos subterráneos en los que vamos a intentar una incursión.

EL PLANETA DESCONOCIDO

Si hay un campo en el que el romanticismo sea de rigor es el de la arqueología subterránea. No se trata de inventariar, sino de imaginar. Ya que, en realidad, no sabemos nada, o muy poca cosa, de lo que existe bajo nuestros pies. Con toda seguridad, para algunos, el oro y el petróleo extraídos de las entrañas de la tierra constituyen la única caverna de Alí Babá que les interesa, y no piden nada más.

En cuanto a los geólogos, ellos se baten a golpes de génesis entrelazadas en curso de cocción como vulgares tortillas noruegas, comparación culinaria que se vuelve irresistible cuando los manuales escolares dan de nuestro planeta la famosa imagen de una patata arrugada. Pero es que nunca piensan esos sabios de ella otra cosa.

Toda una mitología

Y, con todo, este mismo mundo subterráneo no ha cesado de obsesionar a la Humanidad hasta el punto de que se requeriría un libro entero para referir lo que la mitología debe al reino de las sombras.¹ Los más viejos textos de la literatura religiosa hablan de un mundo aparte, situado bajo la corteza terrestre, y que sería la morada de los muertos y de los espíritus. Cuando Gilgamesh, héroe legendario de los antiguos sumerios y de las epopeyas babilónicas, se va a visitar a su antepasado Utnapishtim, desciende a las entrañas de la Tierra.

1. Sin contar todo cuanto la «cultura» hippy cuenta de *underground*...

Es allí adonde va Orfeo a buscar el alma de Eurídice. Al llegar a los límites del Occidente, Ulises ofrece un sacrificio con objeto de que los espíritus de los antiguos se eleven de las profundidades del Globo y vayan a aconsejarlo. Plutón reina, en el fondo de la Tierra, sobre los espíritus de los muertos, y Vulcano, en cavernas retiradas, forja las armas de los dioses. Los primeros cristianos se reúnen en las catacumbas y hacen de los abismos subterráneos la mansión de las almas condenadas; las leyendas germánicas exilian a Venus al fondo de la Tierra. Dante sitúa el infierno en los círculos inferiores. Los folklores europeos colocan bajo tierra a dragones, gnomos y duendes, mientras que los japoneses imaginan en las profundidades de sus islas un monstruo cuyos erizamientos provocan los terremotos.

¿Son todo eso paparruchas? ¿Por qué los etnólogos habrían de precipitarse ávidamente, en nuestros días, hacia las leyendas que les conducen a resonantes descubrimientos en otros campos¹ y habrían de rechazar otras como si se tratase de cuentos de viejas?

No hay duda de que existen dominios subterráneos, contruidos por la mano del hombre, y sin embargo, inaccesibles a la mayoría de los mortales. Incluso en nuestros días, en todo momento, en el Globo, se cavan inmensas metrópolis subterráneas de las que no se habla, por estar cubiertas por el secreto militar. Podemos incluso indicar el lugar exacto de una de ellas, abandonada desde hace treinta años, y que podéis ir a explorar si así lo deseáis: la *Wolfschanze*, el «Cubil de los lobos».

Es el historiador Tarade quien lo refiere en su *Documentación de lo extraño*:

«A 54° 5' de latitud norte y 19° de longitud oeste con relación al meridiano de París, está situada una ciudad ultrasecreta que jamás pudo ser violada ni por los rusos ni por los polacos. Implantada en el seno de la antigua Prusia Oriental, fue construida en 1938 por orden del Führer. Este formidable refugio subterráneo, este "cubil de los lobos", está situada a más de treinta metros de profundidad. Se hallaba defendida por ochenta fortines y una aterradora red de minas y de explosivos.

1. Thompson en Chichén-Itzá, Schliemann en Troya...

»Treinta años después de terminada la guerra, nadie se ha atrevido aún a aventurarse en esa red subterránea.»¹

Entonces, ¿por qué lo que se ha realizado en nuestros días no se pudo realizar en el curso de otras civilizaciones? Ya hemos hecho mención de las enormes galerías que surcan el subsuelo desde el Perú hasta Bolivia, de los dédalos bajo las acrópolis célticas. La mayor parte han sido víctimas de derrumbamientos o de obturaciones voluntarias. En realidad, ¿puede decirse que la exploración de nuestro subsuelo sólo ha comenzado?

Los habitantes de la sombra

Ya sea en California, ya sea en Nueva Guinea, en Islandia, en Irlanda, en Asia, innumerables leyendas describen los mismos reinos ocultos y, sobre todo, los mismos pueblos que en ellos se habrían refugiado y que siguen viviendo allí. En algunos casos, esos pueblos tomarían contactos prudentes con los seres humanos,² pero, casi siempre, eludirían toda aproximación, al modo de los misteriosos «yetis» del Himalaya o de los seres rojos del monte Shasta a los que ninguna persecución ha podido llevar a una existencia tangible a nuestros ojos.

Naturalmente, en estas leyendas hay que conceder una gran parte al papel que ha podido desempeñar, y desempeña todavía, la oscuridad de las cavernas en el momento de las iniciaciones rituales de casi todas las religiones. Dejemos la palabra a un especialista, Pierre Gordon:

«Es en las cavernas adonde, durante milenios, se retiraron los hombres para entregarse a las mortificaciones y a las meditaciones transformantes; en el seno de las tinieblas, a ochocientos o a novecientos metros a veces de la abertura de las grutas, buscaban la luz del mundo dinámico y el poder que ella confiere, de las profundidades de esta oscuridad; por la oración y por la fusión íntima de su pensamiento con el Ser, gobernaban la Naturaleza; la caverna era un microcosmos, en el cual se concentraba para ellos la energía que mueve el conjunto de la creación.»¹

1. A diferencia de la línea Maginot, que fue vendida a unos aficionados a las residencias secundarias.

2. Noche del «Samain» (31 de octubre), en la tradición céltica irlandesa, ceremonias polinésicas estudiadas por Lévy-Bruhl.

Numerosas excavaciones arqueológicas permitirían sin duda descubrir un gran número de esas grandes cavernas santuarios donde se celebraban los antiguos misterios. Hemos rozado algunos de ellos en las páginas de este libro (Lascaux, Falicon, subterráneos de la Gran Pirámide), pero es evidente que nuestro subsuelo es todavía más rico de lo que se supone. He conocido un rincón de Francia en el que los subterráneos parecían brotar como trufas (el Périgord), y creo firmemente que, por doquier en el mundo, la indiferencia o el temor son los únicos sentimientos que evoca esta clase de «monumentos». Y no puedo dejar de pensar en la historia del subterráneo de aquella aldea de Dordoña donde viví y que revela el mismo estado de ánimo de que estoy hablando.

Un subterráneo hecho añicos

Se trataba simplemente de un subterráneo cavado por los ingleses durante la guerra de los Cien Años, con el exclusivo propósito militar, pero muy importante para ellos, de disponer en él de grandes reservas para sus bastidas del Sudoeste.² Con el tiempo, ya no hubo nadie que se preocupase de inventariar aquellas vastas galerías cuyas entradas se habían derrumbado. Hasta se había perdido la memoria de su emplazamiento... Luego, un buen día, llegó un archivero de la Torre de Londres, anunciando que acababa de encontrar unos documentos muy interesantes sobre lo que aquel subterráneo contenía.

«Esos papeles —explicó el visitante— dan una parte de las indicaciones que permiten descubrir la salida, pero, para que sean exactas, requieren que se las relacione con otras indicaciones que se encontrarían grabadas en una piedra, en la región. Señor alcalde, ¿conoce usted una piedra en la que estuvieran grabados signos o croquis incomprensibles?»

El alcalde no tiene necesidad de rascarse mucho rato la cabeza:

1. P. Gordon: *L'Image du monde dans l'Antiquité* (París, P.U.F., 1949).

2. Ciudades fuertes creadas tanto por los reyes de Francia como por los de Inglaterra, en el sudoeste de Francia durante la guerra de los Cien Años.

«¿Una piedra con signos encima? Claro que sí, sólo puede tratarse de la que está en el rincón de la granja de X... ¡Vamos allá!»

Muy emocionados, alcalde, adjunto y archivero corren hacia la granja del tesoro. El uno piensa en los descubrimientos que van a hacerlo famoso, los otros ya están viendo la multitud de turistas que subirá a los collados para ir a ver las célebres cuevas. ¡Algo mejor que Lascaux! Llegan al patio en el que X... está revolviendo el estiércol. «¿La piedra? Ah, amigos míos, si la quieren ustedes, pueden encontrarla ahí.»

Y, con un amplio gesto, abarca la pared que tiene enfrente.

«La semana pasada tuve necesidad de materiales para construir este hórreo.»

Completamente desmenuzados, los planos del subterráneo yacerían en lo sucesivo en el mortero de una pared. De pronto, el subterráneo se quedó donde estaba, es decir, en la memoria de un archivero.

Fantasías que rozan el delirio

Pero es el silencio lo que cubre todo cuanto afecta a los reinos subterráneos. Como si los hombres tuvieran miedo de abordar el fondo del problema. Como si los «de abajo» tuvieran miedo de que se les molestase. De ello sólo sobrenadan algunas palabras mágicas: Thule, Hiperbórea, Agartha...

Mogolia y el Tibet, más que cualesquiera otros países, poseen leyendas muy curiosas al respecto. Estas leyendas han alimentado los sueños de los ocultistas, entre los cuales encontramos en primer lugar, por supuesto, a los teósofos que siguen las huellas de Madame Blavatsky, así como nombres tan inesperados como los de Louis Jacolliot, Saint-Yves d'Alveydre, Ferdinand Ossendowski, René Guénon,¹ que no tienen de común con los teósofos más que una sola certeza: en alguna parte de Asia existe el reino del Amo del Mundo.

En ese universo subterráneo inmenso, cuyas ramificaciones se prolongarían bajo todos los continentes y bajo todos los océanos, se encontraría conservada la herencia técnica y espiritual de las grandes civilizaciones desaparecidas, Lemuria, At-

1. René Guénon, nacido en Blois el 15 de noviembre de 1886, muerto en El Cairo el 7 de enero de 1951.

lántida, etc.

En realidad, la credibilidad del Agartha y del Amo del Mundo es casi universal y comienza a dar que pensar a ciertos medios sólidamente materialistas de Occidente. En todo caso, ha influido indirectamente en los dramas más cruentos de nuestro siglo XX, en la medida en que la aventura nazi se basaba en un mito estrechamente relacionado con todo ello. Por esto no es superfluo que volvamos a algunas fuentes. Una obra particularmente interesante a este respecto es la de Saint-Yves d'Alveydre, titulada *Misión de la India en Europa*,¹ y que actualmente es imposible encontrar.

«¿Dónde está el Agartha? —pregunta—. ¿En qué lugar exacto se halla situada? ¿Por qué carreteras, a través de qué pueblos hay que caminar para penetrar en ella? A esta pregunta, que no dejarán de hacerme los diplomáticos y los militares, no me conviene responder más que en la forma en que voy a hacerlo, en tanto que no se haga el acuerdo sinárquico, o al menos, no se firme. Pero, como quiera que yo sé que, en sus mutuas competencias a través de toda el Asia, algunas potencias rozan sin sospechar nada ese territorio sagrado, como que sé que en el momento de un conflicto posible sus ejércitos deberían forzosamente o bien pasar por él o bien pasar muy cerca del mismo, es por amistad hacia esos pueblos europeos así como hacia el Agartha misma, por lo que no temo efectuar la divulgación que he comenzado.»

Y Saint-Yves d'Alveydre nos advierte: si se quisiera forzar en su refugio a los «Templarios y a los Confederados del Agartha», sus armas defensivas serían capaces de hacer saltar toda una parte del planeta. Ya que no se trata de defender tesoros materiales, sino la herencia de todas las fuerzas espirituales y ocultas acumuladas por los sabios de la Humanidad a través de las edades en una inmensa universidad del Saber a la que él da el nombre de «Paradesa».

En cuanto a la localización de esa Agartha, a un siglo de distancia, apenas es posible ver el asunto con mayor claridad. Algunos autores tenderían a situar su centro en la isla de Ceilán. Otros la situarían en las extensiones desérticas de los confines índicos. Una tradición muy bien arraigada pretende que

1. Publicada hacia 1885. El autor mandó destruir los ejemplares tan pronto como salieron de la prensa. Se reimprimió a la muerte de Saint-Yves d'Alveydre (París, Dorbon-Ainé, 1909).

su localización se encuentra en el subsuelo de la ciudad santa de Lhasa, en el Tibet. En realidad, parece ser que es el Asia entera su base privilegiada.

El enigma del Rey del Mundo

Otro libro, en 1924, había de poner nuevamente de actualidad este tema: *Animales, hombres y dioses*, de Ferdinand Ossendowski. Este geólogo, serio hombre de ciencia, prospector de terrenos en Siberia, encontróse, de la noche a la mañana, y debido a la revolución rusa, en la condición de fugitivo, cuya sola oportunidad consistía en llegar hasta un puerto de la China, es decir, en atravesar a pie toda Asia. Sus peripecias de animal acorralado, sus palpitantes encuentros habían de verse superados por los extraños capítulos en los que Ossendowski evoca un personaje¹ del que le hablaron los nómadas: el Rey del Mundo.

Aquí, Agartha ya no es un centro sinárquico que opone sus concepciones políticas a las de Europa. Es un reino fabuloso, adornado con tortugas de dieciséis patas, aves con dientes puntiagudos y hombres provistos de dos lenguas. Y el ingeniero relata divertido estos detalles, hasta el momento en que precisiones y profecías realizadas le hacen comprender que hay allí un misterio que escapa a su comprensión. Entonces, interroga a los lamas:

«La capital del Agartha está rodeada de ciudades en las que habitan grandes sacerdotes y sabios. Recuerda a Lhasa, donde el palacio del dalai-lama, el Potala, se encuentra en la cima de una montaña cubierta de templos y monasterios.

»El trono del Rey del Mundo está rodeado de dos millones de dioses encarnados. Son los santos panditas. El palacio mismo está rodeado de los palacios de los goros que poseen todas las fuerzas visibles e invisibles de la tierra, del infierno y del cielo, y que pueden hacerlo todo para la vida y la muerte de los hombres. Si nuestra loca Humanidad iniciase contra ellos la guerra, serían capaces de hacer saltar la superficie de nuestro planeta y convertirla en desiertos. Pueden desecar los mares, mudar los continentes en océanos y esparcir las montañas

1. No confundir con el Bogdo Khan o Buda viviente, del que se habla en otra parte.

en medio de las arenas del desierto.»

Como buen científico, nuestro autor formuló entonces la pregunta que se imponía:

—«¿Ha visto alguien al Rey del Mundo?»

»—Sí, respondió el lama. Durante las fiestas solemnes del antiguo budismo en Siam y en la India, el Rey del Mundo se apareció cinco veces.¹

»—¿Cuántas personas han ido al Agartha? —preguntó el ingeniero.

»—Muchas, pero todas esas personas han mantenido en secreto lo que vieron...»

Esta respuesta debe relacionarse con la afirmación de Saint-Yves d'Alveydre: «Más de una vez, en este mismo siglo, algunos iniciados bajaron a visitar las bibliotecas de piedra, y no salieron de allí con las manos vacías.»

En cuanto a las profecías que Ossendowski refiere como proferidas por el Rey del Mundo, no son muy alegres, que digamos: «Cada vez más, los hombres se olvidarán de sus almas y se ocuparán de sus cuerpos. La mayor corrupción reinará sobre la Tierra. Los hombres se volverán parecidos a animales feroces, sedientos de la sangre de sus hermanos. La Media Luna (el islamismo) desaparecerá y sus adeptos caerán en la maldad y en la guerra perpetua...»

Desaparición de realezas, guerras, terremotos, éxodos, destrucciones de capitales, todo anuncia un fin de siglos terrible, al que sucederá la llegada de pueblos aún desconocidos, que fundarán una nueva vida, hasta que los pueblos del Agartha salgan de la sombra y tomen posesión de la superficie de la Tierra.

Múltiples moradas

Ossendowski no nos brinda más detalles acerca del emplazamiento del reino subterráneo: dice que un guía soyota de los alrededores de Nogan Kul le mostró un día, apartando una nube de humo, la puerta de entrada de las galerías de acceso. También le contó un lama que un destacamento de olets, llamados también calmucos, habiendo saqueado Lhasa, encon-

1. Hechos relatados por varias personalidades inglesas.

tró una de las entradas en las montañas al sudoeste de la capital y trajo de allá ciencias misteriosas, actualmente compartidas por las tribus bohemias. Todo esto es demasiado vago para permitir una verdadera exploración. Otros relatos sitúan las entradas en la región del monasterio de Chigatzé y de Kuen Lun, o también cerca del dolmen de Do-King lo cual permite suponer, al menos, numerosas ramificaciones.

En el fondo, el que en un período muy remoto unos iniciados o unos hombres «diferentes», constituidos en sociedades secretas, hubieran elegido las grutas del Kohistán, de Bamiyan o de California para retirarse del mundo ignorante, no va contra el buen sentido.

¿Acaso en la época de las cruzadas, los caballeros que más tarde llegaron a ser los famosos templarios, no encontraron bajo las losas del Templo de Jerusalén¹ vastos subterráneos que contenían las enseñanzas que, más tarde, habían de conferirles el poder que se les conoce y el secreto de las catedrales?

Más cerca de nosotros, la amplitud de las ciudades subterráneas y desiertas encontradas en los Estados Unidos (y cuya exploración no ha hecho más que comenzar), ¿no permite suponer que, en tiempos remotos, estaban habitadas por millares de seres humanos?

Todo queda por descubrir, en especial en ese Techo del Mundo ocupado hoy por las tropas chinas. Allí donde unos aviadores soviéticos descubrieron en otro tiempo inmensas construcciones subterráneas que emergían en algunos sitios en las dunas del desierto de Gobi, allí donde los lamas acumulaban tesoros en el fondo de los templos subterráneos, ¿algunas investigaciones sistemáticas no irán a hacer caer en manos del pueblo amarillo unas técnicas y unas fuerzas reservadas exclusivamente a los sabios de antaño? Es lo que temen algunos ocultistas, aunque, por otra parte, las defensas del Agartha, constituidas sin duda por barreras magnéticas a un nivel vibratorio diferente de nuestro plano existencial, parecen ser capaces de rechazar las agresiones mal intencionadas. ¿Acaso el viajero americano Baird T. Spalding, en su obra *La Vida de los maestros*, redactada a su regreso de largas estancias en

1. Las investigaciones fueron reanudadas, al parecer, por las autoridades de Israel.

Asia central, no cuenta cómo todo un regimiento chino enviado, entre las dos guerras, a buscar la región misteriosa señalada tantas veces en el desierto de Gobi, dio vueltas durante días y más días, sin poder encontrar nada, en definitiva?

El explorador Nicolas Roerich, que, por su parte, señaló con precisión la existencia de la «isla Blanca» entre los montes Tien-Chan y Kuen-Lu,¹ que él designa como un centro de intensa actividad que escapa a nuestro control, ¿no dice que unas fuerzas invisibles impiden todo acceso allá?

Después de todo, la existencia de un Agartha, en alguna parte debajo de nuestra Tierra, no parece más descabellada a nuestra mente que todo cuanto nuestros astronautas están descubriendo en la superficie de la Luna o de Marte. Y, puesto que «todo es abajo como arriba», ¿por qué no admitir, con Guénon, que, a falta de presencia en carne y hueso entre nosotros, el Rey del Mundo pueda constituir un símbolo, que vive bajo una forma o bajo otra, de la alianza suprema realizada entre el poder temporal y la autoridad espiritual?

«Este principio —nos dice— puede ser manifestado por un centro espiritual establecido en el mundo terrestre por una organización encargada de conservar íntegramente el depósito de la tradición sagrada, de origen “no humano”, por la cual la sabiduría primordial es comunicada a través de las edades a aquellos que son capaces de recibirla.»

En el fondo, la principal dificultad que imponen estas evocaciones de un mundo «diferente» no es la de creer o no en ellas, sino el efectuar una discriminación entre lo que puede ser verdad y lo que no lo es. No poseemos un proceso crítico que se apoye en monumentos, aunque fuesen tan extraordinarios como los visitados en el decurso de esta obra; sólo podemos referirnos a leyendas y relatos de los que, descartando toda mala fe, apenas pueden aducirse pruebas materiales.

Por esto, aun cuando nos parece reconfortante y, después de todo, normal, que puedan existir, fuera de la rapacidad y de la estupidez humana, unas «bibliotecas» de sabiduría que no hayan de conocer la suerte funesta de la de Alejandría o de México, consideramos necesario mantenernos en guardia en

1. Al sur de la ciudad de Alma-Ata, en Kazajstán.

lo referente a unas tesis aptas para calentar las imaginaciones más sospechosas. Por esta razón, el final del siglo no pasará ciertamente sin que la gente se apasione por las turbas de «magos» y de falsos sabios cuya floración inevitable no deja de resultar inquietante.

Si pudiéramos tranquilizarnos, aunque sólo fuese un poco, sería recordando que en todas las épocas, en todos los lugares, una propensión natural induce a embellecer el producto de la fantasía. Podríamos tomar como modelo de propaganda bien hecha la operación «Reino del preste Juan», lanzada hace ocho siglos y aún persistente en la imaginaria popular.

¿Quién era el preste Juan?

Operación tanto más meritoria cuanto que resultó completamente gratuita, y uno se pregunta en vano, todavía hoy, qué era lo que deseaba «vender» el autor, que ha permanecido anónimo, de la famosa carta enviada a los poderosos de la época.

Por lo que respecta a ese célebre sacerdote Juan, sólo cabe añadir lo que los eruditos de la época consignaron sobre él, admirando la excelente fórmula, notable detonador de la imaginación, ese nombre fabuloso: Reino del preste Juan.

Si mañana procediésemos a efectuar un sondeo de opinión, estamos seguros de que las respuestas dirían que este título es tan popular, al menos, como el del presidente de una de las innumerables repúblicas actuales... Así, el preste Juan fue asimilado con frecuencia al Negus de Etiopía. En la Edad Media, la credulidad popular se dejó obsesionar por este personaje que alimentaba su afición a los cuentos de hadas.

Una carta muy certificada

Para darnos cuenta de ello, volvamos a leer juntos esta carta histórica, que llegó a las Cortes reales en 1177, y dio que hablar a las gentes durante siglos. O, al menos, tomemos extractos de ella, ya que el texto entero llenaría cerca de una veintena de nuestras páginas:

«Maese Juan por la gracia de Dios, rey todopoderoso sobre

todos los reyes cristianos, saludamos al emperador de Roma y al rey de Francia, mis amigos.¹

»Nos hacemos saber acerca de nosotros y de nuestro estado y del gobierno de nuestra tierra.

»Sabed que tenemos la más alta corona que haya en el mundo entero, así como oro y plata y piedras preciosas, y ciudades, castillos y pueblos.

»Ítem, sabed que tenemos también en nuestro poder a cuarenta y dos reyes todopoderosos y buenos cristianos.

»...Ítem, en nuestra tierra hay los elefantes y otra clase de animales que se llaman dromedarios, y caballos blancos y leones muy extraños de cuatro maneras, a saber, rojos, verdes, negros y blancos. Y asnos salvajes que tienen dos pequeños cuernos, y liebres salvajes que son grandes como carneros, y caballos verdes que corren más que mil otros y tienen dos pequeños cuernos.

»...Ítem, sabed que en otra parte de nuestro país hay gentes de extraña forma, a saber, que tienen cuerpo de hombre y cabeza de perro, y no se puede entender su lenguaje, y son buenos pescadores, porque entran en lo más hondo del mar y se están allí todo un día sin salir afuera, y cogen todos los peces que quieren, y llegan cargados de peces a su casa, que está bajo tierra.»

Una leyenda tenaz

Podríamos ampliar la lista, citar todos los prodigios que se acumulan en esta misiva, contar los centenares de millares de clérigos, caballeros, soldados, y las centenas de castillos que parecía poseer este curioso monarca que termina firmando: «Aquí termina el Preste Juan. Laus Deo.» Una vez más, vacilamos entre la tartarinada y la novela de mala ciencia-ficción, sin atrevernos a decidir.

Ello no impide que, a partir de este solo texto, el Papa redactara una respuesta solemne y la mandase llevar por uno de sus emisarios, maese Felipe, quien, por falta de señas exactas, sin duda, se perdió en algún lugar de Oriente y no regresó jamás, al menos oficialmente, de su misión. En cuanto al im-

1. Se trata, por supuesto, de la versión destinada tanto al Papa como a Luis VII *el Joven*, de Francia.

pacto que este documento causó en el ánimo de las multitudes, basta recordar que, cuarenta años después, cuando el preste Juan ya no había dado señales de vida, la sola mención de su nombre por uno de los jefes de los cruzados, Jacques de Vitry, hizo creer en un cambio milagroso de la situación de las armas francas en Levante, situación desesperada que se produjo poco después de la caída de Jerusalén. En cuanto a ejército de socorro, las únicas tropas que se agitaban en Asia eran las del célebre Gengis Khan, poco sospechoso de sentimientos cristianos.

Con grandes refuerzos de evocaciones más o menos aventuradas, algunos historiadores atribuyen la paternidad del preste Juan a alguno de los familiares de los grandes de la época, que, por tortuosas razones cortesanas, deseaban quizá lograr con ello una gran diversión. El Papa Alejandro III, que tenía gran necesidad de reanimar la epopeya agonizante de las cruzadas, habría lanzado así la maniobra, que se hizo clásica, llamada de «intoxicación»...

Sucesivamente fueron puestos a contribución los cátaros, los templarios, los emperadores chinos, mas en vano, para encontrar una línea que se remontase hasta aquel misterioso preste Juan. Su principal mérito sería, en realidad, el de ilustrar una de las más bellas páginas de la Historia imaginaria y suscitar brillantes estudios como el de Frida Wion.¹

Esta figura legendaria nos ha valido también la organización de expediciones, la más conocida de las cuales sigue siendo la de Marco Polo. Otras, en el curso de los siglos, fueron para ir obstinadamente en pos de las huellas del misterioso soberano a los confines de todas las Tartarias. Esto se convirtió en tal manía, que los soberanos asiáticos, acosados por las mismas preguntas, comenzaron a tomar parte en el juego. Por esnobismo, pretendieron tener un poco de sangre de aquel gran antepasado tan famoso en Occidente. Y, probablemente, su nombre acomodado a diferentes salsas lingüísticas, figura en un fondo impresionante de «tradiciones» más reales que las verdaderas genealogías.

Todo esto a partir de algunas páginas delirantes escritas por un chiflado que ni siquiera sabía geografía. Uno cree estar soñando.

1. F. Wion: *Le Royaume inconnu* (París, «Courrier du livre», 1970).

La ruta más larga del mundo

Pero, si la historia del preste Juan nos conduce al extremo de lo imaginario, también nos hace penetrar en la inmensidad del Asia, tanto tiempo cerrada a las investigaciones occidentales. Puesto que nuestra intención es confeccionar un mapa de los vestigios románticos, ¿cómo no inscribiríamos, antes que la Muralla de China, antes incluso que los templos de Angkor, ese prodigioso fresco humano que, durante siglos, constituyó la Ruta de la Seda? Imagínense 10.000 km de pistas, de etapas, de peregrinaciones que, desde el océano Pacífico hasta el Mediterráneo, hacían cruzarse pueblos venidos de horizontes y de edades a veces anacrónicos.

Escalando cimas de más de 4.000 m (puerto de Terek) para volver a descender hasta por debajo del nivel del mar, se trataba de un extraordinario corredor de migraciones o de intercambios cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. Iránios, indios o incluso europeos parece ser que se establecieron allí muy pronto, dejando huellas lingüísticas innumerables y complejas, puesto que los sabios no han encontrado allí los vestigios de menos de diecisiete lenguas y de veinticuatro clases de escritura.

P. Kolosimo refiere a este respecto la existencia de una serie de grutas de entre las más notables que se hallan diseminadas por toda la Ruta de la Seda. Cerca de la ciudad de Tuen-Huang, se las designa con el nombre de grutas de los Mil Budas. A través de un gran número de salas, se hunden hacia el interior de las colinas, descubriendo toda suerte de estatuas de arcilla y de maravillosas pinturas mitológicas.

«Con respecto a Tuen-Huang —escribe—, circulan asimismo historias fantásticas, pero, naturalmente, incontrolables. Se dice, por ejemplo, que las primeras grutas no fueron cavadas por los monjes, sino por "alguien" que les precedió en miles de años.

»Dícese también que ocultan la entrada de un dédalo de galerías (o de una parte de este dédalo) que se extiende por el subsuelo del Asia central. Para decirlo todo de una vez, se

trataría de las galerías de los fabulosos reinos de Shambhala y de Agartha, que conservarían los grandes secretos de una raza extraterrestre, quizá la raza que confió a Mu la ciencia que la condujo a su prodigiosa civilización. También se murmura que los sacerdotes habrían provocado el derrumbamiento de la entrada de las galerías para que nadie pudiera apoderarse de los tesoros escondidos.»

Eternos errantes

Henos, pues, de nuevo en este reino del Agartha tan inapreciable como el del preste Juan y que induce a soñar todavía con más fuerza. Nadie sabe si la entrada de ese dominio, prohibido para los vulgares mortales, reside en las grutas de Tuen-Huang. Basta saber, para sentir el escalofrío del misterio, que las raras expediciones¹ que penetraron en esas grutas trajeron de ellas antiguos documentos sobre seda en los que se encuentran pintados mapas de los cielos y de continentes desconocidos. Entre las figurillas que se apretujan en una sala alrededor de un buda dormido, ¿no reconocemos acaso con estupor unas siluetas de dieciséis siglos de antigüedad, perfectamente características, de indios de América?

Vamos, que el continente asiático no ha acabado de depararnos sorpresas. Sin ninguna duda allí se desarrolló una antiquísima historia, directamente relacionada con nuestra búsqueda de lo insólito. De esta historia sepultada bajo tantos escombros, surgen aún entre nosotros algunas figuras extrañas, que Louis-Claude Vincent considera como descendientes directos de aquellos constructores que poblaron Mu: los gitanos. Es innegable que la mayoría de los bohemios conocen muy bien la leyenda del Agartha. Incluso se pretende que, si se hallan vagando constantemente, tanto en las rutas heladas de Laponia como en las altas sierras desoladas del Brasil, es que cada uno de los privilegiados que conoce este secreto tiene como única misión el encontrar los caminos perdidos del Agartha y sus entradas sepultadas bajo las convulsiones de la Tierra.

1. Sir Aurel Stein en 1907, Paul Pelliot en 1908.

Algunos andan errantes por el Tibet, otros andan buscando alrededor de Ponapé o de las islas Fénix, en el Pacífico, o en las ruinas peruanas, cuando no es hacia las brumas de Thule. Es la gran búsqueda, más universal que la del Grial, de un reino más poderoso que todos los de los «supergrandes» de este mundo: el reino oscuro de las entrañas de la Tierra, donde bibliotecas subterráneas guardan, en contra de todas las locuras, la semilla de sabiduría que sobrevive a las peores catástrofes.

La apariencia de un sueño

Ríos y arroyos abundaban en aquella tierra fértil, su collar de nubes y de agua brillaba alrededor de las colinas verdeantes y a lo largo de las llanuras, cuyas generosas cosechas aseguraban el bienestar de los habitantes. Altos helechos se inclinaban sobre sus orillas. Dispensaban el frescor y la sombra iluminada a veces por el oro inapreciable de una hermosa mariposa. Flores innumerables se abrían en el interior del país. Unas carreteras, perfectamente conservadas, conducían a la capital, donde unos potentes inteligentes y sensibles administraban la suerte feliz de sus sesenta y cuatro millones de súbditos.

Después, en cuestión de unas horas, aquel continente que se extendía unos 10.000 km de Este a Oeste y 5.000 km de Norte a Sur, fue engullido bajo las aguas del océano Pacífico.¹ Es que debajo del zócalo de aquella tierra condenada se escondían peligrosas bolsas de gases. Algunas de ellas, excesivamente comprimidas por las emanaciones procedentes del nivel geológico subyacente, se hundieron y cedieron bajo el peso de la tierra y del océano. Así terminó Mu, como «arrancada y desgarrada».

Una flotilla de restos quedaron flotando en el lugar del naufragio. En estos archipiélagos-testigos se refugiaron los más previsores y los más rápidos. Transmitieron sus conocimientos y su sabiduría a los otros pueblos del planeta. Es verdad, sin embargo, que esta influencia se ejercía ya desde hacía tiempo en América y en Asia, donde el imperio de Uigur, la inmensa colonia occidental de Mu, se extendía en el lugar donde ahora se encuentra la Siberia oriental. Su capital se llamaba Khara-

1. Los elementos de esta descripción se han tomado de los textos de J. Churchward en: *Mu, le continent perdu*, cap. II, y *L'Univers secret de Mu*, cap. I (París, col. «J'ai lu» núms. 223 y 241).

Kota. Al parecer, descubriéronse vestigios de ella a fines del siglo pasado, a 20 m de profundidad.¹ En derredor, el desierto de Gobi ha revelado vitrificaciones del suelo, tal como podría producirlas una explosión atómica. ¿Culminó en una enorme torpeza la ciencia de los fugitivos de Mu? ¿Cómo saberlo, puesto que el diluvio más reciente, que sobrevino 10.500 años antes de J. C., cubrió de aluviones aquel inmenso territorio, en el que los excesos climáticos no facilitan la labor del arqueólogo?

Los capítulos anteriores han enumerado enigmas a los que la civilización de Mu aporta explicaciones plausibles. Más reciente, más familiar también a causa de los vestigios que aparecen en el decorado de nuestras vacaciones, la filial Atlántida forma parte del mismo problema. Sin embargo, alrededor de los megalitos, alrededor de Stonehenge, de la Gran Pirámide, de Nan Matal y de Tiahuanaco, todas las fantasías son lícitas, y nosotros nos complacemos en ellas. Ahora bien, al final del viaje, el tema fundamental adquiere la apariencia de un sueño. Queremos creer que la tierra perdida se extendía allí donde las aguas del océano no ofrecen ya ninguna señal. Queremos creer que las maravillas de lo insólito vinieron de esa tierra y que fueron esparcidas, transfiguradas por el tiempo y la diversidad de las razas. Entonces surge una interrogación negativa: si la existencia de la tierra original es admisible, ¿no contradice al buen sentido su desaparición repentina? Y es al buen sentido, a la lógica, a lo que apelan los más audaces soñadores, sometiendo a nuestro perspicacia un número tan elevado de indicios turbadores.

¿A quién pedir una respuesta, si no es a los geólogos? Si el lunazo de Horbiger o las bolsas de gas de Churchward no dan una satisfacción completa, ¿no podemos encontrar alguna indicación útil en los verdaderos científicos?

1. En las estepas siberianas, convertidas en una de las regiones más frías de la Tierra, la existencia de túmulos-tumbas, llamados «kurganes», suscita el problema de un vasto poblamiento antediluviano.

La deriva de los continentes

Cuando, en 1915, Wegener¹ publicó sus teorías sobre la deriva de los continentes, los no conformistas pusieron el grito en el cielo y los honorables colegas no permanecieron indiferentes. Algunos años más tarde, los continentes vagabundos estaban siendo tomados en serio. Luego, después de la Segunda Guerra Mundial, la tesis de Wegener volvió a encontrar crédito. Era preciso, en efecto, considerarla de cerca, ya que aportan una explicación a las singularidades del magnetismo mineral que indica, o debería indicar, una misma orientación polar. No es éste el caso. Unas rocas muy antiguas (se trata de decenas, incluso de centenas de millones de años) parecen haber sido gobernadas por campos magnéticos situados en regiones inesperadas, por ejemplo, en el Ecuador.

¿Quiénes eran los que tenían la manía de cambiar de sitio, los polos o los continentes?² Los segundos, pretendía Wegener. Formados por rocas ligeras, granito y sedimentos, derivan, alejándose o acercándose a los polos, se disocian y se dividen para formar el mapa de la Tierra tal como lo conocemos. Así, durante la última glaciación, Europa y América habríanse encontrado situadas la una al lado de la otra, antes de divorciarse y perderse de vista. Sus contornos coinciden curiosamente en muchos puntos, como es sabido. Entonces, si Wegener ha visto bien las cosas, ¿qué viene a hacer la Atlántida en ese intervalo que no existía antes del período glacial?

Habría tenido su sitio. Los dos continentes no se alejaron paralelamente, sino como se despliega un abanico. Entre la punta sur del África y la cordillera de los Andes, un largo plegamiento sería el testimonio de una vieja unión. En cambio, la cadena del Atlas no tiene prolongación ultraatlántica y, fren-

1. Alfred Wegener, nacido en Berlín el 1 de noviembre de 1880. Participa en una expedición danesa a Groenlandia en 1906. Encargado de curso de Termodinámica de la atmósfera. Segunda expedición a Groenlandia en 1912. Publica en 1915: *Die Entstehung der Kontinente und Ozeane*. Muerto en 1930, en Groenlandia.

2. Entre 1922 y 1927, la Oficina danesa de medida del grado descubrió un alejamiento de 36 m al año entre Groenlandia y el bloque continental europeo.

te a España, el macizo submarino de las Azores conserva su misterio.¹

En la parte del océano Pacífico, ¿qué habría sucedido? La deriva de los continentes, tal como la concibe Wegener, provoca estiramientos, desgarraduras y hundimientos.

Apenas nos encontramos en condiciones de imaginar las consecuencias desastrosas de su inestabilidad, cuando, de pronto, los continentes incriminados se inmovilizan, al mandato del silbido de Charles H. Hapgood. Nada de vagabundeo individual, dice, o todos juntos, o nada. Estos desplazamientos desordenados suponen un terreno de evolución lo más llano posible y que ofrezca escasa resistencia. Todo lo contrario del fondo de los mares. Una capa de rocas rígidas, de unas 30 km de grosor, no posee la flexibilidad favorable para el deslizamiento de estas pesadas balsas que serían los bloques continentales. El relieve submarino, surcado de abismos y erizado de Himalayas, presenta demasiado obstáculos. Finalmente, en la época en que Wegener enunciaba su teoría, creíase que el final de la última glaciación se perdía en la noche de los tiempos. En la actualidad, se le reconoce una juventud histórica: unos diez mil años es, precisamente, el espacio cronológico en el que se acumulan tantos enigmas, anegados en las aguas del diluvio y dislocados por los cataclismos. Y no puede ser en diez o incluso en veinte mil años que los continentes americanos y europeos hayan creado entre ambos un foso de 4.800 km² de anchura.

El viaje de los polos

Es preciso, pues, que volvamos a coger la naranja que tantas veces ha servido para explicar la rotación de la Tierra. Guardémonos de tirar el envoltorio de ligero papel que a veces la protege. Es esta envoltura la que va a dar una realidad a las concepciones de Hapgood. Es ella la que puede desplazarse, por entero, en la superficie del fruto. La imagen y las letras que quizá se encuentren impresas en ella pueden muy

1. Véase el cap. «Entre dos mundos».

bien pasar por el ecuador o deslizarse hacia los extremos de su eje. Tales desplazamientos han sido descubiertos entre el mioceno y el plioceno y, según el profesor Hermann Reich, de la Universidad de Gotinga, «se produjo un cambio de este género probablemente al menos cuatro veces en nuestro pasado geológico, a intervalos de 500.000 años».

¿Y las causas de este patinazo inquietante? Las teorías de Hapgood forman un libro denso. Resulta difícil resumirlas en unas líneas. Puede decirse que esa cubierta mal sujeta en su soporte cede a una presión constante, en la que participan los diez millones de kilómetros cúbicos de hielo del continente antártico, la inclinación del eje terrestre y la oscilación regular de éste.

¿Y el punto de vista de los terrícolas en todo ello? Tanto si tiene razón Wegener como Hapgood, conviene saber si estas lentitudes geológicas pueden compaginarse con el repentino hundimiento que señala la desaparición de Mu y de la Atlántida. Después de todo, estos estiramientos insensibles pueden culminar en un punto de ruptura. Es la gota que hace desbordar el vaso. Al cabo de un interminable trabajo de zapa, habría habido el apocalipsis de una sola noche... En África, las altas escarpaduras del Rift Valley marcan el límite de un antiguo litoral. «Por algún gran movimiento —escribe Hapgood— esta parte del continente se encontró prodigiosamente levantada y los fondos submarinos fueron al mismo tiempo levantados hasta 1.600 m de altitud y se convirtieron en tierra firme.»¹

Quedan las fechas, cuya enorme antigüedad vuelve a sumirnos en la más completa incertidumbre: entre el mioceno y el plioceno... ¿Acaso los geólogos no quieren tranquilizarnos haciendo remontar el trájín de los polos y de los continentes en una época desprovista de habitantes? ¿Habrían podido producirse trastornos de importancia más recientemente de lo que ellos afirman?²

1. Siempre según Hapgood, las masas sedimentarias del norte de los Estados Unidos, de Spitzberg y de Escocia indicarían la antigua presencia de una masa continental en el Atlántico norte.

2. Suele citarse, como testimonio de trastornos importantes acaecidos durante el período histórico, la formación del Zuyderzee en 1215, en el lugar de lo que no era sino el lago Flevo.

Peter Kolosimo nos comunica un hecho turbador en grado extraordinario: en 1895, el profesor Folgereiter efectuó estudios sobre el magnetismo fósil. El óxido de hierro contenido en unos objetos de cerámica etruscos permitía determinar el campo magnético que ejercía su influencia en la época en que tales objetos habían sido modelados. En otros objetos de cerámica, de 2.000 años de antigüedad, la orientación era precisa. En los objetos del profesor Folgereiter, difería sensiblemente. Entonces se admitió que aquellos objetos tenían más de veinte siglos de existencia. Centenares, quizá. Pero, ¡cómo! ¿En un período de unos diez mil años, en los albores de la Era cuaternaria que es la nuestra, habían podido vivir unos alfareros en un planeta que, aunque tenía el mismo aspecto, miraba hacia otra dirección? ¿Habían podido conocer un Egipto frío, una Antártida templada, un Canadá ardiente? ¿Han existido civilizaciones del terciario? ¿Es que a todos los enigmas planteados por las civilizaciones desaparecidas, tanto en las ciudades anónimas de la cordillera de los Andes como en los monumentos incomprensibles de las islas del Pacífico, viene la geología a aportar si no confirmaciones, al menos, probabilidades? ¿Qué mirada humana pudo posarse en aquellos paisajes inverosímiles? Ningún elemento concreto permite responder a tal pregunta. Y, sin embargo...

La Tierra de antes de la Tierra

En tanto que los arqueólogos, sean románticos o no, discutirán aún mucho tiempo acerca de símbolos, leyendas y edificios insólitos, en tanto que cada uno expondrá sus teorías en virtud de una lógica con frecuencia adaptada a las convicciones que quiere defender, el documento más extraño del mundo podría poner de acuerdo a todas esas personas. Se trata de los famosos mapas del almirante turco Piri Reis.

Estos mapas dan al litoral antártico un aspecto como sólo podía presentarlo antes del último período glacial.

Muestran Groenlandia bajo un aspecto que supone las mismas condiciones de observación.

Indican, para el Canadá septentrional y Alaska, unas cadenas montañosas cuyo trazado exacto sólo ha sido establecido recientemente.

Indican unas longitudes con una precisión que no pudo alcanzarse hasta el siglo XVIII,¹ y, al decir de los especialistas que los han estudiado, es difícil creer que estos mapas hayan podido realizarse sin el auxilio de procedimientos aéreos.

En suma, semejante documento escapa a la interpretación subjetiva. Constituye el testimonio de un pensamiento organizado y de una técnica profundizada antes de aquel grave enfriamiento que, según se dice, sólo habría afectado a unos talladores de sílex. Las hipótesis que nuestro libro ha evocado no se verían confirmadas por ese documento (¿cómo sería posible, dado que varias de ellas son contradictorias?), pero se vuelven lícitas, sin excepción. Piri Reis no aporta ninguna prueba, pero sí el permiso para extrapolar hasta el infinito.

Estos mapas fueron encontrados, el 9 de noviembre de 1929, en el museo Topkapi de Estambul, con ocasión de un inventario. Su autor había sido un personaje importante de la gran época otomana. Durante la primera mitad del siglo XVI, Piri Reis surcó el Mediterráneo dando varias veces la victoria a los navíos que él mandaba. Pero este Nelson turco era un Cook al propio tiempo. Poligloto, cartógrafo, observador perspicaz y, cosa que no hay que olvidar, provisto de abundantes archivos marítimos, el almirante era un hombre culto. El conocimiento, en aquella época, comportaba su parte de secretos. Quizás hoy suceda todavía lo mismo. Piri Reis escribió el *Bahriye*, especie de relación de viaje y de descripciones de los puertos mediterráneos, con el complemento de más de doscientos mapas. Respecto a esto, él dice haber compulsado documentos secretos, muy antiguos, que únicamente él poseía. Uno de estos documentos, que no era particularmente misterioso, fue un mapa establecido por Cristóbal Colón en 1498,² mapa en el que, naturalmente, no figuran las costas de la América del Norte. Luego, en 1554, Solimán II, llamado *el Magnífico*, hizo matar al valeroso marino, porque éste habría aceptado levantar el sitio de Gibraltar a cambio de moneda contante y sonante. ¿Sanción militar o pretexto? Al revelar unos datos geográficos que podían perjudicar a la supremacía naval del Imperio, el

1. Conclusiones presentadas en 1956 por I. Walters, después de un fórum radiodifundido de la Universidad de Georgetown.

2. Cristóbal Colón, de quien dice Piri Reis que habría consultado un libro de la época de Alejandro Magno y que mencionaba la existencia de tierras al otro lado del «Mar occidental».

cartógrafo se habría mostrado más temerario que el almirante. La idea de que esas informaciones eran el privilegio de iniciados y que su divulgación se castigaba con la muerte no tiene nada de extravagante: el curso de la historia universal desarrolla sus meandros en la sombra de los subterráneos. Sin embargo, si afirmaba que «el más pequeño error hace inutilizable una carta marina», Piri Reis no puso los suyos al alcance de los lectores del siglo XX. Al menos puede decirse esto de su mapa del mundo confeccionado en 1513,¹ y es este último el que nos interesa.

Cuando se descubrieron fragmentos de este mapa en 1929, unos sabios turcos los estudiaron, y luego enviaron reproducciones de los mismos a todas las partes del mundo. Por fin, en 1953, un americano, Arlington H. Mallery, tuvo la revelación del carácter extraordinario de los mapas de Piri Reis. En adelante, fue Arlington H. Mallery el que entregaría a los sabios estupefactos las maravillas del viejo pergamino. Ingeniero, también marino, arqueólogo e historiador, Mallery se dedicó mucho tiempo al estudio de las expediciones de los normandos a través del Atlántico Norte. Los portulanos no tienen secretos para él y, de todas formas, se rodea de colaboradores expertos. Charles Hapgood, sobre todo, dirige el equipo encargado del descifre, el cual se ha hecho indispensable a causa de la diversidad de las fuentes utilizadas por Piri Reis.

Cuando un «invento» arqueológico es asunto de un solo hombre, todas las discusiones están permitidas, incluso si, al final, resultan injustificadas. En cambio, cuando un equipo de sabios se hace cargo del mismo problema, las dudas relativas a la autenticidad del descubrimiento, a la calidad de los medios empleados, a la sinceridad de las deducciones propuestas, quedan reducidas al mínimo. Ahora bien, cuando llegó a ser posible «leer» los famosos mapas, se vio que:

1) mencionaba particularidades geográficas ignoradas en nuestros días;

2) efectuada la comprobación, estas particularidades existen, pero son invisibles.

Una de estas anomalías, y ella sola bastaría para aportar

1. Un segundo mapa del mundo fue trazado por Piri Reis en 1528.

las dimensiones del misterio, se refiere a dos bahías señaladas por Piri Reis en una parte del litoral antártico, la Queen Maud Land. El mapa de esa región, establecido en 1954, indica la tierra en ese sitio. Todo el resto es de una exactitud desconcertante. Sin embargo, se han emprendido unos sondeos complementarios. La carta moderna resulta errónea: las bahías existen y Piri Reis no se equivocó.

En cuanto al relieve de Groenlandia, tal como fue dibujado en el siglo XVI en esas cartas increíbles, las expediciones polares francesas lo descubrirán idéntico, pero cuatro siglos más tarde.¹

Cuando se sabe que las tierras en cuestión están cubiertas de 3.000 m de hielo en Groenlandia y de 4.000 y más en la Antártida, el enigma puede parecer relativamente simple para nuestros lectores: Piri Reis tuvo en su poder indicaciones recogidas antes de la formación de los casquetes glaciares, es decir, hace diez mil años.

El planeta que habitamos está sembrado de un número tan grande de vestigios anteriores a ese período, que nuestro asombro no es excesivo. Unos hombres recorrieron esas tierras hoy cubiertas por los hielos. Falta saber cómo tuvieron conocimiento de su configuración y por qué medios pudieron darle una realidad gráfica...

Al recurrir, al final de esta obra, a disciplinas científicas tales como la geología, o la trigonometría, que desempeñó su papel en el desciframiento de los mapas de Piri Reis, resulta emocionante comprobar la amplitud de las posibilidades que aportan a la arqueología irracional. No es imposible que, mañana, los especialistas más intransigentes reduzcan al silencio a los soñadores...

De todas las hipótesis que encontramos a lo largo de nuestra ruta, ésta es la más aventurada: ¿llegará mañana algún ordenador a demostrar que, desde hace mucho tiempo, los poetas de la arqueología se mueven a sus anchas a través de los milenios transcurridos? ¿Algún nuevo procedimiento de investigación habría de convertir en realidad los sueños más extravagantes? Bien, deseémoslo, sin sentir la menor nostalgia.

Si llega un día en que la Atlántida, Mu e incluso los visitantes extranjeros de Tiahuanaco ya no sean puestos en duda,

1. Documentación extraída del estudio que Paul-Émile Victor dedicó a los mapas de Piri Reis.

entonces la realidad aparecerá más maravillosa que el mundo de las hipótesis.

En ese día, deberemos estar preparados para otras travesías. No hay revelación formal que pueda poner término a los vagabundeos de la mente, y el pasado del planeta desconocido ofrece espacio suficiente para que su exploración no conozca fin alguno.

BIBLIOGRAFÍA

DOCUMENTACIÓN GENERAL, TEORIAS DE CONJUNTO Y OBRAS CRITICAS

- Agrest *Des cosmonautes dans l'Antiquité?* («Planète» n.º 7, nov.-dic. 1962).
- Barbarin (Georges)
Bergounioux (R.P.) *la Danse sur le volcan* (París, 1938).
la Préhistoire et ses problèmes (París, «A. Fayard», 1958).
- Charroux (Robert) *Histoire inconnue des hommes depuis cent mille ans* (París, «Robert Laffont», 1963); *le Livre des secrets trahis* (París, «Robert Laffont», 1964); *le Livre des maîtres du monde* (París, «Robert Laffont», 1967); *le Livre des mondes oubliés* (París, «Robert Laffont», 1971).
- Colin-Simard *Découverte archéologique de la France* (París, «Amiot-Dumont, 1955).
- Cottrell (Léonard) *Dictionnaire encyclopédique d'archéologie* (bajo la dirección de) (París, 1962).
- D'Espiard de Cologe *la Chute du ciel, ou les antiques méthodes planétaires, preuves, aperçus historiques sur les plus vieilles antiquités et traditions du monde occidental, archéologie des pierres et des monuments d'origine inconnue, astronomie, météorologie, géologie* (París, 1865).
- Guénon (René) *Formes traditionnelles et cycles cosmiques* (París, «Gallimard, 1970).
- Hennig (Richard) *les Grandes Enigmes de l'univers* (París, «Robert Laffont», 1957). Ed. Española: *Grandes enigmas del universo*, Plaza & Janés, col. «Otros Mundos», 1971.
- Hermann (Paul E.) *l'Homme à la découverte du monde* (París, «Plon», 1954).
- Hutin (Serge) *les Civilisations inconnues* (París, «Fayard», 1961). *Hommes et civilisations fantastiques* (París, «J'ai lu», 1970).
- Kolosimo (Peter) *Terre énigmatique* (París, «Albin Michel», 1970); *Archéologie spatiale* (París, «Albin Michel», 1970).
- Lissner (Ivar) *Civilisations mystérieuses* (París, «Robert Laffont», 1964).

- Michel (Aimé) *Révolutions chez les préhistoriens* (Paris, «Planète» n.º 28, mayo-junio 1966); *les Ingénieurs de l'Antiquité* (Paris, «Planète» n.º 12, set.-oct. 1963). *l'Ethnologue et son ombre* (Paris, «Payot», 1968).
- Panoff (Michel y Françoise)
Pauwels (Louis)
y Bergier (Jacques) *le Matin des magiciens* (Paris, «Gallimard», 1960). Ed. española: *El retorno de los brujos*, Plaza & Janés, col. «Otros Mundos», 1967; *l'Homme éternel* (Paris, «Gallimard», 1970).
- Schlumberger (Eric) *Steiner redécouvert* (Paris, «Planète» n.º 40, mayo-junio 1968).
- Schreiber (Hermann y Georg)
Sprague de Camp (L. y C.) *les Enigmes de l'archéologie* (Paris, Encycl. Planète).
- Tarade (Guy) *les Dossiers de l'étrange* (Paris, «Robert Laffont», 1971).
- Thévenin (René) *les Pays légendaires* (Paris, «Que sais-je?» n.º 226, P.U.F. 1961).
- Valin (Claude) *Des civilisations avancées avant le Déluge* (Paris, «Planète» n.º 40, mayo-junio 1968).
- Terry White (Anne) *les Grandes Découvertes de l'archéologie* (Paris, «Marabout-Université», 1962).

ACERCA DEL TEMA DE LA ATLANTIDA

- Bessmertny (Alexandre) *l'Atlantide* (Paris, «Payot», 1935).
- Braghine (A.) *l'Enigme de l'Atlantide* (Paris, «Payot», 1952).
- Frobenius (Léo) *Mythologie de l'Atlantide* (Paris, «Payot», 1949).
- Le Cour (Paul) *l'Atlantide atlantique* (Paris, col. «Atlantis», 1971).
- Poisson (Georges) *l'Atlantide devant la science* (Paris, «Payot», 1953).
- Saurat (Denis) *l'Atlantide et le règne des géants* (Paris, «Denoël», 1954).
- Spanuth (Jürgen)
Tomas (Andrew) *l'Atlantide* («La Vie claire», 1970).
- Arlet (Dominique) *les Secrets de l'Atlantide* (Paris, «Robert Laffont», 1969). Ed. española: *Los secretos de la Atlántida*, Plaza & Janés, col. «Otros Mundos», 1971.
- Arlet (Dominique) *Stonehenge décodé* (Paris, «Planète» n.º 38, ene.-feb. 1968). *On vient de découvrir la Pompéi crétoise* (Paris, «Planète» n.º 37, nov.-dic. 1967).
- Guinguand (Maurice) *Falicon, pyramide templière* (06, Beaulieu-sur-Mer, 1970).
- Michel (Aimé) *la Plus Vieille Religion d'Europe?* (Paris, «Planète» n.º 9, marzo-abril 1963). *Révolution chez les préhistoriens* (Paris, «Planète» n.º 28, mayo-junio 1966).
- Niel (Fernand) *Dolmens et menhirs* (Paris, «Que sais-je?», n.º 764, P.U.F. 1966); *la sation des mégalithes* (Paris, «Plon», 1970).
- Poisson (Georges) *l'Atlantide et les mégalithes* (Revista «Atlantis» n.º 240, marzo-abril 1967).
- Sebillot (Paul-Yves)
Gorce (Maxime) *le Folklore de la Bretagne* (Paris, «Payot», 1950). *les pré-écritures essentielles de la préhistoire: Glozel* (Revista «Atlantis» n.º 227, ene.-feb. 1965).
- Morlet (Dr.) *Glozel* (Paris, 1929).

- Barbarin (Georges) *le Secret de la Grande Pyramide* (Paris, «Adyar», 1955).
- Lauer (J.-P.) *le Problème des pyramides d'Égypte* (Paris, «Payot», 1952).
- Muck (O.)
Pochan (André) *Chéops et la Grande Pyramide* (Paris, «Payot», 1961). *l'Enigme de la Grande Pyramide* (Paris, «Robert Laffont», 1971). Ed. española: *El enigma de la gran pirámide*, Plaza & Janés, col. «Otros Mundos», 1973. *On vient de découvrir la Pompéi crétoise* (Paris, «Planète» n.º 37, nov.-dic. 1967).
- Arlet (Dominique) *Atlantis, the truth behind the Legend* (Londres, Nelson, 1969).
- Galanopoulos (A.G.)
y Bacon (E.)
Grèce (Michel de)
Milanovsky (E.) *Crète, épave de l'Atlantide* (Paris, «Julliard», 1971). *l'Atlantide: mer Egée?* (Paris, «Nouveau Planète» n.º 9, jul.-agosto 1969).
- Charpentier (Josiane) *le Livre des prophéties* («Robert Morel», 1971). Ed. española: *El libro de las profecías*, Plaza & Janés, col. «Otros Mundos», 1974.
- Harrison (W.) *Atlantis Undiscovered: Bimini, Bahamas* (Revista «Nature» n.º 230, abril 1971).
- Latil (Pierre de) *l'Enigme des Bahamas* («Sciences et Avenir», dic. 1971).
- Silve de Ventavon (Jean) *les Mondes engloutis* («Miroir de l'Histoire» n.º 255, marzo 1971).

DEL CONTINENTE AMERICANO A LOS ENIGMAS DEL PACIFICO

- Churchward (James)
Vincent (Louis-Claude) *The lost Continent of Mu* (1959); *The Children of Mu. le Paradis perdu de Mu. Livre I: Preuves d'existence et d'engloutissement de l'immense continent antédiluvien du Pacifique. Livre II: La Grande Pyramide: temple cosmique. Le miracle Grec expliqué. Les destructions. Le sexe sacré. Glozel et Mu. Confirmations muennes* (63 Marsat, ed. «la Source d'or», 1971).
- Croce Spinelli (Michel) *l'Île aux géants de pierre* («Nouveau Planète» n.º 18, set. 1970).
- Heyerdahl (Thor) *Aku-Aku, le secret de l'Île de Pâques* (Paris, «Albin Michel», 1958).
- Mazière (Francis) *Fantastique île de Pâques* (Paris, «Robert Laffont», 1965). Ed. española: *Fantástica isla de Pascua*, Plaza & Janés, col. «La Vuelta al Mundo en 80 Libros», 1966.
- Neroman (Dom) *l'Enigme de l'Île de Pâques révélée par un médium* («Revue métapsychique», nueva serie n.º 18, 1952).
- Rienits (Théa y Rex) *les Voyages du capitaine Cook* (Londres, 1968. Trad. del inglés por Artur (Gilles). Papeete, «Ed. du Pacifique», 1971).
- Sprague de Camp (L. y C.)
Arbeláez (Fernando) *le Mystère des ruines bleues de Nan Matal* («Planète» n.º 21, marzo-abril 1965). *la Deuxième Conquête de l'Eldorado* («Planète» n.º 24, set.-oct. 1965).
- Bellamy (H. S.) y Allan (P.)
Von Hagen (Victor W.) *The Great Idol of Tiahuanaco* (Londres, 1959). *les Royaumes du soleil* (Bruselas, Sequoia, 1963).

- Honoré (Pierre) *L'Enigme du dieu blanc précolombien* (trad. del alemán por Denise Meunier, París, «Plon», 1962).
- Philip (Frère) *Secrets des Andes* (Londres, 1969, y Revista «Ondes vives», 1969).
- Ruzo (Daniel) *la Culture masma* («Revue de la Société d'ethnographie de Paris», 1958).
- Saurat (Denis) *la Religion des géants et la civilisation des insectes* (París, «Denoël», 1955).
- Waisbard (Simone) *Tiahuanaco, dix mille ans d'énigmes incas* (París, «Robert Laffont», 1971).

TEMAS Y PROBLEMAS PARTICULARES

- Champdor Clébert (Jean-Paul) *Baalbek* (París, 1959).
Une nouvelle île de Pâques: la Corse («Planète» n.º 30, set.-oct. 1966).
- Fourmarier (Paul) *la Dérive des continents* (Academia real de Bélgica, Bruselas, 1967).
- Hapgood (Charles H.) *les Mouvements de l'écorce terrestre* (trad. del inglés por Anne Freuger, París, «Payot», 1962).
- Joly *les Mound-Builders, leurs œuvres et leurs caractères ethniques* (Congreso internacional de los americanistas, 1.ª sesión).
- Klee (Frédéric) *le Déluge* (Copenhague, 1842).
- Mousseau (Jacques) *Une antique civilisation à Fontainebleau* (Fotografías de Édith Guérin, «Planète» n.º 10, mayo-junio 1963).
- Ossendowski (Ferdinand) *Bêtes, hommes et dieux. L'énigme du Roi du Monde* (trad. del inglés por Robert Renard, París, «Plon», 1924 y «J'ai lu»).
- Sprague de Camp (L. y C.) *Un mystère au cœur de l'Afrique: Zimbabwe* («Planète» n.º 25, nov.-dic. 1965).
- Summers (Roger) *Zimbabwe, mystère rhodésien* (trad. del inglés por Paul Chwat, «Planète», 1971).
- Victor (Paul-Émile) y Peltant (Arlette) *l'Enigme Piri Reis* («Planète» n.º 29, julio-agosto 1966).
- Vidal (Jean) *Çatal Hüyük* («Science et vie» n.º 608, mayo 1968); *Medzamor, le plus vieux complexe industriel du monde* («Science et vie» n.º 622, julio 1969).
- Wegener (Alfred) *la Genèse des continents et des océans* (Amberes, 1937).
- Wion (Frida) *le Royaume inconnu. Du royaume du Prêtre-Jean à l'empire de l'Agartha* (París, Le Courrier du Livre, 1966).

TITULOS APARECIDOS

L. Pauwels y J. Bergier
EL RETORNO DE LOS BRUJOS

¿Desaparecieron civilizaciones técnicas en épocas inmemoriales? ¿Será la sociedad secreta el sistema de gobierno del futuro? ¿Existen puertas abiertas a universos paralelos? ¿Derivamos hacia una suprahumanidad? Una visión fantástica de la realidad pasada y futura. Edición ilustrada.

Fulcanelli
EL MISTERIO DE LAS
CATEDRALES

«Un libro extraño y admirable. Manifiesta una sabiduría extraordinaria y conocemos a más de un hombre de elevado espíritu que venera el nombre legendario de Fulcanelli.» (Pauwels y J. Bergier en *El retorno de los brujos*.) «La persona que se ocultó, o se oculta aún, tras el nombre de Fulcanelli, es el más célebre y único alquimista verdadero de este siglo en que el átomo es rey.» (Initiation et Science.) Edición ilustrada.

Jacques A. Mauduit
EN LAS FRONTERAS
DE LO IRRACIONAL

Tradiciones milenarias han aportado el eco —deformado y a veces ridículo— de ciertos poderes, que la ciencia actual, más libre, empieza a considerar sin prevenciones. Ciencias que por fin empiezan a encontrar su ubicación en el pensamiento actual. Telepatía, clarividencia, quiromancia y cartomancia, alicinaciones, yoga...

John G. Fuller
EL VIAJE INTERRUMPIDO

¿Dos horas a bordo de un platillo volante? El increíble relato, que la Prensa mundial ha divulgado, de un matrimonio americano sometido a un sueño hipnótico y que explica sus experiencias. Edición ilustrada.

Gérard de Sède
EL TESORO CÁTARO

Del oro de Delfos a las ruinas de Montségur: la sangrienta cruzada contra una herejía que aún subsiste. ¿Por qué cantaban en «lengua secreta» los trovadores medievales? Edición ilustrada.

Hadès
¿QUÉ OCURRIRÁ MAÑANA?

Europa, el mundo, nuestro destino vistos por la astrología. Retrato astrológico de los jefes nazis. La trágica muerte de Kennedy. El fin de la Monarquía inglesa. La revolución en Italia.

Peter Kolosimo
SOMBRAS EN LAS ESTRELLAS

Los misterios del Cosmos. Los secretos espaciales alemanes. Las intrigas de la astronáutica soviética y americana. ¿Están habitados los otros mundos? Toda la verdad sobre el enigma de los platillos valientes.

Hans Herlin
EL MUNDO DE LO
ULTRASENSORIAL

Un estudio cauteloso de los poderes ocultos del ser humano: hipnosis, espiritismo, telecinesis.

Louis Charpentier
EL ENIGMA DE LA CATEDRAL
DE CHARTRES

Un hombre interroga a una catedral. Y la catedral responde. Y todo el misterio de un saber perdido se desvela poco a poco. Un libro que lleva al lector a las fuentes profundas de un saber «divino» y desemboca en unas conclusiones sorprendentes desde el punto de vista histórico y hermético. Edición ilustrada.